



AVISO LEGAL

REVISTA

Título: *Cuadernos Americanos*, noviembre-diciembre de 1956 núm: 6 vol: XC

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
En caso de un uso distinto contactar a: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 905
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

AÑO XV

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE
1956

INDICE
Pág. 3



BIBLIOTECA TECNICA FERROCARRILERA

	Precio del ejemplar		Precio del ejemplar
1 Catálogo de materiales de impor- tación	\$ 10.00	20 Reorganización Técnico-Adminis- trativa GC-3-(55) circular del 16 de febrero de 1955	\$ 0.50
2 Código de reglas AAR 1954	35.00	21 Índice de estaciones de los ferro- carriles mexicanos con su altura sobre el nivel del mar, división, kilómetro, estado y municipio ..	2.00
3 Manual de operación de locomoto- ras Diesel ALCO	2.25	22 Nueva reglamentación de los gas- tos de viaje, circular GG-16-(55)	0.50
4 Manual de operación de locomoto- ras Diesel Baldwin	2.25	23 Normas de calidad de materiales refractarios y metales y ligas no ferrosos	2.00
5 Manual de operación de locomoto- ras Electro-motiv	5.50	24 Informe del riel existente en las líneas del sistema. Hasta el 31 de diciembre de 1954	0.50
6 Manual del motor Diesel Baldwin ..	6.00	25 Arte de nivelar y alinear vías. Re- comendaciones prácticas para los mayordomos de cuadrillas ..	7.50
7 Manual de conservación motor Diesel 252-B-SP	15.00	26 Manual del taller de conservación de carros de ferrocarril	30.00
8 Informe anual 1952	8.00	27 Especificaciones generales para construcción de edificios	5.00
9 Programa de operación de los ca- rros-tienda	0.50	28 La locomotora Diesel eléctrica, lo- comotora "Alco" de 1600 H.P. y y equipo de freno RL-24	30.00
9 bis. Contrato entre los Ferrocarrí- les Nacionales y la Constructora Nacional de Carros de Ferrocar- ril, S. A.	7.00	29 Nuevas normas para la capacita- ción de los trabajadores en fuer- za Diesel	0.50
10 Reglamento para la condensación de locomotoras y equipo de arrastre	0.50	30 Contrato Colectivo de Trabajo, especialidad de vigilantes y conexos	2.50
11 Régimen disciplinario, Convenio de 7 de agosto de 1953	0.50	31 Normas americanas de especifica- ciones y dimensiones para postes de madera	1.00
12 Normas para la aplicación del ré- gimen disciplinario	0.50	32 Manual del corte y soldadura	10.00
13 Reglamento para la recolección de material metálico, el desmante- lamiento de equipo condensado y el aprovechamiento de desperdi- cios	0.50	33 Contrato de concesión, prospecto y acta constitutiva de la Compañía Terminal de Veracruz	1.00
14 Instructivo para el manejo de ca- rros extranjeros	0.50	34 Normas para conceder estímulos y recompensas	1.00
15 Reglamento para la construcción y financiamiento de obras	0.50	35 Revisión del Contrato de Trabajo del Ferrocarril Mexicano	1.00
16 Instructivo para el montaje de ruedas en los talleres	0.50	36 La verdad legal sobre el tortuguismo en los Ferrocarriles Nacio- nales	10.00
17 Instructivo para controlar el egre- so de adiciones y mejoras. 31 de mayo de 1954	0.50		
18 Instructivo de las funciones a car- go del inspector general de al- macenes y aplicación de mate- riales en talleres	0.50		
19 Convenio de revisión de las cláusu- las económicas del Contrato Co- lectivo de Trabajo. 1º de febrero de 1955	0.50		

Revista *Ferroviales*, número mensual: \$ 2.00
Suscripción anual 12.00

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

DE VENTA EN BOLIVAR No. 19
México, D. F.

PEIDIOS C.O.D. al Apartado Postal 8020



Use en su automóvil GASOLMEX 90 octano que compensa con creces su mayor precio porque:

GASOLMEX 90 Rinde más y da mayor potencia.

GASOLMEX 90 Evita el golpeteo y las averías mecánicas que ocasiona el mismo.

GASOLMEX 90 Permite obtener del automóvil moderno el rendimiento y las ventajas que el fabricante incorporó al diseñarlo.

Para obtener todas estas ventajas es indispensable que su mecánico de confianza **AJUSTE LA CARBURACION DEL MOTOR.**

Agua... gracias al Acero...

EL VALOR DEL ACERO SE MANIFIESTA EN LA RESOLUCIÓN DEL PROBLEMA VITAL DEL AGUA. DONDE EL PRECIOSO ELEMENTO ESCASEA.

LA ESTRUCTURACIÓN DE LAS PRESAS GIGANTES Y DE LOS GRANDES DEPOSITOS, RECLAMAN LA PRESENCIA DEL ACERO COMO EL MATERIAL MAS SÓLIDO PARA QUE LAS OBRAS HIDRAULICAS PERDUREN Y CUMPLAN SU MISIÓN.

AHI ESTAN REPRESENTADOS NUESTRO ESFUERZO Y NUESTRA EXPERIENCIA, PROPIANDO LA CONQUISTA DEL AGUA Y EL PROGRESO DE MEXICO.



COMPañía FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

OFICINA DE VENTAS: BALDERAS 68, MEXICO 1, D. F.
PLANTA: CALZ. ADOLFO PRIETO AL ORIENTE, MONTERREY, N. L.



ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA



Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.



Estupendo...!

éste sí sabe a
verdadero cigarro



FILTRON

Con el moderno filtro de celulosa
blanca, técnicamente el más puro y
eficaz por su función filtrante
completa, *que no quita SABOR ni
volumen de fumada* a su excelente
mezcla de tabacos.



\$2.00
Cajetilla

CON FILTRO... Y CON SABOR!

Si un DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ha sido siempre útil, éste es absolutamente necesario



DICCIONARIO ENCICLOPEDICO

UTEHA

Usted conoce perfectamente la utilidad cultural y pedagógica que en todo tiempo ha proporcionado un buen Diccionario Enciclopédico. Pero hoy, en que la especialización se ha impuesto como nunca, debido a los formidables progresos alcanzados en todas las disciplinas de la cultura, esta utilidad se ha convertido en necesidad indispensable. Necesidad para mantener al día los propios conocimientos y para que éstos se extiendan y se completen sin limitación de especialidad o tomo.

El DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, que tanto ha de representar para la vida cultural de México y de toda Hispanoamérica, satisface con creces esta necesidad, ya que por la amplitud, precisión y rigurosa actualidad de su contenido es el único diccionario plenamente identificado con nuestro tiempo, tanto en lo que se refiere a los problemas y acontecimientos de última hora, como a la valoración crítica que el mundo de hoy tiene para las figuras y los sucesos de todas las épocas.

Usted, que desea caminar al unísono con la evolución de la vida moderna, necesita este diccionario. Y lo necesita sea cual fuere su profesión o actividad, porque todo tarea o trabajo, para que se realice con verdadera eficacia, requiere el auxilio de gran número de conocimientos con ella relacionados. Con el DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, tendrá resueltos todos sus dudas y consultas en el acto y a su entera satisfacción, porque en él encontrará minuciosamente descritos los más recientes descubrimientos de la técnica y de la ciencia; la biografía exacta y documentada de todas las figuras que la humanidad ha producido hasta nuestros días; los acontecimientos históricos, políticos, literarios, filosóficos y artísticos de todas las épocas y de todos los países; la información geográfica más extensa y precisa que figure en obra alguna de su género; y, en fin, cuanto pueda contribuir al enriquecimiento cultural de usted y de todos los suyos, proporcionándoles al mismo tiempo la más elevada satisfacción espiritual.



**MAS DE MEDIO MILLON DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS**

En sus 500,000 entradas, se incluye la totalidad del léxico que figura en la última edición del Diccionario de la Academia Española, enriquecido con gran número de americanismos, vocablos técnicos de reciente creación y otras muchas palabras que el uso diario ha incorporado a nuestro idioma. Por otra parte, el contenido de sus 13,000 páginas se realiza con la brevedad y el valor documental de sus 20,000 ilustraciones y cientos de láminas y mapas, en muchos colores y todo color, que contribuyen en gran medida a que las descripciones del texto adquieran máxima claridad, y permiten también que usted conozca, íntegramente reproducidas, las maravillas arquitectónicas creadas por la mano del hombre, las bellezas naturales y las obras maestras del arte que se hallan repartidas por todo el mundo.

SOLO \$50 AL MES

Jamás pudo sospechar usted que podía adquirir un DICCIONARIO de tal categoría con una cuota tan baja! Pero ya le ve abas, el milagro, que milagro parece, se ha convertido en tangible realidad, como usted mismo puede comprobar solicitando inmediatamente el lujoso folleto que se ofrece gratis.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

Apuerto 140 D. México D. F.

Sírvase remitirnos el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, dándonos a conocer también sus condiciones de pago.

Nombre _____
Domicilio _____
Localidad _____
Estado _____

**DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO**

BY VIGORAVICHA, Tl. - APUR, 140-000 - TEL. 19-63-88, 15-26-88, 20-50-80 - MEXICO, D. F.

AYUDE A LA INDUSTRIA...

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353

México, D. F.



(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio
Núm. 601-II-7399).

C E R V E Z A

bebida elaborada con materias
alimenticias



LA CERVEZA está elaborada con malta, arroz, lúpulo y levadura, elementos que contienen sustancias de alto valor alimenticio. Es una bebida de sabor agradable, sana y pura. Además la cerveza mexicana es reconocida como la mejor del mundo. Por todo esto, es bajo todos conceptos recomendable el consumo de esta bebida en forma adecuada, tal y como lo hacen los pueblos más sanos y fuertes del mundo; sola, como complemento de las comidas o para mitigar la sed.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

**B
A
T
E
Y**

*RON
DURO
100%*

No
cuesta
más,

**VALE
MAS**

© 1994 B & W. All Rights Reserved.

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



UNION NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZUCAR, S. A. de C. V.

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso. México, D. F.

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: \$210.801,818.37

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

PROBLEMAS AGRICOLAS E INDUSTRIALES DE MEXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

Bucareli 59

2o. Piso

Tel.: 21-11-01

Gerente:

ENRIQUE MARCUÉ PARDIÑAS

Director:

MANUEL MARCUÉ PARDIÑAS

Jefe de Redacción:

ANTONIO PÉREZ ELÍAS

•

VOLUMEN VII — 1955

NUM. 4.—*La política internacional del Presidente Cárdenas*, por Isidro Fabela.—*La reconquista de México* (los días de Lázaro Cárdenas), por Nathaniel y Sylvia Weyll.—Comentado por Luis Cardoza y Aragón, Wilberto Cantón y Enrique Ramírez y Ramírez.—*La política del Presidente Obregón*, por Manuel González Ramírez.

VOLUMEN VIII — 1956

NUM. 1.—*La formación de los grandes latifundios en México* (tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII), por François Chevalier. Comentado por Silvio Zavala, Lucio Mendieta y Núñez, Mario Sousa, Lucien Febvre, Robert Ricard, Pierre Chaunu, Vito Alessio Robles y Juan Bazant.

NUM. 2.—*Reforma Agraria y Democracia en la Comarca Lagunera*, por Clarence Senior.—*Estructura de once pueblos del Estado de Michoacán*, por Dan Stanislawski.—*La erosión del suelo y la población en el México central*, por Sherburne F. Cook.

DE VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



**SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos**

Viena 6
Tel.: 35-51-95

**KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos**

Reforma 515, Lomas
Tel.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Aarón Sáenz. **VOCALES:** D. Ernesto J. Ames-
cua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Cas-
anellas, Lic. Daniel Costo Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte R. Gómez,
Arg. Carlos Obregón Santacilla, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gon-
salo Robles. **SECRETARIO:** Dr. Ricardo Vinós.

S U R

REVISTA BIMESTRAL

HOMENAJE A ORTEGA

Fernando Vela: "Evocación de Ortega". * ORTEGA EN LA FI-
LOSOFIA, por Salvador de Madariaga * Julián Marias * José Fe-
rrater Mora * Francisco Romero * Juan Adolfo Vázquez * Segundo
Serrano Poncela * María Zambrano * Jorge A. Paita * Armando
Asti-Vera * Héctor Oscar Ciarlo * EL ENSAYISTA, EL SOCIO-
LOGO, por Carmen Gándara * Alvaro Fernández Suárez * Guille-
rmo de Torre * Ricardo Gullón * Rosa Chacel * Luis Araquistáin *
Jean Cassou * Juan Mantovani * Héctor Pozzi * Germán Arcinie-
gas * Raúl R. Ballbé * Jaime Perriau * EL HOMBRE, por Corpus
Barga * Carl J. Burckhardt * Elena Sansinena de Elizalde * Jaime
Benítez * J. B. Trend * Victoria Ocampo.

231

Julio y Agosto de 1956.

San Martín No. 689

BUENOS AIRES

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

Publicación semestral de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Un instrumento de trabajo indispensable para el historiador de América y el americanista por su Sección de Artículos, Noticias, Notas críticas, Reseñas y Bibliografía, con colaboraciones en los cuatro idiomas del Continente.

Director: Silvio Zavala.

Secretario: Javier Malagón.

Redactores: Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé, Ernesto de la Torre y Susana Uribe.

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sanbor Vilá (Argentina).—Humberto Vázquez Machivado (Bolivia).—Guillermo Hernández de Alba (Colombia).—José María Chacón y Calvo y Fermín Perna Sarauza (Cuba).—Ricardo Donoso (Chile).—José Honorio Rodríguez (Brasil).—Abel Romeo Castilla (Ecuador).—Merle E. Curti y Clement G. Mottin (Estados Unidos de América).—Rafael Hellodoro Valle (Honduras).—Jorge Andrade y J. M. Vélez Pizano (Perú).—Emilio Rodríguez Demortzi (República Dominicana).—Juan E. Pivel Devoto (Uruguay).

Suscripción anual, 5 dólares o su equivalente en moneda mexicana.

Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a: Comisión de Historia (R.H.A.) Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Ex-Arzbispado 29, Tacubaya, México 18. República Mexicana.

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

Por

JORGE L. TAMAYO

Cuadernos Americanos se ha hecho cargo, en forma exclusiva, de la distribución de esta interesante obra que consta de dos volúmenes de 628 y 582 páginas, con fotografías y mapas, y de un *Atlas Geográfico General de México* con 24 cartas a colores, formando un volumen en folio de 41 x 53½ cms., encuadernado en holandesa.

PRECIO DE LA OBRA:

Con los dos tomos, de texto a la rústica	\$ 100.00
Con los dos tomos, pasta de percalina	115.00
Con los dos tomos, pasta española	130.00

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Rep. de Guatemala No. 42-4

México 1, D. F.

Apartado Postal No. 965

Tel. 12-31-46

MEXICO Y LO MEXICANO

COLECCION DIRIGIDA POR EL PROF. LEOPOLDO ZEA

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|---|---------|
| 1. Alfonso Reyes, <i>La X en la frente</i> | Agotado |
| 2. L. Zea, <i>Conciencia y posibilidad del mexicano</i> | Agotado |
| 3. J. Carrión, <i>Mito y magia del mexicano</i> | |
| 4. E. Uranga, <i>Análisis del ser del mexicano</i> | |
| 5. J. Moreno Villa, <i>Cornucopia de México</i> | |
| 6. S. Reyes Navares, <i>El amor y la amistad en el mexicano</i> | |
| 7. J. Gaos, <i>En torno a la filosofía mexicana</i> (1) | |
| 8. C. Garizurieta, <i>Isagoge sobre el mexicano</i> | |
| 9. M. Picón-Salas, <i>Gusto de México</i> | |
| 10. L. Cernuda, <i>Variaciones sobre tema mexicano</i> | |
| 11. J. Gaos, <i>En torno a la filosofía mexicana</i> (2) | |
| 12. S. Zavala, <i>Aproximaciones a la Historia de México</i> | |
| 13. A. Ortega Medina, <i>México en la conciencia anglosajona</i>
(1) | |
| 14. L. Zea, <i>El occidente y la conciencia de México</i> | |
| 15. J. Durand, <i>La transformación social del conquistador</i>
(1) | |
| 16. J. Durand, <i>La transformación social del conquistador</i>
(2) | |
| 17. F. de la Maza, <i>El guadalupanismo mexicano</i> | |
| 18. P. Westheim, <i>La calavera</i> | |
| 19. R. Xirau, <i>Tres poetas de la soledad</i> | |
| 20. Ma. Elvira Bermúdez, <i>La vida familiar del mexicano</i> | |
| 21. José Luis Martínez, <i>La emancipación literaria de Mé-</i>
<i>xico.</i> | |
| 22. Juan A. Ortega y Medina, <i>México en la conciencia an-</i>
<i>glosajona</i> (2) | |
| 23. A. Cardona Peña, <i>Crónica de México</i> | |
| 24. A. Toynbee, <i>México y el Occidente</i> | |

Cada volumen \$10.00

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855

TELEFONO: 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

HUMANISMO

No. 39.—Septiembre-octubre de 1956.

•

"La Política Petrolera en Argentina, Bolivia, Colombia, Perú, Venezuela y México".

Escriben sobre el tema:

CAMPIO CARPIO

JOSÉ PAZ ESTENSORO

JOSÉ CARLOS DOMÍNGUEZ

EDUARDO SANTA

RAFAEL BUENDÍA

RÓMULO BETANCOURT

HARVEY O'CONNOR

RAÚL MEDINA MORO

JOSÉ DOMINGO LAVÍN

•

Pídala en las principales librerías de México y América,
o directamente a

H U M A N I S M O

San Juan de Letrán Núm. 13, Desp. 1704.

Teléfono 10-22-33. México, D. F.

EDITORIAL CVLTVRA
TALLERES GRAFICOS, S. A.



GUATEMALA No. 96. TELS: 22-46-41 y 22-08-32
MEXICO, D. F.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

•

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Buarque

•

4 dólares norteamericanos al año; número suelto: \$1.00

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduados de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:

NILITA VIENTÓS, GASTÓN.

Dirección:

Apartado 1142,
San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAÍS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 4, 5 y 6	20.00	2.00
1944	Los seis números	20.00	2.00
1945	" " "	18.00	1.70
1946	" " "	18.00	1.70
1947	Números 1, 2, 3, 5 y 6	18.00	1.70
1948	" 3, 4 y 6	15.00	1.55
1949	" 2 al 6	15.00	1.55
1950	" 2	15.00	1.55
1951	Números 2, 4, 5 y 6	12.00	1.40
1952	Los seis números . .	12.00	1.40
1953	Números 3, 5 y 6 . .	12.00	1.40
1954	" 4 y 6	12.00	1.40
1955	" 1 y 2	12.00	1.40

Los pedidos pueden hacerse a
República de Guatemala 42-4, Apartado Postal 905
o por teléfono al 12-31-46.

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras
publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 Y 1943.

ESTACIONES

REVISTA LITERARIA DE MEXICO

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Editores:

ELÍAS NANDINO

y

ALFREDO HURTADO

Dirección:

ALÍ CHUMACERO

ALFREDO HURTADO

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

ELÍAS NANDINO

CARLOS PELLICER

Oficinas: Revillagigedo 108-202

México, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Ave. de la Universidad 975
Tel. 24-89-33



Apdo. Postal 25975
México 12, D. F.

FILOSOFIA

J. Locke.

Ensayo sobre el entendimiento humano.
(empastado. 1a. ed. 733 pp. \$54.00)

BIBLIOTECA AMERICANA

Inca Garcilaso.

La Florida.

(empastado. 1a. ed. 471 pp. \$38.00)

LETRAS MEXICANAS

A. Reyes.

Obras Completas.

(empastado. Tomo III. 519 pp. \$40.00)

Francisco Monterde.

Teatro mexicano del siglo XX.

(Tomo I. 1a. ed. Empastado. 607 pp. \$32.00)

A. Magaña Esquivel.

Teatro mexicano del siglo XX.

(Tomo II. 1a. ed. Empastado. 701 pp. \$35.00)

SOCIOLOGIA

J. G. Frazar.

La Rama Dorada. Magia y Religión.

(3a. ed. Empastado. Papel Biblia. 864 pp. \$54.00)

ANTROPOLOGIA

F. Pichardo Moya.

Los aborígenes de las Antillas.

(1a. ed. 140 pp. \$12.00)

TIERRA FIRME

F. Benítez.

La Ruta de Hernán Cortés.

(2a. ed. Ilustrado en colores. Empastado. 244 pp. \$28.00)

BREVIARIOS

G. Gamow.

La investigación del Atomo.

(Brev. 116.116 pp. Empastado. Papel Biblia. \$7.50).

A. Salazar.

La música orquestal en el siglo XX.

(Brev. 117.170 pp. Empastado. Papel Biblia. \$10.00)

G. Abetti.

(Brev. 118. Ilustrado. 386 pp. Papel Biblia. \$15.00)

W. Wolff.

(Brev. 119.416 pp. Empastado. Papel Biblia. \$10.00)

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XV

VOL. XC

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1 9 5 6

MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1956

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,

CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARQUEZ

Manuel MARTINEZ BAEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CULTURA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1956 Vol. XC

Í N D I C E

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
RÓMULO BETANCOURT. ¿A dónde va Venezuela?	7
SERGIO BAGÚ. Diagrama político de la Argentina de hoy	38
MANUEL VÁZQUEZ DÍAZ. Las tesis fundamentales del aprismo	58
<i>México en la Comisión de Energía Atómica de las Naciones Unidas</i> , por MANUEL SANDOVAL VALLARTA	66

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

GUILLERMO DÍAZ DOIN. ¿Qué pasa en el mundo?	73
DAVID BAUMGARDT. Conflictos morales insolubles. Su interpretación en la filosofía existencial y en la tradición judeo-cristiana	100
LUIS ABAD CARRETERO. Meditación sobre Ortega	115

PRESENCIA DEL PASADO

JESÚS SILVA HERZOG. La crítica social en "Don Quijote de la Mancha"	133
ANTONIO CASTRO LEAL. Don Quijote, símbolo de la crisis de nuestro tiempo	149
ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO. Alexis de Tocqueville y la teoría del Estado Democrático	159
ALFREDO E. VES LOSADA. Campo y ciudad en Facundo	185

DIMENSIÓN IMAGINARIA

	<i>Págs.</i>
CARLOS SABAT ERCASTY. Poemas del hombre	203
PASCUAL PLÁ Y BELTRÁN. Tres poetas venezolanos en su ardiente dimensión	220
FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI. Pasión de la Avellaneda	238
RAÚL BOTELHO GOSÁLVEZ. Guzmán de Rojas: Pintor del Ande	252
MARIO MONTEFORTE TOLEDO. La Frontera	268

LIBROS Y REVISTAS

Libros	283
Revistas y otras publicaciones	296

Los índices de los números correspondientes al presente año, aparecerán en la próxima entrega, enero-febrero 1957.

Nuestro Tiempo

¿A DÓNDE VA VENEZUELA?

Por Rómulo BETANCOURT

CINCUENTA años de historia venezolana quedan resumidos en estas páginas. Con sus grandezas y sus miserias, sus largas etapas sombrías y sus paréntesis luminosos. Villano del drama, en ese lapso de vida nacional, es el Dios por excelencia en la mitología de la era mecánica: el petróleo.

Pero la historia de Venezuela, apasionante y tormentosa, no se inició cuando los norteamericanos comenzaron a extraer asfalto de la mina "Guanoco"; ni cuando los ingleses perforaron el primer pozo petrolífero en el Zulia. Comenzó siglos atrás, y las modalidades de ese proceso histórico condicionaron en buena parte el acaecer contemporáneo. De igual modo, están en germen dentro de las realidades negativas de hoy las posibilidades superadoras de mañana. Y no puede interpretarse lo que ante nuestra vista sucede, ni preverse los cambios del futuro, sin una incursión previa, aun cuando sea a grandes zancadas, por el fascinante y dramático ayer.

Trasfondo colonial

“Al tiempo de la conquista era habitada esta provincia de innumerable gentío de diversas naciones, que sin conocer monarca superior que las dominase todas, vivían rindiendo vasallaje cada pueblo a su particular cacique”, escribió uno de los primeros en historiar los orígenes venezolanos: Oviedo y Baños.

No encontró allí el conquistador hispano una población indígena en avanzado estado de evolución, como la azteca, quechua o aymará. Caribes, caquetíos, jirajaras y otras tribus numerosas, pero atrasadas y pobres, aportaron el ingrediente indígena a la mezcla integradora del tipo mestizo nacional. Es decir, el raleado remanente que quedó de una población terrícola diezmada por el arcabuz, los caballos y los perros de los conquistadores, porque peleó palmo a palmo en la defensa de su suelo.

Irreductibles, las indiadas no sometidas a la *encomienda* y a la *mina* continuaron librando el desigual combate. Se les hizo la imputación de antropofagia, para justificar contra ellas drásticas medidas punitivas. El mismo Oviedo y Baños comenta así el proceso de aniquilamiento de gran parte de la población aborigen: "...pero después de las mudanzas del tiempo y de la continuada extracción de indios, que por espacio de más de veinte años se hizo para las Islas de Barlovento, la consumieron de suerte que el día de hoy en ochenta y dos pueblos, de bien corta vecindad cada uno, apenas mantienen entre la ceniza de la destrucción la memoria de los que fueron".

Los aportes foráneos vinieron con el español y el negro, traído este último en las sentinas de los barcos esclavistas, para trabajar en el socavón de las minas y en las haciendas cacaoteras de Barlovento. De indio, negro y blanco tenemos un poco todos los venezolanos, en la pigmentación de la piel y en las reacciones psicológicas. Vallenilla Lanz, el cínico e inteligente teórico del despotismo gomecista, solía repetir, con razón y con sorna, que en Venezuela todos éramos "café con leche".

En el crisol de ese complejo de pueblos se fundió un tipo de hombre que ya desde los días de la Colonia tenía ciertas características propias. Humboldt, el Conde de Segur, Depont, otros viajeros inteligentes que visitaron el país en el curso del siglo XVIII, dejaron constancia en sus relatos de cómo los impresionó el modo de comportarse el venezolano. Criollo inquieto, vivaz y puntilloso; lector ávido de las novedades subversivas que escribían los filósofos y teorizantes de la Enciclopedia; gente pugnaz con las autoridades peninsulares y con pujos independentistas apenas terminada la pacificación, por virtual exterminio físico, de las batalladoras tribus indígenas.

Varias circunstancias contribuyeron a moldear el carácter venezolano desde los días de la Colonia, junto con esa misteriosa partícula anímica que da a cada pueblo su intransferible ser nacional.

La ubicación geográfica del país, en la zona más septentrional de Suramérica y con extenso litoral marítimo, lo hizo propicio para el arribo de gentes y de ideas venidas de ultramar. Los bajeles de la Compañía Guipuzcoana hicieron un tráfico relativamente regular entre sus puertos y los de España, y de contrabando llegaron a ellos, acaso con anterioridad que a otros pueblos americanos, los libros donde los profetas de la Enci-

cllopedia combatían el mito del derecho divino de los reyes. Creación borbónica más que austriaca —según observación de Ramón de Besterra, recogida y glosada por Picón Salas— la sociedad venezolana era permeable a las novedades ideológicas y no había en ella un fuerte sedimento conservador, como en otras donde las Administraciones Virreinales, las Reales Audiencias y las Universidades Pontificias contribuyeron a moldear castas criollas de obstinada fidelidad a la metrópoli absolutista y a la filosofía escolástica.

Estos antecedentes iluminan y explican los hechos de que fueran venezolanos Francisco de Miranda, el primer criollo universal del siglo XVIII; y Simón Bolívar, quien no necesita ser adjetivado. Y de cómo no siendo Venezuela una de las colonias españolas más pobladas ni con mayores riquezas naturales, cuajara en ella entre las primeras y adquiriera luego dinámica fuerza expansiva, el movimiento de emancipación de Suramérica.

Simón Bolívar fue el conductor de pueblos de aquella estupenda hornada americana de 1810 con una visión más continental. *"Sólo la unión de los pueblos latinos de América hará grandes y respetables ante las demás naciones"*, es frase suya que define de una vez su pensamiento. Hombre de acción, no se limitó a formular teóricamente esa consigna, sino que la puso a andar. Detrás de él, se llevó a su pueblo, en diáspora libertadora que es nuestra más hermosa aventura nacional, a guerrear con los ejércitos del Rey y a contribuir a la emancipación de pueblos regados por todo el ámbito suramericano.

Esa empresa desinteresada de una nación que durante quince años combatió en medio continente, recorriéndolo de un extremo a otro, a pie y a caballo, sin afán alguno de conquista, fue posible por la conjunción de líder y pueblo. Tan visionaria como Bolívar, tan encariñada como él con la libertad, era la multitud que lo seguía cuando atravesaba los Andes, para ir desde los llanos de Apure hasta el altiplano boliviano.

Observando las autocracias del siglo XIX venezolano, que se prolongan a buen trecho de lo que va del siglo XX, algunas gentes superficiales consideran casi una aberración que naciera Bolívar en ese país de aparente tolerancia hacia los déspotas. En el Libertador ven un hombre extraño, y aún opuesto, al medio social que lo produjo; cruzado de la libertad, hijo de una nación a la que se supone incapacitada para vivir con libertad.

Enrique Bernardo Núñez polemiza con esa tesis tonta, para

calificarla en forma benévola. "También se habla de Bolívar como de un hombre sin pueblo. Pero ésta como tantas otras es una observación superficial. Pues ¿de dónde salen esos soldados desnudos, descalzos, que no reciben paga y acampan al raso en marchas interminables; los que acompañan al Libertador en las Antillas, en los congresos, y en los consejos, todos esos hombres y mujeres que tanta constancia demuestran en la adversidad, tanta vocación de sacrificio? A poco que se reflexione, se verá que detrás de Bolívar se halla un pueblo entero".¹

En el guerrear incesante de tres lustros, Venezuela sacrificó la mitad de sus habitantes. La población nacional quedó reducida a un poco más de medio millón de personas, cuando se consolidó definitivamente la independencia. Para sorpresa de los oyentes, pude afirmar y demostrar en una mesa redonda universitaria realizada en Nueva York que mi país sufrió mayores pérdidas humanas, en las luchas por la emancipación, que Estados Unidos en dos conflictos bélicos de vasta magnitud en que ha participado: la Segunda Guerra Mundial y la más reciente de Corea. Cuando ya no había adultos para combatir, se echó mano de los adolescentes que estudiaban en el Seminario Tridentino de Caracas. Juan Vicente González, en su *Biografía de José Félix Ribas*, recogió para la historia cifras y hechos muy elocuentes. Refiriéndose a la orden que le dio Bolívar a Ribas, en 1813, de hacer marchar al frente de batalla a todos los hombres jóvenes que hubiera en Caracas, Juan Vicente González recuerda que su biografiado "llevó a cabo con formidable impaciencia lo que se refería a los estudiantes", y agrega: "Ellos serían hoy el ornamento de la República; y empaparon con su sangre los cerros de Vigirima y La Victoria"... "Para el 6 de marzo de 1814, de ochenta y cinco seminaristas, habían quedado seis, en julio, quedaba uno solamente".²

La República se inició en un país con poca gente y mucha tierra. Y a ese factor negativo de una población diezmada por las guerras de independencia, se unió la herencia de generales prestigiosos y broncos que aquéllas nos dejaron. Las veinticuatro grandes batallas de esa contienda ganadas en Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y en territorio nacional por generales venezo-

¹ ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ, *Una ojeada al mapa de Venezuela. ob. cit.*, p. 232.

² JUAN VICENTE GONZÁLEZ, *Biografía del General José Félix Ribas*. Editorial América-Madrid. p. 120.

lanos, significó un amplio saldo de héroes, que en más de una ocasión fueron estorbo y rémora, con sus desorbitadas ambiciones de mando personalista, para la evolución normal de la República. El mexicano Carlos Pereira, historiando el accidentado discurrir de la nación en los años subsiguientes a 1830, apunta con sobra de razón, que el problema principal de Venezuela fue el de libertarse de sus libertadores. Muertos Bolívar, Sucre, Urdaneta, las grandes figuras señeras del procerato militar, los sobrevivientes fueron, en su mayoría, inferiores a sus glorias, Páez, Mariño, los Monagas, tantos otros, se hicieron jefes de facciones enemigas, y para las agotadoras guerras civiles con las que continuaron desangrando al país hallaron siempre gente dispuesta a terciarse el fusil, en un pueblo con el subconsciente trabajado por la tradición hazañosa y descontento de los escasos beneficios sociales obtenidos de la independencia.

Un sector de los venezolanos cultos, por su parte, comenzó a refugiarse en el pasado heroico; a vivir inmerso en la historia, en vez de contribuir a hacer historia. A evadirse de lo cotidiano menguado embriagándose con el capitoso licor de la epopeya. Y síntoma revelador de ese narcisismo pasatista es el auge que la historiografía, como género literario, ha tenido siempre en Venezuela. Escribir sobre el ayer magnífico ha sido para muchos intelectuales una forma de eludir la responsabilidad de enfrentarse a lo contemporáneo bochornoso y de ayudar al advenimiento de un futuro mejor.

Una república de generales-presidentes

EL atraso económico del país y la cuantiosa pérdida de vidas y de riquezas que costó la independencia, fueron obstáculos para la formación de una burguesía resuelta a actuar como "una clase para sí". La guerra había diezclado y aniquilado casi a los hacendados y propietarios urbanos, los que podían y debieron asumir el gobierno de la República. Débiles e inseguros, abdicaron de su independencia política. Lejos de exigir el poder, con la misma energía que desplegaron los *pelucones* chilenos, para la gente más culta y con mejor conocimiento del arte de gobernar, se subordinaron a quienes "reclamaban los haberes de sus lanzas", como ya había dicho Bolívar, en frase feliz. Los guerreros devinieron gobernantes, brazo armado de una casta de latifundistas y de comerciantes. Desaparecido Bolívar, lo que

fue impulso jacobino en su obra de legislador y de estadista resultó arrasado en las constituciones y en los códigos, o burlado en los hechos. No se dotó de tierra al campesino, ni de libertad al esclavo. El sistema de elecciones escogido fue censitario y aristocratizante. Sólo podían ser electores y elegibles, en los primeros tiempos de la república, los propietarios y los poseedores de títulos universitarios, vale decir, la notoria minoría con acceso a la riqueza y a la cultura.

En 1835, la clase culta y con mayor poderío económico procuró aminorar, siquiera parcialmente, el imperioso dominio que sobre la nación ejercía el general José Antonio Páez. Escogió, e hizo triunfar, la candidatura para Jefe del Estado del doctor José María Vargas. Fugaz fue el interludio de gobierno civil. Lo barrió, a los pocos meses de instaurado, la violencia cuartelaria. Y la incógnita difícil de descifrar a distancia de un siglo es la de la parte de culpa que en ese fracaso del primer gobierno civil venezolano corresponde a la escogencia desafortunada que se hizo de quien iba a presidirlo. Vargas era un científico ilustre y un ciudadano de eminentes virtudes cívicas. Pero carecía de vocación y de voluntad políticas. Aceptó a regañadientes la postulación y en su primer mensaje al Congreso se manifestó sorprendido de que se le hubiera designado para la presidencia. Amenazó con renunciarla, a los pocos meses de ejercerla, por un desacuerdo sin importancia con el Poder Legislativo. Gobernaba con evidente desgana, y esa inhibición subjetiva lo paralizó al estallar la sublevación militar.

Después de la fallida experiencia de Vargas, los sectores poseyentes venezolanos prefirieron maniobrar detrás de los presidentes militares, simples administradores desde el gobierno del jerarquizado e injusto sistema económico-social recibido de la Colonia. Esa miopía suicida de los sectores más cultos y económicamente influyentes, produjo dos resultados, ambos muy negativos. El primero, que el país avanzara lentamente en su proceso de integración como Nación y como Estado, porque salvo contados paréntesis de gobiernos civiles y de derecho siempre estuvieron al frente de la administración pública arbitrarios caudillos guerreros; y el segundo, que se incubara un odio revanchista en las capas populares, a las cuales se les negó justicia social e ingerencia en la vida política.

Ese odio estalló, con arrasadora violencia, en la Guerra Federal (1859-1864). El ejemplo de la revolución parisiense del 48 y las prédicas de los socialistas utópicos que para aquellos

años inflamaban los espíritus de los obreros y artesanos europeos, encontraron su exégeta y su vocero venezolano en un extraordinario demagogo: Antonio Leocadio Guzmán. Su ardiente prédica liberal prendió en los estratos pobres del país, y cuando la pugna ideológica con el conservatismo gobernante derivó hacia la contienda armada el pueblo vertió generosamente su sangre, animado de mesiánica fe, hasta llevar al gobierno a los corifeos de un credo tan promisor.

Esa "guerra larga", como se le conoce en los anales nacionales, arrasó prácticamente con lo poco que había hecho la oligarquía *godá*, o conservadora, para organizar la administración pública y hacer progresar al país. Sus conductores triunfantes defraudaron en gran parte las expectativas populares y se transformaron a su vez en jefes de una nueva oligarquía. Pero dejó como saldo favorable esa contienda ideológica y armada el quebrantamiento del sistema de estamentos sociales superpuestos, la consolidación de la libertad de los esclavos e indiscutibles avances en las leyes civiles de la república.

La oligarquía liberal gobernó también a través de imperiosos régulos de monotonía. Apenas hubo dos paréntesis de gobierno civil (Rojas Paúl, Andueza Palacios), en la segunda mitad del siglo XIX. Los Monagas, Falcón, Guzmán Blanco, Crespo, otros más, forjados todos al arrimo del vivac, cubren con sus nombres y sus prácticas caudillescas el ciclo que precede a los dos despotismos en los cuales culmina y adquiere implacable expresión el sistema autocrático de gobierno: los de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

Los factores negativos que entrababan el progreso político y social de la nación se conjugaron con intervenciones e interferencias extranjeras. Venezuela ha sufrido como pocos países hispanoamericanos la presión agresiva de las grandes potencias. En 1858, y por solidaridad con un déspota derrocado —José Tadeo Monagas— varias naciones europeas, con Inglaterra y Francia encabezándolas, bloquearon los puertos del país. Años después (1895), Inglaterra amenazó con desembarcar sus marinos en nuestras costas, por un litigio de límites con la Guayana Británica. Y si la intervención del Presidente Cleveland, invocando la Doctrina Monroe, impidió el atropello, ello fue al precio de que un fallo arbitral parcializado e injusto incorporara al dominio imperial inglés extensa porción de territorio nacio-

nal.³ En 1902, los acorazados de Guillermo II bombardearon dos puertos de la República y la marinería alemana incurrió

³ Inglaterra, con su arrogancia victoriana de mediados del siglo XIX, se negaba a aceptar la solución del arbitraje propuesta por los gobiernos venezolanos para zanjar una disputa que abarcaba 50.000 millas cuadradas de tierras, en las vecindades del Orinoco. Venezuela exhibía títulos históricos inobjetables para continuar en la posesión de ese territorio y Albión los reclamaba como parte del dominio de la Guayana Británica. El Presidente Cleveland, ante la tosudez británica en rechazar el arbitraje, nombró en enero de 1896 una comisión de juristas norteamericanos para estudiar los términos del conflicto. Segura como estaba de que esa investigación le sería desfavorable, Inglaterra cedió. El tribunal arbitral internacional lo integraron cinco jueces, escogidos por las partes: Lord Russell y Lord Collins, miembros de la magistratura inglesa; el Presidente de la Corte de Justicia de Estados Unidos, señor Fuller, y el Magistrado de la misma Corte, señor D. Brewer. Presidió ese tribunal el Profesor F. de Martens, tratadista ruso de Derecho Internacional. El laudo fue dictado el 4 de octubre de 1899, en escueto, sumario documento, sin razonamientos de ninguna clase; y tan notoriamente parcializado a favor de las pretensiones inglesas, que le otorgó a la Guayana Británica el 90% del territorio en disputa. Venezuela conservó apenas 5.000 millas cuadradas en la parte sureste de la desembocadura del Orinoco y el control sobre las bocas por donde ese río desagua en el mar. Venezuela protestó del fallo injusto, pero sólo en fecha muy reciente se han conocido los entretelones de la absurda decisión arbitral. En julio, 1949, publicó el *American Journal of International Law*, revista estadounidense de Derecho Internacional, un memorándum póstumo del jurista señor Mallet-Prevost, quien fue uno de los abogados de Venezuela ante el tribunal de arbitraje. En él se explica que realmente no hubo laudo inspirado en el derecho y la justicia, sino que la sentencia fue un simple arreglo de hecho entre el juez ruso y los dos ingleses, producto de una transacción diplomática previa entre las Cancillerías de Londres y Moscú. Los dos jueces norteamericanos fueron colocados ante esta alternativa: o firmar también ese laudo o quedarse en minoría, pero en ese caso el dictamen hubiera sido otro, otorgándole a los ingleses aun la posesión sobre las bocas del Orinoco. Dice Mallet-Prevost que el ex-Presidente de Estados Unidos, general Harrison, otro de los abogados de Venezuela, se expresó en el más crudo lenguaje del Oeste de su país al ser enterado por los magistrados compatriotas suyos de los términos del enjuague. Y agrega que tanto los abogados por Venezuela como los dos jueces en minoría resolvieron aceptar, como el mal menor, la fórmula del trío anglo-ruso. Resulta explicable, a la luz de estos hechos, la actitud que a través de los años han conservado los venezolanos, ante la usurpación de esa parte de su territorio. De la reivindicación de esas tierras no se ha hecho un problema pugnaz, porque ha habido el consenso en las gentes más preocupadas de que otros tienen primacía. Pero el problema existe y a la larga deberá hallársele la solución de justicia que reclama.

sobre Maracaibo y Puerto Cabello. Y ya se leyó, en páginas anteriores, cómo la cuna del gomezalato fue arrullada, con maternal solicitud, por la diplomacia estadounidense; y el papel que desempeñaron en 1908, para afirmar aquella brutal tiranía, los acorazados del Tío Sam.

Después, apareció el petróleo. Asidero financiero y respaldo internacional proporcionó ese inesperado venero a los regímenes de fuerza.

El petróleo enriqueció el fisco y sufragó los crecidos gastos en ejército y policía reclamados por las dictaduras. Pactos no escritos de mutua ayuda funcionaron entre los sectores autoritarios criollos y los personeros del cartel petrolero internacional. Y el auge minero le hizo un daño adicional al país. El incentivo de la riqueza fácil fue el corrosivo que disolvió, en importantes núcleos sociales, austeros conceptos de vida. La sobriedad tradicional del venezolano fue substituida por el afán desorbitado de hacer fortunas; y muchos, al asociarse para obtenerlas a gobernantes arbitrarios y venales, simples procónsules de la internacional de los petróleos, olvidaron que era a costa de los intereses del país como incrementaban su peculio privado. Personas de las más obligadas, por su mayor cultura, a interesarse en las cuestiones públicas, se enquistaron en la sola atención egoísta de sus intereses personales. La religión del éxito —entendiéndola como disfrute de lujosas mansiones, de varios automóviles en el garaje doméstico y de cuenta bancaria sólida— tuvo un proselitismo extenso y devoto. Algunas capas medias de la población y aun grupos de extracción popular no fueron inmunes al contagio de una filosofía de vida groseramente materialista. El afán de competir con el nuevorriquismo derrochador en su despliegue de bienestar muy ostentado llevó a bastantes individuos a la renuncia de sus deberes ciudadanos, para bracear en un esfuerzo agónico por adquirir siquiera remedos de fortuna.

El otro lado del cuadro

HASTA aquí se ha contemplado una sola cara de la realidad venezolana. La dramática, tan cargada de colores sombríos. En ella, y sólo en ella, se detienen los cultores del pesimismo, los jeremías del desaliento. Ignoran los elementos afirmativos y promisoros, en coexistencia pugnaz con los que dificultan un desarrollo armonioso de nuestra personalidad colectiva.

El primero, y el más determinante, de esos elementos positivos es la pasión de libertad en el pueblo. Nunca gobernaron en paz los caudillos afortunados y los autócratas imperiosos. El espíritu de resistencia democrática encarnó en millares de disidentes, que afrontaron persecuciones, cárceles y exilios; o perecieron en la aventura armada.

El procerato civil de Venezuela tiene nombres que son símbolo de militante lealtad al ideario democrático. Libros y actividades de algunos de los que lo integran han influido en el pensamiento liberal hispano-americano, trascendiendo más allá de las fronteras del país. La obra de Juan Germán Roscio sobre el conflicto entre libertad y despotismo contribuyó a modelar, en forma decisiva, la conducta política de Benito Juárez. Andrés Bello es uno de los forjadores del ordenamiento jurídico y de las instituciones democráticas de Chile. Miguel José Sanz, el maestro de Bolívar, caído en los campos de batalla de las guerras de independencia, se adelantó a su tiempo al intuir el moderno concepto de la educación de masas. Fermín Toro formuló, a mediados del siglo pasado, la crítica del liberalismo económico y de la autocracia como sistema político, con extraordinario vigor dialéctico. En Cecilio Acosta encontró y exaltó José Martí a un par suyo en la devoción a los ideales de libertad y en la densa cultura humanística. Y en nuestro tiempo, la tradición de civilidad en trance de agónica lucha frente a los caudillos bárbaros ha tenido continuadores esclarecidos e insobornables. Arévalo González, un periodista irreductible, arrastró *grillos* en las cárceles de Juan Vicente Gómez, por más de quince años. Pío Gil, escritor de prosa acre y combativa, consagró su vida a lanzar desde el destierro panfletos virulentos contra los desgobiernos de sus conterráneos Castro y Gómez. Jacinto López realizó la proeza editorial de sostener por largos años, en Nueva York, la revista *La Reforma Social*, solvente tribuna doctrinaria contra el despotismo gomecista y los otros que campeaban entonces en Hispano-América y de crítica a la política norteamericana del *big-stick*, en los días del primer Roosevelt de Harding y de Coolidge. Rómulo Gallegos escribió en su primer exilio de los años 30 algunos de sus mejores libros —*Cantaclaro* y *Canaima*, entre ellos— después de haber rechazado con altivez las ofertas corruptoras de la dictadura de Gómez. Andrés Eloy Blanco, el más alto poeta nacional y egregia voz lírica de América, llevaba en los tobillos las huellas de los *grillos*, y murió en el exilio. *Puros hombres*, acaso el libro más

logrado de Antonio Arraiz, resume y rezuma sus experiencias de prisionero político. Armando Zuloaga Blanco, abandonó en la temprana juventud promisoras las aulas de la Sorbona y los proyectos de escritor en agraz, para dar su vida en una aventura antidictatorial. En sus prolongados destierros de Londres y Santiago de Chile, respectivamente, adquirieron sólido bagaje de cultura dos brillantes representantes del pensamiento venezolano contemporáneo: Alberto Adriani y Mariano Picón Salas. Enrique Bernardo Núñez, amurallado a tentaciones de ambiente, ha realizado y sigue realizando una admirable labor de rescate y exaltación de los mejores valores de la nacionalidad. Rufino Blanco Fombona y José Rafael Pocaterra fueron, en sus mejores años, fieles a esa tradición de dignidad de la inteligencia, en pensamiento y obra; y si se les quebró la voluntad de lucha en la hora postrera de sus vidas, no puede desecharse lo que hay de afirmativo en anteriores etapas de ellas.

Y la tradición continúa, en estos duros tiempos de hoy. La antorcha pasa de unas manos a otras. Leonardo Ruiz Pineda y Valmore Rodríguez, Andrés Eloy Blanco y Alberto Carnevali, Antonio Pinto Salinas y Luis Troconis Guerrero, tantos más caídos en la calle, la cárcel o el exilio, firmes en el denodado empeño de liberar a Venezuela del despotismo, son testimonios de la continuidad de una conducta. La de los mejores hombres de pensamiento, enfrentados al reto de la barbarie indigerida que aún arrastra el cuerpo social de la nación.

Hombres de campamento o cuartel también han pugnado por afirmar el imperio impersonal de la Ley, para que se gobierne al servicio del pueblo. Carlos Soubllette, general de las guerras de independencia, hizo uno de los gobiernos de mayor respeto por los fueros de la libertad que haya tenido la República. Rafael Urdaneta, otro de los tenientes de Bolívar, actuó en la vida pública con apego a austeras normas ciudadanas. Ezequiel Zamora, el intuitivo estratega de la Guerra Federal, fue un revolucionario de entrañable vinculación a lo popular. José Manuel Hernández, romántico cruzado del sufragio libre, consumió en cárceles, exilios y pronunciamientos armados una larga vida combativa. Frente al despotismo de Cipriano Castro alzó su protesta viril el legendario Antonio Paredes, militar autodidacta, quien antes de morir fusilado, escribió libros sobre sus prisiones que recuerdan a los de Silvio Pellico. Y en la lucha contra la barbarie gomecista, dieron sus vidas —abatidos por los fusiles del régimen o victimados en los calabozos— generales

forjados en la fragua de las guerras civiles, como Horacio Ducharne, Román Delgado Chalbaud, Rafael María Carabaño, Juan Pablo Peñalosa, Doroteo Flores, Bartolomé Ferrer; o militares salidos de aulas castrenses, como los Alvarado, los Parra Entrena y docenas más de oficiales cultos y demócratas. En nuestros días, aleccionadores son los ejemplos del comandante Mario Ricargo Vargas, fallecido en el exilio; y de los capitanes Juan Bautista Rojas y Wilfrido Omaña y teniente León Droz Blanco, asesinados.

Y civiles y militares impulsados a enfrentarse a los regímenes de arbitrariedad por esa latencia de rebeldía ante la opresión política y el afán de vida democrática, siempre presentes en el pueblo. Sentimientos motores del alma nacional que le arrancaron a Guzmán Blanco aquella expresión, en criolla frase de sabor pastoril: *"Venezuela es como un cuero seco; cuando se le pisa por una punta se alza por la otra"*.

Además de su pasión de libertad, el pueblo venezolano tiene otra característica muy definida: la de la rapidez con que capta los mensajes de superación. Es la suya una inteligencia ágil y plástica. Las ideas sociales renovadoras las asimila con sorprendente receptividad.

Esas cualidades han podido apreciarse, con particular nitidez, en el transcurso de los veinte años posteriores a la muerte de Gómez. Después de una tan larga tiranía esterilizante era de esperarse que el pueblo estuviera envilecido y estupidizado. Los hechos demostraron lo contrario. Los partidos políticos populares; las organizaciones sindicales, profesionales y estudiantiles, adquirieron en Venezuela desarrollo más rápido que en varios otros países de América Latina, con una evolución histórica menos accidentada que la nuestra. Y cuando se le ofreció al pueblo la plena oportunidad de votar, después de la revolución de 1945, lo hizo como una colectividad "vieja en los usos de la sociedad civil", para recordar una frase de Bolívar en su carta de Jamaica. El campesino paupérrimo votó en toda oportunidad contra las candidaturas gratas a los latifundistas que lo explotaban y fue incapaz de mercar con su cédula electoral. La masa mayoritaria de los votantes sufragó siempre por los hombres y programas que encarnaban principios de justicia social y democracia política.

El pueblo venezolano defendió y apoyó con lealtad a toda prueba al régimen democrático que duró de 1945 a 1948. Supo frenar sus impacencias, y esperó confiado a que se desarro-

llaran los programas en marcha para elevar su deprimido nivel de vida. Ni un solo motín anárquico de masas enardecidas registra ese período de historia venezolana.

Derrocado el gobierno constitucional, el pueblo ha venido prestando su cooperación ardiente a la resistencia clandestina, conducida por Acción Democrática. Ya se ha leído cómo ha dado interminable ración de víctimas a las cárceles de la dictadura y al plomo fratricida con que se liquidó a sangre y fuego los brotes de rebeldía colectiva.

Después de cuatro años de dictadura militar, en 1952, el pueblo dio cabal manifestación de mayoría política y de conciencia cívica. Derrotó en las urnas, votando por los dos únicos partidos legalizados de oposición: URD y Copey, a un régimen que usó para ganar las elecciones todos los recursos del poder y las técnicas que en otros países latinoamericanos habían resultado tan útiles a gobiernos totalitarios. Coacción policial; demagogia propagandística, a través de los más modernos medios de publicidad; millones de bolívares tirados a la calle por agentes oficiosos en el inútil empeño de cohechar votantes. Ya se conoce el resultado: una derrota tan decisiva para los candidatos de la dictadura como no se recuerda otra, bajo condiciones similares, en los anales políticos de América Latina.

Este solo hecho basta para invalidar la tesis, tan repetida de modo especial por un sector de la prensa de Estados Unidos, que atribuye las dictaduras de los países americanos de habla española a una incapacidad casi congénita de sus pueblos para vivir dentro del régimen democrático. Se les considera inhabilitados para el ejercicio y disfrute de las formas representativas de gobierno. La verdad es otra. Es la alianza de los sectores autoritarios de los ejércitos con grupos civiles reaccionarios y corporaciones extranjeras, lo que dificulta y entraba la voluntad de las colectividades de darse gobierno de derecho, civilizados, sujeto al respeto de la Constitución y de las leyes. En el concreto caso de Venezuela, pocas dudas podrán tener quienes hayan leído este libro acerca del rol cumplido por los capitales foráneos aplicados a la industria petrolera en la promoción y apoyo de los gobiernos dictatoriales.⁴

⁴ Estas ideas están abriéndose paso en los medios universitarios y cultos de Estados Unidos. Ya se comienza a entender en ellos que no hay en nuestros pueblos una vocación heredada, o tara psicológica colectiva, empujándolos hacia el desorden anárquico, con su contrapartida de gobiernos autocráticos como única alternativa para mantener el

Pero una pregunta surge, necesariamente: ¿por qué si el pueblo venezolano quiere la libertad y por ella lucha, no ha podido aún deshacerse de la dictadura que lo oprime desde hace ocho años? Esa pregunta nos lleva de la mano a analizar, a grandes rasgos, el papel de los ejércitos en la sociedad contemporánea, y, de seguidas, los medios posibles para contrarrestar su influencia antidemocrática, cuando se les ha puesto al servicio de las desorbitadas ambiciones de un déspota.

El ejército frente a la Nación

KARL Mannheim, sociólogo de dilatada influencia, ha definido con acierto el papel que en los conflictos políticos de nuestro tiempo desempeña "la concentración de los instrumentos de poder militar".

El avance tecnológico de las armas modernas ha dado a los ejércitos organizados un gran poder represivo. Un pelotón de choque, con carros blindados, granadas de mano y ametralladoras, equivale hoy poco menos a lo que en el pasado fue un

orden. En un breve e iluminador ensayo del profesor Merle Kling, de la Universidad de Washington, se insurge contra esas tesis superficiales y se señala como la causa básica en la inestabilidad de los gobiernos de América Latina la contradicción en las naciones que la integran entre una soberanía política *formal* y un coloniaje económico *real*. Las fuentes económicas de poder en esos países están bajo contralor de corporaciones extranjeras, o reguladas por un solo gran mercado de consumo, el norteamericano. Refiriéndose a Venezuela, el profesor Kling aporta cifras ya conocidas del lector reveladoras de la inmensa gravitación de la industria petrolera en el país; añade que no se dispone de datos precisos sobre la forma como "la política y decisiones de las compañías petroleras" contribuyeron a la caída del régimen democrático, y concluye afirmando: "La oscura naturaleza de ciertos detalles, sin embargo, no puede servir para rechazar la inferencia de que una relación existe entre el dominio económico de las compañías petroleras y las normas de conducta política en Venezuela. Aun cuando las técnicas exactas del ejercicio de poder no son fácilmente demostrables, resulta obvio que una base substancial de poder en Venezuela es controlada por instituciones económicas situadas fuera de las fronteras geográficas del país. El control de la riqueza minera, en consecuencia, dentro de la armazón de economías coloniales, introduce un elemento externo de limitación al ejercicio del poder por los movimientos y fuerzas domésticas en América Latina". El trabajo del profesor Kling se titula *Towards a theory of power and political instability in Latin America*. Fue publicado por *The Western Political Quarterly* (marzo 1956), revista de la Universidad de Utah, Estados Unidos.

batallón. De ahí, como observa Mannheim, que "la concentración de instrumentos militares disminuya las posibilidades de todo tipo de insurrección o revolución, lo mismo que la ejecución de la voluntad de la masa democrática". "El secreto de la democratización que tuvo lugar en el siglo XIX —agrega— estriba en el simple hecho de que un hombre significaba un fusil y mil hombres, mil fusiles. Hoy, el poder relativo de las fuerzas opuestas no ha de medirse contando con individuos, sino con el número de personas que pueden ser muertas o aterrorizadas con una sola bomba". De donde concluye ese pensador que en nuestro tiempo "una fuerza militar puede de tal modo aislarse socialmente de la población general, que siempre sea posible usarla contra ella".⁵

Nehru, actual gobernante de la India, experimentado jefe político con muchos años de dedicación a la actividad pública, confirma con experiencias de su país la tesis de Mannheim. Así comenta el fracaso de la insurrección popular hindú de 1942: "Por primera vez desde la gran rebelión de 1857, las masas se alzaron para enfrentarse por la fuerza —una fuerza sin armas— a la estructura del dominio británico en la India. Era un desafío insensato e inoportuno, porque toda la fuerza organizada y armada estaba del otro lado. *Por muy numerosa que sea una multitud, no puede imponerse por la fuerza a las fuerzas armadas. Tiene que fracasar, si esas fuerzas armadas no pasan a su lado*". (Subraya R. B.)⁶

Lenin y Mussolini, ideólogos de doctrinas con radicales divergencias, coinciden, sin embargo, en admitir la imposibilidad en nuestros días de un movimiento insurreccional popular químicamente puro, enfrentado inerme al poder militar. El jefe bolchevique, al extraer enseñanzas de lo que sucedió en Rusia en 1917, dice que "ninguna revolución de masas podrá triunfar sin el apoyo de una parte, cuando menos, del ejército que sostenía al viejo régimen". Y el creador del Fascio, a su vez, acuñó una frase gráfica: "Se puede hacer una revolución con el ejército o sin el ejército, pero no contra el ejército".

Estas son verdades innegables. No admitirlas, sería revelar insensatez. Y espíritu aventurero e irresponsable, por añadidura, si se tratare de partidos y de jefes políticos que lancen masas

⁵ KARL MANNHEIM, *Libertad y planificación social*, ob. cit., p. 47.

⁶ JAWAHARLAL NEHRU, *El descubrimiento de la India*, ob. cit. p. 47.

inermes a la acción insurreccional, frente a fuerzas regulares bien armadas.

Pero si el "alzamiento" a la desesperada es un suicidio colectivo; si la exclusiva "acción de masas" de que tanto hablan los comunistas es una aventura condenada de previo al fracaso, la sola resistencia *pasiva* frente a los despotismos no es respuesta suficiente de los partidos políticos populares y de los hombres que los dirigen. Entre una posición y otra, entre el desplante epiléptico y la parsimonia reumática, rechazables por igual, se ubica la tercera, la justa: la estrategia que consiste en orientar y conducir la resistencia *activa* del pueblo contra sus opresores. Y, como factor importante de esa estrategia, la atracción al campo democrático, mediante la propaganda sistemática y la captación de aliados en los medios castrenses, de una parte de las fuerzas militares que apoyan, por inercia o por irrazonada sumisión disciplinaria, a un régimen despótico.

De lo abstracto del razonamiento, aterricemos a lo concreto de la acción posible; de lo universal, derivemos hacia lo particular venezolano.

Anverso y reverso de la situación política venezolana

VENEZUELA disfruta del lamentable privilegio de ser considerada, junto con la República Dominicana, como "los dos países del Hemisferio Occidental aún bajo sangrientas dictaduras absolutistas, en las cuales ninguna forma de libertad es permitida", para recordar las palabras del Consejo Ejecutivo del AFL-CIO, del movimiento obrero unificado de Estados Unidos, en su declaración del 7 de junio, 1956.⁷

Cuatro años después del segundo golpe de cuartel de diciembre de 1952, a raíz de haber sufrido la dictadura abrumadora derrota en las elecciones de ese año, persiste inmodificado un sistema de secuestro de las libertades públicas, asesinato

⁷ En ese mismo documento del movimiento obrero de los Estados Unidos, suscrito por George Meany a nombre de más de 20 millones de trabajadores organizados, se hicieron afirmaciones de singular significación. En él se leen conceptos como éstos: "...urgimos a nuestro gobierno a revisar radicalmente su política con relación a América Latina, con el objetivo de fortalecer el apoyo moral, político, diplomático y económico a aquellos países cuyos regímenes practican la democracia... Al propio tiempo, urgimos a nuestro gobierno a desligarse de todo respaldo activo a aquellos regímenes latinoamericanos que son an-

y encarcelamiento de opositores, rígida censura a la prensa y a toda otra forma de expresión del pensamiento.

El 3 de febrero de 1956 pareció que iba a modificarse favorablemente esa situación. En esa fecha se anunció oficialmente, desde Caracas, una amnistía general para presos y exilados. La medida se tradujo en los hechos apenas al permiso de regreso al país de unos cincuenta de entre los varios millares de venezolanos que viven en el destierro, y a la excarcelación de unas docenas de los varios centenares de presos políticos. Y unas semanas después de esa maniobra de diversión, con fines de engaño de la opinión internacional, se masacró al estudiante en las calles de Caracas.

De ese sangriento suceso, que indignó a la gente con sensibilidad de Venezuela y fuera de ella, ni siquiera hizo mención Pérez Jiménez en su mensaje al llamado Congreso (21 abril, 1956). Y si ratificó, en forma desafiante, la intención del régimen de persistir en sus métodos represivos y arbitrarios.

En ese mensaje se hizo explícita confesión de que, sin intervención de jueces ni derecho a la defensa, se han tomado medidas de encarcelamiento o deportación de personas "cada vez que las circunstancias lo han requerido" y siempre, por supuesto, "en resguardo de la colectividad, así como de la preservación de la paz y del clima de libertad bien entendida". A renglón seguido se agregó que "a fines del año pasado el gobierno autorizó el regreso al país de personas que estaban fuera y dispuso la libertad de otras". Y se concluyó con un desplante de arrogante soberbia, muy digno de un régimen que en estos tiempos de *Onus* y *Oeas* y comisiones internacionales de Derechos Humanos practica con abierto desenfado la Ley de la Selva: *"Estos actos no son calificados de amnistía, porque no se procede con ánimo de perdonar culpas o de congraciarse con supuestos adversarios, y porque no ha habido ni clemencia ni afán de rectificar posibles errores"*.

Al recordar que esos hechos y palabras retadores provienen de un régimen de auge fiscal sostenido por el fluir ininterrumpido

tidemocráticos y niegan a sus pueblos los elementales derechos políticos y obreros consagrados en las Constituciones y en la Carta de la Organización de Estados Americanos. Las pequeñas desventajas diplomáticas transitorias que puedan resultar de esa actitud serían ampliamente compensadas con la oleada de aprobación popular en toda América Latina y por el aumento de prestigio que ganaría nuestro país a través del mundo libre".

pido del petróleo, y con sólidos respaldos y complicaciones diplomáticas, podría creérsele estable para una larga etapa. Esa conclusión sería resultado de un análisis superficial. Existe en Venezuela una activa, aun cuando subterránea, resistencia a la tiranía. Y la historia prueba que allí donde la opresión política es combatida con perseverancia, la libertad termina por recobrar sus fueros. Pueblo que no esté doblegado ante sus despotas, sino que los repudie y desprecie, concluye por dar buena cuenta de ellos. Lo dijo, en su hermoso lenguaje de gran poeta y político intuitivo, nuestro Andrés Bello, en su discurso-testamento, pronunciado ante los exilados en México pocas horas antes de morir: "... es necesario dar a lo económico toda su importancia, pero recordar también la realidad de nuestros pueblos. Pueblos de economía retrasada y epopeya resplandeciente; pueblos subdesarrollados en su aspecto económico y millonarios en el aspecto humano; de población pequeña y de héroes grandes. En estos pueblos el valor emocional, y, sobre todo, el factor humano, son vitales. Nuestro primer material y nuestra primera riqueza, es la riqueza humana".

Pero otras reflexiones, concurrentes a determinar un enfoque optimista del futuro político venezolano, deben hacerse. Se vinculan unas a la propia realidad nacional; otras derivan de recientes hechos históricos, ocurridos dentro del ámbito americano y en escala universal.

En lo que a lo venezolano se refiere, se aprecia que el régimen impuesto al país sin su consentimiento es un anacronismo histórico, en pugna con el grado de desarrollo ya alcanzado por la nación. Sus sistemas administrativos empíricos y su osado desdén a toda norma de buen gobierno son tan contrarios a los requerimientos de una sociedad evolucionada como odiosos para toda la población sus métodos policiacos en las relaciones con la ciudadanía. Es que Venezuela no es ya la de los días de Castro y de Gómez, que apenas rebasaba los dos millones de habitantes, atrasada y pastoril, sin industria, aislada del mundo en una época de comunicaciones difíciles, de población azotada por el paludismo y de escasa cultura. Hoy ya integramos una nación moderna, incorporada a la revolución industrial del siglo XX, con territorio en gran parte saneado de las endemias del trópico, con población que excede de los cinco millones de habitantes, de los cuales medio millón de obreros reunidos en centros fabriles y extractivos; con capas extensas de esa población ya culturizadas y con una clase media numerosa e informa-

da; y el país no es ahora una isla amurallada sino, por lo contrario, debido a su ubicación geográfica y a su potencial económico, nudo de intercomunicaciones aéreas y marítimas. La radio se ha encargado de nulificar el empeño de quienes gobiernan de aislarnos del mundo tanto como lo estuvo el Paraguay de Rodríguez Francia, en el siglo XIX. Así se explica por qué la mayoría determinante de los venezolanos, independientemente de las posiciones ideológicas de los distintos grupos sociales, sea incompatible con un régimen empeñado en seguir aplicando en una nación adulta y en trance de acelerado crecimiento los métodos tribales de gobierno de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Y en esa apreciación de que son incompatibles el estadio de evolución ya alcanzado por la sociedad venezolana y la forma como se le gobierna coincide la opinión extranjera con la nacional. "Aun cuando logren mantener el orden —escribía a ese respecto *The Economist*, de Londres, el 11 diciembre 1952— esos no son los hombres capaces de dirigir los programas implícitos en una economía tan desarrollada como la venezolana".

Si en la actualidad Venezuela-país es diferente del que existió bajo Gómez, también es distinto el ejército de hoy a la montonera de aquella época, horda primitiva comandada por chafarotes ignaros. Las necesidades del propio desarrollo nacional y la complejidad tecnológica de las armas modernas ha impuesto que en algunas ramas del Ejército, especialmente en la Armada y la Aviación, actúen grupos de oficiales con apreciables niveles de cultura. No será por eso tiempo baldío el que se emplee, como ya se ha podido apreciar con motivo de brotes de insurgencia frustrados, en convencerlos de que están en irreconciliable pugna sus deberes de venezolanos y la lealtad a un régimen contrario a la voluntad y a los intereses de la nación.

Que de la buena prédica democrática, reiterada, sistemática, dirigida por igual a todos los sectores, tanto los civiles como los castrenses, se recogerán frutos positivos, no puede caber duda. Dentro del propio marco latinoamericano se pueden señalar acontecimientos confirmatorios de otra tesis que también sentó Mannheim, como contrapartida de la descarnada apreciación suya acerca del poderoso respaldo dado por los ejércitos a las dictaduras de nuestro tiempo: "*Los elementos sojuzgados aprenden a adaptar su táctica a toda clase de amenazas, aun las*

militares'. A través del prisma de esa apreciación pueden analizarse algunas de esas experiencias.

Perú, Bolivia y Argentina: estímulos y vías

Dos de esas experiencias —las de Bolivia y Argentina— se vinculan a violentos desenlaces de crisis políticas que no tenían salida evolutiva, pacífica. Pero también ha aparecido en el más reciente acontecer americano un fenómeno interesante de obvia proyección hacia otros países: el de Perú.

En Perú una dictadura que se consideraba apta para prorrogarse durante bastante tiempo más, alardosa de un supuesto respaldo firme de las Fuerzas Armadas, fue derrocada jurídicamente por los medios pacíficos del sufragio. El 15 de junio de 1956 una abrumadora mayoría de ciudadanos peruanos infligió memorable revés en las urnas a la candidatura sostenida por el dictador Odría y su clique. Después de ocho años de gobierno autoritario, el pueblo dijo en los comicios, expresivamente, con avalancha de votos, que quería un régimen civil y democrático. La aceptación por el general Odría y su gabinete militar del veredicto electoral ha sido consecuencia de factores diversos. Los más visibles son la extensión e intensidad de la oposición civil al régimen dictatorial y la desgana de las Fuerzas Armadas para seguir cohonestando a una forma de gobierno que en nombre suyo negaba al pueblo el disfrute de sus libertades básicas.

Más alejadas en el tiempo, pero igualmente positivas para el proceso democrático latinoamericano, han sido otras dos experiencias de los años recientes, en las cuales los pueblos, junto con sectores de las propias Fuerzas Armadas, echaron por la borda a regímenes autoritarios y militaristas. Nos referimos a los casos de Bolivia y Argentina.

En 1952 la insurrección popular triunfó en Bolivia con el apoyo del Cuerpo de Carabineros, que fue convencido por los líderes del Movimiento Nacional Revolucionario de la necesidad patriótica de erradicar del control económico y político del país a la oligarquía latifundista y estañífera, junto con la Junta Militar que para su servicio gobernaba. Después de cuatro años de gobierno de Víctor Paz Estenssoro, fecundo en iniciativas creadoras y audaces, el 17 de junio de 1956 el pueblo boliviano reafirmó con votos lo que había conquistado con balas; y Her-

nán Siles Suazo fue electo Presidente Constitucional en las primeras elecciones por sufragio directo, universal y secreto realizadas en el país.

En septiembre de 1955 derrocaron al régimen totalitario de Juan Domingo Perón núcleos de las Fuerzas Armadas, en sitio de primer plano las de la Marina; y el general Eduardo Lonardi, uno de los jefes de los insurrectos y fugaz Presidente provisional después de la victoriosa acción de armas, reveló que la estrategia de los conspiradores en los medios castrenses fue la de prever y solicitar cooperación de los sectores civiles, los mismos que en Córdoba y otras ciudades se batieron resueltamente en las calles frente a las tropas leales al "justicialismo".⁸

El fenómeno argentino ilumina y aclara una de las facetas que está presentando al problema del apoyo que han venido prestando los ejércitos a lo que no es sino el viejo despotismo hispanoamericano, ahora cocido en salsa de filosofías castrenses y sin siquiera el aliño del prestigio guerrero de los caudillos de ayer. Es la del activo interés en los sectores de los ejércitos realmente preocupados por la vigencia y permanencia de las Fuerzas Armadas en hallarle una salida a la crisis desintegradora a que las condujeran la ambición política, junto con el afán de falsos honores y de riquezas ciertas, de algunos de sus jefes. Intuyen algunos de esos grupos castrenses y otros lo comprenden a cabalidad, que la cuestión está planteada en forma de dilema inexorable: o los sectores realmente profesionales de las Fuerzas Armadas surgen, codo a codo con el pueblo, contra las dictaduras militares; o advendrá el momento —no importa si dentro de meses o de años, pero llegaría— en que la marea revolucionaria popular arrase, como ya sucedió en Bolivia, no sólo con el podrido andamiaje de esas dictaduras, sino también con los Ejércitos que las sostienen y aúpan.

⁸ El General Eduardo Lonardi, en artículo publicado en la revista norteamericana *Life* (17 octubre, 1955), escribió: "Los complots que hicieron varios jefes militares siempre contemplaron un levantamiento en Buenos Aires e invariablemente fueron, por lo menos en parte, descubiertos... Hicimos nuestra revolución exactamente de la manera contraria. Decidimos no hacer un levantamiento puramente militar, sino apoyarnos igualmente en la población civil, con su magnífico espíritu de lucha y su resolución de sufrir cualquiera y todas las durezas antes que inclinarse ante el gobierno peronista. Y decidimos comenzar muy al interior del país: en Córdoba. Córdoba fue el punto focal de nuestra revuelta y su pueblo tuvo el privilegio de dar un magnífico ejemplo de heroísmo".

Dentro de ese enfoque global de la cuestión militar en América Latina resulta de extraordinaria significación y de proyecciones imprevisibles, para la Argentina y para el resto del continente, lo que ha venido sucediendo en aquel país, después de haberle dado las Fuerzas Armadas el empujón final a una dictadura que era la expresión más típica del neofascismo castrense.

Después de la substitución del general Eduardo Lonardi por un gobierno militar plural, éste ha declarado su intención de ser provisorio. Más aún: ha precisado que los integrantes del gobierno de transición no podrán postularse a cargos de origen comicial, cuando se inicie el proceso electoral previsto para 1957. Claramente se atribuye en tales declaraciones a los partidos políticos civiles, como es lo normal dentro de los mecanismos democráticos, la función de postular candidatos al gobierno permanente del país. Explícito, inequívoco, es el texto de uno de los considerandos del pronunciamiento del gobierno militar argentino, hecho en diciembre de 1955. Dice así: *"La orden tiene por fin asegurarse de que nadie en el Gobierno Provisional utilice su cargo como trampolín para subir al Poder y que los civiles gobiernen en la Argentina en el futuro, para garantizar el restablecimiento de las condiciones éticas, jurídicas y políticas, que permitan al pueblo elegir pacíficamente y libremente su futuro gobierno constitucional"*.

En el momento en que escribimos no puede predecirse, con absoluta seguridad, cuál será el inmediato devenir político argentino. Pero si se orientare dentro de los carriles que le han venido trazando los propios derrochadores del peronismo, podrían extraerse de ese proceso tres conclusiones básicas, con validez y repercusión continentales. Son ellas: 1) en el país de América Latina donde funcionó el primer gobierno dictatorial hablando y actuando a nombre de las Fuerzas Armadas, fueron éstas las que terminaron por abatirlo, en defensa del patrimonio moral y material de la nación y del propio prestigio de la institución castrense; 2) la experiencia acumulada durante diez años de peronismo convenció a un importante sector de la Oficialidad argentina de que el supuesto régimen de las Fuerzas Armadas lo era en realidad del dictador y de su camarilla cívico-militar, quienes escarnecían todos los valores de la colectividad merecedores de respeto con el solo propósito de garantizarle a los usufructuarios del Poder sahumeros adulatorios, ventajas políticas ilícitas y riquezas malhabidas; y 3) con el

propósito de evitar que se repitan situaciones similares a la ya eliminada, los personeros del movimiento armado que derrocó a Perón están arbitrando fórmulas legales para enfrentarlas a quienes puedan caer en el futuro en la tentación de creerse escogidos por la Providencia para "salvar al país" y pretendan reinstalar gobiernos autocráticos y personalistas, con el pabellón de las Fuerzas Armadas cubriendo la averiada mercancía. Si la dinámica del proceso argentino continuara desenvolviéndose dentro de las pautas que ahora son visibles, resultaría reafirmada en un país de singular gravitación en el continente una premisa básica para la estabilidad y desarrollo de la democracia en América Latina. La de que el militar, como cualquier otro ciudadano, puede aspirar a cargos que otorgue el pueblo, mediante sus votos; pero, ubicándose previamente en el campo civil donde los partidos libran su contienda ideológica, sin pretender utilizar como "trampolín para subir al Poder" lo que no es organización política, sino institución apolítica; lo que no es mesnada privada de un hombre, o de un grupo de hombres, sino una entidad pública, subordinada al Estado: las Fuerzas Armadas.

Los acontecimientos peruano, boliviano y argentino son auspiciosos y estimulantes para los pueblos en pugna con gobiernos despóticos o dictatoriales. Y en escala universal se están perfilando situaciones nuevas, cargadas de posibilidades, que también contribuyen a que los venezolanos miremos con esperanzada confianza el inmediato futuro del país.

La distensión de la pugna entre los dos campos mundiales, el occidental y el oriental; y la generalizada creencia de que una tercera guerra mundial es cada día menos posible, le restará a la larga a las dictaduras y despotismos latinoamericanos uno de sus más sólidos asideros externos. Dentro de un clima internacional en el cual los estados mayores militares no influirán en la medida en que lo venían haciendo en la formulación de la política exterior de las potencias de Occidente, parece razonable esperar que la pugna entre Rusia y Estados Unidos se desplace progresivamente hacia planos distintos de la competencia armamentista. La controversia girará más en torno a doctrinas y principios, y en esa competencia ideológica un sólido arsenal de argumentos a su favor tendrían los soviéticos si los gobiernos del campo occidental continuaran publicando los discursos de Khrushchev para demostrar que Stalin fue un gobernante de conducta criminal y al propio tiempo continuaran prestándole asistencia y respaldo a gobiernos latinoamericanos de ejecu-

torias represivas similares a las del régimen stalinista. Esa falla básica en la conducción de la política exterior de su país es objeto de críticas reiteradas por parte de sectores importantes de Estados Unidos, al frente de ellos el poderoso movimiento obrero unificado; y por periódicos y personalidades de mucha influencia sobre la opinión pública. Esa crítica es muy posible que determine, a plazo más o menos corto, un viraje en la política exterior estadounidense, con su reflejo sobre los gobiernos europeos de la comunidad atlántica.

¿Qué hacer?

LAS recientes experiencias latinoamericanas, conjugadas con las perspectivas recién analizadas que se perfilan en el panorama universal, son todas positivas para Venezuela. Y para acelerar el proceso que conduzca en ella al rescate de la soberanía popular y de la dignidad de la nación, es necesario seguir trabajando con ahínco en dos campos: el civil y el militar.

En el primero, fortaleciendo a través del país un vertebrado frente de lucha de los tres partidos de raíces y conducta nacionales: Acción Democrática, Unión Republicana Democrática y Copey; y de todas las organizaciones económicas e individualidades de vocación antidictatorial.⁹ Frente que se trace y realice

⁹ El Partido Acción Democrática rechaza la idea de concurrir con el Partido Comunista a ese frente unido antidictatorial. La dirección de A. D. dentro de Venezuela ha sido categórica al definir esa posición, por razones que en esclarecedoras notas editoriales resumió en 1955-1956 uno de los órganos de prensa en el exilio del Partido (*Venezuela Democrática*, editado en México). Esas razones son: 1) el P. C. V. es un pequeño grupo político, de escaso arraigo popular y de muy limitada capacidad de influencia sobre los trabajadores; 2) sin aportar fuerzas considerables al frente antidictatorial, la presencia en él del P. C. V. le restaría el apoyo de vastos sectores venezolanos que son, al propio tiempo, enemigos del régimen actual y hostiles al comunismo; 3) los comunistas son aliados inseguros en las luchas políticas nacionales, porque cambian sin mayor esfuerzo visible su línea de conducta cuando así convenga a la estrategia mundial de la Unión Soviética; y 4) en el plano internacional, la presencia del P. C. V. en ese frente sería vista con marcado recelo por los movimientos nacional-revolucionarios, socialistas y democráticos de América Latina, así como por los sectores obreros y liberales de Estados Unidos. Las luchas venezolanas contra el despotismo han recibido la asistencia moral de esas corrientes políticas y sindicales de ambas Américas, pero razones abonan la creencia de que no la prestarían ya más, por su militante repudio a los métodos

un plan definido de acción política, con vista a la crisis cierta a que está avocado el régimen cuando se plantee, a partir de 1957 y aun antes, la cuestión "sucesoral". Los mandatos de tan irrito origen que ostentan los personeros del Ejecutivo y Legislativo venezolanos terminan en 1958, y en una forma u otra habrá que elegir entonces Presidente de la República y Congreso. Es un hecho conocido que los problemas implícitos en esa situación nueva, perceptibles a la vuelta de la esquina, son objeto de vivo debate en los círculos palaciegos y en las filas de esa especie de partido político *sui géneris* existente en el país; los un mil y tantos oficiales que comandan las Fuerzas Armadas. Esa cuestión está ya debatiéndose también en todo sitio donde se reúnen venezolanos, en hogares domésticos y en centros de trabajo, reactivando y sensibilizando el espíritu público. Y dependerá de la firmeza y habilidad con que actúen las fuerzas políticamente organizadas para encauzar la voluntad democrática del pueblo, el alcance y potencia de la acción colectiva que pueda desatarse, cuando la cuestión del cambio de gobierno sea lanzada abiertamente sobre el tapete.

La crisis crónica en que ha venido viviendo el régimen, agudizada ahora con motivo del problema sucesoral, se resolverá dentro de un ambiente cerrado de áulicos de palacio, o en la calle, con el pueblo volviendo a ser protagonista de historia. No hay una tercera posibilidad.

La actitud de negar por anticipado toda coyuntura de acción política posible ante la situación nueva que habrá de confrontar

y prácticas de los comunistas, a un frente donde el P. C. V. figurase. Y a estos argumentos de carácter general que se oponen al frente unido de A. D. con el P. C. V. otro podría añadirse. Desde 1936, hace ya veinte años, los comunistas venezolanos, tan versátiles en sus continuos virajes, sólo han tenido obstinada continuidad en una posición: la de utilizar las peores armas en el fallido propósito de minar la confianza popular en los fundadores y dirigentes de Acción Democrática. Han sido catalogados por ellos como *agentes del imperialismo, anticomunistas y antisoviéticos*, versión extrafronteras de Rusia del marbete de "enemigo del pueblo" que Stalin aplicó a sus opositores, según Khrushchev; y como no estaban en posibilidad de llevarlos ante un paredón de fusilamiento, importando el sumario procedimiento stalinista, compitieron con la gente más reaccionaria del país en el fracasado empeño de eliminarlos moralmente, con la calumnia, la intriga, el golpe bajo. Esta definida y categórica posición nuestra no pretende interferir en el derecho que a los comunistas les asiste de combatir también a la dictadura venezolana, pero con su propio lenguaje y desde su propia trincheras.

la dictadura, con motivo de la prórroga o renovación de poderes, sería de un irrazonado y vergonzoso derrotismo. Ni la Venezuela ni la América de hoy son las de los días de Juan Vicente Gómez. Éste pudo reelegirse indefinidamente porque el país estaba sin pulsos, y le faltaban los instrumentos políticos, los partidos, capaces de catalizar y orientar el poderoso sentimiento de protesta colectiva, asordada, ante la usurpación indefinida del Poder. En América, además, no funcionaban entonces adecuados sistemas jurídicos de relación entre los gobiernos, que hoy pueden invocarse; ni existía una opinión democrática continentalmente articulada, que hoy puede manifestarse. Los elementos internos y externos de presión para lograr que la dictadura de Caracas admita la intervención del pueblo en la forma como se elegirán sus próximos gobernantes son ahora mayores, y de mejor eficacia, que las existentes cuando campeaba por sus fueros el despotismo gomecista.

Por otra parte, como ya se apuntó, la montonera armada que era guardia pretoriana de Gómez, ha sido substituída por un ejército con ciertas características de modernidad, receptivo de la propaganda democrática. No resulta, por consiguiente, tarea imposible la de convencer a núcleos importantes de las Fuerzas Armadas, utilizando para ello todos los procedimientos viables, de que desertan de sus responsabilidades ciudadanas y acumulan desprestigio sobre la institución a la cual sirven al sostener a un régimen que oprime, arruina y deshonor al país. Así podrá asegurarse el respaldo de apreciables núcleos de las Fuerzas Armadas cuando desemboque en acciones multitudinarias —electorales, si hay libres comicios, insurreccionales, si se obstruye el camino del voto— el anhelo del pueblo de darse un gobierno respetuoso de las libertades públicas, entre ellas la fundamental del sufragio; preocupado por resolver, con criterio moderno y racional, los problemas colectivos; honrado en el manejo de los dineros fiscales, y dispuesto a impedir la explotación incontrolada de las riquezas naturales del país por el capitalismo internacional. En otras palabras resumidoras: un gobierno capaz de orientar y conducir la revolución nacional-democrática, que para Venezuela es ya inaplazable necesidad histórica.

*"Una Venezuela libre dentro
de una América justa"*

ESTE proceso político-social de Venezuela no puede desvincularse del que está en marcha en todos los países de América Latina. Nuestra América "ha entrado en revolución", para decirlo con palabras martianas. De un extremo a otro del continente se aprecia una caudalosa marea de insurgencia popular. Como en las naciones asiáticas y africanas; como en todas las demás áreas que sufrieron la prolongada dominación de oligarquías antinacionales y la influencia sojuzgadora de las grandes potencias, en la que se extiende desde la frontera mexicana hasta el Cabo de Hornos ha aflorado un poderoso movimiento redentista. La meta que persigue es la integración de un frente orgánico latinoamericano, que sin mengua de los soberanos atributos esenciales de cada una de las naciones que lo formarían, afirme y establezca en cada una de ellas el sistema representativo y democrático de gobierno; impulse el desarrollo concertado de sus economías individuales, y les permita superar su deprimida situación secundona en el campo de las relaciones internacionales. Un frente así concebido tendrá sólido respaldo de opinión en América Latina y será visto con simpatía por quienes profesan en Estados Unidos un credo liberal y democrático. Las relaciones entre las dos Américas serán más normales, y menos ribeteadas de resentimientos y celos, cuando exista mayor equilibrio de fuerzas entre las dos porciones diferenciadas del continente. Que tienen, para buscar entendimientos, razones de coincidencia histórica; y para distinguirse una de la otra, lengua, tradiciones, desarrollo económico y estilo de vida, evidentemente distintos.

Le corresponderá a Venezuela desempeñar un papel importante en el proceso de la integración regional latinoamericana. Su territorio fue dotado por la naturaleza de grandes reservas de riquezas mineras, algunas de ellas —como el petróleo— de alta cotización estabilizada y de usos tan diversos como esenciales. Esa circunstancia le permitirá no sólo desarrollar su propia economía, sino contribuir también a que desarrollen las suyas pueblos con los cuales comparte un destino común. Y ello es factible por ser tradición subyacente muy arraigada en la colectividad nacional, como que viene de los tiempos de la Independencia, la de cooperar con países hermanos, sin ocultas miras expansionistas y sin inelegantes actitudes protectoras.

Y, además, como toda nación que en algún momento jugó

un papel histórico importante, Venezuela es potencialmente apta para lanzarse a empresas generosas y grandes. El chovinismo aislacionista es extraño a su psicología de pueblo. Y tiene hondo arraigo en él la idea expresada con acierto por un estrofa del Himno Nacional: "*América toda existe en nación*".

Requisito previo para que Venezuela pueda realizar su propio destino y contribuir al desarrollo integral de América Latina, es el logro de la estabilidad política, bajo gobiernos democráticos. Que regímenes de esa orientación no exponen al país a caer en los extremos del desorden permanente y de la crisis de autoridad, lo demostró bien la etapa de gobierno de A. D. La supuesta oscilación pendular entre orden autoritario y *bochinche* anárquico, de que tanto hablaron y hablan sociólogos improvisados al servicio de las dictaduras, no se manifestó para nada en ese lapso reciente de vida nacional. El imperio de la ley substituyendo a la voluntad personal de los gobernantes; el ejercicio activo de las prácticas democráticas en todas las zonas de la Administración pública y el respeto de las libertades fundamentales, produjeron un clima de armoniosa y creadora actividad colectiva.

Y ayudará a evitar la recaída en las formas absolutistas de gobierno la experiencia hecha en los recientes años dramáticos. No sólo sobre la gente de Acción Democrática se han descargado la represión y el desmán, sino también sobre el resto de la ciudadanía, sin distingo de clases sociales y de banderías políticas. Los partidos que hicieron oposición al gobierno de A. D., los mismos que incurrieron en el error en vísperas del cuartelazo del 48, de comportarse como el aprendiz de brujo, invocando a las fuerzas de la barbarie, están ahora contestes acerca de la necesidad de erradicarlas definitivamente de la vida pública. Aun personas que tradicionalmente se habían marginado a las preocupaciones ciudadanas, comprenden hoy que "una eterna vigilancia es el precio de la libertad". Se ha creado un estado de conciencia nacional, en el sentido de que Venezuela debe ponerle fin, después de ser eliminada la dictadura actual, a la cadena de gobiernos autocráticos y arbitrarios que han entorpecido su evolución orgánica.

Se ha llegado a ese generalizado criterio por la vía que señala Aldous Huxley, en algunas páginas de penetrante análisis de su obra *Eminencia Gris*. El ensayista inglés apunta que los hechos históricos son resultado de causas múltiples, que se mezclan y entrecruzan. Descubrir todas y cada una de esas causas

resulta tan difícil que ante la tarea vacila el observador responsable. El frívolo, no. Resuelve el problema eliminando factores y utilizando unos pocos. O como señala Huxley: "El método empleado es siempre el mismo —el de la ultrasimplificación. Así es que todos los antecedentes del acontecimiento que se considera, menos los inmediatos, se dejan de lado y se toma la historia como si sólo hubiera comenzado ayer". Y concluye desarrollando una tesis, de directa aplicación a lo venezolano: "La ultrasimplificación es fatal y es imposible determinar plena y correctamente todas las causas determinantes de los acontecimientos complejos. ¿Estaremos entonces condenados a no entender nunca nuestra historia y a no aprovechar jamás las experiencias del pasado? La respuesta es que aun cuando la comprensión no será probablemente nunca completa, podemos, sin embargo, comprender lo suficiente, al menos para algunos de nuestros propósitos prácticos. *Por ejemplo, podremos aprender lo bastante acerca de nuestras recientes catástrofes para lograr, si así lo deseamos, proyectar una política por lo menos no tan suicida como la que seguimos en el pasado*" (Subraya R. B.).¹⁰

Eso creemos los dirigentes y militantes de Acción Democrática. Estamos convencidos de que será posible estabilizar en nuestro país gobiernos de derecho, nacidos del sufragio libremente emitido, si en el futuro se aplica, por los partidos y por los demás sectores organizados, "una política por lo menos no tan suicida como la que seguimos en el pasado". Hemos analizado los errores ajenos y los nuestros propios, y por lo que nos corresponde estamos seguros, plenamente seguros, de no reincidir en ellos.

Profesión de fe y mensaje

DEMOSTRANDO consecuencia con esa posición asumida, el comando de Acción Democrática no hace llamados a la retaliación y la venganza, a pesar de estar recién abiertas las tumbas de sus dirigentes victimados, y de sus centenares de hombres en la cárcel y el exilio, y de sus conductores en la resistencia clandestina amenazados por el crimen oficializado. No está a la orden del día la fórmula mosaica del "ojo por ojo y del diente por diente"; no se trata de satisfacer el afán revanchista,

¹⁰ ALDOUX HUXLEY, *Eminencia gris*. Editorial Sudamericana Buenos Aires. 1950, pp. 28-29.

por legítimo que fuera, de una vasta colectividad política que ha sufrido más que ninguna otra los desafueros de un régimen sin límite ni medida en el irrespeto a la dignidad y la vida humanas. Lo que está planteado a todos los venezolanos es la necesidad de unirse, sin reservas mentales ni calculismos políticos, en la empresa común de liberar a la nación de un régimen que está comprometiendo su destino.

Nuestro Partido no pretende exhibir sus credenciales de lucha y sacrificio, en estos duros años en que ha tomado sobre sí el peso mayor de la faena anti-dictatorial, como letra de cambio girada hacia el futuro. Sólo aspira a contribuir con indoblegable decisión a que sea eliminado el estorbo que le impide al país evolucionar normalmente hacia la democracia y el gobierno representativo.

Logrado ese objetivo primario, A. D. concurriría ante el electorado, pacífica y ordenadamente, a solicitar el aval de sus votos para un gobierno ajustado a los lineamientos de su programa. El pueblo venezolano, que ya apreció los métodos de gobierno de ese Partido y la sinceridad con que los aplicaron sus personeros en funciones ejecutiva o legislativa, sería el supremo juez para decidir en los comicios si le otorga de nuevo, o no, la misma confianza que le demostrara en sucesivas oportunidades.

Creemos también que la entente que se establezca ahora entre los Partidos y otras fuerzas organizadas para hacer posible un cambio favorable en la situación política nacional, debe proyectarse hacia el futuro. Las ingentes riquezas naturales de Venezuela facilitan el avance acelerado del país, bajo un gobierno ordenado y responsable; pero eso mismo la expone a ser ambicionada presa de poderosos intereses, venezolanos y foráneos. Sólo la clarividente apreciación de esas posibilidades y riesgos puede impedir que por entre la enconada discordia inter-partidaria pueda de nuevo abrirse paso en el futuro la misma coalición de fuerzas retrógradas que frustró la experiencia democrática de los años 1945-1948, y que ha sumido al país en un ya tan largo período de estancamiento político, económico y social.

Tenemos la razonada creencia de que esa preocupación patriótica orientará la conducta de los partidos políticos y de los sectores no corrompidos de las Fuerzas Armadas. El país ha madurado y aprendido en la aleccionadora escuela de la adversidad.

Afirmados en un sentido exigente del deber ciudadano y alentados por esas apreciaciones optimistas, debemos seguir trabajando por la integración de un amplio frente anti-dictatorial. En él tienen cabida y tareas hombres de la calle y hombres de los cuarteles, ciudadanos sin partido y militantes de organizaciones políticas, todos cuantos sientan el premioso llamado de la responsabilidad hacia Venezuela.

Estamos convencidos de que una acción concertada de ese frente, una vez que se articule en toda su amplitud, terminará por eliminar los soportes sobre los cuales afirma el despotismo su precaria estabilidad. Y Venezuela volverá a ser, en lo interno, Patria esclarecida y venturosa, bajo gobiernos democráticos y de raíces populares; y en lo internacional, nación empeñada en la tentadora empresa de contribuir a una eficaz articulación de ese vasto archipiélago de pequeñas Repúblicas, deprimidas y menospreciadas, que es la América Latina de nuestros días.

Washington, La Habana, San José de Costa Rica, San Juan de Puerto Rico.

DIAGRAMA POLÍTICO DE LA ARGENTINA DE HOY

Por *Sergio BAGU*

EN política, hay que estar dispuesto a renacer todos los días. No existe problema definitivamente resuelto, ni etapa del todo clausurada. Antes que el criterio del que observa una situación se haya aclarado en forma por entero satisfactoria, ya la situación ha cambiado.

Al cerrarse la etapa peronista en Argentina, pareció de pronto como si hubiera que reconstruir el país por entero, inclusive en el terreno ideológico. No ha habido oportunidad, en este año transcurrido, de aquietarse y repensar. Cómo hacerlo, si el acontecimiento que hoy nos muestra una arista descubre mañana —mañana, o acaso esta misma noche— otra arista cuyo significado es, no ya diferente, sino totalmente contradictorio. Y, sin embargo, cómo no hacerlo, porque sin claridad mental no hay soluciones felices y todos los que vivimos en suelo argentino nos estamos convenciendo de que en estos meses se decide el curso fundamental de los acontecimientos de los próximos lustros.

Hablamos en voz alta, no sólo para que nos escuchen —definición profesional del escritor— sino para escucharnos y ayudarnos con el monólogo a descubrir la lógica de los acontecimientos actuales, que nos permita ejercer ese pronóstico mínimo, indispensable para seguir andando con el pulso más seguro.

DE DÓNDE VENIMOS

PARA trazar un esquema de la realidad política de esta hora nos falta la perspectiva, elemento importante de la comprensión histórica, pero algunos datos del pasado inmediato pueden compensar en parte este déficit.

No hay, creo, argentino que no opine que el mal se inició

el 6 de septiembre de 1930. Ese día fue derrocado Hipólito Yrigoyen, viejo caudillo de un radicalismo más formalista que social y volvieron al poder los terratenientes, los abogados de empresas británicas y estadounidenses, los políticos conservadores y los militares fascinados por el principio de autoridad. Trece años cabales se prolongó el régimen y la denominación genérica con que todos los distinguimos ahora —la era de la oligarquía— resume con elocuencia sus características. Orientado estuvo a defender los intereses de una clase de terratenientes, retrógrada y deshonesta, en el período de la gran crisis económica y la guerra mundiales. El instrumento fue el Estado, reorganizado de un extremo al otro y transformado, en lo económico, en orientador y regulador activo de la producción y la comercialización; en lo político, en un vasto organismo policial represivo, con un sistema de ahogamiento permanente —aunque no de exterminio absoluto— de la expresión de ideas y de fraude electoral.

La crisis y la guerra mundiales estimularon la expansión de la industria liviana y ésta contribuyó a ampliar la base numérica del proletariado y la clase media urbanos. La antigua actitud de desconfianza hacia la política continental de Estados Unidos no desapareció, pero se atenuó durante la presidencia de Roosevelt. En cambio, se agudizó notablemente la antipatía popular hacia las empresas británicas radicadas en Argentina y hacia la política económica del Reino Unido. En unos —la juventud dorada y grandes sectores de la oficialidad del ejército y la armada— esa actitud anti-imperialista se concilió con el entusiasmo sin límites que les despertó el falangismo, el fascismo y el nazismo. En otros —grandes sectores de la clase media, del proletariado y de la inteligencia activa— se concertó con la admiración hacia los republicanos españoles, una marcada simpatía hacia la reforma social y económica de Roosevelt y, después, el aplauso decidido a los aliados en la guerra mundial.

El 4 de junio de 1943, un golpe militar puso fin a la era oligárquica. Entre los ejecutores había algunos jefes de inspiración democrática, que deseaban impedir un nuevo fraude electoral en la elección presidencial próxima. Otros, los más y mejor organizados, que pronto desalojaron a los primeros, se movían bajo la advocación del fascismo. A este segundo grupo pertenecía Perón. La técnica que este grupo aplicó a partir de entonces era totalmente desconocida en el país: con-

quistado el poder político, el Estado promovió, organizó y dirigió un movimiento ciudadano cuyo sector más numeroso debía estar formado por los obreros de la ciudad y el campo, atraídos por mejoras económicas y sociales rápidamente decretadas. La elección presidencial de 1946 puso de relieve, a la vez, la mentalidad y los métodos anacrónicos de los viejos partidos políticos y la eficacia electoral de la táctica utilizada por el Estado. Perón fue elegido presidente, no por abrumadora mayoría, sino por un margen del 10% de los sufragios.

Peronismo e historia

HAY un proceso económico-social paralelo al régimen peronista sin cuyo conocimiento la interpretación que se haga de la década que va de 1945 a 1955 estará siempre llena de ribetes mitológicos. La guerra y la postguerra contribuyeron a acelerar la industrialización y ésta profundizó la macrocefalia argentina. La migración de trabajadores rurales hacia los centros urbanos—fenómeno universal—fue, en gran parte, la consecuencia directa de la industrialización. Se produjo una expansión económica general, estimulada por las exportaciones hacia mercados semiagotados, la industrialización y la acumulación de divisas durante la guerra. La liquidación de numerosas empresas británicas, hecho que se registró simultáneamente en varios países, facilitó su adquisición por el Estado. Posteriormente, la aparición de un inmenso mercado en Europa oriental y Asia permitió diversificar, sin mucho esfuerzo ni riesgo, el comercio de exportación.

Esa expansión económica, traída por las circunstancias históricas y que se registró también, con características muy similares, en otros países latinoamericanos, permitió al Estado introducir una serie de reformas obreras que, a la vez que mejoró la condición de los trabajadores, en nada impidió la acumulación de beneficios excepcionalmente elevados por parte de las grandes empresas y terratenientes. Tuvo este proceso, agravado por otros factores políticos y sociales, víctimas notorias. Fueron las empresas pequeñas, ciertos sectores de la clase media urbana y numerosos colonos y arrendatarios rurales.

Bajo el amparo de esa coyuntura económica tan extraordinariamente favorable se echaron las bases del régimen peronista. ¿Cuál fue el instrumento de regulación económica y política?

El Estado —el mismo Estado oligárquico, construido sobre las cenizas del Estado liberal de Hipólito Yrigoyen, pero agudizados sus caracteres centralistas y represivos. La oligarquía de las vacas y sus abogados fraudulentos entregaron al peronismo todas las llaves: el Estado, los instrumentos de regulación económica, la policía política con sus cámaras de tortura y esa desaprensión más absoluta por el porvenir del país que constituye el perfil común de todos los gobiernos argentinos, con excepción del de Ortiz, desde 1930 hasta 1955.

Ni un solo capítulo de la reforma peronista se hizo fuera del Estado. Todo estuvo regulado. Pero esto no quiere decir que la planificación fuera inteligente ni de largas miras. De tipo fascista en su esencia, estuvo al servicio del privilegio de clase. Permitió aplicar con gran éxito cierto programa político, pero no ofreció al país soluciones económicas ni sociales de fondo.

El Estado centralizó y dirigió con mano de hierro la organización sindical y política. El Estado fijó la índole y el límite de todas las mejoras obreras y castigó con sevicia todo intento de desviación, individual y colectivo. El obrero era vigilado y escuchado en el taller, en la calle y en el seno del hogar y la menor tentativa de rebelión se traducía en prisión interminable, torturas e impedimento de ejercer su oficio en ningún lugar.

El Estado era el único ser pensante, la única expresión oral y escrita. La escuela, la prensa, la radio, la tribuna popular y hasta el comentario callejero estaban monopolizados y regulados hasta el menor detalle. Como nada se improvisaba, toda reunión obrera o política estaba prevista en cada aspecto: el traslado de los participantes, los vivos y los muertos, la intensidad de los aplausos, las manifestaciones posteriores.

Con estos tres elementos —característicos del fascismo— estructuró el Estado peronista su multitud y la controló: mejoras económicas, organización centralista integral y propaganda. ¿Fue ciega, acaso, fue inconsciente la adhesión que le prestó una gran multitud obrera? No lo fue. Tuvo un sentido social, porque el trabajador la interpretó como una afirmación de clase y en múltiples ocasiones se transformó en protesta contra el régimen —brutalmente reprimida— o en el máximo de pasividad que el régimen toleraba. El proceso es complejo y es imposible explicarlo en una página, pero no es nuevo, porque Europa lo conoció antes que la Argentina. Un solo dato agreguemos hasta que llegue el momento de ensayar una interpretación con menor

premura: la mayor adhesión activa y sincera en las filas obreras parece haber provenido de la masa de trabajadores rurales emigrados a los centros urbanos, principalmente al Gran Buenos Aires, a consecuencia del proceso de industrialización y de las promociones obreras urbanas más jóvenes, masa toda ésta desvinculada por completo del largo e intenso pasado de lucha y organización que tiene la clase obrera argentina.

Realidad social, léxico y táctica

HEMOS dicho ya algo del peronismo, pero acaso no lo principal. Cuando el Estado peronista entra en quiebra, la estructura de clases permanece, en lo fundamental, intacta. Una oligarquía de terratenientes. Colonos arrendatarios y pequeños propietarios rurales de suerte la más incierta. Grandes empresarios industriales y comerciales en invariable estado de prosperidad. Una gran masa de clase media urbana en estado, también invariable, de inestabilidad. Un proletario rural miserable. Un proletariado urbano que vive con salarios muy reducidos, apenas mejorada su condición por los beneficios de un seguro social para él muy caro y, en buena parte, hacinado en tugurios indecibles en las cinturas urbanas. Esa estratificación social no la decretó el peronismo. Es la consecuencia de un proceso económico y social, cuyo curso no fue modificado en absoluto por el peronismo, a pesar del colosal poderío político y policial que acumuló en sus manos.

En cambio, lo que el Estado peronista creó fue una nueva oligarquía. Toda empresa nacional o extranjera, toda operación comercial y toda actividad industrial tuvieron como condición de existencia la participación activa en sus beneficios, o la copropiedad, de uno o más miembros de la oligarquía oficial. Esto no fue, aclaremos, lo accidental y semidelictuoso que siempre existió—el *five-per-cent* estadounidense, la *mordida* mexicana o la *coima* rioplatense—sino un sistema permanente, integral y complejo de organización económica y distribución de beneficios, cuyas consecuencias consistieron en acelerar la concentración del capital y poner fuera de competencia a multitud de empresas pequeñas. Muchos de los grandes empresarios hoy sumados con alborozo profesional a los críticos del régimen caído y que se escandalizan de la adhesión que le prestaron los obreros acrecentaron sus fortunas mediante este sistema.

Pero si la irreverencia peronista no fue más allá de las formas y dejó intacta una estructura social, concedió, sí, categoría de frase hecha oficial a una multitud de expresiones que, hasta entonces, habían tenido cierta connotación revolucionaria. La lucha de clases, el repudio a la oligarquía, el anti-imperialismo, la planificación económica se introdujeron en la verba oficial. La revolución lexicológica hubiera llegado a todos los extremos con el tiempo, porque ese fue el único terreno en el cual su jefe no reconoció privilegio alguno a lo tradicional. Así como Mussolini fundó la República de Italia en los estertores de su agonía política, Perón intentó crear las milicias obreras en la última hora de su infortunio.

En el orden internacional adquirió el régimen algunas habilidades menores, similares a las del generalísimo Franco, cuando anuncia, cada vez que uno de sus ruegos se demora en el *Foreign Office* o el Departamento de Estado, que se encuentra a punto de firmar un convenio de intercambio con Moscú. Salvo la diversificación del comercio exterior —saludable sin la menor duda y que debe sostenerse a todo trapo— su política consistió en seguir las directivas básicas del Departamento de Estado en todas las cuestiones de fondo, aunque con menos estridencia que Trujillo y facilitar la instalación de empresas estadounidenses en suelo nacional. A punto estuvo, en su naufragio, de entregar la mitad de la Patagonia a una filial de la Standard Oil, en un pacto de coloniaje como jamás ha sido concebido en la historia nacional. Fue, de lo malo que exporta Estados Unidos, un amigo fiel; de lo bueno que hay en el país del norte, enemigo mortal. A él le debemos la adhesión al pacto de Río de Janeiro y tantas otras cosas que iremos conociendo en detalle cuando se tenga acceso a la abundante documentación escrita del período que ha sido conservada.

LA OPOSICION Y SUS MODOS DE PENSAR

LA era peronista, por supuesto, tiene su propia historia. Los que se adhirieron a la corriente oficial o se beneficiaron de ella no fueron siempre los mismos, ni lo fueron los opositores. La alta jerarquía eclesiástica, que participó activamente en la propaganda peronista y recibió los beneficios del régimen, entró después en conflicto con él. Del ejército no podríamos hablar sin tener en cuenta distintos grupos y generaciones de oficiales.

De la marina, en cambio, sabemos que la gran mayoría de su oficialidad jamás se conmovió por los cantos de las sirenas.

No estamos hoy aquí para intentar esa historia, tan importante sin embargo, pero un vocablo tenemos que decir de la etapa final. Prodújose allí una coalición de hecho de voluntades de las procedencias más diversas, jamás antes coincidentes y que quizá jamás volverán a encontrarse. No intentamos enumerarlas ni estudiarlas por grupo social en estas páginas —acaso lo hagamos pronto en otro trabajo— pero nos urge ahora trazar entre todos esos grupos heterogéneos una línea divisoria en el terreno político, porque de esa línea partiremos después para acercarnos a estos días de septiembre que corren y atisbar lo que puede ocurrir dentro de poco.

Hubo quienes vieron preferentemente en el peronismo un atentado siniestro contra la libertad del individuo. Lo era en realidad. Querían reconquistar el derecho de hablar a sus hijos sin medias palabras, no temiendo que la otra media palabra del hijo en la escuela llevara la policía, a la noche siguiente, al seno del hogar. De entre ellos, muchos limitaban sus aspiraciones políticas inmediatas a un régimen de libertad de elección similar al existente hasta 1930. Identificaban otros, en cambio, la libertad política con la libre empresa y condenaban la intervención del Estado en el proceso económico. Creían ver en el sistema de organización económica impuesto por el peronismo, según el modelo del fascismo italiano, una consecuencia inevitable de cualquier tipo de intervención del Estado en la actividad económica. Para ellos, la libertad política era lo primordial. La justicia social, la resultante de un equilibrio natural de las fuerzas que actúan dentro de la democracia.

Hubo quienes, formados en la escuela del menosprecio de la libertad política, habían llegado a comprender su importancia. A medias, algunos; tal vez por entero, otros. Muchos de ellos, nacionalistas y católicos; peronistas en desgracia no pocos. Algunos, políticos sagaces, advirtieron que, caído el peronismo, una gran masa popular quedaría sin dirección ni organización y, para llegar a ella, hablaron de la posibilidad de coordinar la libertad política con la justicia social. Pero como a veces la polémica obliga, inesperadamente, a definirse también en otro orden de cosas, se pudo comprobar que había no pocos que, además de amar la libertad, amaban al general Franco y del catolicismo tenían, precisamente, esa interpretación que hasta

ahora jamás ha podido conciliarse ni con la libertad, ni con la democracia, ni con el progreso.

Hubo quienes, creyendo que la historia no transcurre en vano y desandarla es utópico y criminal, pensaban que la libertad política podía y debía conciliarse con la justicia social. Que el peronismo era la peor versión de la intervención del Estado en el proceso económico, pero que había otras mucho más aceptables y democráticas. Que la masa obrera —peronista o anti-peronista— era muy respetable, mucho más sin duda que los empresarios y generales que lucraban con el peronismo. Que sin legislación social avanzada no hay Estado democrático realmente moderno. Que la diversificación del comercio exterior es la primera condición de la independencia de la política internacional del país.

Cerrado el ciclo del peronismo, es también a lo largo de esos tres grandes canales que se desliza, o entrecruza, el pensamiento político de los argentinos.

ACTUALIDAD Y POLITICA

Una cuestión previa

DE lo que queremos hablar es del panorama político de la Argentina a un año de la revolución de septiembre de 1955. Pero no podemos dejar de decir dos palabras sobre la revolución misma, que es el antecedente inmediato de nuestro tema.

Nosotros no estamos aún en condiciones de ofrecer una interpretación histórica integral de ese movimiento. Lo vimos nacer y desarrollarse con el corazón anhelante, como ciudadanos de la calle que no estábamos en el secreto de los hechos. Pero la intimidad de su gestación es algo que aún no conocemos en su conjunto y, con la prudencia profesional que nos impone una larga práctica de juicio histórico, desearíamos conocer más antecedentes antes de afrontar una interpretación general.

Aún así, tenemos una observación indispensable que formular. Es opinión extendida en los países de América Latina que la revolución de 1955 fue gestada y dirigida por el Departamento de Estado y por la Iglesia Católica. Se ha dicho, además, en la Argentina, que fue la oligarquía la que precipitó el desenlace, en un momento en que la masa obrera antes peronista

estaba a punto de encontrar el camino de su independencia política emancipándose de la tutela del Estado.

Los hechos concretos que nosotros conocemos son que el Departamento de Estado no estuvo en conflicto con el régimen peronista. El peronismo aceptó la línea política internacional del Departamento de Estado y no se apartó de ella en el seno de las Naciones Unidas. Cuando se produjo el movimiento de septiembre de 1955, el peronismo estaba dispuesto a suscribir, con una filial de la Standard Oil, un pacto de coloniaje económico, político y militar que ningún gobierno argentino anterior hubiera aceptado.

La Iglesia y la oligarquía celebraron con alborozo la caída del régimen. Numerosos grupos de católicos participaron —heroicamente, muchos de ellos— en la preparación del movimiento y en la lucha armada. También participaron millares de ciudadanos no católicos. Pero de lo que no hemos encontrado pruebas hasta ahora es de que la Iglesia, o la oligarquía, hayan constituido el núcleo central inspirador y rector del movimiento. Ni los acontecimientos posteriores a septiembre autorizan a pensar así.

Hubo en ese movimiento una coalición de fuerzas muy heterogéneas y de inspiraciones muy dispares. En Córdoba, el catolicismo ultramontano estampó su sello inconfundible en el alborozo público a la caída del régimen. Pero en Buenos Aires y Bahía Blanca la tonalidad católica quedó reducida al mínimo y el triunfo fue reivindicado por una enorme masa de clase media laica, a cuyos flancos aparecían una minoría oligárquica y una minoría obrera. No queremos con esto comprometer nuestro juicio definitivo. Traducimos lo que vimos y oímos —con nuestros ojos y nuestros oídos— en la capital y en varias provincias argentinas antes, durante e inmediatamente después de septiembre de 1955. Con estas observaciones y con el testimonio escrito y oral que seguimos recogiendo quizá podamos hacer en el futuro próximo una interpretación más coherente, más completa y más cercana a la realidad. Lo único que queremos recordar ahora, como prolegómeno del panorama político de nuestros días, es que tanto en el movimiento de septiembre de 1955 como en los meses posteriores han actuado múltiples fuerzas y grupos, sin que hubiera uno solo suficientemente poderoso y hábil como para imponer su orientación única al curso de los acontecimientos.

Esta característica imprime a la política argentina de este último año su sello de inestabilidad, aunque, al mismo tiempo,

permite aún mantener encendida la esperanza de una solución democrática de fondo.

Hablemos de lo político

Lo económico, lo social y lo político no son más que manifestaciones de un mismo proceso. Sólo por razones metodológicas pueden aislarse. Comprendemos que en este intento de trazar un cuadro político corremos el riesgo de presentar al lector una criatura metafísica sin asidero en la realidad. Daremos apenas los elementos económicos y sociales indispensables para limitar la magnitud del error.

Para la Argentina y en los días que corren, tampoco se puede completar con validez el esquema de la política nacional sin tender las líneas que lo vinculan con la política internacional. Mientras nos llega el momento de hacerlo con más hondura y elementos de juicio, también aquí nos reduciremos a los datos indispensables para que el diagrama no resulte notoriamente insostenible.

Hay, por lo demás, algunos factores condicionantes que creemos necesario mencionar para comprender la índole del proceso político que se está desarrollando.

La naturaleza del Estado es el primero. En nuestro país, el Estado liberal feneció en septiembre de 1930. Desde entonces se organizó un instrumento de control político, policial y económico que podríamos llamar Estado oligárquico, porque estaba dirigido a asegurar el predominio de la oligarquía de terratenientes. A partir de 1943, el engranaje se hace más complejo y aparece un Estado de franca inspiración totalitaria.

Quienquiera que gobierne en la Argentina de hoy tiene en sus manos un poder extraordinariamente centralizado. Millares de canales concentran la riqueza nacional en la zona de Buenos Aires y el Litoral. Un vasto mecanismo político-policial pone la integridad física y la tranquilidad espiritual del ciudadano, habite donde habitare, en manos de la autoridad política y la posibilidad de enmendar la injusticia depende, no de la ley, sino del albedrío ilimitado del poder central o sus representantes. Tres timbres misteriosos uniforman la opinión de la prensa y la radiotelefonía, con excepciones tan escasas como honrosas. Otros tres timbres gobiernan la vida sindical, desde el puerto de Buenos Aires hasta el gremio más modesto de Río Negro.

Un Estado así, todopoderoso y prepotente, no deja de ser lo uno ni lo otro por mejor inspirado que sea el discurso de algún gobernante. Para dirigir ese monstruo sin dañar a nadie y sin lesionar a la Nación se necesitaría un genio político que no existe en la Argentina. Dudamos que exista en el resto del mundo. Un Estado de este tipo sólo se justifica en las más excepcionales circunstancias históricas y por tiempo muy limitado. Fuera de esas circunstancias, esta criatura diabólica constituye un incesante peligro de exterminio. De exterminio de la libertad individual, de las magras organizaciones de inspiración democrática, de la vida espiritual en su totalidad.

Como en casi todo el resto de América Latina, la política gravita sobre la vida individual de modo mucho más directo y oneroso que en otros continentes. Se explica, pues, que el ciudadano argentino sienta tan intensa preocupación por lo político, mucho más, sin duda alguna, que el ciudadano de Estados Unidos.

En el Estado oligárquico, la dirección de la cosa pública estaba limitada a un puñado de manos. En el Estado peronista, a la cuarta parte de un puñado. Escasa posibilidad había en aquél de ejercitar la crítica política y casi ninguna en este otro. Han corrido 25 años cabales y como la política es, entre otras cosas, un arte que se aprende en el ejercicio de todos los días, el déficit de esa falta de ejercicio se proyecta gravosamente sobre la existencia ciudadana de la Argentina de hoy.

Confusión de ideas siempre la hay. Pero la que sale a la superficie en nuestro país —en gobernantes y gobernados— está agudizada y extendida en forma notoria. La falta de información sobre lo que ocurre en el mundo y en el propio país se hizo asfixiante durante la era peronista, pero a partir de septiembre de 1955 apenas si se ha atenuado. El cuadro, pues, se completa: por una parte, el Estado prepotente; por otra, el ciudadano desvalido y mal informado.

La opinión política

LA acción directa del Estado peronista, que trató sistemáticamente de desorganizar y anarquizar el debate político, y el proceso histórico mismo confluyeron para que en 1955 los partidos políticos tradicionales de la Argentina —el conservador, el radical, el demócrata progresista, el socialista y el comunista— tuvieran un número muy limitado de afiliados y casi todos, en

su seno, corrientes muy diversas de opinión. El partido peronista fue disuelto por decreto del gobierno provisional y este hecho dejó sin afiliación partidaria a una considerable cantidad de ciudadanos. Simultáneamente, otros partidos nuevos han tratado de canalizar la opinión católica —el Partido Demócrata Cristiano, la Unión Federal y el Partido Laborista Cristiano —y otros más se han reorganizado o fundado. En este preciso instante de la existencia cívica argentina, traduce mejor la realidad un esquema por corrientes de pensamiento político que otro trazado con sujeción a los partidos actuantes.

Alrededor de esas tres corrientes de opinión que surgieron en contra del peronismo hasta 1955 se van orientando los ciudadanos en la hora presente, sin que ello signifique que todo esté allí canalizado y clasificado, ni que otra deje de aparecer mañana.

Una tesis sobre la libertad

LA tesis de la libertad política con un mínimo de interferencia estatal y la concepción de una justicia social como producto del equilibrio espontáneo de fuerzas prendió hondo en numerosos jefes y oficiales de los cuerpos armados. Muchos de ellos han hecho sus carreras profesionales en los años de las victorias militares y políticas del fascismo europeo y estuvieron sometidos al incesante martilleo de la propaganda peronista. Hijos de su época y de su medio profesional, sintieron algunos admiración por los gobiernos de este tipo, o bien otros se encontraron casi solitarios entre una multitud de colegas que sí la tenían. La dura experiencia de la última década fue despertando en ellos una actitud bien definida: al culto del Estado totalitario, respondieron con el respeto por la independencia individual; ante la exaltación demagógica y falsa de la justicia social graduada desde arriba, prefirieron lo que sea el resultado de un proceso sin interferencia de ningún poder; a la terminología anti-estadounidense y anti-británica, opusieron su respeto por las formas políticas de Estados Unidos y Gran Bretaña.

Tiene este proceso ideológico dentro de las instituciones militares la mayor importancia para el porvenir inmediato del país, porque las fuerzas armadas se transformaron, a partir de 1930, en factor preponderante en el destino político, y los acontecimientos de 1955 reiteraron esa situación.

Esta posición ideológica, en líneas generales, es la misma

que sustentan ciertos sectores de clase media y en la que se apoyan algunos círculos de procedencia oligárquica y núcleos de gentes de negocio. Decimos que se apoyan, no más. Saben que dentro de esa posición ideológica les resulta más fácil la defensa de sus intereses económicos inmediatos y que los tiempos no están para levantar banderas similares a las que ondeaban en la época del Presidente Justo.

La comparten algunos afiliados y dirigentes del socialismo, de los demócratas progresistas, de los demócratas cristianos. El sector unionista del radicalismo parece estar íntegramente en esa posición.

En materia económica, los matices de opinión dentro de esta corriente no parecen distribuirse con arreglo a las mismas líneas que en lo político, pero la definición que más ostensiblemente ha surgido hasta ahora es la que, reivindicando el principio de la libre empresa, trata de estimular en primer término la producción agropecuaria y consolidar la posición en los mercados estadounidense y occidental europeo, porque considera de mucho menor importancia el mercado asiático y del bloque soviético. En materia internacional, esa posición se define por un acercamiento activo hacia Estados Unidos y Gran Bretaña y por la aceptación de las normas generales del panamericanismo oficial.

Con diversas variantes, ha sido esa la adoptada como filosofía oficial a partir de noviembre de 1955 y la que divulgan a diario casi toda la prensa y toda la radio. Su planteo teórico parece abrir las mejores posibilidades para la convivencia ideológica y ser el más propio de un gobierno provisional. Sus limitaciones prácticas, debidas a la circunstancia histórica en que se aplica, proyectan, en cambio, una gruesa sombra de duda sobre el futuro inmediato.

En lo económico, la tesis de la libertad de empresa ampara a los más poderosos y desarma a la masa trabajadora, a la vez que abre las puertas del país al capital y al producto extranjeros en condiciones no favorables para las fuerzas productivas nacionales. Dos siglos de experiencia internacional así lo atestiguan como también lo confirman con elocuencia, en particular, las historias de Estados Unidos y Gran Bretaña, países donde el liberalismo económico jamás se ha aplicado, ni se aplica en la actualidad, en la forma y con las características que suponen los sostenedores nacionales de esta posición.

La libertad y sus excepciones

EN lo político, si se llevara ella a sus últimas consecuencias, debería admitirse un tipo de libertad de expresión y acción que entraría enseguida en abierto conflicto con la organización estatal de nuestros días. No hay libertad política amplia si el único que puede expresarse públicamente es el que cree en la libertad política—, o, más bien, el que cree que sólo es libertad política eso en lo cual él cree. Con todo, hay algo de mayor gravedad inmediata. Lo peor es que, en esta etapa de la historia política argentina, una interpretación poco dúctil de la libertad puede implicar excepciones que, de inmediato, impongan a la libertad misma las más graves limitaciones.

Tiene el país una gran muchedumbre proletaria, a la que se ha supuesto fiel a la personalidad del dictador. ¿Lo fue, en verdad? Y si lo fue hasta último momento, ¿con qué grado de fervor, con qué nivel de conciencia política? Nos aventuramos a pensar que quienes no le restaron su adhesión en todas sus trapacerías notorias fue el sector política y culturalmente más desvalido del proletariado y otros núcleos inorgánicos de la población pobre, mientras gran parte de los obreros agremiados aprendían a defender cada vez mejor sus intereses sindicales propios, sin haber podido hallar nunca—por acción del Estado peronista, pero también por defecto de los partidos no peronistas—el cauce político que correspondiera a su verdadera posición. Enfrentarse a esa muchedumbre con menosprecio, acorralarla con actitudes clasistas, humillarla con un régimen de tutela gremial y política es invitarla a reafirmarse en el pecado político que se le atribuye y por el cual se la quiere condenar sin oír. Esto es lo que se ha hecho en el año que corre.

Si la actitud inicial, frente a esa masa obrera fue equivocada, el error se ha ido profundizando sin cesar. La consecuencia teórica traduce de inmediato el divorcio de la práctica: la libertad política—piensan algunos y otros hasta lo escribirían—es un don que debe reservarse a quienes saben apreciarlo y no está entre estos privilegiados la gran masa proletaria de la Argentina.

Además, la libertad, por supuesto, tiene sus enemigos. ¿Dónde están, ocultos y siniestros? Si la libertad política es la libertad de empresa, enemigos suyos son los enemigos de la libertad de empresa—es decir, de los empresarios. De los terratenientes también, ¿por qué no? En Estados Unidos se da a

esta clase de enemigos públicos la denominación genérica de *socialistas*. En la Argentina, de *comunistas*. A los comunistas también, por ende, se debe negar el goce de la libertad política.

Cuando esta misma tesis se levantó en Estados Unidos y se la comenzó a aplicar —al día siguiente de morir el último de los grandes *socialistas* estadounidenses, Franklin Delano Roosevelt— fueron pocos los que previeron las consecuencias de esta campaña universal de depuración. A diez años de entonces, el panorama está claro. El Partido Comunista estadounidense sigue en pie, realiza reuniones y publica un periódico, a pesar de la ley que le declara ilegal. Derrotados están —derrotados no, pulverizados— todos los grupos liberales que actuaban dentro de los partidos republicano y demócrata, así como fuera de ambos. Del pensamiento y la tradición de Roosevelt —el Estado al servicio del pueblo y freno al gran capital— no quedan más que la secreta admiración con que repiten su nombre varios millones de estadounidenses. Ambos partidos históricos, después de haber caído en manos de los *socialistas* —Roosevelt entre los demócratas; Wilkie entre los republicanos— han vuelto a ser lo que el más ilustre de los pensadores estadounidenses de este siglo, John Dewey, dijo que eran hace varias décadas: los mandaderos del gran capital.

Otras tesis sobre la libertad

No quiere, no, el exilio político de la gran masa peronista esa segunda corriente que mencionamos. Corriente heterogénea, como todas éstas, de difícil delimitación. Hay allí nacionalistas de antigua profesión falangista. Hombres, también, procedentes del peronismo. Estuvieron algunos en el poder entre septiembre y noviembre de 1955, después de reñir tardíamente con el dictador. Para ellos la conquista de la masa fluctuante y dispersa que dejó el peronismo es la consigna primera. Muchos han hecho pública renuncia de su antigua fe liberticida y a algunos debemos creerles. Pero su convicción democrática no asciende a gran altura. Fuera de ciertos problemas inmediatos, su indefinición ideológica parece ocultar la ceniza no extinguida del culto al dictador fascista.

La tercera corriente que fue adquiriendo importancia bajo el régimen peronista se presenta con numerosos matices. Los

principios comunes a todos ellos quizá sean la mayor confianza en las masas populares; la creencia de que un Estado democrático puede y debe participar en el proceso económico para proteger al trabajador, al pequeño empresario, al colono y a la industria y nacionalizar ciertos servicios públicos; y de que la política internacional del país puede y debe orientarse de acuerdo exclusivamente a las necesidades nacionales y con independencia de las normas impuestas por el panamericanismo oficial.

En planteos generales de esta índole coinciden hombres cuya formación ideológica reconoce distintas procedencias. El socialismo argentino, si bien algunos de sus dirigentes se han divorciado en los últimos lustros por completo de su espíritu inicial, tiene una rica herencia ideológica que inspira hoy a millares de jóvenes y de afiliados de los sindicatos obreros y les coloca dentro de esta corriente. No todos los demócratas progresistas se sienten más cerca de esta concepción general que de la primera que hemos expuesto, pero lo cierto es que la evocación del recio Lisandro de la Torre empuja con vigor hacia aquel cauce y que en esa actitud se encuentran algunos dirigentes jóvenes y varios de la antigua promoción. Los comunistas, aunque difieran sustancialmente en muchos de sus planteos prácticos inmediatos y en la interpretación de algunos procesos, están más cerca de una posición de este tipo que de las dos mencionadas antes. Hay entre los católicos políticos —que son los menos entre los católicos, porque la gran mayoría de éstos no desea definirse políticamente como tal— quienes interpretan el problema nacional en forma semejante. Pero entre las fuerzas políticas organizadas, el aporte numérico más importante que recibe esta tendencia procede del movimiento denominado de Intransigencia y Renovación dentro de la Unión Cívica Radical.

Fuera de las organizaciones partidarias, se orienta en forma similar una proporción de elementos de clase media urbana y rural que consideramos numéricamente muy importante y que va desde el comercio, la industria y la agricultura hasta las profesiones liberales.

Otras fuerzas menos manifiestas

HAY otras fuerzas, no definidas o indefinibles, nacionales o extranacionales, cuya gravitación —por razón de su naturaleza

o su número— puede tener importancia grande en el destino inmediato de la nación argentina.

Muchos intereses que se mueven alrededor de la producción agropecuaria y muy particularmente los latifundistas constituyen hoy un factor político de trascendencia, aunque no es precisamente la batalla de las ideas la que más les preocupa. Hay en ellos, como es obvio, una profunda desconfianza por toda solución popular y, aunque comprenden los más sagaces que no es éste el momento de proponer a la luz pública un programa de la índole del que se aplicó a partir de 1930, su actividad en los círculos áulicos está orientada a crear las condiciones económicas e institucionales que vayan arrastrando al gobierno provisional a salidas de este tipo.

Las normas que está aplicando en este momento el Departamento de Estado de los Estados Unidos en los países latinoamericanos le hacen ver con inquietud la posible victoria electoral de una tendencia que interprete el pensamiento político y económico de esa tercera corriente. El Departamento de Estado nunca ha tenido palabra decisiva en la política argentina, pero la multiplicación del capital estadounidense invertido en el país durante la era peronista y la orientación económica del gobierno provisional le entregan armas nada despreciables para adquirir mayor gravitación en la política nacional.

Por su importancia numérica y su capacidad organizativa es la gran masa obrera el más importante de todos los factores políticos. El peronismo le impidió expresar su opinión. El gobierno provisional, con la intervención de los gremios y la uniformación de la prensa y la radio, sigue impidiéndoselo. A conquistarla se han lanzado grupos de las más distintas procedencias, entre ellos algunos dirigentes del conservadurismo más rancio, núcleos nacionalistas católicos muy activos y antiguos dirigentes sindicales peronistas. No es fácil, en las condiciones actuales, predecir cómo se orientará su predilección política, pero es indudable que su voto puede ser el decisivo si las elecciones generales se hacen con honestidad. Dos consideraciones, sin embargo, debemos formular a este respecto. Es obvio que la clase obrera tratará de apoyar a quienes crea que pueden satisfacer de mejor manera sus necesidades económicas y respetar sus derechos gremiales, lo cual significa que muy pocos sufragios obtendrán quienes se empeñen en atribuir a la libertad política una importancia casi exclusiva en el ordenamiento institucional y quienes aparezcan ostensiblemente comprometidos en la pro-

moción de intereses económicos en abierto conflicto con los intereses de los asalariados. Es para nosotros igualmente obvio que, llegado el momento de elegir entre varios programas políticos, será el más progresista el que concite su entusiasmo, a menos que los errores acumulados por el gobierno provisional le arrastren a prestar oídos a un general que se proponga reeditar en 1957 la aventura demagógica de 1945.

HACIA DÓNDE VAMOS

POR lo mucho que tiene de fluctuante y por el elemento subjetivo inevitable que evoca, es siempre muy difícil abarcar con fidelidad todo un panorama político actual. En el caso argentino, diríamos que imposible. Confesamos, sin rubor, nuestra inhabilidad, pero tenemos también la inmodestia de suponer que el testimonio de los que viven el drama nacional como propio tiene un valor nada despreciable.

Lo que nos urge ahora es ver, entre las olas de este agitado mar, qué dirección lleva la corriente subterránea, porque nada hay más perturbador que la incertidumbre ni más deprimente que la falta de esperanza.

No representa el gobierno provisional una sola fuerza coherente, ni le mueve un solo programa inmutable. No tiene esto, de por sí, nada de excepcional y así ocurre con muchos otros gobiernos en el mundo. Algunas de sus declaraciones y medidas en el terreno político están inspiradas en un sano liberalismo, absolutamente excepcional entre los gobiernos militares procedentes de movimientos revolucionarios en América Latina. Hay en muchos de sus hombres, como lo hay en muchos de los miembros de las fuerzas armadas argentinas en este momento, una honesta inspiración democrática y el anhelo indudable de cooperar a fin de que la nación encuentre la ruta de su grandeza económica y su estabilidad política. Para el ciudadano argentino, que desde 1930 se ha acostumbrado a ver la espada en connivencia con dictaduras, éste es un insólito espectáculo y ciego sería si no le atribuyera un valor grande.

Pero la realidad jamás tiene una sola cara, ni dos. El valor de la actitud política está, aquí y en todo el mundo, fuertemente condicionado por las circunstancias inmediatas y, por eso mismo, se forma y se transforma todos los días. Nada hay más difícil para un gobierno que mantener permanentemente

una correlación aceptable entre la inspiración democrática y la acción democrática.

Un mínimo de experiencia política se necesita para pronosticar que, a medida que acrezcan los intereses creados en lo económico y se amplíen los compromisos en lo internacional, los consejos que el gobierno reciba en lo político han de tender a apartarle cada vez más de la masa popular y de las soluciones democráticas. No es sin alarma que puede comprobarse que el gobierno provisional está en septiembre de 1956 más a la derecha que en marzo del mismo año, y que ya en marzo estaba más a la derecha que en noviembre de 1955.

Allí está la democracia

PERO no ha ganado aún ninguna tendencia, ni dentro ni fuera del gobierno. El proceso está abierto. El país vive—qué duda cabe—envuelto en problemas complejos. Hay una amenaza que nunca podrá considerarse demasiado lejana y contra ella debemos luchar. Pero el gobierno provisional seguiría el más prudente de los consejos si se empeñara de firme en distinguir entre el retorno del régimen caído y la participación activa de las grandes masas obreras y de clase media en las soluciones económicas y políticas. No se puede declarar la guerra a la masa—bajo el temor de un retorno del peronismo—, ni abrir la compuerta de la persecución ideológica—bajo el temor del comunismo—sin renunciar en la práctica al credo democrático y, lo que es francamente temible, sin sentirse impelido a buscar aliados en los sectores más distantes del espíritu democrático. Que suelen ser—conviene no olvidarlo—los que con más desaprensión conjugan todos los verbos relacionados con la democracia.

Los partidos políticos tradicionales se han reintegrado a la existencia activa con un número muy limitado de afiliados. Los diez o quince partidos nuevos que han aparecido tienen aun mucho menos. No sólo la gran masa ciudadana no pertenece a partidos políticos, sino que tampoco forma parte de agrupaciones cívicas por cuyo conducto pueda expresarse. Ni tiene el hábito de opinar públicamente después de veinticinco años de persecución sistemática de las ideas. Ni la prensa y la radio argentinas están dispuestas a acoger otras expresiones que no sean las que cuenten con el calor oficial de turno.

Pero cometería el error más funesto quien dedujera de esto que la ciudadanía argentina duerme entre la desorganización y la impotencia.

La gran masa de trabajadores manuales urbanos y rurales tiene hoy una clara conciencia de sus derechos y está ávida de poder ejercitarlos en forma leal y constructiva. El movimiento revolucionario de 1955, los discursos y declaraciones del último año han despertado, en la vasta clase media argentina, fuerzas y vocaciones democráticas que ahora sería difícil y peligroso llamar a silencio. El ciudadano argentino —clase obrera y clase media— está harto de vivir de rodillas.

Si algo hemos comprobado de modo directo e inalterable en Buenos Aires y en los numerosos viajes por las provincias que hemos hecho en los últimos meses es la inmovible vocación democrática, la capacidad organizativa y la claridad mental del obrero y del hombre de la clase media. Tiene la Argentina un pueblo magnífico, excepcionalmente dotado por la historia para construir una vigorosa democracia orgánica. Bastaría que el Estado garantizara el derecho de opinión y de organización para que todo el territorio argentino se transformara mañana en la más activa, constructiva y disciplinada asamblea democrática que haya habido en nuestra historia.

No hay —ni tiene por qué haberla— coincidencia de definiciones partidarias en ese pueblo, pero ni la menor duda nos cabe que su enorme mayoría quiere que se establezca cuanto antes un régimen constitucional, que aplique, en lo político, un programa progresista que permita la participación activa de la masa ciudadana en la formulación del destino nacional y que evite que el gobierno central vuelva a ser el monopolio de un partido, una clase o un hombre; en lo económico, una orientación que defienda al asalariado, al pequeño capital y al colono, que estimule la industria nacional, que aproveche racionalmente las grandes fuentes de riqueza, que venda en todos los mercados mundiales; en lo internacional, una política digna e independiente, no comprometida con ningún bloque y que ofrezca la misma mano amiga a todas las potencias del mundo.

LAS TESIS FUNDAMENTALES DEL APRISMO

A LA LUZ DEL ÚLTIMO LIBRO DE HAYA DE LA TORRE

Por Manuel VAZQUEZ DIAZ

EL último libro de Haya de la Torre *Treinta Años de Aprismo* no deja lugar a dudas acerca de dos dictámenes que de su lectura se desprenden: La invariable consecuencia doctrinaria del Aprismo, a través de tres decenios en "un mundo cambiante", y la línea lógica del encadenamiento de sus enunciados a partir de sus concepciones originarias.

Autonomía de la concepción aprista

EN el breve prólogo queda esclarecido cómo la concepción aprista emerge y se emancipa de puntos de partida doctrinarios europeos, tomando de ellos sólo las esencias universales. "El aprismo es un movimiento autónomo, indoamericano, sin ninguna intervención extranjera", escribió Haya de la Torre en 1926. Lejos del comunismo y del fascismo, porque uno y otro "son fenómenos específicamente europeos, ideologías y movimientos determinados por una realidad social cuyo grado de evolución económica está muy lejos de la nuestra", precisó en 1928. Por eso, cuando el Aprismo, al confrontar la realidad diferente, espacio-temporal, de Indoamérica, confronta a su vez las tesis de Marx postuladas desde Europa y como resultado de la realidad europea que él vivió y estudió a mediados del siglo pasado, le aplica las leyes del devenir. O sea la continuidad condicionada por la *negación*.

Y todo lo anterior escrito en 1928, va seguido de una conclusión terminante: "Esta actitud del Apra plantea ya una *total* separación de los comunistas criollos, rëndidos ante el

sancta sanctorum de su fría ortodoxia, cuyo velo inmutable no se atreven a levantar" (*El Antimperialismo y el Apra*, Cap. IV).

¿Qué más puede decirse?

Mayor claridad no se puede pedir. "La total separación" entre Aprismo y Comunismo es patente. Y de ella arranca toda una concepción económico-social enteramente nueva, para esta parte del Nuevo Mundo. El Aprismo es así un movimiento *anticolonialista integral*. Rechaza todos los imperialismos: tanto los económicos y los políticos, como los culturales, políticos de izquierda y de derecha. Toma y valora —repetimos— esencias universales del pensamiento humano—, pero no es vasallo de ninguna idea foránea.

Contra "el colonialismo mental", que "ha planteado un doble extremismo dogmático", el primer libro aprista de Haya de la Torre tunde sin ambages. Especialmente al referirse a los colonos "del lenguaje revolucionario ruso que nadie entiende".

Espacio, tiempo y dialéctica

LA tesis aprista del Espacio y el Tiempo, es tan antigua como el libro de Haya de la Torre de 1928: "Reconocer que la relación de Espacio y Tiempo para apreciar estas fases y grados de evoluciones, es imperativa", fueron palabras escritas en el prólogo de *El Antimperialismo y el Apra*. Y en su texto, lo repite: "Nuestro *Tiempo* y nuestro *Espacio* económicos nos señalan una posición y un camino" (Cap. VIII).

En esa concepción de Espacio y de Tiempo, se basa la dialéctica aprista. Y con ella, niega al marxismo en todo lo que está fuera y lejos de la realidad espacio-temporal indoamericano.

Esa dialéctica es la hegeliana, la irrecusable que Lenin exigía a sus adeptos para entender a Marx. Haya de la Torre lo cita en una afirmación terminante que debe detener a los audaces "leninistas" cuando se atreven a hacer marxismo a su antojo. Pues Lenin escribió: "No se puede comprender plenamente el *Capital* de Marx, y particularmente su Capítulo I, sin estudiar antes a fondo y comprender toda la Lógica de Hegel".

¿Conocen muchos marxistas a la violeta "toda" la Lógica hegeliana?

Apenas, fragmentariamente, ella está traducida al castellano. Cuande se lee esa cita de Lenin —y la palabra "toda" sub-

rayada por él— se comprenden los disparatados errores de muchos intérpretes improvisados.

En la dialéctica aprista, en su negación espacio-temporal del marxismo, está vivo el pensamiento lógico de Hegel. El Aprismo fundamenta su recusación del universalismo marxista en negaciones evidentes, basadas en la realidad del Espacio y del Tiempo indoamericano.

Y todo ello, desde 1928.

Bases de la autonomía conceptual aprista

HAYA de la Torre recuerda en su libro —todo ceñido a citas bibliográficas irrecusables— cuáles fueron las bases de la autonomía de la concepción aprista:

La primera, general, es que la realidad sociológica y económica indoamericana es diferente de la europea. Si la evolución histórica de Europa y los problemas que ella plantea son diferentes de los indoamericanos, las soluciones deben ser diferentes.

La segunda tesis, particular, enfoca el fenómeno de la evolución hacia el capitalismo, tan distinto en Europa y en Indoamérica. Allí, es una transformación, un tránsito de etapas que se suceden. Aquí, es el resultado, a saltos, de situaciones que se trasplantan. Allí el imperialismo es la coronación de un sistema, la *última* o superior etapa del capitalismo. Aquí es el inicio o comienzo, la *primera* o inferior etapa capitalista. Allí el capitalismo industrial *hace* la máquina. Aquí la recibe hecha, la importa y sólo la maneja. Allí, el sistema capitalista industrial remplacea y suplanta íntegramente al sistema feudal. Aquí, se inserta parcialmente, crea industrias coloniales o semi-coloniales típicas, y no logra remplazar al sistema de economía anterior. Se yuxtapone al lado de los ya existentes.

La tercera tesis, general, desprende otra particular: Si las condiciones económicas de producción determinan las condiciones sociales de formación de clases, es lógico inferir que a condiciones diversas, también serán diversas las realidades sociológicas determinadas por aquéllas. La evolución económica de los grandes países industriales determina realidades sociales correspondientes. Luego, las clases sociales europeas o indoamericanas presentan caracterologías desemejantes.

El lenguaje colonial de nuestros sedicentes revolucionarios

usa los términos "proletariado", "burguesía", "pequeña-burguesía", repitiéndolos del léxico socio-económico europeo. Pero su contenido semántico, su significación histórica sólo tienen distantes similitudes. "Proletariado" también hubo en Roma —de donde viene la palabra— pero el proletario romano y el proletario industrial moderno de la gran industria, son diferentes, clasistamente. Los términos generales "explotadores" y "explotados" corresponden a diferentes grados y formas de explotación, que son respectivos a épocas y lugares: la esclavocracia helénica, la servidumbre medieval europea, el tipo de trabajo colonial, la esclavitud y la servidumbre que tipifican el trabajo después del descubrimiento de América, son diferentes tipos de explotación. Ellos determinan, a su vez, diferentes tipos de reacción. Lo mismo ocurre con las llamadas "clases medias".

"Entre la Tierra del Fuego e Inglaterra industrial —cita del libro de Haya de la Torre de 1928, tomado de Engels— hay diferencias diametrales". Quien aplique a ambos tipos de economía las mismas reglas "sólo produciría lugares comunes de la mayor vulgaridad". La Tierra del Fuego es un Espacio y un Tiempo socio-económicos diferente del inglés. Pero entre ambos, existen muchos otros grados de realidades espacio-temporales que hay que considerar, estudiar y *descubrir*. "La realidad indoamericana no hay que inventarla, sino descubrirla".

Imperialismos capitalista y comunista

Los dos coloniajes, el de los imperios capitalistas y el del imperio comunista son europeos por origen y sistema. En la dirección de los paralelos —tesis del libro de Haya de la Torre— se extienden los industrialismos de un mismo tipo: siderúrgico, forjador de máquinas, industrialismo pesado, imperial, exportador de capitales y de maquinaria. En la dirección de los meridianos, el industrialismo se expande en forma diferente: Crea otro tipo de producción de materia prima y medio elaborada, y determina, en consecuencia, otra tipología de explotación clasista. A esta última corresponde la nuestra. No es difícil inferir que ante realidades disímiles los enfoques deben ser correlativos.

Haya de la Torre se anticipó a precisar que el Comunismo no se había realizado en Rusia. Que en este país se ha estable-

cido un poderoso Capitalismo de Estado. Que todas las características del sistema capitalista —salvo la empresa privada— subsisten en Rusia. Ésta es hoy exportadora de capitales, de maquinaria, foco imperial de expansión económica y de irradiación comercial. En Rusia existen trabajadores, diferencias de salarios, categorías sociales si no de clases de estamentos. Hay un sistema bancario, moneda, tipos de cambio y un vasto engranaje de exportaciones e importaciones regido por los mismos mecanismos de cambio que dentro del sistema capitalista. Y si la exportación de capitales se denomina *imperialismo*, éste existe en toda la zona de influencia dominada por Moscú. En los países denominados "satélites", las clases explotadas están sujetas a similares condiciones de trabajo asalariado que en los países "satélites" de los imperios capitalistas. Por eso no es exagerado afirmar que hay un imperio e imperialismo capitalista frente a frente a otro llamado comunista, pero que no realiza el comunismo.

La lucha entre los dos imperios —hoy llamados el del Este y el Oeste— es, por tanto, una lucha por el poder mundial. Frente a esa lucha, los países coloniales y semicoloniales confrontan otra realidad: Ellos no pueden destruir el sistema económico imperante, pero tampoco pueden establecer un régimen comunista porque su evolución es aún retrasada, respecto de las grandes potencias. Consecuentemente, la fisonomía de la lucha en los países o pueblos coloniales y semicoloniales tiene otras características. Es lucha racial o nacional —como la de los pueblos árabes— y no una lucha de clase proletaria. Es un movimiento de frente-único de clases, en el cual éstas se unen y alían para conseguir su libertad económica y política, pero, al mismo tiempo, para realizar su inevitable industrialización.

Y esta industrialización, mientras el sistema capitalista —ya de empresa privada, ya de capitalismo de Estado— predomine en el mundo, tiene que contar con la ayuda de capitales, de una u otra procedencia.

Imperialismo y antimperialismo ambivalentes

MARX no alcanzó a ver esta nueva fase de la evolución imperialista mundial. El imperialismo económico moderno es la expansión de la última o superior etapa del capitalismo en los países superindustrializados que viene a ser la primera o infe-

rior etapa de los países económicamente retrasados. En éstos la industrialización es meta inmediata, lo cual supone su *desfeudalización*.

Pero para que la industrialización se cumpla, y mientras impere el sistema capitalista, o sus métodos de expansión, en ambos sectores del mundo, el imperialismo cumple una doble función: aporta progreso y significa peligro. Cuando al imperialismo económico se suma el político, el colonialismo imperial existe y subyuga. El ant imperialismo de los países económicamente retrasados debe ser el que se libere del sometimiento político sin dejar de aprovechar las ventajas económicas de la industrialización.

Durante este proceso, las clases se van definiendo, pero ellas deben estar unidas en los movimientos de resistencia al imperialismo político, y de canalización de las fuerzas expansionistas del económico.

Por eso Haya de la Torre fue claro en su libro de 1928:

"En tanto que el sistema capitalista impere en el mundo, los pueblos de Indoamérica, como todos los económicamente retrasados, tienen que recibir capitales del extranjero y tratar con ellos".

Y tratar con ellos, imponiéndoles condiciones. El Aprismo descubre una ley económica irrecusable en los países económicamente retrasados: "La emigración del capital (de los países imperialistas) se produce obedeciendo a una ley económica tan imperiosa, como la que impele a recibirlo a los pueblos no desarrollados económicamente".

Bajo esta ley, el Aprismo formula otro principio fundamental: "Los Estados Unidos necesitan tanto de la América Latina como ésta de aquéllos".

Y esta es la base de un ant imperialismo que el Apra llama "constructivo". Es decir, realista, no demagógico, típicamente nuestro, indoamericano.

El estado democrático de los 4 poderes

EL Aprismo —como se conoce desde el libro citado de 1928— plantea un tipo renovado de Estado democrático, no dictatorial de clase, de arriba o de abajo. El Estado democrático de los 4 poderes, en el cual, el Cuarto Poder es el Económico, con representación funcional y tripartita de las tres fuerzas económi-

cas que hoy integran todas las comunidades nacionales: Trabajo, Capital y Estado. El trabajo manual e intelectual de las tres clases explotadas; el Capital nacional y extranjero que contribuye a nuestra industrialización, y el Estado o representación institucional de la colectividad nacional. El completo desarrollo de este planteamiento vendrá en el segundo volumen de *Treinta Años de Aprismo*. Pero, conocidas las ideas básicas del Cuarto Poder del Estado democrático, se sabe que en él la representación es cualitativa y que dentro de él las clases trabajadoras se adiestran en la participación de la vida del Estado, de sus problemas y dirección.

Porque las clases trabajadoras, a medida que el industrialismo en evolución las educa y capacita, deben ejercer plenamente su actividad ciudadana dentro de una democracia dinámica o funcional. El industrialismo necesita de la democracia, y aunque él sea un industrialismo no capitalista, siempre debe ser libre. La dictadura económica o política es un obstáculo para la plena democratización.

Para la convivencia entre los Estados capitalistas industrialistas del Norte y los agrícola-mineros y productores de materias primas del sur, el Aprismo plantea un programa de relaciones en el Plan para la Afiración de la Democracia en América. O sea para la coexistencia de ambos continentes dentro de un "*interamericanismo democrático sin imperio*".

Para cumplirlo, la unión política y económica, primer postulado aprista, es imperativo de los Estados latino o indoamericanos. Y, como garantía de esa convivencia, la "interamericanización del Canal de Panamá", punto que hoy adquiere vigencia y perentoriedad, demostrando a la vez, con cuánta previsión enunció esta reivindicación el Aprismo desde 1924.

Y así se completa el cuadro programático de un "antimperialismo constructivo" basado en la coexistencia de los dos ámbitos socio-económicos americanos, los cuales se necesitan recíprocamente.

Treinta Años de Aprismo es un gran alegato en favor de la autenticidad y del realismo de las concepciones apristas, anticipadas en un mundo cambiante, con la previsión de un programa cuya vigencia es hoy innegable. Mientras hemos asistido al surgimiento y caída del nazi-fascismo, a la Segunda Guerra Mundial que el Aprismo anunció, a los cambios y trastrueques del Comunismo, a través del stalinismo hoy reprobado, y al surgimiento de una política mundialista basada en

la tendencia de los pueblos a confederarse continentalmente, el Aprismo mantuvo su derrotero. Y con rara consecuencia, puede afirmar hoy que no se equivocó en sus planeamientos y predicciones y que sigue siendo la bandera de justicia y libertad de nuestros pueblos.

MÉXICO EN LA COMISIÓN DE ENERGÍA ATÓMICA DE LAS NACIONES UNIDAS

EN la sesión plenaria del 24 de enero de 1946 de la Asamblea General de las Naciones Unidas celebrada en Londres, y como consecuencia de la conferencia de Moscú de 27 de diciembre de 1945, se acordó crear la Comisión de Energía Atómica formada por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad (China, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Unión Soviética), el Canadá y por los miembros no permanentes del propio Consejo, que ese año eran Australia, Brasil, Egipto, México, Países Bajos y Polonia. La Comisión fue presidida durante el año de 1946, en orden alfabético de nombres de países representados, por H. V. Evatt de Australia, Alvaro Alberto del Brasil, A. G. L. McNaughton del Canadá, C. L. Hsia de China, Mohamed Bey Khalifa de Egipto, Alexandre Parodi de Francia y Manuel Sandoval Vallarta de México.

Nuestro país fue el último que designó a sus representantes en el seno de la Comisión. La delegación mexicana estuvo integrada por Manuel Sandoval Vallarta como jefe; Nabor Carrillo, Manuel Cabrera Carrasquedo, Carlos Graef Fernández y Carlos Peón del Valle. Durante las ausencias del jefe, actuó como su substituto Luis Padilla Nervo. La delegación australiana tenía por jefe a H. V. Evatt, la brasileña a Alvaro Alberto, la canadiense a A. G. L. McNaughton, la china a Quo Tai Chi, la egipcia a Mohamed Bey Khalifa, la francesa a Alexandre Parodi, la holandesa a E. N. van Kleffens, la polaca a Oscar Lange, la soviética a A. A. Gromyko, la británica a Alexander Cadogan y la americana a B. M. Baruch. Muchos de los físicos más eminentes del mundo formaron parte de las diversas delegaciones, entre ellos Oppenheimer, Urey, A. H. Compton, Bacher, Rabi y Tolman de los Estados Unidos; Oliphant y Briggs de Australia, Laurence del Canadá, Joliot-Curie, Auger, Perrin y Kowarski de Francia; Kramers de Holanda, Zlotowski y Pienkowski de Polonia, Skobeltsyn, Mescheryakow y Vavilov de la Unión Soviética, Chadwick, Thomson y Penny de la Gran Bretaña.

La Comisión se reunió en Nueva York el 14 de junio de 1946, en un ambiente de expectación y de ansiedad. En esa fecha los Estados Unidos poseían el monopolio absoluto de la energía atómica y eran el único país que había construido y puesto a funcionar plantas de sepa-

ración de los isótopos del uranio y pilas de uranio enriquecido para producir plutonio. Todavía no transcurría un año desde que las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki habían sido borradas cada una por una sola bomba atómica, y un año escaso desde la primera prueba experimental de Alamo Gordo en Nuevo México. Se anunciaba ya la segunda prueba experimental de Bikini, a la que fueron invitadas todas las naciones miembros de la Comisión de Energía Atómica.

Las instrucciones que recibió la Comisión, de las Naciones Unidas, incluían entre las principales: extender a todas las naciones los conocimientos científicos básicos para el uso pacífico de la energía atómica, eliminar las armas de destrucción en masa y proteger, por medio de un sistema adecuado de inspección, a los países participantes contra los riesgos de violación y evasión de los convenios a que se llegase. De sus conclusiones y recomendaciones debería informar al Consejo de Seguridad.

En la primera sesión del 14 de junio de 1946 los Estados Unidos, por boca del jefe de su delegación, Bernard M. Baruch, propusieron crear una Autoridad Atómica Internacional que se encargaría de todas las fases del desarrollo y uso de la energía atómica y que tendría las siguientes facultades:

- a) Propiedad de todas aquellas instalaciones y fábricas que pudieran poner en peligro la seguridad mundial,
- b) Poderes de inspección y permiso sobre todas las demás instalaciones atómicas,
- c) Responsabilidad de investigación y desarrollo en materia atómica.

Después de establecido el sistema de inspección y de castigos para los violadores del convenio de creación de la Autoridad, cesaría la fabricación de bombas y el material hendible de las ya fabricadas sería dedicado a otros usos.

Las violaciones que serían motivo de castigo "de naturaleza tan seria como deseen las naciones y tan inmediato y cierto en su ejecución como sea posible" fueron definidas en el discurso de Baruch como las siguientes:

- a) Posesión o uso ilegal de bombas atómicas,
- b) Posesión o separación de materiales nucleares propios para usarse en bombas,
- c) Apropiación de plantas y fábricas propiedad de, o permitidas por la Autoridad,
- d) Intervención en las facultades de la Autoridad,
- e) Operación de instalaciones peligrosas sin el permiso de la Autoridad.

Los Estados Unidos en esa ocasión también propusieron la eliminación de la facultad de veto que la Carta de las Naciones Unidas concede en el Consejo de Seguridad a la Unión Soviética, la Gran Bretaña, China, Francia y los Estados Unidos, en todas las resoluciones que se adoptaran en materia de energía atómica. En la sesión del 27 de diciembre de 1946, los Estados Unidos explicaron ampliamente su posición en el punto del veto y aclararon: 1º—La doctrina de la unanimidad de las Grandes Potencias es aplicable en el Consejo de Seguridad a las recomendaciones y conclusiones que formule la Comisión de Energía Atómica; 2º—También sería aplicable a la aceptación del tratado internacional sobre energía atómica; 3º—No existiría el veto en las resoluciones de la Autoridad Atómica Internacional; 4º—Tampoco existiría en el caso de violaciones del convenio en cuestión.

En la sesión del 19 de junio de 1946, la Unión Soviética, por boca de su representante A. A. Gromyko propuso un convenio internacional prohibiendo la producción y uso de armas atómicas de destrucción en masa. La Unión Soviética ha sostenido sin vacilación esta proposición desde entonces. Para apoyarla, Gromyko hizo ver que la existencia de armas atómicas impide el intercambio científico normal entre las naciones del mundo y por consiguiente retarda el descubrimiento de modos de usar la energía atómica para fines constructivos y pacíficos. La Unión Soviética propuso un convenio internacional que: a) prohibiría la producción y almacenamiento de armas basadas en la energía atómica; b) obligaría a destruir dentro de un plazo de tres meses todas las existencias de armas nucleares; c) declararía que la violación del convenio es un crimen internacional muy serio contra la humanidad; d) obligaría a las naciones contratantes a aprobar leyes que castiguen con penas severas a los que violan el convenio. Propuso también la fundación de un comité, dentro de la Comisión de Energía Atómica, para encargarse del intercambio de información científica. Hizo ver para apoyar su proposición que el monopolio entonces existente no podría durar. Terminó Gromyko haciendo hincapié en que las resoluciones de la Comisión siempre tendrían que pasar al Consejo de Seguridad y que todas las tentativas para debilitar la regla de unanimidad del voto de las Grandes Potencias y reformar en ese sentido la Carta estaban condenadas al fracaso.

En la misma sesión, Sandoval Vallarta, hablando en nombre de México, expuso que el gobierno de nuestro país aprobaba la eliminación del veto en los asuntos de la jurisdicción de la Comisión de Energía Atómica, reservó su posición sobre la propiedad de los yacimientos de uranio y aclaró que era indispensable restablecer el intercambio normal de información científica para facilitar el uso de la energía atómica en

la ciencia y en la industria, "sin el cual", dijo, "la ciencia y la investigación se ahogarán a la larga".

En la sesión del 5 de diciembre de 1946 el representante de los Estados Unidos de América modificó su posición original en el sentido de que la Autoridad Atómica Internacional tendría la propiedad de los minerales de uranio y torio "desde el momento en que fueran extraídos del suelo" y en la del 17 de diciembre aceptó el derecho de los físicos para realizar investigaciones puramente científicas sobre el núcleo atómico "sin intervención de la Autoridad Internacional". En consecuencia, en la sesión del 20 de diciembre, el representante de México, autor de este artículo, anunció su conformidad con las propuestas norteamericanas. Se salvaron así, por una parte, las disposiciones contenidas en el artículo 27 de la Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos sobre la propiedad que ejerce la nación sobre los minerales en el subsuelo, y, por otra parte, la libertad de investigación científica sobre cualquier problema. Hay que hacer hincapié en que estas dos enmiendas mexicanas al plan de Baruch fueron las únicas que aceptó la delegación de los Estados Unidos.

En la sesión del 30 de diciembre de 1946, bajo la presidencia del representante de México, la Comisión de la Energía Atómica adoptó el plan de Baruch por diez votos en favor (Australia, Brasil, Canadá, China, Egipto, Francia, México, Países Bajos, Reino Unido y Estados Unidos de América), ninguno en contra y dos abstenciones (Polonia y Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) y lo envió al Consejo de Seguridad el 31 de diciembre.

La Comisión de la Energía Atómica se reunió diez veces. De estas diez sesiones, cuatro correspondieron a la presidencia de Australia (H. V. Evatt), una a la del Brasil (Álvaro Alberto), una a la de Egipto (M. Bey Khalifa), una a la de Francia (A. Parodi) y tres a la de México (M. Sandoval Vallarta).

En 1946, la Comisión de Energía Atómica y sus diferentes comités y subcomités (de reglamentos, de trabajo, legal, científico y técnico) se reunieron en 82 sesiones. Hay que destacar la labor del comité científico y técnico (presidente H. A. Kramers de Holanda) que en 23 juntas dio cima a un luminoso informe que constituyó la aportación más importante de la Comisión. Todos los hombres de ciencia mencionados arriba contribuyeron a este informe, que el delegado mexicano redactó en parte. Fue el único documento que recibió la aprobación unánime de todos los países miembros de la Comisión, incluso la Unión Soviética (con reservas sobre la información disponible).

La Comisión de Energía Atómica recibió amplios informes, no secretos, de los Estados Unidos, el Canadá y la Gran Bretaña sobre la

minería y la metalurgia del uranio y del torio, sobre reactores primarios y sus plantas de separación anexas, sobre plantas de separación isótopos y sobre fotografía y exploración aérea, que facilitaron grandemente su labor.

Durante el primer semestre de existencia de la Comisión de Energía Atómica, la mayoría de los países miembros, México entre ellos, sostuvieron la tesis de que no debería ligarse el problema del desarme con el problema de la energía nuclear, en tanto que la minoría (la Unión Soviética y Polonia) afirmó lo contrario. Los principales escollos que impidieron llegar a un acuerdo unánime fueron la inspección y el derecho de veto. La Unión Soviética se manifestó conforme en principio con el derecho de inspección, pero no con el sistema de inspección continua que propuso la mayoría y menos con que la Autoridad Atómica Internacional —después se cambió este nombre al de "Agencia Internacional de Control"— fuese propietaria y manejase a su arbitrio todas las instalaciones nucleares en todo el mundo. En la cuestión del veto, la Unión Soviética y los Estados Unidos fueron completa y absolutamente intransigentes.

Los problemas planteados ante la Comisión de Energía Atómica en 1946 subsisten aún y en consecuencia el peligro terrible de una guerra atómica se cierne todavía sobre la humanidad. No cabe duda que el fracaso que sufrió en ese año y que le impidió llegar a un acuerdo unánime agravó seriamente la tensión internacional, tuvo repercusiones en muy distintas direcciones y retardó por una década por lo menos el uso industrial de la energía atómica. México, que tuvo en sus manos la presidencia de la Comisión durante el crítico mes de diciembre de 1946, hizo cuanto pudo para limar asperezas, provocar acercamientos y eliminar fricciones. Nuestros esfuerzos no se vieron coronados por el éxito, pero cuando menos tenemos la satisfacción de haber cooperado en una obra noble y grande de la que depende sin hipérbole el porvenir de la humanidad. "Dejamos la Comisión de Energía Atómica" dijo el representante de México al levantar la histórica sesión del 30 de diciembre y al dejar la presidencia, "conscientes de haber contribuido con algo a la solución de los problemas que nos han sido planteados". Diez años después podemos con orgullo ratificar lo que expresamos en aquella ocasión.

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Aventura del Pensamiento

¿QUÉ PASA EN EL MUNDO?

Por Guillermo DIAZ DOIN

Progreso es, con respecto al hombre, todo lo que le ayuda a vencer sus miedos imaginarios, a descubrir y a eliminar los verdaderos peligros. La civilización es el resultado del progreso entendido en esa forma. (*El Poder*, GUILLERMO FERRERO).

Si prestamos atención a lo que pasa en el mundo, veremos, y para ello no es preciso ser muy sagaces, que, en realidad, lo que ocurre se reduce a un fenómeno gigantesco de miedo. El terror se ha adueñado de las mentes, incluso las mejor organizadas, y vivimos una época de inmenso pánico. Toda la crisis actual, y, al decir actual, entiéndase no sólo el momento presente sino todo el período que se inicia con la paz de Versalles y desemboca en nuestros días, se puede resumir diciendo que es miedo, miedo y únicamente miedo.¹

¹ Antes de seguir adelante, permítaseme que deje sentada una aclaración, y es que, en el análisis interpretativo que vamos a intentar de la etapa de referencia, prescindiremos en absoluto de la simpatía o la fobia que puedan inspirarnos los sistemas o ideales políticos de los distintos gobiernos y países en juego. Será un examen frío, objetivo, hasta donde esto es posible, de los móviles, actos y reacciones que determinaron la conducta internacional de los estadistas durante ese período, en la que, como se sabe y debe tenerse en cuenta, si se quiere eludir la posibilidad de juicios erróneos o equivocados, predomina siempre, sin que esto quiera decir que se deban menospreciar los factores de orden ideológico, la razón de Estado, invariable a lo largo del tiempo y determinada en todo momento por causas puramente geopolíticas. Por consiguiente, la crítica motivada por preferencias o desdenes con respecto a los diferentes regímenes políticos o económicos, queda descartada en absoluto, por no corresponder a la naturaleza de este ensayo, en el que sólo se pretende juzgar a los gobiernos en su actuación internacional, con independencia de su fisonomía interna.

No es que queramos simplificar el problema presentándolo bajo una sola etiqueta. Las cosas son mucho más complejas de lo que a primera vista parece, y no conviene encerrarlas en la camisa de fuerza de un concepto unilateral. Ese método de interpretación excluyente, del tipo del materialismo histórico de Marx, que pretende explicar el proceso de la historia como resultado de un factor determinante único, el económico, o de aquel otro de Freud, tratando de descubrir la raíz sexual de todos los actos humanos, ha demostrado que peca por exceso. Sin duda el factor económico y el sexual desempeñan un papel primordial en la evolución de las sociedades y en la vida del hombre, pero ello no autoriza a establecer su imperio, con exclusión de todos los demás móviles.

Por eso recomendamos que se acepte con precaución y cierta reserva nuestra afirmación anterior de que todo lo que ocurre en el mundo debe ser atribuido al gran miedo que embarga a las gentes. Queremos decir simplemente que la crisis, la gran crisis que atravesamos, está determinada principalmente por una especie de neurosis de pánico. El terror se ha adueñado de los hombres, y lo que es peor aún de los gobiernos, y aquél se propaga y se difunde en progresión geométrica creciente. El miedo de los unos, al exteriorizarse y traducirse en actos de precaución y de alarma, se refleja en los otros, quienes, a su vez, se atemorizan en razón de las medidas adoptadas por los primeros. Es algo semejante a lo que ocurre cuando colocamos un espejo enfrente de otro: ambos se devuelven las imágenes en forma interminable, multiplicadas hasta el infinito.

Estos días, releendo la magnífica obra *El Poder* del insigne historiador Guglielmo Ferrero, hemos visto confirmada nuestra tesis. El ilustre autor italiano realiza en su libro un análisis soberbio del miedo, particularmente referido al período comprendido entre la Revolución Francesa y el Congreso de Viena. Según él, *ese gigantesco cataclismo* del derrumbamiento de la legalidad monárquica y aristocrática después de la Bastilla, determinó un pánico espantoso que se extendió de un extremo a otro de Francia. Las masas rurales y ciudadanas se asustaron. Circularon los rumores más alarmantes. La gente se armó hasta los dientes, se construyeron barricadas. Las propias masas rebeldes se aterraron de su revuelta. Comenzó un período de recelos y temores imaginarios. El pueblo temía el estallido de complots por doquier, los nobles se dejaron arrastrar por el miedo a la violencia de las masas. Todos estaban

embargados por el pánico, en el que el peligro hipotético era agrandado por la imaginación...

No es nuestro propósito, ni el tema de este ensayo, describir el cuadro de lo que fue la Revolución Francesa. Sólo lo hemos traído a colación, para presentar un ejemplo gráfico de las consecuencias que puede originar un arrebato de miedo colectivo. Pero, no obstante, fieles al pensamiento de Ferrero, no queremos dejar trunca su tesis de que el miedo fue la causa de todas las convulsiones políticas que se produjeron en la parábola histórica que se inicia en 1789 y se cierra en 1814. Francia cayó en el círculo vicioso del miedo provocador de los abusos de la fuerza que agrandan el temor: en el interior, el terror, golpes de Estado, dictaduras revolucionarias; en el exterior, invasiones, guerras interminables, paces absurdas e imposibles. Toda Europa se vio arrastrada por el torbellino del gran pánico. Por un lado, el Imperio napoleónico temía que el resto de Europa se coaligase y rebelase contra él. Aquél, a su vez, temía ser reducido a la esclavitud por el Imperio. Cada guerra hacía crecer su pánico. La paz llegó a ser imposible y la guerra parecía eternizarse. Esa era la situación de Europa en el momento de Waterloo. No sabía dónde estaba, ni adónde iba, ni lo que la esperaba. ¿A qué cataclismo iría a parar el gran pánico comenzado el 14 de julio de 1789? En esa coyuntura, según Ferrero, tres hombres hicieron el milagro de romper el círculo infernal, acometiendo la empresa de reconstruir el sistema político europeo. Esos tres hombres fueron Alejandro, un zar revolucionario, autócrata en Rusia y liberal en París; Talleyrand, genial diplomático, servidor de la Revolución y del Imperio napoleónico, y Luis XVIII, un rey de antiguo régimen, que se atrevió y supo aceptar algunos de los principios revolucionarios. Gracias a los tres, Europa pudo salir de la difícil situación en que se hallaba metida y que discurrese su vida política por cauces, en cierto modo, normales. Es preciso que transcurra un siglo, a contar del Congreso de Viena, para que se produzca la quiebra absoluta de la política internacional surgida de aquel cónclave, basada en el equilibrio de poder y en el sistema de alianzas.²

Pues bien, el mundo, *mutatis mutandi*, vuelve a encontrarse de nuevo en 1919, después de la derrota de las Potencias

² A quien le interese conocer más detalladamente las derivaciones del Congreso de Viena y el intento fallido de la Santa Alianza de organizar internacionalmente el mundo, recomiendo la lectura de mis ensa-

Centrales, en una situación semejante, pero más grave, a la que vivió Europa en el momento de derrumbarse el Imperio napoleónico. Con esta diferencia, que este último acontecimiento fue el pórtico que permitió poner término al gran pánico desatado por la Revolución y las aventuras de Bonaparte, mientras que la hora de Versalles coincide con la iniciación del período de gran miedo que todavía estamos viviendo. Los estadistas aliados, concretamente, Clemenceau, Lloyd George y Wilson, tuvieron que hacer frente a una difícil misión, rehacer el mapa de Europa y sentar las bases de una organización internacional, en medio de la convulsión política y social originada por la desintegración del Imperio austro-húngaro y la Revolución rusa. Después de laboriosas negociaciones, el resultado fue concertar unos tratados que sólo sirvieron para consagrar documentalmente la derrota de las Potencias Centrales, pero que no impidieron, en cambio, que fructificase el germen de nuevas guerras. La Liga de Naciones, creada en virtud de lo dispuesto en el tratado de Versalles, y que representaba el intento de organizar el mundo internacionalmente ("un nuevo orden de derecho y de paz", según la frase de Wilson en sus famosos "catorce puntos"), difería mucho de la primitiva idea del presidente norteamericano. La institución ginebrina, tal como se concibió originariamente, iba a ser un Congreso de todos los países, comprometiéndose éstos a prescindir de la guerra como instrumento de política nacional. Se esperaba que la existencia de semejante Congreso, en el que estarían representados todos los Estados, salvaría al mundo de la guerra. La intención de la Sociedad de Naciones no era aliar un grupo de países para defender lo que ellos considerasen justo, frente a otro grupo inspirado en una idea diferente de justicia. Era mantener unidas a las potencias, de suerte que los agresores quedasen aislados y, si trataban de resistir, aplicarles las sanciones económicas, sin necesidad de recurrir a la guerra. Este fue el concepto primitivo de la seguridad colectiva. Era la seguridad de todos frente a la guerra y de cada uno frente a la agresión.

Pero, entre la idea original de Wilson y lo traducido en las cláusulas del tratado, mediaba un abismo. Durante las negociaciones de los "tres grandes" entraron en conflicto dos principios

yos "La Política de no Intervención" y "El problema de la guerra y de la paz" (1815-1919-1945), publicados ambos en *Cuadernos Americanos* (No. 2, marzo-abril de 1946 y No. 2, marzo-abril de 1947, respectivamente).

opuestos, el francés y el norteamericano. Este último aspiraba a crear un nuevo orden internacional a través de la Sociedad de Naciones. Los franceses, previendo el resurgimiento futuro de Alemania, pedían que se crease una barrera infranqueable entre aquella y la Europa Occidental. Querían que las nuevas fronteras se trazasen en el Rhin. Se aceptó una fórmula ecléctica, y el resultado fue que Alemania no quedase ni conciliada ni sometida y que la Sociedad de Naciones se viese reducida a una simple alianza entre Estados, es decir, a una comunidad de Estados organizados con una cierta personalidad internacional, a la que le faltó desde el primer momento algo importante: el sentido de universalidad. En sus comienzos la institución se constituyó como una Liga de potencias vencedoras, quedando excluidas Alemania, Rusia y, finalmente, los Estados Unidos.³ Pero, lo que sobre todo le quitó eficacia al *Covenant*, fue la regla de unanimidad establecida en el artículo 5, que exigía este requisito para las decisiones de la Asamblea.

³ Nunca se lamentará bastante el hecho de que los Estados Unidos no ratificasen el tratado de Versalles y no se incorporasen a la Sociedad de Naciones, institución inspirada en parte por los principios del presidente Wilson. Este, al regresar de Europa a su país, se encontró con que su partido, el demócrata, había perdido la mayoría del Congreso y los representantes del Senado se negaron a aprobar el tratado de paz y a suscribir la garantía ofrecida a Francia. Wilson inició una campaña política en defensa de su tesis, pero no la pudo terminar por razones de salud. No quiso transigir, ni aceptó componendas. En 1921 cesó en el cargo de presidente, y a partir de ese momento intervino ya poco en la política. Esa decisión de los Estados Unidos destruyó la fuerza moral del tratado de Versalles. El repudio de la Liga por Norteamérica impidió que desempeñase el papel que se le había atribuido en la organización de la paz. La negativa norteamericana a colaborar en la seguridad colectiva contribuyó a que la realización del proyecto no fuera viable. Sin la participación de los Estados Unidos, la eficacia del sistema construido quedó prácticamente muy reducida. El aislacionismo fue un mal para la causa de la paz. Por extraña coincidencia, también en 1945, unos días antes de reunirse la Conferencia de San Francisco, en la que se articularon los planes de organización de las Naciones Unidas, la muerte de Roosevelt, principal inspirador del proyecto, privó al mundo de un valioso colaborador para encauzar y orientar la vida de la naciente institución internacional, con la que se pretendía, sobre todo en los primeros años, enfrentar los problemas que se presentasen con posterioridad al cese de las hostilidades. Fue una gran desgracia para la causa de la paz la desaparición prematura del escenario político, con una diferencia apenas de cinco lustros, de los dos egregios estadistas norteamericanos. La fatalidad, a veces, se complace en estos extraños caprichos.

Con lo cual, en los asuntos de importancia era difícil tomar decisiones.

Con ese instrumento a su disposición para actuar en la esfera internacional, las grandes potencias comenzaron a desarrollar sus políticas de postguerra. Eran muchos los problemas a resolver y las situaciones delicadas y difíciles a que debían hacer frente. Pero, a mi juicio, como factor esencial y determinante de su política, se ha de reconocer que, consciente o inconscientemente, *ejerció una influencia decisiva el hecho de la Revolución rusa*. Los gobernantes de aquella época no pudieron sustraerse al clima de inquietud creado por ese acontecimiento. Las clases conservadoras del mundo se habían sentido profundamente alarmadas por la instalación de los bolcheviques en el poder. Desde entonces no han dejado de acariciar la idea del triunfo de una contrarrevolución que diese al traste con el régimen instaurado en octubre de 1917. Esa amenaza para el orden social tradicional, gravitó y gravita en forma permanente en la mentalidad de los sectores burgueses. El fantasma del comunismo, con todo su séquito apocalíptico, se extendió de un extremo al otro del orbe, arrastrando a las gentes a un pánico irreprimible. Esa fue la razón, la causa determinante, de que el nuevo régimen soviético, con su secuela de horribles matanzas, violencias y abusos de fuerza, suscitara la hostilidad de los demás Estados.

El mundo capitalista trató por todos los medios a su alcance de poner término a ese peligro de infección —recuérdese a este respecto la política del *cordón sanitario*— que amenazaba con extenderse a todo el orbe. El Estado de los soviets de obreros y campesinos se consideró como un foco de posible contagio, y bajo esta creencia actuaron todos los gobiernos del mundo. Para derribarlo, para dar con él en tierra, se recurrió a todos los medios. Se empleó la violencia, sin omitir tampoco los métodos de la persuasión y del soborno. Desde la agresión más o menos disfrazada o camuflada hasta el ofrecimiento de créditos para la reconstrucción económica del país, se puso en juego toda una gama de "argumentos".

La Unión Soviética, desde sus comienzos, fue atacada por las grandes y pequeñas potencias. Se le hizo la guerra, sin ningún género de consideraciones, y empleando toda clase de armas. Las intervenciones y el apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias estuvieron a la orden del día. Toda la historia de la guerra civil rusa constituye un muestrario variadísimo de los

intentos de intervención de las potencias extranjeras y de la complicidad de éstas con los ejércitos blancos. Sin embargo, la firme resolución del pueblo soviético, su inquebrantable decisión de autodeterminación, sin admitir ingerencias extrañas, en una palabra, un alto y auténtico sentido de lo nacional, todo eso unido, contribuyó a desbaratar las intentonas contrarrevolucionarias e intervencionistas.

A manera de índice, y en forma somera, vamos a enumerar algunas de las intervenciones. En 1918, Francia e Inglaterra, todavía en guerra con Alemania, no tuvieron inconveniente en distraer fuerzas, a pesar de encontrarse en el período culminante de la contienda, para atacar a la República soviética, desembarcando tropas en Odessa y Murmansk. En el siguiente año, tiene lugar una nueva expedición aliada contra los Soviets: fuerzas navales y contingentes de tropas inglesas y francesas apoyan al bloque militar antisoviético de Kolchak, Denikin, Yudenitch y Mannerheim. Durante este período los ejércitos de catorce países invadieron la Rusia bolchevique. En esa época se firmó un tratado o acuerdo entre el almirante Kolchak, de una parte, y los jefes de las grandes potencias aliadas, de otra. En virtud del mismo, los "cinco grandes",⁴ se comprometían a "ayudar al gobierno del almirante Kolchak y sus aliados, con municiones, provisiones y víveres, para establecerse como gobierno de toda Rusia".

En ese mismo año, las expediciones se multiplican. Fuerzas inglesas operan en el Cáucaso y en Turkestán. El general Thompson se instala como Gobernador General de Bakú. De igual modo, fuerzas navales y tropas francesas y británicas del Báltico y del Mar Negro son empleadas para prestar apoyo a Denikin y Yudenitch. Los aliados facilitan también ayuda a Polonia para que ataque a la Unión Soviética. En 1920, las potencias extranjeras intervienen de nuevo, empleándose material y fuerzas navales para ayudar a Polonia en su guerra contra la U.R.S.S. y al general Wrangel en su lucha en Crimea. En 1921 y 1922, los Guardias Blancos finlandeses tratan de provocar la guerra civil en el norte de Rusia e invaden la Karelia soviética.

Frustrados esos intentos, las grandes potencias europeas se

⁴ Se llamó así a las cinco grandes potencias, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia y Japón, integrantes del denominado Consejo Supremo de la Paz de la Conferencia reunida en París el año 1919, para tratar los problemas de reconstrucción mundial planteados por la guerra.

vieron obligadas a entrar en relaciones diplomáticas con los Soviets. El reconocimiento formal por parte de Gran Bretaña no se produjo, sin embargo, hasta siete años después de proclamado el régimen bolchevique. Los Estados Unidos de Norteamérica, dicho sea entre paréntesis, no entablaron relaciones normales con los Soviets hasta el año 1934. En general, estas relaciones diplomáticas nunca llegaron a ser muy cordiales. Por el contrario, la hostilidad de los distintos gobiernos adquirió formas diversas. La campaña de propaganda antisoviética en algunos momentos alcanzó proporciones gigantescas.

La conferencia de Génova celebrada en abril de 1922 constituye un ejemplo manifiesto de lo que venimos diciendo sobre la conducta de las potencias aliadas. A esta reunión internacional, convocada con el propósito de restaurar los estragos de la guerra, asistieron representantes de la mayoría de los países europeos, incluidos Alemania y la Unión Soviética. Los Estados Unidos excusaron su asistencia, alegando que la Conferencia se refería a asuntos puramente europeos. En realidad, el verdadero objetivo de la reunión era llegar a un acuerdo con Rusia. Se ofreció a los delegados soviéticos la ayuda para reparar todos los estragos causados por la guerra mundial y civil, a cambio de que renunciasen a sus planes socialistas, pagasen los intereses de las deudas zaristas y accediesen a restablecer el régimen capitalista. Ellos se negaron. En la misma Conferencia, Alemania fue tratada desconsideradamente, lo que preparó el terreno para que se produjese la colaboración germanosoviética, firmándose con gran pesar de los gobiernos inglés y francés el célebre tratado de Rapallo.⁵ A partir de ese momento, no se escatimaron esfuerzos con vistas a romper esa cooperación y formar un frente de las potencias occidentales contra la Unión Soviética.

Las relaciones entre Inglaterra y Rusia siguieron tensas. Sin embargo, en el año 1924 un gobierno laborista reconoció a la Unión Soviética. Otras cuantas potencias siguieron el ejemplo británico. Pero el proyectado tratado anglo-soviético, que se habría convertido inmediatamente en un tratado de paz y en un acuerdo económico y financiero, acompañado de un empréstito, fue rechazado por el gobierno conservador que sucedió en el poder a MacDonald. En 1925 se concluyó el tratado de

⁵ Muchos son los que han visto en este tratado un antecedente del posterior acuerdo entre Hitler y la URSS del 23 de agosto de 1939.

Locarno, después de una entrevista del Secretario del Foreign Office, Sir Austen Chamberlain, con Mussolini, en el Mediterráneo. Este instrumento diplomático fue considerado como una garantía de paz entre Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Bélgica, Checoslovaquia y Polonia. Como todas las alianzas, ésta tenía también un claro designio contra otra potencia, la Unión Soviética.⁶ En los años posteriores, los gobernantes ingleses siguieron dando muestras de su hostilidad a la URSS. En 1927, Sir Austen Chamberlain trató en términos altaneros algunas cuestiones sin importancia, entre ellas la publicación de una caricatura que estimaba injuriosa para él. El Secretario del Interior, Sir Williams Joynson-Hicks, dispuso también ese mismo año un registro policiaco en la agencia soviética de comercio "Arcos", lo que dio lugar a la ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos países.

Esta actitud británica ante la URSS tuvo imitadores en casi todos los países del mundo. Muchas embajadas rusas fueron atacadas en esa época. Se asesinó al embajador soviético en Polonia. En 1929, el mariscal chino Chang-tso-lin lanzó un ataque contra las fronteras orientales de la Unión Soviética. El Secretario de Estado norteamericano Stimson, de acuerdo con la pretensión formulada por un senador de que el ferrocarril de Manchuria era un asunto de incumbencia internacional, trató de intervenir, enviando una nota a Francia para que la trasladase al gobierno de los Soviets.

En 1931 los japoneses realizaron su agresión a Manchuria. Los militares nipones violaron el Covenant de la Liga, así como el pacto de las Nueve Potencias sobre China, firmado en Washington. Pero la transgresión japonesa no determinó ninguna sanción. Las firmas de armamentos comenzaron a prosperar. Muchas gentes, las que siempre viven con la obsesión del "peligro comunista", abrigaron la esperanza de que la ocupación

⁶ Una indiscreción de un miembro del gobierno británico permitió pasar del terreno de la hipótesis al de la realidad. Mr. Ormsby-Gore, en un discurso pronunciado poco tiempo después de la firma del tratado en cuestión, declaró lo siguiente: "La solidaridad de la civilización cristiana necesita hacer frente al peligro más siniestro conocido en la historia de Europa. . . . El problema planteado en Locarno, tal como yo lo veo, era éste: ¿consideraría Alemania su futuro como ligado a la suerte de las grandes potencias occidentales o se uniría a Rusia para trabajar por la destrucción de la civilización occidental? . . . Locarno significa que, por lo que respecta al presente gobierno alemán, se ha separado de Rusia y ha unido su suerte al mundo occidental".

nipona de Manchuria conduciría a la invasión de las provincias soviéticas del Extremo Oriente.⁷

¿Cómo reaccionó el gobierno soviético ante los hechos y acontecimientos a que nos hemos referido? El miedo de las potencias capitalistas a la revolución bolchevique y sus agresiones al nuevo Estado ruso, suscitaron en los hombres del Kremlin un temor recíproco que, a medida que transcurrió el tiempo, se fue convirtiendo en una especie de complejo de persecución, que les hacía sospechar intenciones hostiles en todos los actos y planes de los gobernantes del mundo. Se dieron cuenta desde el primer momento que tenían que vivir constantemente en guardia. Eran muchos los peligros, reales e imaginarios, que acechaban sus fronteras. Desde que tomaron el poder, los bolcheviques comprendieron la necesidad de organizarse militarmente. La guerra civil y las intervenciones extranjeras, les obligaron a actuar bajo un clima bélico. Esta situación despertó en ellos el sentido de lo nacional. Los jefes revolucionarios, los que, cuando se encontraban en la oposición, denunciaban el patriotismo burgués como un sentimiento de clase, tan pronto como se adueñaron del Estado se dedicaron a exaltar la idea de patria. Lenin, en un discurso pronunciado en marzo de 1918, afirmaba ya lo siguiente: "Hemos conquistado el derecho de *defender a la patria*". Sólo ha transcurrido medio año desde la Revolución de Octubre, y su figura más representativa, la que más títulos tiene para definir el carácter del nuevo Estado, habla, no de socialismo, ni de revolución, sino de *defender a la patria*. El internacionalista de la víspera, se ha transformado de golpe en un nacionalista declarado. La nación adquiere para él un nuevo sentido. ¿Contradicción? ¿Inconsecuencia de principios? Ni lo uno ni lo otro. Su crítica del Estado zarista la fundamentaba en el reconocimiento de que era un Estado de clase, al servicio exclusivo de una clase. Aunque parezca paradójico, Lenin, mediante la llamada *dictadura del proletariado*, se proponía una cosa: liquidar las clases para fundirlas todas en la nación.⁸ En última instancia, el jefe bolchevique odia más

⁷ "El apoyo de sir John Simon cuando la agresión japonesa a Manchuria, estuvo inspirado principalmente en la esperanza de que Japón 'tendría un encuentro con Rusia'" (Palabras del diputado liberal inglés, sir Richard Acland, *Unser Kampf* (Our Struggle), Londres, 1940).

⁸ Ya he dicho en otra ocasión que, si se quiere interpretar el fenómeno ruso con probabilidades de acierto, convendrá no dejarse despistar

al zarismo por su ineficacia para resolver los problemas que Rusia tiene planteados que por su significación política. El zarismo se le aparece como la causa determinante del atraso militar, económico y cultural del país. A este respecto, llega a escribir lo siguiente: "El zarismo se ha revelado como un obstáculo para la organización moderna del ejército, a la cual se consagraba con toda su fuerza. El nexo entre la organización militar del país y toda su estructura económica y cultural, no fue nunca tan íntimo como en el momento actual".

En este sentido, y en otros muchos, Stalin representó un continuador de Lenin. En un discurso pronunciado por aquél en febrero de 1931, en la Conferencia de directores de la Industria soviética, reaparece el antiguo *leit-motiv* del maestro: "La historia de la antigua Rusia es la historia de las derrotas debidas a su atraso... Todos la derrotaron por su atraso militar, por su atraso cultural, por su atraso gubernamental, por su atraso agrícola... ¿Deseáis que nuestra madre patria sea derrotada y que pierda su independencia? Si no deseáis esto, necesitamos poner fin a este atraso tan rápidamente como sea posible y desarrollar una velocidad específicamente bolchevique en organizar un sistema socialista de economía". Como vemos, el socialismo en boca de Stalin, se convierte también en medio para la obtención de un fin: la defensa de la patria.

Stalin, desde el momento en que se sintió afirmado en el poder, e incluso antes —esto es lo que le impulsó a consolidar su posición eliminando los obstáculos que le obstruían el camino— se dio perfecta cuenta de que más pronto o más tarde la guerra se produciría fatalmente. En los primeros tiempos, el peligro, la eventualidad de un conflicto armado, se cernía en forma potencial. Pero, desde la llegada de Hitler al gobierno, la amenaza se corporeizó, adquiriendo la figura de una posible invasión alemana. A partir de ese instante, la Rusia de Stalin percibió claramente el peligro.

Realmente, casi desde los comienzos, a los líderes soviéticos les inquietó la idea de que el mundo exterior acabaría haciéndoles la guerra. Estaban convencidos de ello, y en función

por el carácter ideológico de la Revolución de Octubre. Será preciso traspasar la piel de la retórica revolucionaria hasta descubrir su entraña profunda. Aconsejo que se lea a este respecto, como asimismo para descifrar el sentido de la querella dramática entre Trotsky y Stalin, mi ensayo "El sentido nacional de la revolución rusa", publicado en *Cuadernos Americanos* (No. 4, julio-agosto de 1944).

de este pensamiento actuaron. Tuvieron, pues, que desatender sus proyectos revolucionarios de construir una sociedad nueva, aplicando, en cambio, sus mejores esfuerzos a la tarea de preparar a su país para la eventualidad de un conflicto bélico. Necesitaban aprovechar la riqueza rusa, de suerte que les proporcionase los instrumentos de guerra adecuados, ya que era lógico que tendrían que enfrentarse con un ejército poderoso y magníficamente dotado de acuerdo con los progresos de la técnica. Además, era preciso adiestrar al pueblo en el manejo de esos instrumentos mecánicos fabricados para su defensa.

Los planes quinquenales no fueron otra cosa que un sistema para acelerar el ritmo de industrialización de la Unión Soviética, con vistas a la producción de guerra. Era necesario crear las industrias básicas que produjesen los artefactos indispensables para un ejército eficiente. Como alguien ha dicho con evidente acierto, "con la llegada del Primer Plan Quinquenal, Rusia estableció en realidad la ley marcial para la población civil". En efecto, los ciudadanos de la URSS, a partir de aquel instante, tuvieron que someterse a una dura disciplina y a las brutales exigencias de los planes quinquenales. Muchas gentes se preguntaban por qué se empleaban unas medidas tan drásticas y con ese ritmo acelerado. ¿No hubiera sido preferible tomar las cosas con más calma, con más paciencia? ¿Por qué tanta prisa en forjar una industria pesada, quemando las etapas del proceso de industrialización? La realidad era que Stalin tenía miedo de llegar tarde, de no estar preparado por completo para la guerra que había de producirse. ¿Se equivocó? Todo lo contrario. Los acontecimientos demostraron que el ritmo impuesto a la industrialización y a la preparación bélica del país aún debía haber sido más intenso.⁹

A mediados de 1932, Stalin, considerando que su país te-

⁹ Durante muchos años, por no decir todos, la preocupación de Stalin se concentró en el problema de la guerra, en la necesidad de preparar a Rusia para esa eventualidad. La Unión Soviética y los regímenes fascistas fueron los únicos Estados que tomaron la guerra en serio en los años que precedieron al estallido de la segunda conflagración mundial. Las democracias occidentales se desentendieron alegremente del problema, realizando una política de paz absurda y descabellada. Esta es la razón de que los primeros se decidiesen por una economía planificada. Económicamente, y políticamente también en muchos aspectos, la URSS y los países fascistas coincidieron en sus preparativos bélicos. Unos y otros regímenes pusieron en marcha una auténtica economía de guerra.

nía necesidad de un período de paz que le permitiese realizar por completo su programa de reconstrucción nacional, estimó que, además de acelerar el rearme (lo que le posibilitaría fortalecer esa política, contando con un elemento en qué apoyarla), había llegado el momento oportuno de entrar en acuerdos con aquellos países capitalistas cuyo interés coincidía con el de Rusia. La coyuntura era favorable, pues gran parte de los Estados europeos deseaban cooperar con la Unión Soviética, a fin de superar la situación de crisis que atravesaban. En ese mismo año, Rusia inició su política de firmar pactos de no agresión con cuantos países lo desearan. De entonces datan los acuerdos con Rumania y Polonia. Salvo la excepción de Italia, las demás grandes potencias se negaron a suscribir este género de tratados.

A principios de 1933, el gobierno nipón se retiró de la Sociedad de Naciones, y la Alemania nazi lo hizo a finales del mismo año. Las perspectivas para la Unión Soviética no eran muy halagadoras en esas circunstancias. El Japón y el Tercer Reich—cuyos propósitos agresivos no constituían un secreto para nadie—eran malos vecinos, sobre todo si se tenía en cuenta que se habían negado firmemente a suscribir ningún pacto de no agresión. Esta situación poco tranquilizadora y el hecho de que Francia se encontraba cada día más alarmada como consecuencia de la subida de Hitler al poder, contribuyeron a que se realizase un acercamiento entre la URSS y la República francesa. Invitada a firmar un pacto de asistencia mutua con Francia, la Unión Soviética aceptó,¹⁰ así como también el requerimiento de ingresar en la Sociedad de Naciones. En septiembre de 1934, Rusia se incorporó a la Liga, encarnando desde el propio instante de su entrada en la misma el símbolo de la resistencia a los países agresores. Se adhirió sin reservas a la aplicación de sanciones a la Italia fascista, cuando ésta emprendió la aventura de Abisinia. Litvinov se convirtió en un ardiente paladín de la paz y de la seguridad colectiva, proclamando con reiteración el principio de que la paz era indivisible.

Pero, para desgracia del mundo, la política internacional defendida en ese momento por Rusia no encontró eco en las

¹⁰ Obsérvese que, casi al cabo de cincuenta años, las dos mismas potencias por razones geopolíticas que siempre priman sobre las de carácter ideológico, recurrieron nuevamente, para seguridad mutua, a la fórmula consagrada en la alianza de 1894, que luego sirvió de base para concertar la Triple Entente con Inglaterra.

potencias democráticas. Éstas se encontraban en pleno período de apaciguamiento, seducidas por los cantos de sirena del anticomunismo. Francia e Inglaterra se dejaron envolver por la maniobra de alta escuela de Hitler, tendiente en última instancia a hacer imposible la colaboración de aquéllas con la URSS, para evitar, en la hipótesis de una guerra, el tener que combatir en dos frentes. Obsérvese cuando aparece el famoso anticomunismo de los dictadores fascistas, y se comprobará que surge, sencillamente, en el preciso instante en que la Unión Soviética empieza a colaborar con los gobiernos de las democracias occidentales, y particularmente con Francia. A mi juicio, el tratado francorruso y el nacimiento de la política anticomunista son dos hechos que coinciden en absoluto. Tienen una relación de causa a efecto. A partir de ese momento, toda la labor diplomática de Berlín y de Roma, y más particularmente la del Tercer Reich, no tuvo más preocupación que la de acabar con el pacto de referencia. Para los proyectos de Hitler, ese tratado tenía una importancia capital. Contrariaba totalmente el plan que se proponía realizar de *ataques sucesivos*. Ahí está la clave del anticomunismo anterior a la guerra.

¿Qué fue en realidad el anticomunismo de los gobernantes fascistas? No fue otra cosa que el medio de que se valieron para camuflar sus propósitos imperialistas y captarse la confianza y simpatía de las clases conservadoras del mundo,¹¹ siempre

¹¹ La internacional fascista, que no otra cosa fue el llamado pacto anticomintern, rindió excelentes frutos a los dictadores totalitarios, pues, además de lograr la pasividad de los gobiernos democráticos frente a sus planes y actos de agresión, facilitó la desintegración nacional de los países ulteriormente atacados o sometidos, mediante la infiltración ideológica en determinados sectores sociales, que los convirtió en aliados incondicionales, y el quintacolumnismo, que, cuando llegó el momento propicio, colaboró, desde dentro, en las tareas de dominación. Recuérdense, a este respecto, algunos nombres ilustrativos de lo que acabamos de decir: Konrad Heinlein, en Checoslovaquia; Seyss Inquart, en Austria; Vidkun Quisling, en Noruega, y Leon Degrelle, en Bélgica, especialistas en la técnica de la traición. Realmente, los dictadores fascistas no tuvieron que inventar nada nuevo, les bastó con asimilarse y copiar el espíritu, los métodos y la táctica del Comintern. En definitiva, las dos internacionales, la comunista y la fascista, no son sino las dos caras, el anverso y el reverso, de un mismo fenómeno. El Comintern, por su parte, no fue otra cosa que el instrumento de que se valió la Unión Soviética para desarrollar su política exterior. Su finalidad teórica, desde el punto de vista de las declaraciones, era facilitar la realización de la revolución mundial. Prácticamente, representó siempre un órgano más del gobierno de la URSS, mediante el cual los dirigentes soviéticos tra-

aterrorizadas por el fantasma de la revolución social. Se concretó en el instrumento diplomático que, con el nombre de pacto anticomintern, suscribieron Alemania y el Japón el 25 de noviembre de 1936, y al que se adhirió Italia el 6 de noviembre del siguiente año. Los signatarios se comprometían "a informarse con respecto a las actividades del comunismo internacional y a consultarse y adoptar las medidas protectoras necesarias", invitándose a los demás países amenazados por dicho peligro a unirse al acuerdo. Tenía todo el aspecto de una cruzada.

Como digo más arriba, influidas por esta propaganda anticomunista de los dictadores fascistas, las potencias democráticas no secundaron la política exterior de Rusia de formar un frente de paz. Francia e Inglaterra, por aquel entonces, estaban entregadas plenamente al apaciguamiento de los gobernantes totalitarios. El pacto Laval-Hoare dio en tierra con las sanciones votadas contra Italia. El 7 de marzo de 1936, Hitler reocupaba la zona del Rhin y repudiaba el tratado de Locarno. El gobierno inglés dejó a Francia que saliese del trance amargo, sin prestarle un apoyo muy cálido.

Meses más tarde, se produce el levantamiento de Franco contra la República española. Se adoptó la política de no intervención y la farsa del Comité de Londres, que permitió, gracias a la abierta ayuda de las potencias fascistas, el triunfo de

taron de superar en el primer momento una situación de aislamiento. El Comintern no tenía de internacional más que el nombre y el ámbito de su jurisdicción. Ciertamente, era un instrumento de política auténticamente rusa, al servicio de un interés nacional, el de la Unión Soviética. Muchas gentes no han acabado todavía de comprobar este hecho. Ni los comunistas, ni los que se espantan con la idea de la revolución social. Los primeros no acertaron a comprender que la política que se les dictaba desde el Kremlin no era la que convenía a sus respectivos países, sino la que interesaba a los planes estratégicos del gobierno ruso. Los últimos, si se hubieran dado cuenta de que la verdadera intención del Comintern era fortalecer la posición de la URSS, no se habrían alarmado tanto. Rusia se sirvió del Comintern para su interés nacional. En los primeros momentos actuó como una especie de sucedáneo diplomático para superar el aislamiento de que fue objeto la Unión Soviética durante los primeros años de la revolución, dada su carencia de relaciones con la mayoría de los países. Biológicamente, cuando un ser no dispone de un órgano vital, trata de suplirlo o crea uno nuevo. Esto es lo que hicieron los Soviets. Más tarde, cuando éstos ya mantuvieron relaciones diplomáticas con casi todos los países, el Comintern funcionó como instrumento al servicio de una necesidad *estratégica militar*, según frase del embajador francés en Moscú en 1938.

las armas rebeldes.¹² El día 12 de marzo de 1938 los soldados alemanes entraban en Viena, violando el tratado del 11 de julio de 1936, en el que Hitler reconocía la soberanía del Estado austriaco. El Anschluss se había realizado en forma violenta y desconsiderada. Las potencias democráticas se inclinaron una vez más ante el "fait accompli". Litvinov, en nombre de su gobierno, propuso que se celebrara una conferencia a fin de formular planes concretos para prevenir ulteriores agresiones de esta naturaleza. El gobierno inglés de Chamberlain rechazó la propuesta, alegando que "podría parecer como que se organizaba a Europa en dos bloques ideológicos".

En septiembre del mismo año se produce Munich, el de los tristes recuerdos. En aquella ocasión se prescindió de Rusia, descartándola por completo de la solución del problema, no obstante la existencia de los tratados franco-soviético y checoslova. Chamberlain y Daladier no tuvieron inconveniente en sacrificar la víctima checoslovaca a la voracidad de Hitler, a cambio de promesas de éste de atacar a la URSS más adelante. Con esta política, evidentemente, se lanzaba a Rusia al aislamiento. La capitulación de Munich ponía término a la primera fase de la gran maniobra de Hitler, de impedir la colaboración efectiva entre las democracias occidentales y la Unión Soviética. En la segunda, el dictador del Tercer Reich, agotadas las posibilidades de los "apaciguadores", viraba en redondo, a base de lanzar por la borda todo el lastre anticomunista, y firmaba con los Soviets el pacto de no agresión de agosto de 1939.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. El 15 de marzo del mencionado año las tropas de Hitler entraron en Praga. Tres días más tarde, la URSS propuso la celebración

¹² Permítaseme, al llegar a este punto, hacer una pequeña digresión, a título personal, dejando constancia de mi protesta, como republicano español, por la torpe e incomprendida política de los gobiernos inglés y francés en aquella época, al permitir que, en contra de sus propios intereses, se instalase en el poder un aliado potencial de los dictadores fascistas. Aquella conducta, por sí sola, constituye un hecho en extremo lamentable, pero, lo que nos colma de indignación y representa un claro exponente del desconcierto y desorientación reinantes en este mundo de postguerra, es que las tres potencias vencedoras en la contienda, Estados Unidos, Rusia e Inglaterra, por uno u otro motivo, no hayan brindado una justa reparación al pueblo español, propiciando la eliminación del poder del dictadorzuelo impuesto, como reconocieron oficialmente las Naciones Unidas, por la resuelta voluntad de Hitler y Mussolini.

de una conferencia en la que tomarían parte Inglaterra, Francia, la Unión Soviética, Polonia, Rumania y Turquía para estudiar los medios de resistir al agresor. Esta proposición fue rechazada por el gobierno inglés, alegando que era "prematura". Sin embargo, el día 31 de dicho mes, Chamberlain garantizó apresuradamente a Polonia, ante el temor de un ataque inminente, y, dos semanas después, se otorgó idéntica garantía a Grecia y Rumania. Estas "seguridades" carecieron de valor práctico, pues no se contó para hacerlas viables con el concurso de la Unión Soviética.

Luego siguieron las famosas conversaciones anglo-franco-soviéticas,¹³ la separación de Litvinov del cargo de Comisario de Relaciones Exteriores, la lentitud de las negociaciones, el viaje de las delegaciones militares francesa e inglesa a Moscú, y, finalmente, el pacto de no agresión germano-soviético. La firma de este documento suscitó debates apasionados en los primeros momentos. Fueron muchas las gentes que estimaron el pacto como una traición a la paz. Desde luego, considerada desde el punto de vista de Inglaterra y Francia, la firma del pacto representó un hecho reprochable. Pero, examinado a la luz del interés circunstancial soviético, el acto adquiría otra significación. Stalin se había dado perfecta cuenta de que la guerra era inevitable a juzgar por la voluntad y la potencialidad agresora del Tercer Reich, y desconfiando —no le faltaban razones para ello— de la lealtad y del deseo de cooperación de los gobiernos de Francia e Inglaterra procuró por todos los medios mantenerse al margen del conflicto.¹⁴ Su conducta estuvo inspirada en el interés nacional, *clave*, como señaló más tarde Churchill, *de toda la política soviética*. En agosto de

¹³ El detalle de las negociaciones anglo-franco-soviéticas y la explicación de su fracaso, está expuesto en mi obra *Diccionario Político de Nuestro Tiempo* (2a. edición, 1947).

¹⁴ Una de las personas que mejor apreciaron el alcance del pacto en los primeros momentos, fue Mr. Davies, embajador de los Estados Unidos en la Unión Soviética, quien, el mismo día que tuvo conocimiento del hecho, formuló un informe al Departamento de Estado de su país, en el que, entre otras cosas, decía lo siguiente: "No me resultó inesperado... Estos hechos aumentaron la suspicacia e hicieron surgir el descontento de los jefes realistas del Soviet, incluso Stalin. Al parecer estaban hartos de tratar de detener a los agresores por medio de una participación en los asuntos europeos, y cambiaron su actitud decidiendo asegurar su propia posición firmando un pacto de no agresión con Alemania, que aseguraría la paz a Rusia, por lo menos por un tiempo, no obstante cualquier posibilidad de guerra en Europa".

1939, la posición de la URSS era evidentemente débil. Sin estar preparada debidamente, se encontraba abocada a un desastre. Era preciso ganar tiempo para el rearme y la aceleración del ritmo de industrialización.

De cualquier modo, lo cierto fue que el pacto germano-soviético facilitó los planes de Hitler, pues, al hacer imposible la colaboración de Rusia con las potencias occidentales, le permitió lanzar su ataque contra Polonia, sin el peligro de una guerra de dos frentes. Dicho acuerdo fue, pues, la condición necesaria para la iniciación de las hostilidades. Lo que vino después, no fue sino el proceso lógico de las cosas tal como estaban planteadas, y, finalmente, se produjo la gran y fatal coalición que acabó frustrando la loca empresa de dominación mundial emprendida por el megalómano del Tercer Reich.

CUANDO terminó la contienda con la derrota de los agresores fascistas, el mundo entero creyó, en los primeros momentos, que, gracias a la colaboración de las tres grandes potencias vencedoras, Estados Unidos, la Unión Soviética e Inglaterra, se iniciaría una era de paz. Sin embargo, no fue así. Se olvidaba que los Estados, como los individuos, se unen por intereses circunstanciales y transitorios y que las alianzas fundadas esencialmente en razones puramente militares y estratégicas, se desintegran finalmente una vez superado el peligro común. Las tres potencias que habían de constituir el núcleo central de la organización internacional comenzaron a acusar falta de entendimiento y cordialidad. A nuestro juicio, la desinteligencia entre los aliados para la solución de los problemas que se fueron planteando proviene de la época en que la guerra daba sus últimos coletazos. Si hubiéramos de fijar con exactitud el instante en que se produjo, diríamos que las posibilidades de colaboración sufrieron un rudo golpe con el fallecimiento del presidente Roosevelt. Éste era ciertamente un zurcidor de voluntades. Su gran espíritu idealista y su experiencia política le colocaban en una situación muy favorable para arbitrar diferencias. La súbita desaparición del gran estadista sobrevino cuando más necesario era su consejo, y sobre todo su gran idealismo, para la organización de un mundo mejor. Fue, pues, su muerte un hecho que, si de momento no influyó de un modo decisivo en la marcha de los acontecimientos, más tarde vino a ser un factor que repercutió en forma lamentable en la evolu-

ción y desarrollo de las relaciones de las grandes potencias en la postguerra.

Pero, lo que evidentemente contribuyó a que no hubiese entendimiento entre los antiguos aliados, y más exactamente —por qué no decir las cosas con claridad?— entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, fue *el descubrimiento y lanzamiento de la bomba atómica*. Este acontecimiento determinó una psicosis de recelo, temor y desconfianza. Nuevamente, la sombra del miedo se proyectó sobre el mundo entero, y desde entonces no ha podido disiparse. Otra hubiera sido la evolución de los problemas políticos planteados entre las grandes potencias, si aquella fortaleza B-29 estadounidense no hubiese dejado caer su mortífera carga sobre Hiroshima. Este hecho creó una situación nueva. Engendró un complejo de superioridad en los gobernantes norteamericanos y, por otra parte, contribuyó a que la Unión Soviética se envolviese, encerrándose, en un clima de desconfianza y prevención. Uno y otro fenómeno resultaron catastróficos para el buen entendimiento entre los dos gobiernos. La bomba lanzada desde el avión, causó los efectos físicos en la ciudad japonesa, pero el impacto psicológico lo sufrió directamente el Kremlin.

A partir de ese instante, resultó ya imposible una auténtica cordialidad entre los dos colosos, Rusia y Norteamérica, pues no se miraron ya como antiguos aliados sino como adversarios potenciales en un eventual conflicto. Desde que hizo su aparición el infernal invento, todas las reuniones internacionales se resintieron de esa falta de entendimiento, acusándose de momento en momento la posibilidad de formación de dos bloques antagónicos e irreductibles. La voz estentórea de Churchill lanzó la idea en su famosa conferencia de Fulton del 5 de marzo de 1946 (que contó con la presencia indiscreta del presidente Truman), cuando, ya fuera del gobierno como consecuencia del triunfo de los laboristas, sugirió la conveniencia de concertar una alianza militar anglo-norteamericana, *con miras al estudio conjunto de los peligros potenciales*. Esta proposición fue de una gran inoportunidad, ya que su intención y sus alcances no pasaron inadvertidos para el gobierno soviético. En efecto, días después, Stalin acusaba el golpe en *Pravda* afirmando que "Churchill buscaba la guerra, y la guerra con la Unión Soviética". Ciertamente, *los peligros potenciales* a que aludía el ex-premier británico no podían ser otros que Rusia, pues las demás grandes potencias habían quedado derrotadas

en la contienda. Además, es sabido que toda alianza, por razones que van implicadas en su propia esencia, lleva en su seno, aunque se trate de ocultarlo, un anti, es decir va dirigida concretamente contra un enemigo común. Y ¿contra quién, sino contra la Unión Soviética, podía ir dirigida la alianza militar anglo-norteamericana?

Es cierto que la propuesta no halló eco en el gobierno de los Estados Unidos, pero también es evidente que, el hecho de que se formulara, acusaba la existencia de un estado de opinión, de miedo ante un peligro imaginario, en ciertos sectores norteamericanos y británicos. La idea de una posible guerra existía en el subconsciente de algunas gentes, y, de acuerdo con esa creencia, se desarrollaron los acontecimientos. Los dos gobiernos, el de Norteamérica y el de la Unión Soviética, empezaron a mirarse con desconfianza y recelo, iniciándose entonces la batalla diplomática y la lucha política por la conquista de posiciones estratégicas que precede a todo conflicto armado. Fue el comienzo de la guerra fría.

Rusia, por su parte, se embolsó en una política expansionista y de hegemonía en la zona oriental de Europa. Trató por todos los medios y sin reparar en procedimientos, de incorporar países y gobiernos a su esfera de influencia, para constituir una especie de cinturón de seguridad que la protegiese contra eventuales ataques. Con lo que escindió a Europa en dos partes. Esperaba que, esa cadena de Estados toques, que marcan la línea de la llamada "cortina de hierro", le prestaría un servicio equivalente al de la zona polaca ocupada por ella en la Segunda Guerra Mundial. Los Estados Unidos, a su vez, se dejaron arrastrar por el excesivo temor y, en lugar de tratar de tranquilizar a los rusos, se lanzaron a desarrollar una política enérgica y hostil, uno de cuyos puntos culminantes fue la decisión del presidente Truman,¹⁵ del 12 de marzo de 1947, solicitando autorización del Congreso para acudir en ayuda de Grecia y

¹⁵ Evidentemente, este nuevo rumbo de la política norteamericana, que más tarde se ha dado en denominar "doctrina Truman", constituye un acontecimiento de trascendental importancia. No sólo representa la condenación y negación más absoluta del antiguo aislacionismo, sino que llega a una efectiva intervención que desborda el marco de las Naciones Unidas. Implica un viraje de ciento ochenta grados. Por eso, hay quien considera la proclamación de esta doctrina como la declaración de política exterior más importante desde que fuera formulada la doctrina de Monroe. El significado de la medida lo expresó el senador Vandenberg al afirmar: "El empréstito a Grecia no es una

Turquía, países muy alejados, ciertamente, de los intereses estratégicos norteamericanos.

No es cuestión de examinar en detalle el desarrollo de los acontecimientos durante el período que se inicia con el lanzamiento de la bomba atómica y que llega hasta el presente. Bástenos, en mérito a la brevedad, enunciar, en forma casi telegráfica, una lista de hechos muy significativa. Conflicto ruso-iraní. Ayuda a Grecia y Turquía. Creación del Cominform. Escisión de Alemania. Bloqueo de Berlín. Guerra de Corea. No reconocimiento norteamericano del gobierno de Pekín. Concertación del tratado del Atlántico Norte. Pacto de la Unión Soviética con sus satélites. S.E.A.T.O. Guerra de Indochina. Concesión de bases norteamericanas en España. Conflicto árabe-israelí. Chipre. Pacto de Bagdad. Insurrección de los nativos argelinos. Aunque la enumeración no agota los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares ocurridos durante ese período de tiempo, todos ellos simbolizan y son la consecuencia de la discordia existente entre los antiguos aliados, singularmente entre Norteamérica y la URSS, como asimismo del desconcierto reinante en todo el orbe, incluidas naciones grandes y pequeñas.

Pero, lo más grave de todo, es que en el momento actual dos constelaciones rivales se disputan la hegemonía en el mundo. La situación es semejante a la que existía en Europa, a comienzos del siglo, cuando las grandes potencias aparecían alineadas en dos formaciones, la Tríptica Alianza y la Triple Entente. Con la diferencia de que, ahora, las coaliciones son más grandes y trascienden la órbita europea.¹⁰ A este estado de cosas, debe sumarse, lo que permitirá apreciar las posibil-

fase aislada en el cuadro político internacional, sino que constituye el símbolo de una política que deberá proseguir *donde quiera puedan surgir condiciones fundamentales semejantes*".

¹⁰ También debe tenerse en cuenta, como factor desfavorable, que los Estados Unidos ya no podrían desempeñar, en el caso eventual de una conflagración, el papel de reserva que cumplieron en las dos guerras mundiales y que les permitió, por su posición geográfica y marginal, en un momento dado, echar todo su peso en la balanza y decidir el triunfo de uno de los dos bandos en lucha. Esta función equilibradora, de contrapeso, realizada con anterioridad por Inglaterra con respecto al continente europeo, de acuerdo con su tradicional fórmula de equilibrio de poder (*balance of power*), representaba, en cierto modo, una garantía para el mantenimiento de la paz. Pero ya no podrá llevarla a cabo en Norteamérica, debido a que ella misma forma parte de una de las dos grandes coaliciones.

dades de que más temprano o más tarde se produzca un conflicto bélico entre los dos bandos, la existencia de un clima de paz armada o guerra fría, como quiera llamarse, que, desde que terminó la última contienda, ha impedido que los países recobren su ritmo civil y que obliga a las economías de las grandes potencias a seguir organizadas bajo el signo de Marte.

Se dirá que, en compensación de esos factores adversos, el mundo cuenta con algo de que no disponía en los años que precedieron al conflicto de 1914-1918, y es un organismo internacional, como son las Naciones Unidas. Pero éstas, como su antecesora, la Sociedad de Naciones, no poseen, en nuestra opinión, fuerza suficiente para evitar una guerra entre las grandes potencias. En realidad, la UN no es sino el mismo tipo de entidad que fue la institución ginebrina, con algunos progresos con respecto a ella, tales como la desaparición del principio de unanimidad en las decisiones y una mayor universalidad, además de otras superaciones,¹⁷ pero no bastantes como para impedir el estallido y propagación de un conflicto de grandes proporciones. Sólo sirve para localizar y limitar las querellas menores entre las naciones, lo cual no deja de ser importante, y como aerópago donde los delegados de los Estados miembros cambian, a modo de válvula de escape, improprios más o menos diplomáticos.

Lo cierto es, si reducimos las cosas a su verdadera esencia, que la humanidad se encuentra en una crisis de encrucijada, debido a la rivalidad de dos grandes potencias, núcleos centrales de dos formidables bloques, que se disputan el mando en el mundo. Estas dos grandes potencias son los Estados Unidos y la Unión Soviética. Ninguna de las dos acepta la hipótesis del predominio de la otra. Para ello se sirven de todos los medios y no escatiman esfuerzos en ningún sentido. Ambas tratan de camuflar sus verdaderas intenciones, la hegemonía mundial. La primera, erigiéndose en campeón de la cruzada anti-comunista, en defensora de las libertades, buscando la simpatía de las clases conservadoras, y la segunda, convirtiéndose en paladín de las inquietudes revolucionarias de los sectores sociales que anhelan una transformación del régimen económico imperante. Pero, en el fondo, por debajo de esas máscaras antagó-

¹⁷ Si interesa conocer con alguna extensión el carácter y funcionamiento de la Sociedad de Naciones y de las Naciones Unidas, véase mi ensayo "El problema de la Guerra y de la Paz", publicado en *Cuadernos Americanos* (No. 2, marzo-abril de 1947).

nicas, de lo que se trata es de afirmar un evidente interés nacional, basado en el instinto de conservación, que busca la forma de eliminar el peligro de verse anulado por la potencia rival.

Los dos gobiernos obran de acuerdo con un móvil común: el anhelo de seguridad. Este afán de seguridad se extiende como una mancha de aceite. Es realmente insaciable, y nunca encuentra dique de contención. Y, lo peor del caso, es que llega un momento en que esa ansia de seguridad, inicialmente a la defensiva, se transforma en una actitud agresiva. ¿Cómo se opera el cambio? ¿En qué instante? Es imposible determinarlo. Constituye un proceso mental difícil de observar. Incluso el propio sujeto no se apercibe de ello. Cambia su estado psicológico, casi sin darse cuenta. La crisálida se ha convertido en mariposa.

Esta es la disposición de ánimo de los dos gobiernos, el ruso y el norteamericano. Se acechan, se vigilan, se espían. Cualquier movimiento del uno suscita desconfianza, recelo, miedo, en el contrario. Es un proceso de acciones y reacciones, de medidas y contramedidas, de prevenciones y suspicacias. El pánico del uno contagia de terror al otro. Los actos de la Unión Soviética despiertan sospechas en los norteamericanos, y las reacciones de estos últimos determinan nuevas desconfianzas en la primera. Una y otros, se encuentran dentro de la espiral del miedo y del recelo recíproco. Sólo así se explica la conducta de ambas potencias, las fabulosas sumas que invierten en las experiencias atómicas y su constante preocupación por superar los armamentos de la contraria. Es una carrera alocada, en la que ninguna de las dos quiere quedarse atrás. El espionaje y el contraespionaje están a la orden del día. No se escatiman gastos, ni se desdeñan medios para conseguir el objetivo propuesto: una relativa seguridad tranquilizadora. Y no se ha llegado a más, por temor a la reacción de la parte contraria. Creo, sinceramente, que, de no ser por el miedo recíproco que se inspiran los dos colosos, el mundo a estas alturas se habría visto complicado en una tercera guerra. ¡Menos mal que la bomba atómica ha deparado este beneficio, compensatorio de otros males, contribuyendo a evitar esa hecatombe! Pero, en cambio, no podemos dejar de lamentar que los mejores esfuerzos de la ciencia y de la técnica se apliquen a la invención y producción de artefactos de guerra y destrucción, cuando

los mismos podían destinarse a mejorar el nivel de vida de millones y millones de seres humanos.

La situación a que acabamos de referirnos representa un peligro potencial para el mundo. Es algo así como un arma cargada, que en cualquier momento puede dispararse, si una mano irresponsable aprieta el gatillo. Es de esperar que nadie sea tan insensato como para realizar semejante disparate. Pero el miedo, cuando se convierte en obsesión y monomanía, suele degenerar en locura. El pánico puede evolucionar hasta transformarse en un estado psicopático. Y esto es lo que hay que temer y lo que no conviene descartar; pues sería lamentable que, uno de los dos colosos, perdida la razón, se lanzase por uno de esos caminos que conducen a situaciones irremediables. Lo peor del caso sería que se cayese en una gran catástrofe por eludir el peligro más o menos imaginario, susceptible de afrontar con serenidad. Uno de los grandes riesgos del pánico estriba en que a veces precipita los acontecimientos, desencadenando una de esas llamadas guerras preventivas. Esperemos que esto no ocurra, a pesar de la neurosis de miedo que atraviesa el mundo.

SIN embargo, sería extremadamente pueril, tomando el rábano por las hojas, atribuir la causa mediata del clima de inquietud y de desconcierto en que vivimos, a la tensión existente entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.¹⁸ Equivaldría, hablando en términos médicos, a confundir los síntomas con la

¹⁸ Hay quien se despista y atribuye la causa de esa tensión entre las dos potencias al antagonismo de sus ideologías. No se puede negar que el diferente signo político y económico contrario de los dos regímenes, democrático y capitalista individual, el uno, y el otro, totalitario y capitalista de Estado, ejerce cierta influencia y contribuye a esa rivalidad. Pero, en la gran partida de ajedrez internacional que se disputa ahora por la hegemonía en el mundo, ese aspecto pasa a un segundo plano, carece de importancia el color de las piezas de los jugadores. Tanto da el blanco como el negro; pues lo que interesa es ganar el *match*, y para ello ambos contendientes se emplean a fondo, con todos sus recursos de torres, caballos, alfiles y peones, tratando de darse mate, recíprocamente. No conviene desorientarse por los símbolos, ya sea el signo aparente de la democracia o el emblema de la hoz y el martillo. ¿Acaso se piensa que la conducta de Rusia habría sido distinta si, por ejemplo, se hubiese encontrado en el poder Catalina la Grande, en lugar de los sucesores de Lenin? Creo que no, pues, en la política internacional de los gobiernos, lo que priva siempre es la razón de Es-

etiología del mal que padecemos. Ese antagonismo entre las dos grandes potencias, es un síntoma, muy importante sin duda, de superlativa gravedad, entre otros muchos, de la crónica enfermedad que aqueja al mundo. Sería fácil, ciertamente, el diagnóstico, si lo que en rigor no es sino un signo más de los que constituyen el cuadro clínico lo tomáramos como *última ratio* y llegásemos a la conclusión de que la única terapéutica a emplear es aplicar un remedio que ponga término a esa rivalidad. Constituiría un grave error. El mal tiene raíces más profundas, más íntimas. Para encontrarlas, será preciso recurrir al método inductivo, situando el caso particular dentro de lo general, y procurando establecer la causalidad primaria.

Comencemos por formularnos la pregunta que, como título, encabeza este ensayo: ¿qué pasa con el mundo? A nuestro juicio, lo que ocurre, simplemente, es que no hay orden y, por consiguiente, nadie ejerce un mando efectivo. Reina una anarquía sorprendente en las relaciones internacionales. Atravesamos un período de *feudalismo nacional*,¹⁰ consistente en que todos los países obran por su propia cuenta, sin atenerse a más razones y normas que las de su particular interés. Impera el egoísmo más absoluto, y ningún Estado acepta la menor ingerencia dentro de los límites de sus fronteras, incluso en relación con sus decisiones más arbitrarias y negatorias del *jus gentium*. Los setenta u ochenta organismos nacionales en que está dividido el mundo, viven una existencia de jungla, y se miran con recelo y desconfianza, temerosos de una agresión por parte de los vecinos o de los grandes Estados. Cada cual obra como más le place, e incluso los pequeños países actúan irresponsablemente, por falta de una autoridad suprema, que en alguna forma mande en el mundo.

Es necesario acabar con esta anarquía internacional, encontrando alguna fórmula que permita que alguien ejerza el imperio. No se puede continuar así, si no se quiere que la presente situación nos lleve cualquier día a una hecatombe. Esa autoridad puede cobrar dos formas, la de la espada o la de la ley. La primera representa el sistema consagrado por la Roma

tado, independientemente de sus mascarones de proa, y aquélla se inspira exclusivamente en la historia y la geografía, que son factores de primer orden.

¹⁰ Recomendando, para no repetir los conceptos, la lectura de mi ensayo "El feudalismo del siglo XX y el gobierno mundial", publicado en *Cuadernos Americanos* (No. 2, marzo-abril de 1948).

imperial, es la supremacía de un pueblo señor sobre los restantes. La segunda, todavía inédita, consistiría en el establecimiento de una norma que colocaría a los países en un plano de igualdad, dentro de un orden obligatorio para todos. Este es el dilema en que nos encontramos, la alternativa que debemos resolver. Pax romana, hegemonía de una gran potencia, o, por el contrario, comunidad de naciones, libre y voluntariamente pactada, pero en la que los miembros se sometan y cumplan la ley común y obligatoria. Son las dos fórmulas clásicas, aristotélicas de gobierno, la monarquía, de una sola, y la democrática, de la totalidad de las naciones. Pero no debe olvidarse que, mientras para la última de las soluciones sólo bastaría con conseguir —¡tarea ardua, sin embargo!— el consenso de la mayoría de los países, en cambio, para llegar a la primera, sería preciso pasar previamente por una tercera guerra mundial, que traería aparejada como consecuencia la destrucción de medio género humano y el hundimiento de nuestra civilización.

No cabe duda, pues, en la elección. A menos que nos dejemos arrastrar por la locura, la fórmula conveniente es la de organizar una comunidad internacional que permita el establecimiento de una ley obligatoria para todos los países. Pero, para ello, será necesario que los Estados cedan en su intransigencia con respecto a sus atributos soberanos. Será preciso que renuncien a parte de su soberanía para poder constituir un orden internacional basado en la ley y no en el contrato, que, como en el caso de la Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas, ha resultado ineficaz para dar solución a los grandes problemas de la paz.²⁰ Además, la comunidad de naciones que postulamos no tendrá más remedio que contar, de lo contrario sería inoperante, con una fuerza coactiva propia, capaz de imponer y de hacer respetar el cumplimiento de la ley internacional.

El programa no es fácil, ni mucho menos. Pero ello no debe desanimarnos ni llevarnos a un estado de escepticismo, pues no se debe olvidar que, de lograrse o no su realización, dependerá, en última instancia, que la humanidad salga con

²⁰ Este problema de la soberanía y la necesidad de regirse internacionalmente por una ley, han sido tratados ampliamente en mi ensayo "El feudalismo del siglo XX y el gobierno mundial", al que nos hemos referido en la nota 19, y que recomiendo al lector interesado, para evitar la repetición de lo ya dicho en el mismo.

bien de este atolladero en que se encuentra metida. Para intentarlo será necesario, como condición previa y *sine qua non*, obrar de acuerdo con estos dos principios: *serenidad* y *altruismo*. La primera, para superar el inmenso pánico que embarga a los gobiernos y a los pueblos, y que es el peor consejero para afrontar la solución de los problemas. Hay que poner término a ese miedo que se inspira en peligros más o menos reales o imaginarios. El segundo, o sea el altruismo, para vencer los intereses mezquinos y particulares, en aras de un beneficio para la comunidad. Sólo levantando el ánimo, libre de temores, y despojándose de ruines egoísmos, podrá iniciarse la construcción de un mundo mejor, lo que permitiría percibir el anuncio del fin de la tenebrosa noche que vivimos, con el rosicler de una nueva alba.

CONFLICTOS MORALES INSOLUBLES SU INTERPRETACIÓN EN LA FILOSOFÍA EXISTENCIAL Y EN LA TRADICIÓN JUDEO-CRISTIANA

Por *David BAUMGARDT*

LAS decisiones realmente más difíciles así en la historia como en la vida individual son, según Hegel, no aquellas en las que pugna el derecho con la violencia o el derecho con la injusticia, sino aquellas en que se alza un derecho contra otro derecho. La lucha entre altas y bajas intenciones suele ser también, en la historia y en la vida civil, mucho más sutil de lo que quieren hacernos creer muchos éticos e historiadores. Pero la dureza de la elección no es comparable allí a la gravedad del conflicto entre exigencias opuestas e igualmente fuertes de la moral misma.

El símbolo elemental y máximo de un conflicto semejante, en sí insoluble, ha venido a ser para la historia cultural de Occidente el mito judío de la tentación de Abraham. En el judaísmo, en el cristianismo y en el más moderno filosofar ha experimentado este mito las más diversas interpretaciones; y este esbozo de ninguna suerte quiere tener la loca pretensión de agotar definitivamente el sentido de aquella profunda narración del Antiguo Testamento. Ya el libro Sohar, la obra más influyente de la mística judía de la edad media, declara que hay setenta interpretaciones posibles del Pentateuco —y ciertamente no es exagerado; pero nosotros, añade el Sohar, “explicamos justo así”.

La ambición de toda ciencia tiene que seguir siendo el ofrecer resultados inequívocos, productos mentales de la mayor precisión posible. Toda ambigüedad es aquí flaqueza e insuficiencia. Pero esto mismo no es de ninguna suerte válido de la poesía, la música, el arte plástico y la religión. Aquí resulta, a la inversa, justamente la riqueza en posibilidades de interpretación la suma virtud. Una fe religiosa y una obra

de arte son tanto más grandes, cuanto más inagotable es su sentido. Si el sentido de un documento religioso o de una obra del arte literario pudiera sedimentarse en una fórmula jurídica, matemática o lógicamente inequívoca, ya no tendrían tales productos ninguna significación específicamente religiosa o artística. En cuanto dogmas, se habrían vuelto quizá objetos del conocimiento, o inequívocos principios morales, o cosa semejante; pero en ningún caso serían ya religión o arte vivo que quema y crea. Sólo cuando hombres sensitivos de las más diversas capas de la vida pueden de generación en generación descubrir nuevas significaciones en una manifestación religiosa o artística, se corrobora lo genuino del valor de ésta.

Todo un montón de comentarios que impulsó a hacer el mito del sacrificio de Isaac a pensadores y escritores desde hace más de dos milenios, difícilmente pueden considerarse como adecuados; otros contienen valores parciales o esenciales, pero los más profundos apuntan todos al fundamental y conmovedor tema moral: la lucha con un conflicto en sí insoluble.

A través de toda la historia de la cultura occidental, puede perseguirse aquí en primer término una tendencia interpretativa obvia, pero profundamente insuficiente. Ve en la obediencia de Abraham a la orden divina de inmolar a su único hijo tan sólo una heroica resolución de padre e hijo. Estos intentos de interpretación se limitan a glorificar la incondicional abnegación y la plena superación de todo egoísmo en los dos patriarcas. Estas solas virtudes resultan encomiadas aquí hasta lo hiperbólico y lo teatral.

Ya en las llamadas *Antigüedades de Filón*, una obra de fines del siglo primero, pero que con seguridad no procede de Filón, el gran inspirador judío del neoplatonismo, es rastreable semejante concepción del viejo mito. La Biblia no cuenta sino lacónicamente que Abraham, después de haber oído la orden divina de sacrificar a su hijo, hizo por la mañana temprano sus preparativos para el viaje al Moria y se puso en camino. Pero las *Antigüedades Filosóficas* lo pintan todo mucho más ampliamente: que "inmediatamente" estuvo Abraham dispuesto a inmolar a Isaac, y cómo ante todo se ofrece orgulloso y alegre Isaac por víctima, pronunciando ante su padre un largo y ampuloso discurso de tal contenido. En la Biblia no se encuentra nada de semejante ostentación de la virtud.

Por el contrario, aquí no da Abraham a su hijo la menor

oportunidad de hacer gala de su disposición al sacrificio. En forma mucho más profundamente humana, mantiene secreto hasta el último momento para su hijo el cruel fin del viaje de días hasta el lugar del sacrificio; e incluso cuando el hijo le pregunta, esquivo la respuesta y no dice de ninguna suerte la plena verdad. En un considerable contraste con este sobrio relato del Antiguo Testamento y del *Libro de los Jubileos*, del *Pequeño Génesis*, hace también el *Cuarto Libro de los Macabeos* a Isaac estar plenamente informado de su destino, y se agota literalmente en la glorificación del heroico ánimo del hijo, que "vio cómo su padre sacó la cuchilla contra él y sin embargo no retrocedió espantado". Desde el primer siglo de la era cristiana hasta la misma actualidad, han rivalizado muchas veces la literatura judía y cristiana en presentarnos a Abraham e Isaac solamente como los máximos e impertérritos maestros de la negación de sí mismo.

La primera carta de Clemente de Roma *A los Corintios*, *El libro Hajaschar*, y todavía en el siglo XIX el apóstol Makrakis, el llamado "Mesías griego", así como Joseph de Maistre, nos presentan a Abraham avanzando literalmente alegre y orgulloso hacia el altar del sacrificio. De Maistre alaba ante todo lo ciego de la obediencia de Abraham, "el cerrar los ojos" ante toda posible objeción contra la orden del verdadero Dios. Makrakis subraya que Dios mismo era quien había dado a Abraham ya en la vejez un hijo, y que para el patriarca estaba por ende Dios naturalmente justificado para pedir la devolución de su don. Pero en contra es de cierto patente que la frase "el Señor lo dio, el Señor lo quitó" es una grandiosa y enérgica frase cuando sale de la boca del paciente Job, mas cuando como aquí la usa un mero observador del más grave pesar para hacer de ella una consolación o teodicea barata, resulta sumamente convencional, o, como se diría en el caso de Abraham, roza de rechamante con la rudeza de sentimientos.

Héroes que sacrifican tan sin reparos y con un tan exagerado orgullo moral a sus únicos hijos, o que se dejan sacrificar a sí mismos tan ciega y voluntariamente, son esencialmente creaciones de la fantasía de escritores moralizantes. Apenas son ya auténticos hombres o héroes de carne y hueso.

El Libro Hajaschar se consideró en ocasiones, hasta en pleno siglo XIX, como aquel arcaico escrito citado ya varias veces en el Antiguo Testamento (por ejemplo, en Josué, capítulo 10, versículo 13, y en el Segundo Libro de Samuel, capítulo 1,

versículo 18); pero se redactó apenas antes del año 1100 después de Jesucristo. Este escrito hebreo popular de la primera edad media nos indemniza de la increíble exageración del heroísmo de Abraham e Isaac al menos insertando un pequeño, pero conmovedor rasgo del amor filial de Isaac. Cuando éste se halla ya amarrado sobre el altar del sacrificio, pide a su padre que lleve sus cenizas, "el olor de Isaac", a su madre Sara, pero sin delatarle su muerte mientras ella estuviese sentada en un lugar elevado o junto a un pozo; pues, si no, bien podría ella exhalar el alma, espantada por el pesar de haber perdido a su hijo".

Hay también cantos judíos medievales de penitencia, los llamados Selichoth, en los que se glorifica la heroica alegría de los dos patriarcas en el monte Moria. En el poema del sacrificio de Isaac que, por ejemplo, compuso en Alemania en el siglo XI Benjamín ben Serachsim, se siente incluso con hondura mística, el sacrificio de Isaac, por parte del padre y el hijo, como las nupcias y unión con la desposada en el día de la boda. Pero el heroico júbilo que aquí puede vibrar también, queda ensombrecido y hondamente sublimado por la compunción y desesperación que pesa sobre el devoto a la vista de la magnitud de aquel sacrificio y ante la conciencia de su propia culpa.

Las exposiciones más conmovedoras y llorosas las ha encontrado el sacrificio de Isaac en las numerosas representaciones de misterios que llevaron a cabo en la edad media, y aun en los comienzos de la moderna, España, Italia, Francia, Alemania, Inglaterra y Flandes. Teodoro de Bèze, el ardiente partidario, continuador y biógrafo de Calvino, en su *Abraham Sacrificiant* (1500), pone en boca de los patriarcas tantos versos de lacrimosa sentimentalidad y abnegación, que hasta Satán se conmueve y confiesa sentir admiración y compasión por aquellos nobles espíritus, exentos de todo egoísmo.

Pero con este insistir en la disposición al sacrificio de los patriarcas sólo es asequible, sin duda alguna, un sentido superficial e inducente a error del gran mito bíblico. La ejemplar y heroica obediencia de Abraham e Isaac será lo que primero salte siempre a la vista, pero ¿qué quiere decir esta obediencia sin reparar en la monstruosidad de la orden divina, ni en la inconcebible inmoralidad de la divina exigencia!

Los Padres de la Iglesia, especialmente Tertuliano, pero también Ireneo y Agustín, han visto aquí con seguridad mucho más profundamente. Según ellos, quiere el mito bíblico hacer

visible mucho menos la ciega obediencia del hombre piadoso que ante todo la incomprensibilidad del padecer inocente, el misterio de la pasión. De donde las numerosas indicaciones de que la leña que lleva consigo Isaac para el fuego del altar del sacrificio es el leño de la cruz, en que el hombre da muerte a sus pasiones y el Hijo del Hombre, Cristo, muere de su pasión. Y no sólo en la literatura cristiana, también en el gran comentario judío al Génesis que surgió en los primeros siglos de la era cristiana, el Midrasch Bereschit Rabba, se compara abiertamente la leña que lleva consigo Isaac a la cruz que bajo el imperio romano habían de llevar sobre el hombro al lugar de la ejecución los mártires judíos.

Pero es el cristianismo moderno el que ha dado la más rica expresión a esta idea de la cruz del padecer inocente en la música de Jacobo Böhme y en la filosofía existencial de Kierkegaard. Y también estos motivos están ya anunciados en la tradición judía, en el *Sohar*, el *Libro del Esplendor*, unos siglos antes de Böhme; únicamente en el monte Moria, así oímos en el *Sohar*, cuando Abraham iba a sacrificar a su único hijo, únicamente entonces experimentó la dureza y el rigor de Dios cara a cara; y él mismo fue forzado por Dios a volverse duro y cruel con su hijo queridísimo; pues sin dureza y con mero amor no puede nadie "hacerse perfecto".

Abraham es, como trata de mostrarlo Böhme en un capítulo especial de su *Mysterium Magnum* de 1623, un símbolo de Adán y de toda la Humanidad. Como Abraham, así es todo hombre probado en el fuego y la ira de Dios. Tentado por Dios, tiene el hombre que matar su voluntad propia para regenerarse en el fuego de Dios. Así como en el fuego se evapora toda la sustancia impura de los metales y sólo queda el oro o la plata pura, así es el fuego del sacrificio necesario para la purificación moral del hombre; y así como Abraham siguió temprano en la mañana la voz que pedía de él el sacrificio, así debiera seguir inmediatamente cada cual la voz del sacrificio y de la penitencia, sin intentar escapar a ella nunca.

Desde los días de Adán ha "destruido en sí" el hombre, según Böhme, la primitiva unidad "del amor y la ira de Dios"; tienen que repararse estas grietas y fracturas. El pecado y la flaqueza del hombre, estas consecuencias de la pérdida de tal unidad de la dureza y la bondad, tienen que atarse al leño del padecer, como se ató a la leña a Isaac, y como fue clavado Cristo a su cruz de madera. Sólo cuando este abatimiento del

ciego egoísmo y vanidad se lleva a cabo con verdadera seriedad, puede tener valor; carecería de toda importancia, si no nos entregásemos en este proceso del todo, con todos nuestros sentidos y nuestro pensar: sólo palabras se dirían y con los labios se confesarían pecados ante el altar.

Pero hecha realidad la genuina purificación de la voluntad propia, exclama una voz divina en nosotros: ¡ya no hagas más violencia a tu naturaleza! Pues ahora sé que tu naturaleza teme a Dios. Pero "el reino de la naturaleza" y sus miserias jamás quedarían rechazados y extintos definitivamente en el hombre. La suma finalidad a los ojos de Dios no es que el hombre se castigue sin fin a sí mismo, no es su martirio duradero y su autoflagelación. Es, antes bien, la regeneración, la integridad y la perfección de la naturaleza humana toda. De esta forma se han unido entre sí, en el penetrante comentario de Böhme, la tentación y la recompensa de Abraham.

Pero la filosofía cristiana de la desesperación de Kierkegaard no ha prestado ya casi ninguna consideración al feliz término del mito del Antiguo Testamento. En *Temor y Temblor* de Kierkegaard se dirige decisivamente la atención tan sólo a la crueldad del destino que padece Abraham; la brillante promesa, el rico premio que recibe finalmente Abraham, se dejan casi sin consideración. En cambio, ha puesto Kierkegaard inexorablemente en el primer término la circunstancia de que la orden divina "¡Sacrifica a tu hijo!" exige la más grave inmoralidad. Es un asesinato lo que aquí ordena Dios, y encima la forma más baja del crimen, el asesinato de un niño inocente, y también el asesinato más paradójico, la inmolación de un hijo infinitamente querido.

En general consiste aquello que es para el hombre una tentación en lo que le aparta de hacer su deber. Pero en el caso de Abraham es, paradójicamente, justo el deber, la moral misma, lo que representa la gran tentación. Si Abraham se hubiese limitado a seguir la voz del mandato universal del deber, esto es, si se hubiera rehusado a cometer un asesinato con su hijo, *no* hubiese resistido la prueba a que quería someterlo Dios. El cumplimiento de su deber ético habría significado aquí desobediencia a más alto mandato del destino. Tal es el provocativo absurdo que aquí se trata de comprender.

Kierkegaard distingue, enérgicamente, por ende, entre los conflictos que en otros casos son dominados por héroes morales y la disyuntiva, de índole fundamentalmente distinta, ante la

que se ve puesto Abraham, el "caballero de la fe", el "padre de la fe". El héroe moral no necesita más que deshacerse de sus inclinaciones personales en favor de algo que es patentemente de un más alto valor general. Semejante sacrificio de la dicha personal será con frecuencia muy difícil y trágico. Pero apenas es digno de nota en comparación con el "temor" y el "temblor" que tienen que sufrirse en esos diabólicos conflictos de la vida en los que la decisión moral no concierne a un derecho claro como el sol y a una evidente injusticia, sino tan sólo a dos formas del derecho vuelta la una contra la otra, o todavía peor: dos especies de manifiesta injusticia de las que tenemos que elegir una —queramos o no. A Abraham no le quedaba más elección que la elección entre la injusticia de la desobediencia a una voz divina y la injusticia del asesinato de su hijo.

En tales crisis, las más diabólicas de la existencia, nos dejan en la estacada todas las leyes morales concretas que se suponen universalmente válidas. En el caso de Abraham se trata incluso de la "suspensión" de un imperativo moral en general estrictamente obligatorio, pues que se ensalza un asesinato como un acto de genuina obediencia a Dios. Esto quiere decir que en tales decisiones, las más duras de la vida, no puede asistirnos con su consejo ningún otro hombre, ni ninguna ley moral especificada, por absolutamente imperativa que sea. Aquí ya no nos está permitido entrar por el ancho camino real de los preceptos morales universalmente obligatorios. Como individuos solitarios nos hallamos entonces sólo ante Dios, ante el destino mismo; y nadie puede acompañarnos, fuera del reino de lo universalmente válido, por aquel "estrecho... empinado y abandonado sendero" que se llama la fe.

Kierkegaard ha rechazado resueltamente todos los innúmeros ensayos que quisieran aminorar los conflictos elementales de que se trata en la tentación de Abraham. "Una tentación" —exclama irónicamente— significa insoportablemente poco si es posible dejar de oírlo todo tan rápidamente como pueden pronunciarse las meras palabras. "Se monta un caballo alado, en el mismo instante se ha llegado ya al monte Moria y en seguida se ve allí el carnero" cuyo sacrificio constituye el sustitutivo de la inmolación de Isaac. Pero "a todo esto se olvida que Abraham cabalgó en un asno que trota sólo lentamente por el camino; que empleó tres días enteros en el viaje al monte Moria; y que aún necesitó tiempo para cortar la leña, amarrar encima a Isaac y afilar su cuchilla". Ciertamente, para no

sotros es extremadamente fácil, para nosotros que sabemos de antemano que todo era "sólo una tentación". Pero Abraham no lo sabía. La farsa de todas las populares "ediciones baratas" en que circula el mito de Abraham es, según Kierkegaard, que aquí queda puesto del todo a un lado justamente lo decisivo, a saber, lo "terrible" del conjunto, y que enseguida llega el risueño final, tan cómoda y gratamente como un premio de la lotería, que nos toca fácilmente y sin esfuerzo.

Con todo ello ha tenido Kierkegaard, naturalmente, cuidado de que no se confunda su doctrina de la suspensión temporal de lo ético con concesiones a la ligereza moral. Los "vagabundos intelectuales" y los "genios aventureros" no son ciertamente, asegura, los "varones de la fe". Quien crea, aunque sea lo más ligeramente del mundo, ser un "individuo", no puede en ningún caso llegar a ser un "caballero de la fe". Ciertamente, es bastante sencillo matar para el que no tiene "fe", esa fe que justo para Abraham hace tan infinitamente difícil disponerse a dar muerte.

El verdadero caballero de la fe no sabe sino demasiado bien qué confortante y glorioso es hacer profesión de lo universalmente válido, ser "un individuo que con arreglo a la ley ética universal obra en una forma que es comprensible para todos". Pero también sabe que el destino nos enfrenta una que otra vez a conflictos en los que ya no puede servirnos de guía la ley moral universal y abstracta; no porque en sí sea nula, pero sí porque en estos aprietos concretos del destino no podemos menos de sentirnos a oscuras acerca de su aplicación inequívoca.

Jean Paul Sartre, en su *L'existencialisme est un humanisme*, ha puesto ante todo en primer término esta falta de seguridad en las supremas decisiones de la vida del hombre. Cómo podía Abraham saber —exclama— si era un mensajero de Dios o alguna otra voz, una voz satánica, la que le ordenaba matar a su hijo, una voz que sólo quería befarlo o empujarlo hacia la más extremada calamidad. Y análogamente hace Franz Kafka en sus *Parábolas* dudar a Abraham de si no se convertiría en un Don Quijote, en un hazmerreír del mundo, al creerse llamado por Dios.

Así es como Kierkegaard y pensadores y literatos filosófico-existenciales de nuestro tiempo han puesto con razón en guardia contra el peligro de mecerse en una falsa seguridad moral y creer que la ley moral universal puede tener a punto

una indicación concreta e inequívoca acerca de la acción de más alto valor en cada momento de nuestra existencia. Ni siquiera siguiendo de la manera más obediente los mandatos concretos del deber comunmente reconocidos, puede domeñarse en este sentido lo más difícil de la existencia humana. Es con angustia, "temor y temblor", como justamente el hombre de mayor sentido de la responsabilidad se ve en ocasiones conducido a conflictos insolubles.

Pero la gran cuestión sigue siendo ésta: a la vista de tales conflictos, ¿toca necesariamente a la desesperación decir la última palabra en el asunto, como lo sostiene Kierkegaard en su superlativamente sombría pintura del sacrificio de Isaac? También aquí anduvo de nuevo la tradición judía, ya desde mucho antes de Böhme, buscando con la vista un equilibrio superior entre el primitivo temor y el posterior sentimiento de bienaventuranza de Abraham. Ya Filón de Alejandría, el contemporáneo de Cristo, cuyo tamaño como pensador original se rebaja con frecuencia, presentó en su escrito *Sobre Abraham* una osada interpretación de la Biblia que apunta en esta dirección. Isaac, explica Filón, significa literalmente "risa", pero no el reír excitado por una mera "satisfacción del cuerpo", sino la "ufanía", el entusiasmo del espíritu, la jocundidad más intensa y más estable de que es capaz el hombre. Esta alegría la tiene el hombre, que en sí está tan sujeto al pesar de sacrificar a lo divino a que ella en sí pertenece. La Divinidad devuelve justamente esta alegría al que sacrifica, hasta donde se lo permite a éste su limitada capacidad de poseerla.

También Filón ponía ya, análogamente a Kierkegaard, la voluntad de sacrificio de Isaac más alta que todo el heroísmo de los mayores patriotas griegos y más alta que todos los demás actos éticos de Abraham mismo. Pues en este caso no estaba ya trazado el camino de la perfección por ningún modelo ni ninguna tradición; ni podía flotar ante la mente del sujeto de la acción ninguna esperanza de gloria ni de reconocimiento "universal". Al revés, aquí reinaba el temor a la más extremada ignominia, el terror a la infamia de volverse infanticida. Pero, como acentúa Filón, mucho más enfáticamente que Kierkegaard, justo porque el heroísmo de Abraham estaba dispuesto a tomar sobre sí esta ignominia, la más solitaria, aisladora, justo por ello se le hizo, después de estar dispuesto a padecer tal, partícipe de la más alta alegría asequible al hombre.

También el Talmud indica, en un sentido relativamente

análogo, que era amor y a la vez el más grave temor de Dios lo que vino a sentir Abraham en la gran tentación; y otros numerosos embellecimientos legendarios del texto bíblico hablan, en las más diversas formas, de lo grande de las penas de Abraham, Isaac y hasta Sara.

Pero la más penetrante revivificación que experimentó el conflicto de Abraham en la vieja literatura judía se encuentra sin duda en la obra maestra del *Midrasch Bereschit Rabba*. Aquí desarrolla el diablo Samael a todo su sabor, en un dramático *crescendo*, una tentación de magnitud cada vez mayor. Con un ingenio que da en el clavo y una certera puntería realista, se dirige ante todo contra aquel punto del arnés moral de Abraham que, con arreglo a la naturaleza de las cosas, más fácilmente haría posible un ataque con éxito, contra sus muchos años, por los que amenazaba convertirse en una mera víctima de la flaqueza de la edad. "Tú, buen viejo, tú" —le vocea el diablo al patriarca— "¿es que tú estás todavía en tus cabales? ¿En serio vas a inmolar a un hijo que te nació a la edad de cien años y es todo tu orgullo? ¿Qué es esto sino la debilidad del viejo inútil? Y únicamente cuando este argumento rebota, a pesar de su plausibilidad, contra la íntima firmeza de Abraham, da el diablo un paso más en otra dirección y se mofa del patriarca con esta cínica pregunta: ¿es que harías por Dios algo más que sacrificar a tu hijo queridísimo? ¿Puedes hacer más? Y ¿por qué tienes que hacer justamente esa cosa tan extremada? Pero como tampoco esta burla hace efecto sobre Abraham, salta el diablo finalmente con su más cruel escepticismo y plantea al patriarca la cuestión decisiva: ¿No te dirá mañana Dios: tus manos chorrean sangre? ¿No has retrocedido espantado ni siquiera ante el asesinato de tu hijo? Y así serás maldito por los siglos de los siglos a causa de este crimen de sangre.

Así, en esta inmisericorde disyuntiva moral habla el diablo, el tentador, precisamente el lenguaje de la ley moral universal, del precepto ético que prohíbe matar. Y es sólo el diablo el que propone resolver este insoluble conflicto simplemente con la obediencia a las leyes universales. Es sólo Satán quien con alegoría diabólica trata de interpretar el conflicto quitándole su profundidad. Sólo él presenta la tentación entera como un vejamen sin sentido, como un pérfido juego que un tornado conductor del destino llamado Dios gusta de jugar con el hombre.

Contra esta arbitrariedad, contra los imprevisibles cambios de humor de un sino malvado y atormentador, sólo recomienda el diablo, de la manera en apariencia más adecuada, cortar el nudo gordiano, obedecer sin reparos a los mandatos del deber comunmente aceptados y al propio interés, que no puede ser cuestión. Pero la más profunda tradición así judía como cristiana consiste en que semejantes conflictos no pueden domarse de esta forma.

El mismo Maimónides, que por lo demás se asusta de todo hacer flaquear el rigor del pensar racional, indica en su *Moreh Nebuchim* (*Guía de los vacilantes*): el sacrificio de la propia vida y el abandono de toda propiedad serían aún exigencias racionalmente comprensibles de Dios al hombre, pero la orden divina que se dirige a Abraham excede de cuanto puede pasar por moralmente aceptable y racionalmente concebible. Esta exigencia de Dios está patentemente dirigida contra la esencia fundamental del hombre, contra su naturaleza emocional y moral.

Pero otro importante escolástico de la edad media judía, Abraham ibn Daud, ha defendido de una manera todavía más señalada una opinión semejante, a pesar de su usual racionalismo. El Antiguo Testamento no se espanta en ninguna forma, como es sabido, de dar noticia de debates morales entre Dios y el hombre. Job intenta disputar con Dios sobre la injusticia de los castigos divinos impuestos a inocentes; y Abraham trata con tenacidad de convencer a Dios de que no sea demasiado duro su castigo de Sodoma y Gomorra. Pero como hace resaltar Abraham ibn Daud en las últimas palabras de su principal obra, *Emunah Ramah* (*La exaltación de la fe*), sobre el sacrificio de Isaac no alega Abraham con su Dios. Aquí comprende inmediatamente que "no hay posibilidad alguna de comparación entre la comprensión humana y la sabiduría divina". Se limita a obedecer la orden divina con silenciosa sumisión.

De hecho, el silencio de Abraham, su muda obediencia a la flagrante inmoralidad de la exigencia divina, merece una explicación especial y hasta ha menester de ella. Lo inmediato sería atribuir al primitivismo del narrador del Antiguo Testamento el no saber decir absolutamente nada de la conmoción psíquica, de la tormenta afectiva en el interior de Abraham y el no hacerle consciente en nada de la grandeza y sublimidad de su acción. Si es así, significaría el primitivismo aquí, como en tantos otros casos, una especial hondura y autenticidad.

Pues cuando tentaciones de esta índole irrumpen sobre el hombre, suele el hombre grave quedar mudo.

Sólo naturalezas espectaculares y ambiciosos a rabiarse pueden y quieren entonces paladear el sentimiento de estar llamados a la más alta gloria; y sólo ellos se aferran a gestos heroicos, con los que quieren demostrar a Dios, al mundo y a sí mismos su superioridad sobre todos los "bajos" impulsos humanos. Cuando el hombre auténticamente heroico se encuentra sumido en una situación como la de Abraham, sólo piensa en "albardar su asno y marchar para adelante", sin poder haber tenido una plena sospecha de adónde le conduce el camino.

Abraham no deja que se delate nada de lo que pasa en él, ni tampoco el narrador añade observaciones edificantes. Al revés, las únicas palabras significativas que pronuncia el patriarca en todo el sombrío episodio son —dicho toscamente— una mentira piadosa. Dice a su hijo que ya Dios se escogerá un animal para víctima, cuando Dios le había hecho saber ya mucho antes que la víctima debía ser Isaac, su hijo. En vano intentan Kierkegaard, Raschi y los Pirkej Rabbi Elieser descargar, con gran trabajo, a Abraham en este respecto. El texto bíblico no permite tal interpretación, sino que de él resalta claramente que Abraham no dice a su hijo la verdad.

Pero esto no significa, ciertamente, que el Pentateuco tome a la ligera la inmoralidad de la mentira. El Antiguo Testamento se vuelve con el más enérgico *pathos* moral contra la mentira y el engaño, en contraste, digamos, con toda la glorificación que la antigua Grecia consagró a Odiseo, el "rico en astucias". Pero patentemente tiene la mentira piadosa, que puede preservar a un ser humano, aunque sólo sea por corto tiempo, de los terrores de la muerte, no sólo por justificada, sino incluso por moralmente obligada. El Antiguo Testamento deja a Agustín, Kant y Fichte el condenar incondicionalmente también esta clase de mentira.

El héroe moral del mito bíblico, que estaba dispuesto a sacrificar a su único y querido hijo, no fue, patentemente, capaz de reprimir de tal suerte sus sentimientos paternos: no fue capaz de atormentar a su hijo, aunque sólo fuese por unas horas, con terrores mortales, sólo por ser, según se pretende, el decir la plena verdad en todo momento y en todas las circunstancias un precepto moral inquebrantablemente más alto. Estuvo presto a entregar al hijo, en razón de la voluntad de un destino irrevocable e incomprensible. Pero no pensó en impo-

ner al hijo ningún tormento evitable, sólo para dar con ello satisfacción a una existencia moral que se pretende indeclinable.

Pero en todo ello se halla Abraham bajo la presión de un destino de una dureza apenas concebible. Como todo aquel que quiere mirarle a la cara honradamente a una exigencia inconcebible del destino, tampoco él siente el menor brillo de seguridad en sí mismo en aquellas horas, las peores de su vida, sino que sólo puede seguir solitario, sin auxiliar ni consejero, su camino, no pudiendo confiarse ni a sus siervos, ni a su hijo. Todo gesto de orgullo o de victoria resulta entonces una pura imposibilidad; y en rigor sólo queda rechinar de dientes contra el puño que amenaza desde allá arriba sin que haya manera de escapar a él.

Isaac está, naturalmente, todavía más a fondo en la incertidumbre, en plena oscuridad acerca de lo que le aguarda, cuando inocentemente pregunta: ¿dónde está el cordero para la hoguera? Su admiración por la falta de la víctima hace un efecto tanto más expresivo cuanto que revela todo el abismo que aquí se abre entre su familiaridad con la técnica del ritual de los sacrificios y su no sospechar en absoluto el significado de aquel sacrificio en el Moria. Como lo hace parecer comprensible de suyo su edad, está el joven perfectamente orientado sobre todos los detalles que resultan necesarios para la ejecución práctica de un holocausto, la leña, el fuego, el cuchillo y la víctima. Pero cuando hace su inocente pregunta acerca del cordero, no sospecha, ni remotamente, que pudiera tratarse de él mismo en tal sacrificio.

Así es también el destino de Isaac característico de un suceso que está cargado de un paso a otro con sentido simbólico. Isaac es la víctima inocente, amenazada de ser brutalmente aplastada en un gran conflicto moral cuya índole no puede menos de resultar del todo incomprensible para su capacidad de comprensión.

¡Pero, a la postre, el final feliz, la gran recompensa y promesa! El primer anuncio del ángel de ninguna suerte deja ver aún que sea tan rica la recompensa de Abraham. El ángel se limita a hacer constar con pura objetividad, por decirlo así, que el patriarca ha atestiguado sobradamente su obediencia a Dios. El segundo anuncio puede estimarse desde el punto de vista de la crítica histórico-literaria del texto bíblico, una mera variante procedente de otra fuente. Pero tocante a la fuerza de expresión simbólica del relato, es también este doble anuncio

susceptible, sin duda alguna, de una interpretación especialmente instructiva.

En el momento en que se llevan a cabo grandes actos morales en conflictos insolubles, de ninguna suerte suelen estar por lo pronto bañados en una luz tan sublime y cegadora como cree erróneamente percibir en torno a ellos el posterior espectador contemplativo. Inmediatamente después del gran acto se limita el destino a poner estrictamente de manifiesto que se ha resistido la prueba, que el hombre ha sido firmemente señor de su encuentro con un difícil sino. El hombre ha tomado la decisión justa en un conflicto que parecía insoluble, porque en él no podía ningún sistema moral disponible ponerle en la mano una regla indeclinable y clara, inequívoca.

Únicamente la definitiva aclaración y valoración del caso por la historia universal puede —como el segundo anuncio del ángel— desembozar toda la carga de sentido de estas decisiones individualísimas. El hombre que un día, en medio de la más dura lucha interior, no tuvo corazón para decir la verdad a su propio hijo; que hubo de soportar solo su negrísima aflicción, trotando silencioso sobre su asno hacia lo desconocido —este hombre se convirtió en una de las más brillantes encarnaciones de la vida superior para todos los tiempos. Y por su acto pueden sentirse unidos los pueblos aún más alejados y los descendientes más tardíos de éstos.

Así es como el mito de la prueba de Abraham abre repetidamente las más amplias perspectivas sobre los conflictos fundamentales y las paradojas de la existencia humana, igual que sobre la cuestión radical de una posible disensión entre la ética y la religión. La conclusión del grandioso relato enseña con toda su fuerza que la dicha, la recompensa con alegría, puede ser la meta de toda la actividad moral del hombre. Pero, por otro lado, sólo habla el mito del conflicto más alejado posible de la dicha, el conflicto entre una exigencia de la ética y otra de la religión, o entre dos preceptos de la moral, en que no puede la obediencia a ninguno de estos ineludibles términos alternativos librar de los pesares más abrumadores.

¿Qué dicha hubiera podido haber aún para Abraham, después de haber sacrificado a su hijo? ¿Y cómo hubiera podido seguir viviendo contento después de haber esquivado lo que en su interior había reconocido por un supremo requerimiento? O para corroborar la cuestión de que aquí se trata con situaciones más familiares a la vida actual: ¿cómo puede un hombre

de espíritu que repugna todo derramamiento de sangre entrar en una forzada lucha de liberación por su pueblo, sin sentirse aplastado bajo el peso de preceptos morales opuestos entre sí?

Pero justo esto revela toda la profundidad del mito del Antiguo Testamento: traer a nuestra vista un conflicto semejante, en el que toda busca de la dicha por parte del hombre, por acrisolada que sea, tiene que tantear en medio de un oscuro penar. Es un conflicto en el que no da ayuda alguna ni la más cuidadosa indagación del precepto moral abstracto porque el precepto moral general permanece aquí mudo, o más bien porque su adecuada aplicación sólo resulta posible al hombre de fe —al hombre que, a pesar de toda su esperanza en un destino últimamente bondadoso, tiene que tomar sobre sí, con audacia y decisión, irrevocablemente, el dolor.

MEDITACIÓN SOBRE ORTEGA *

Por *Luis ABAD CARRETERO*

EN las *Meditaciones del Quijote* define Ortega la meditación diciendo que "es el movimiento en que abandonamos las superficies, como costas de tierra firme, y nos sentimos lanzados en un elemento más tenue, donde no hay puntos materiales de apoyo. Cuando meditamos —añade— tiene que sostenerse el ánimo a toda tensión, en esfuerzo doloroso e integral".

Y yo me he preguntado, ¿cómo mantener el equilibrio para meditar sobre Ortega, un filósofo de tan múltiples matices, de tan firmes y sutiles pensamientos? Y no he encontrado otro medio, para no extraviarme, que adentrarme en mí mismo y ver cómo Ortega ha influido en mí, porque si de algo podemos estar seguros es de lo que nos sucede en nuestro mundo interior, arraigado en convicciones propias. Es cierto que las dudas pueden asaltarnos; pero precisamente toda meditación tiende a puntualizarlas, definir las y esclarecerlas. En el fondo, pues, esta meditación será un monólogo, pero ¿qué monólogo es posible si no va avanzando en forma de diálogo, mantenido con un supuesto prójimo, o con nosotros mismos desdoblados en yo y en prójimo? Es el maestro Ortega el prójimo en este caso. Y ojalá que nunca se hubiera muerto para que hubiéramos podido dialogar en lo vivo con hombre de tan hondo y claro pensar, como tantas veces lo hicimos. A la vera de su recuerdo vamos a someter nuestro propio pensamiento a prueba.

Ortega comenzó a desarrollarse mentalmente en una época en que la filosofía se había ya liberado del positivismo sin encontrar asidero en una vuelta al racionalismo. Aparecía el intuicionismo de Bergson con gran vigor en Francia y el neokantismo daba sus frutos en la escuela de Marburgo. Ortega prefirió estudiar en Alemania para conseguir una rigurosa disciplina intelectual; pero una de las cosas que le causaron mayor

* Conferencia pronunciada en el Ateneo Español de México en la noche del 20 de agosto de 1956, por el profesor Luis Abad Carretero.

sorpresa fue ver que su maestro Cohen desconociera a Bergson. Y esto, como veremos más tarde, había de tener grandes repercusiones en su pensar.

Ortega tuvo que hacer un balance riguroso de la filosofía con el fin de abrir una brecha donde insertar su propio edificio mental. Producto de ese análisis fue el curso de diez conferencias que con el título "Qué es la filosofía" nos dio en el año 1929 en el teatro Infanta Beatriz de Madrid, donde abordó el problema con toda decisión. Lo esencial de ellas fue la crítica que hizo de la filosofía cartesiana. Allí el maestro, al estudiar el *cogito* mostró la realidad de otras muchas actividades del hombre, que afirmaban su existencia con el mismo derecho que el pensar. La circunstancia vital, pensamiento central de Ortega, extravasaba el reino del pensar. En el cartesianismo la vida, con su perfil imperioso, no aparecía.

Cuando en las *Meditaciones del Quijote* Ortega lanzó su frase "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo", iniciaba y condensaba una profunda doctrina filosófica que pretendía rebasar los límites impuestos por el idealismo y el realismo. El "yo y la circunstancia" orteguianos estaban centrados en el concepto de vida. El racionalismo no tenía en cuenta la acción del hombre, su vivir mismo, y se quedaba con uno de sus dos elementos, el mental, eliminando el vital, que es el más importante. Y la vida es el aquí y el ahora, es absoluta actualidad, y al propio tiempo cambio continuo. Por eso el maestro exclamaba: "Ha llegado la hora de que la simiente de Heráclito dé su magna cosecha".

Yo no pretendo hacer una exposición de la filosofía de Ortega. De intentarlo desvirtuaría mi intención inicial, haría historia y no una meditación, como es mi propósito. Lo que me interesa recoger de Ortega pues, es lo que me ha servido para abrirme camino en mi propio pensar.

El raciovitalismo de Ortega parte del concepto de vida, la cual ha de manifestarse al hombre en cada instante en forma de suposición o invento. Ortega nos dice que cada hombre es el novelista de su propia vida, o sea que ha de inventarla a cada momento para hacerla frente. La vida es una realidad radical que se manifiesta en instantes sucesivos.

Ortega ha sido el filósofo que más ha influido sobre mi pensamiento. Pero una cosa es que yo parta de ideas fundamentales suyas y otra que me pliegue completamente a ellas. Como él decía "de todo cabe beatería". A lo que yo añado:

hasta del discipulismo. Para mí el discípulo ha de recibir del maestro el impulso inicial, el básico, y a partir de él ha de tratar de abrir su propia vía. Pero no por afán de originalidad, sino por una necesidad imperiosa que imponen a la vez el maestro y el discípulo. El maestro no puede abarcar todas las directrices que sus ideas puedan señalar. Además, un pensar realmente válido necesita mucho tiempo para desenvolverse. "Lo esencial, como dijo Curtius al hablar de Ortega, es tener una intuición originaria, que luego se le revela como su misión, e ir desarrollándola a lo largo de su vida". Y Ortega fue fiel constantemente a su intuición fundamental: el concepto de vida como integrante de supremos y originales valores. No olvido estas palabras suyas, que me sirven de guía en todo momento: "La misión inexcusable de un intelectual es ante todo tener una doctrina taxativa inequívoca y, a ser posible, formularla, en tesis rigurosas, fácilmente inteligibles".

Yo siempre he tenido una preocupación que se ha impuesto a todas las demás mías: dar forma al contenido de mi mundo interior y asimismo al que me circunda. Y para hacerlo, desde mi mocedad, no he tenido otra realidad en qué apoyarme que el instante en que vivo. Al verme yo viviendo en instantes sucesivos trataba de explicarme el tiempo y no lo conseguía. Empecé por separarlo del espacio, pero entonces el tiempo y todos los contenidos mentales me aparecían sin consistencia ni orden. Observé luego que el tiempo no era algo externo a mí, sino que estaba en mí mismo; pero no "a priori" y como forma de mi sensibilidad, cual en Kant, sino en una serie de decisiones. Vi claro enseguida que el tiempo era una decisión tras otra decisión. Esto es, la sucesión de los segundos era en realidad la sucesión de mis decisiones. Y a base de esto empecé a reconstruir el mundo y a situarme establemente en él con mi pensamiento. Pero la posición mía no representaba un subjetivismo absoluto, pues las decisiones me ligaban a las acciones, las cuales son las que nos dan solidez y sentido.

Ya atacado el problema del tiempo, para mí el fundamental, tenía que hacer una interpretación del pasado y del futuro en el seno de mi vivir mismo y por lo tanto en el instante, porque es en él donde se produce la acción. Y desde el instante vi que el pasado y el futuro no tenían realidad más que cuando la fuerza imperiosa de aquél los obligaba a presentarse. Es decir, que si yo quería evocar el pasado lo tenía que hacer en un futuro con relación a él, pero para evocar éste lo tenía que ha-

cer en el instante; así pues, la única realidad que existe para el hombre es el instante mismo sobre el que se desliza, por breve que se le considere.

Voy a recordar una frase de Ortega, tan salada como todas las suyas, al hablar en el prólogo a sus obras completas de la decisión en el instante. Es la siguiente: "Nótese que lo que se elige no es el clavel o la rosa, sino qué va a ser uno mismo en el minuto que llega". Cuya frase la expresaba también de esta otra manera: "Pero la vida del hombre es tener que decidir en cada instante lo que ha de hacer en el próximo". Como vemos, hay aquí ligados tres conceptos que conviene analizar. Son éstos: el instante, el futuro y la decisión. Vamos pues a pasar revista a cada uno de ellos sucesivamente, partiendo siempre, repito, de nuestro continuo supuesto de que los tres nos suman en el seno de la acción, fuera de la cual el hombre no puede acusar su perfil real, el cual era también pensamiento central de Ortega.

Detengámonos primero en el instante. Ortega, en todos sus escritos, afirma continuamente su realidad. Es impresionante ver con la fuerza y la reiteración que lo hace. He aquí unos cuantos ejemplos que lo prueban. Citarlos todos sería imposible. En las *Meditaciones del Quijote* dice: "Cultura no es la vida toda, sino sólo el momento de seguridad, de firmeza, de claridad". Y en *Ideas y Creencias* nos brinda este pensamiento: "La vida nos mete prisa y pide instantáneamente que sepamos a qué atenernos..." Y en *Acción y Contemplación* expone: "Tenemos que resolvernos nuestros problemas sin colaboración activa del pasado, en pleno actualismo". Y cuando algunas veces nos habla de su asco por el recuerdo ¿no afirma con ello que el instante es lo valioso por excelencia? Y en la *Historia Como Sistema* manifiesta: "Es decir, que cuando yo capto los objetos al pasar, en el instante, es cuando estoy en presencia de la razón vital o histórica". "Yo me veo a mí mismo—dice en el prólogo a sus obras— soy presente a mi vida, asisto inmediatamente a ella; pero el prójimo tengo que imaginarlo". Y en otra parte nos indica: "Esa pura *iluminación* instantánea que caracteriza a la verdad tiénela ésta sólo en el instante de su descubrimiento". ¿No se ve en todos los pensamientos expuestos como idea central suya el valor primordial que daba al instante y a la acción realizada en él, sobre todo en ese párrafo en que al estar en el instante se encuentra en presencia de la razón vital o histórica?

Ya se advertirá, que cuando yo hablo de una filosofía del instante, no me confundo con los poetas o literatos que toman el mismo punto de vista. Ellos exaltan el valor de la acción en el instante, pero no les interesa analizar o interpretar la relación que pueda tener la acción en el instante con el pasado y el futuro, y la deformación que éstos puedan sufrir en aquéllos, ni se detienen a estudiar su sentido dentro del devenir histórico y vital. Todo esto a ellos no les importa, porque sólo están pendientes de la inspiración o de los contenidos de las acciones. Ni el instante ni la acción en sí mismos tienen por qué ser objetos de sus preocupaciones.

No siempre los filósofos han interpretado adecuadamente el instante, su dimensión mejor dicho, y la acción en él. En general, lo han considerado como el instante relámpago, físico, sin pretender observar que el instante es de tipo psicológico y dura un tiempo que oscila entre los 6 y los 11 segundos, que es el término máximo en el que nuestra atención puede mantenerse. Se ve pues, que el instante y la atención están indisolublemente ligados. Si aparte del cómputo en segundos a mí se me preguntara qué es el instante, yo contestaría que es el tiempo necesario para hacer frente a una situación. Y aunque haya instantes en que tenemos vacilación o duda, e incluso silencio, ésa es también la manera de hacer frente a una situación en el instante.

Nuestra vida sería imposible si no se desarrollara en instantes, puesto que no podemos vivir en una atención continua, ni se puede aplicar siempre a un solo objeto. Y es evidente que toda decisión se hace en un instante, que es el último inmediatamente antes de la acción. Es natural ser preciso comprender que la vida no se resuelve en un momento, puesto que hay acciones que duran, que necesitan años para desenvolverse, pero éstas más que acciones son procesos vitales. Obrar en el instante envuelve dos conceptos fundamentales, como son los de potencia y acto, de un marcado sabor aristotélico, la potencia teniendo la virtud de impulsar el acto del instante actual y además de prever el relativo al instante del futuro inmediato, o quizás lejano.

Vengamos ahora al estudio de este segundo concepto, el del futuro. Diré de antemano que no me ocupo del pasado porque éste no vuelve a presentarse jamás al hombre como pasado, pensamiento totalmente opuesto a la postura de Hegel, el cual daba sólo personalidad al pasado y a la existencia

del ser en el mismo, lo cual pone de relieve lo lejos que estamos de idealismo, como lo estaba el propio Ortega.

Hemos citado de éste la frase del clavel y la rosa que él expresaba también diciendo: "La vida del hombre es tener que decidir en cada instante lo que ha de hacer en el próximo". Esto es cierto; pero observemos que el maestro da un salto y en lugar de mantenerse en el instante, desde donde se inventa el futuro, se traslada a éste. Y yo quisiera detenerme aquí por la importancia que tiene esta transposición. Toda la vida se hace en el presente, porque no hay más realidad que éste. Ahora bien, estamos inclinados hacia el futuro, puesto que es en el futuro donde existen el peligro y la muerte. Sin embargo, el acto de proyección hacia el futuro no lo hacemos en el futuro, sino en el presente, en este instante mismo en que hacemos la proyección. Esto es, que el acto en el instante es intransferible al futuro. Repito, el acto en que imagino el futuro está aquí, en este preciso momento en que estoy previendo el futuro y no en el futuro. De no ser así ¿sería la vida posible? Si nuestra acción fuera la que será luego, la imaginada, el instante actual no existiría. Y vendríamos a la gran paradoja de una vida que es real en acciones actuales y sucesivas, porque las tocamos, y en cambio no existirían más que las del futuro, y toda la realidad de nuestras decisiones sería inexistente, es decir, nuestra vida sería un fantasma, sería negada. ¿No es ésa precisamente la falta del racionalismo? Por no haber querido o sabido ver la significación del instante y de la acción en él, la filosofía y en general la cultura han hecho cultura desde el pasado y el futuro. Claro es que esto quien lo hacía era el pensar, pues el querer se imponía en todo momento al hombre y llevaba a la acción, a pesar del pensamiento. ¿No provendrá también de ahí, de esa negación del instante y de la acción en él, la angustia ante la *nada* a que nos condujo el existencialismo, ese *nada* que sería precisamente el espacio vacío existente entre el instante actual negado y el futuro imaginado en el mismo? ¿Y no lo será, precisamente por no haberse planteado el existencialismo la vida en el instante mismo de la decisión como la máxima, como la única realidad del hombre? ¿Y no habrá sido el existencialismo la última de las ficciones filosóficas?

Claro es que se nos dirá ¿pero cómo es posible todo lo que de estable hay en la vida si todo es inestable, puesto que no hay más que instantes? No nos damos cuenta de que somos más exigentes con el espíritu que con la materia. En una época en

que los físicos someten a la materia a descomposiciones atómicas y electrónicas ¿por qué nos sorprende descubrir la acción en el instante como fundamental de la psique humana? Lo mismo que la materia no deja de existir cuando se la descompone, el alma tampoco. No se trata de un atomismo psicológico, que yo no acepto, que rechazo en absoluto. Trátase simplemente de comprender el punto de partida básico para interpretar los fenómenos anímicos, o sea que nuestra acción, sea física o psíquica, no puede realizarse más que en instantes sucesivos, lo cual puede conducirnos naturalmente a una nueva visión del hombre mismo. Yo no trato de sembrar la alarma. Yo no digo que la vida esté contenida en instantes, puesto que ella tiene de estable lo que de continuo hay en la materia y en la psique; pero cada instante tiene el poder de condensar todo el pasado del hombre y su posible futuro, y ahí reside la posibilidad que tenemos de hacer frente a todas las situaciones que se nos presenten. Por lo demás, en la vida diaria los hombres están obrando como si los instantes no existieran, y la inconsciencia contenida en el querer, que se manifiesta en los hábitos, en el lenguaje, en los ritmos diversos, nos dan estabilidad y firmeza para salir adelante.

Pero ya es hora de que nos planteemos la interpretación del tercer concepto a que aludimos antes, el de la decisión, por ser el de mayor volumen de los tres que expusimos: instante, futuro y decisión. La decisión es el más grueso y sólido eslabón de la cadena que sostiene al tiempo, por ser el que produce el orden en él y da sentido a nuestro devenir. Cuando yo tomo una decisión divido el tiempo de mi vida en dos partes: pasado y futuro. Y aunque el instante presente se transforma inmediatamente en pasado y el futuro en presente, sin embargo, no hay modo de poder alterar el orden de los tres. Y sobre ese orden se teje la vida de cada cual sin posibilidad de confusión. Pero dejemos este problema tan fundamental para venir a esta otra cuestión que acaso le gane en importancia. En filosofía es necesario, imprescindible, plantearse cuál es el hecho primitivo de la psique; saber quién nos mueve en última instancia, si es nuestro querer o es nuestro pensar. Porque de la elección que se haga va a depender toda nuestra manera de concebir la vida y de interpretarla. Ortega no se planteó en ninguna ocasión de manera deliberada esta cuestión tan decisiva. Es más, en su ensayo titulado: *Vitalidad, alma, espíritu*, nos habla de la existencia de tres yos: "el yo espiritual, que se

compone de pensar y querer y que tiene un carácter puntual, instantáneo; el yo del alma que está hecho de emociones, sentimientos, deseos, y el yo del alma corporal de donde brotan nuestros impulsos más hondos". Pero resulta que el yo espiritual, que se compone de pensar y querer, de súbito, y sin que sepamos la causa, lo limita Ortega al pensar exclusivamente, con lo cual el querer, que en nuestra creencia es lo fundamental de nuestra psique, queda por completo anulado y por lo tanto sin validez todo lo que podamos decir acerca del decidir en el instante.

El lenguaje, por ejemplo, puede aprenderse por medio del querer y del pensar. Cuando nacemos empleamos el querer, por eso lo aprendemos tan rápidamente. Cuando ya mayores hacemos el aprendizaje de una lengua, nos resulta largo y difícil porque a él nos aplicamos con el razonamiento. Por eso me parece totalmente falsa esa expresión de que sabemos un idioma cuando pensamos en él. Esto no pasa de ser un lugar común, pues en realidad sabemos una lengua cuando no pensamos en ella. El lenguaje, la función más importante del hombre, reposa en los sentimientos. Por eso hay tantas lenguas distintas. Si el pensar predominara en el hombre más que el querer, no habría más que una lengua en el mundo.

Igualmente las nacionalidades no son fruto del pensamiento, de los conceptos, de las ideas, sino de los afectos, del lenguaje, de la fe en los destinos e intereses comunes; aunque desde luego, los principios unificadores de las ideas políticas vienen más tarde a canalizar el querer de todos los individuos que forman parte de la nación.

El querer no se confunde con el pensar, aunque éste influya en aquél naturalmente; pero el sujeto toma de él lo que está más en consonancia con su íntima modalidad. No es el instinto, conforme suele decirse, quien mueve al hombre a realizar sus actos. Por otra parte, es cierto que no hay acto humano que no esté modificado por la existencia del juicio, de la palabra y el pensar. Pero, el acto personalísimo es el que emana del querer, mejor dicho, el acto es personalísimo precisamente porque emana del querer. Y es tan personal porque no reposa ni en el instinto ni en el pensar, sino en fuerzas netamente psicológicas, tales como la ambición, el impulso afectivo, el temperamento, o cualquier otra. Toma, sí, del instinto su impulso animal, material; del pensar el recuerdo y el sentido histórico, pero

todo ello lo articula el querer y le da su sello inconfundible, que es espiritual, volitivo y personal.

Se me dirá que muchas veces el acto inicial nuestro está en el pensamiento, en una palabra oída, en algo visto, o simplemente pensado, pero ¿quién nos dice a nosotros que la palabra sentida o el pensamiento hecho no responden a causas más hondas ínsitas en nuestros íntimos deseos?

Es cierto que para decidir correctamente hay que hacer dos juicios y después elegir uno de ellos, pudiendo a veces existir razonamientos intermedios que impidan una inmediata resolución. Mas ¿no habrá en el querer una modalidad específica y analógica al pensar en donde se aloje la experiencia pasada, ya que en cada instante reaccionamos adecuadamente, y que esa reacción se haga, no en forma de dos juicios y de elección de uno de ellos, sino de un solo juicio seleccionado en virtud de algún deseo, de alguna fuerza psicológica que incida en el querer?

Además, cuando yo voy a tomar una decisión, desde luego pienso, pero nadie puede asegurar que esa decisión sea la que en realidad me mueva en última instancia a la acción. Cuántas veces sucede decir: cuando venga le diré esto, y la persona llega y le decimos lo contrario. Y es que el querer es más profundo, decisivo y rápido que el pensar. Los crímenes, las guerras, las luchas sociales, las diferencias personales, la ambición, el orgullo, todo aparece en el querer. Si no tuviéramos más que pensar nuestra vida sería una balsa de aceite. Repito, el acto humano es fruto del querer. Viene luego el pensar, inmediatamente después, y trata de modificar al querer; pero a quien modifica no es al querer actual, sino al del acto siguiente con su recuerdo. Por eso no hay un acto de querer ni de pensar puros, pero el del querer es el primitivo y básico.

Kant quería librarse de la influencia subjetiva del querer en la ética y con tal fin engarzó la razón en la vida práctica, una razón que nos condujera por el camino del bien, pues la filosofía y en general la cultura han considerado siempre que la razón es la productora del bien, de la verdad y de la belleza, y en cambio al querer se le ha tachado como origen de pasiones y fuente del mal. Por eso Kant, ya digo, pretendió liberar su sistema moral del querer, del mal, del deseo y el capricho, dando a la razón la primacía. Y por ello nos dijo en su imperativo categórico: "Obra de tal manera que la razón de tu acción pueda ser erigida en una ley universal". El gesto es no-

ble. El intento puro. Como Kant quería que fuera la voluntad en el obrar. Aspiración al bien universal, a la paz perpetua. Optimismo del siglo XVIII. Restos del racionalismo.

Yo me alejo del racionalismo y me instalo en el voluntarismo. También Ortega quiso alejarse del racionalismo, aunque no de la razón. Era natural que así fuera, si había de poner la proa de su navío hacia el campo del raciovitalismo. Pero en tanto que él no rompió abiertamente con la tradición racionalista, puesto que de *ratio* a racionalismo no hay un muy largo trecho, en cambio yo no me anduve con remilgos y me adentré por los campos del querer, como Don Quijote por los de Montiel. También el maestro quería poner el querer en la base de su filosofía. Lo prueba cuando nos dice que "La razón no puede, no tiene que aspirar a substituir la vida". Y en las *Meditaciones del Quijote* exclama: "Muy lejos nos sentimos hoy del dogma hegeliano que hace del pensamiento sustancia última de toda realidad. Pero al destronar la razón cuidemos de ponerla en su lugar. No todo es pensamiento, pero sin él no poseemos nada con plenitud". Y sin embargo, en otra ocasión el maestro nos decía: "El pensamiento no es, pues, lo primario, sino la actuación de algo más hondo todavía. Ese algo más hondo es el vivir mismo". Y bien ¿qué es el vivir mismo —me pregunto yo— sino la acción profunda que dicta el querer? Esta pendulación de Ortega entre razón y vida, es precisamente el punto neurálgico de su sistema filosófico. Él piensa que lo vital es lo esencial de su filosofía, y a pesar de ello, en lugar de conservarle la prioridad, pacta con la razón, hace concesiones definitivas a lo que de germánico quedó en su espíritu en la dura disciplina de la escuela de Marburgo. Y fruto de esta pugna es este pensamiento suyo de las *Meditaciones del Quijote*: "Para un mediterráneo no es lo más importante la esencia de una cosa, sino su presencia, su actualidad; a las cosas preferimos la sensación viva de las cosas". Esto es exacto como interpretación psicológica. Los que nacimos en las orillas mediterráneas nos quedamos con nuestros pensamientos en la superficie, en los instantes en que la vida se nos manifiesta; pero ¿qué sería de la vida humana si desapareciera de nuestra mente la captación de los instantes superficiales de nuestra existencia? Es en el instante mismo donde se pone en conmoción todo nuestro organismo físico y nuestro psiquismo, y donde se unen el alma y el cuerpo. Es el instante el único lugar de nuestra

realidad y donde podemos evocar el pasado e inventar el futuro, y sobre todo donde realizamos la acción. Quitad al instante de la vida humana y la habéis anulado. Yo no reniego de mi mediterraneismo. Yo sé que Ortega no hubiera cambiado Marbella por Marburgo. Y seguramente San Agustín tampoco hubiera renunciado a Tagasta e Hipona.

Insisto sobre lo que antes dije. Ortega quiso y puso la razón en el primer plano de su filosofía. Y luego subordinó la vida a la razón. Adjetivó la vida, a pesar de que constituye lo esencial de su sistema. No se llama su filosofía vitarracionalismo, sino raciovitalismo. Por eso se ve que el barco orteguiano dio fuertes bandazos, unas veces inclinándose hacia las esencias de Husserl, una nueva forma del idealismo, y otras renegando del mismo. Pero la unión de la razón y de la vida es un matrimonio mal avenido, no es estable, no puede serlo, porque la razón representa lo universal, lo genérico, y la vida es profundamente individual y volitiva en su última e íntima expresión.

¿Pero por qué Ortega no fue fiel a seguir la trayectoria que le imponía su propio pensamiento, la circunstancia vital? Es verdad que tratará de resolver la gran dificultad proponiéndonos la aceptación de la vida como un concepto ocasional, esto es, como un concepto con capacidad de adaptación a todas y cada una de las situaciones por participar de lo racional y de lo vital al mismo tiempo. Mas un concepto híbrido no puede justamente conducir a un camino único en la filosofía; no es en realidad un concepto claro y distinto, como diría Descartes. También éste osciló entre pensar y querer y se decidió por el primero y abandonó el segundo, aun reconociendo ser éste de mayor volumen que aquél. Pero en Descartes la explicación es convincente dada la época en que vivía, estrictamente racionalista; pero no en Ortega. Porque nuestro maestro había ya demolido el edificio cartesiano, al igual que Descartes había terminado con el aristotélico. Y Ortega, después de habernos descubierto con acento patético un mundo nuevo, el de la propia vida como concepto filosófico, de entraña y formato absolutamente nuevos, punto de partida admirable, luminoso, nos da para orientarnos la brújula de la razón, que en el fondo no podía interpretar en toda su integridad la vida.

Yo sé que Ortega rechazaría mis palabras y me respondería con estas suyas, contenidas en *La Historia como Sistema*: "Para mí la razón vital es la razón con mayúscula, todas las demás son formas particulares de la razón, es decir, sim-

plicaciones abstractas de ella; la razón pura, naturalista, físico-matemática, geométrica, son simplificaciones abstractas de ella". Y el maestro nos habla de razón vital y de razón histórica. No conozco los dos últimos libros suyos, titulados *El hombre y la gente* y *Aurora de la razón histórica*, por no haberse aún publicado; pero lo que no quería Ortega era poner la razón pura como fundamento de su filosofía, y por eso en *El tema de nuestro tiempo* nos dice que todo consiste en "Reducir la razón pura a razón vital". Ahora bien ¿consistirá esa reducción en salvar a la razón pura de su imposible universalidad y al convertirla en circunstancia vital dará al individuo, en todas sus actividades, el sostén creador e inteligente que le son necesarios? Por otra parte Ortega nos dice que la razón vital es la razón histórica, y yo me pregunto si acaso ahí irían apareciendo y formándose los presentes sucesivos, recogiendo en ellos todo lo que la humanidad y el hombre hicieron en su pasado, e incluso imaginando lo que podrían hacer en el futuro. ¿Será entonces la razón vital comprensiva de todas las actividades espirituales, incluyendo las de la razón histórica? No soy yo sólo el que piensa que estos son puntos que necesitan precisiones. Lo que sí diré es que la razón, vital o histórica, siempre será razón, y para mí la razón carece del impulso creador para ser el origen de la vida psíquica, el cual reside en el querer.

El querer, el yo quiero, he ahí lo básico; pero no por capricho mío. Abramos los ojos de par en par y nos convenceremos de ello. El maestro ha dicho continuamente que la vida del hombre es un hacer, que el hombre depende de lo que haga en cada instante. Nos lo repite como un *ritornello* a lo largo de toda su obra. He aquí una frase suya reveladora de que el camino del querer y no el de la razón era el suyo: "Llamo espíritu—dice en *Vitalidad, alma, espíritu*—al conjunto de los actos íntimos de que cada cual se siente verdadero autor y protagonista. El ejemplo más claro es la voluntad. Ese hecho interno que expresamos con la frase 'yo quiero', ese resolver y decidir, nos aparece como emanación de un punto céntrico en nosotros, que es lo que estrictamente debe llamarse 'yo' ". Y en el ensayo *Azorin. Primores de lo vulgar* aparecen estas palabras: "Y esta vida inmediata, estas emociones de cada uno son para cada uno lo primero en el universo. Quiera o no. Todo lo demás es secundario y en él se articula". Y no contento con eso, en las *Meditaciones del Quijote*, en plena

juventud, exclama Ortega lleno de gozo esta expresión definitiva: "Debiéramos considerar que así la vida social como las demás formas de la cultura, se nos dan bajo la especie de vida individual, de lo inmediato. Lo que hoy recibimos ya ornado con sublimes aureolas tuvo a un tiempo que estrecharse y encogerse para pasar por el corazón del hombre".

Y si nos acogemos a las creencias, de las que el maestro nos habla continuamente como fundamento y raíz de nuestra vida, veremos que él llega a decirnos: "Si no fuera por las creencias la vida humana sería incomprensible". Y bien, las creencias, ¿no están en el corazón del hombre, en su querer más que en su pensar?

Claro es que en seguida surgirá la airada protesta de los dogmáticos. ¿Una filosofía sin razón? Eso se llama irracionalismo y es inadmisibile. Pero vengamos a cuentas, señores. Hemos partido en nuestro caso de la vida como punto de vista fundamental. Si ello nos lleva a romper con las respuestas tradicionales es porque éstas se ajustaban al punto de partida del ser. Y precisamente el concepto de vida está más allá del que siempre se consideró como punto clave de toda filosofía: el del ser, porque lo comprende.

La razón es más teórica que práctica. Será, como pretendía Ortega "una función vital y espontánea del mismo linaje que el ver o el palpar". Y aunque esté yo naturalmente de acuerdo con él en apreciar el valor supremo que tiene en filosofía, pues sin ella no se podría dar un paso; una cosa es que sea imprescindible para construir un sistema filosófico, y otra que sea el origen mismo de la vida, porque en el principio no fue el logos, sino la acción, diría con Goethe, y la acción tiene por base el querer. Pero este querer no es la razón práctica de Kant, ni la vital de Ortega, ni la razón histórica de Dilthey. Es la voluntad de Duns Escoto o de Schopenhauer, sin los supuestos místicos del primero, o de los negativos y apriorísticos del segundo. El querer es lo que impulsa al hombre, culto o vulgar, a hacer frente a su vida. Y ese querer es afirmación perenne, amor y deseo de vivir, fuerza temperamental, ambición, esperanza, ensueño, incluso vicio; pero en todo caso superación de la muerte y ansia de inmortalidad y eternidad, precisamente por el íntimo convencimiento del hombre de que su vida se forja en instantes.

Ortega oscila entre querer y pensar, y esa oscilación aparece de modo evidente en las apreciaciones que hemos hecho

en el marco de su razón vital. Nos dice el maestro en su ensayo *El Esquema de las Crisis*, que ha habido períodos en la historia en los que la fe se ha impuesto, como ocurría en la Edad Media, y otros en los que no se apreciaba el sentido y el valor de la ciencia; en cambio en el Renacimiento, al empezar a disminuir la fe religiosa se la substituye por la fe en la ciencia, la cual ha de prepararse durante cinco generaciones hasta que cuaja en Descartes. Y bien, yo me pregunto: ¿No será el mundo del espíritu como un recipiente en el cual su contenido, formado por el querer y el pensar, se coloca periódicamente por densidades, como los líquidos, lo que produce sus oscilaciones de nivel, que unas veces hace ascender el pensar, como ocurrió en Grecia; otras el querer, como sucedió en la Edad Media; más tarde reapareció el pensar en el Renacimiento; para volver a hacer su aparición pujante el querer en la época en que estamos viviendo, y que por eso se nos presenta tan movida e inestable?

Y si el objetivo de la historia es como dice Ortega "transformar todo el pasado del hombre en un inmenso y virtual presente, ensanchando así de manera gigantesca nuestro presente efectivo", ¿no vendremos en nuestra época, tiempo de la máxima presencia, a pretender resucitar todos los querereres posibles de los hombres de todas las edades, que al fin y al cabo no es otra cosa que penetrar en los íntimos sentidos de la historia? ¿Y no vendremos a encontrar en nuestra época la coincidencia del hombre vulgar y del hombre de ciencia, el primero por su intuición clarísima de que nuestra época es la del instante, por ser la del motor y la prisa, y el segundo pretendiendo dar forma con sus creaciones a esa manera acelerada de vivir; pero ambos partiendo del hecho fundamental, de que el querer es el hecho radical, sostén e iniciador de nuestra vida psíquica?

Lo que se necesita es hacer en el querer análogos estudios fundamentales que hasta ahora la filosofía hizo en el pensar y la razón. Éste ha sido mi intento en *Una Filosofía del Instante*; pero ello es solamente una iniciación. Por eso pretendo continuarla en una segunda parte del citado libro y que llevará por título *Del Instante a la Acción*. Sé que no tengo fuerzas para tamaña empresa, y no es falsa modestia, pero muchas veces las obras humanas se aprecian por las aspiraciones más que por las realizaciones concretas.

Yo pido perdón al querido, al idolatrado maestro, por esta osadía mía de crearme con capacidad suficiente para tratar

de abrir un camino en el mundo que él alumbró. Yo no sé cuáles serán las múltiples direcciones adonde la filosofía de Ortega conducirá. Lo que sí sé es que la filosofía del instante es una de ellas, y espero haber convencido de ello a algunos de mis oyentes. Por lo menos mi convicción es firme. Pero si en algunas personas que me escuchan, mis razonamientos no hubieran hecho mella, por lo menos en el ánimo de todas habrá quedado patente que al honrar el recuerdo del maestro he querido honrarme yo mismo.

Presencia del Pasado

LA CRÍTICA SOCIAL EN "DON QUIJOTE DE LA MANCHA"*

Por *Jesús SILVA HERZOG*

Es grato deber en esta ocasión, para mí solemne, recordar al noble educador cuyo sitio ocupó por vuestra benevolencia. Don Erasmo Castellanos Quinto, como de todos es bien sabido, consagró su larga y laboriosa vida a la enseñanza de las bellas letras, con pasión fervorosa y constancia ejemplar. Varias generaciones de estudiantes le oyeron recitar de memoria con voz emocionada, páginas enteras de Homero, de Virgilio, de Dante, de Cervantes y de otros grandes clásicos de la literatura castellana.

Después de cumplidos los noventa años, todavía se negó a que la Universidad lo designara profesor emérito, distinción bien ganada y justa recompensa a sus afanes; y no obstante su avanzada edad, prefirió continuar ejerciendo su misión magisterial hasta muy poco antes del viaje sin posible regreso.

Castellanos Quinto fue un hombre bondadoso y modesto, tal vez demasiado modesto y bondadoso. Sus restos mortales han tiempo que reposan en el amor eterno de la tierra; mas el recuerdo de sus lecciones elocuentes y sabias permanece vivo en la mente de sus numerosos discípulos. Honremos esta noche al viejo maestro cargado de virtudes, que supo dar su vida con desinterés y generosidad sin límites a la juventud de nuestra patria.

SERÍA ofender a mi ilustre auditorio si diera principio a mi discurso recordando la vida dolorosa de Miguel de Cervantes Saavedra, la vida de ese desposeído genial—como dice

* Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, leído el 17 de octubre próximo pasado.

Mariano Picón-Salas— que tenía la gran luz de su alma, y se libró del resentimiento sonriendo y comprendiendo; trocando en ternura lo que había recibido en rencor.

La vida del valeroso soldado de Lepanto es uno de los muchos ejemplos que demuestran cuán difícil es que los hombres superiores sean comprendidos y aquilatados por su propia generación. Por supuesto que "no es la posteridad—como afirma Marcel Proust— la que descubre, encumbra o sanciona la virtud de una obra; es la obra misma, según sea de fecunda, la que engendra su propia prosperidad". Y el éxito del libro más celebrado de Cervantes, el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, no tiene paralelo en nuestra lengua. En la obra maestra de Cervantes se encuentran unidos el trascendentalismo de Esquilo, el realismo de Eurípides y el humorismo de Aristófanes, tres formas de comprender y sentir la vida, según opinión de Gutiérrez Noriega. Cabe agregar que esta triple actitud en dosis diferentes, se descubre en todo ser humano si se ahonda en el misterio de su personalidad.

En el libro del genio español, se pone frente a nuestros ojos la radiografía de un mundo en lucha, palpitante de vida con la muchedumbre de sus personajes, entre quienes se destacan los dos héroes de la novela. Don Quijote es el loco a menudo cuerdo, y Sancho es el cuerdo a menudo loco. Ese mundo en lucha representa la Edad Media que se esfuma en España, y el comienzo de la Epoca Moderna. Después de la derrota de la Armada Invencible, se advierte la decadencia de España, de la que aún no se repone y no sabemos si algún día se repondrá. Cervantes llega a la vejez en momento de crisis de su patria, cuando los antiguos valores se van desdibujando ante el poder de la riqueza. Se avecina el triunfo del ideal capitalista. "El hombre moderno —escribe el ya citado Picón Salas— no quiere dejar nada al azar y anhela reducir a signos numéricos hasta sus propias emociones. Mientras el caballero nunca alcanzaba su meta final que era el cielo, la sociedad burguesa se contenta con su creciente poderío terrestre". En esa España, ya distante de Lepanto y de los sueños grandiosos de dominio europeo, pobre y desilusionado, escribe Cervantes su Don Quijote de la Mancha.

La figura de Don Quijote es profundamente humana, precisamente por su dualismo, por su contradictoria personalidad; es, a mi parecer, la figura más vigorosa de la literatura universal; y, cabe agregar, la más conocida y popular de todas, por

lo menos en las naciones en que predomina la cultura de Occidente.

Francisco Ayala, en un ensayo sobre la obra de Cervantes, dice lo siguiente: "Este vivir del personaje literario con independencia del texto donde fuera plasmado, dista mucho de ser cosa excepcional. No sólo Don Quijote y Sancho, sino todas las grandes figuras producidas por la poesía —y, junto a ellas, otras ficciones efímeras, fruto de artes menores— gozan de semejante substantividad, habiendo ingresado en el campo de las representaciones comunes a partir de los textos de origen". Conforme con Ayala, pero con la salvedad de que sólo los personajes creados por el genio logran traspasar los siglos y alcanzar mayor realidad que sus propios creadores: Aquiles y Odisseo; Otelo y Hamlet; y sobre todo Don Quijote y Sancho.

A mi juicio, únicamente la obra de Shakespeare ha sido tan comentada como la de Cervantes. Los comentaristas se cuentan por millares en Europa y América. La novela del estupendo caballero andante y de su no siempre fiel escudero, ha sido analizada por la crítica desde todos los puntos de vista que es posible imaginar; y es que la riqueza de sus temas y la frondosidad de sus ideas invitan al crítico a la exploración literaria, social o filosófica, según las preferencias y la particular preparación.

Yo, modesto caminante desde largos años por los campos movedizos y un tanto peligrosos de las ciencias sociales, voy a examinar dentro del marco de mi especialidad, algunas de las ideas que en nueva y reciente lectura llamaron más mi atención.

PARA mí lo más atrayente en el libro de Cervantes es la inconformidad con el mundo que circunda a los dos principales personajes, y que se manifiesta aquí y allá en el curso del relato. La crítica social se advierte a cada paso en las palabras iluminadas del Caballero. "Crítica sutil e implacable —como dice Bosch Gimpera— en el envoltorio de una novela sin finalidad trascendental aparente. Y Manuel Azaña escribe en relación con el mismo tema: "El frenesí antisocial de Don Quijote viene a ser la descarga de la tensión insufrible de un alma dolorida, tierna, amante; su grandeza, su extravío, su vida descomunal, revelan la fuga de un ensueño gigantesco desde la prisión de lo mediocre". Don Quijote expresa en no pocos de sus discursos la inconformidad y la protesta de Miguel de

Cervantes. Él y sus héroes están eternamente unidos y no pueden separarse como lo intentó, en su hermoso y desconcertante libro, Miguel de Unamuno. La realidad histórica de Don Quijote corre pareja con la de su creador.

Santo Tomás Moro se vale en *La Utopía*, de su viajero imaginario, Rafael Hithlodeo, para criticar la organización social de su tiempo; Erasmo de Rotterdam, con el mismo propósito, escribió su pequeña gran obra titulada *El Elogio de la Locura*, sátira genial del ilustre humanista. Miguel de Cervantes, el mayor humorista de Occidente, utiliza parecido procedimiento en Don Quijote de la Mancha, es decir, la ficción, la ironía y lo extraordinario. No es Cervantes, sino su personaje loco, el que dice y hace cosas desorbitadas y absurdas. Sólo así pudo escapar a la severa censura eclesiástica, siempre alerta y celosa para conservar las buenas costumbres y los dogmas de la religión.

DESPUÉS de lo dicho, es menester entrar de lleno en materia, ocupándome de algunas de las ideas sociales en el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Cervantes, que supo lo que es el dolor del prisionero, nos dice por boca del cautivo, que no hay en la tierra, conforme a su parecer, contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida. Y cuando Don Quijote logra escapar de la casa de los duques, le dice a su escudero estas palabras dignas y varoniles: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres".

Muy cerca de trescientos cincuenta años han transcurrido desde que Cervantes escribió tan hermosas palabras; muy cerca de tres siglos y medio de lucha sin tregua de los pueblos por conquistar la libertad individual y colectiva; y, después de tanta sangre vertida y sacrificio tanto, la libertad se niega, sufre mengua o es asesinada, lo mismo en los territorios del Oriente que del Occidente. La libertad, suprema aspiración de los pueblos oprimidos, es la meta que debe alcanzarse en el próximo futuro, aun cuando sea necesario hacer los más gran-

des sacrificios; porque la libertad es la base del honor del ciudadano, y al privarlo de libertad se le quita la honra.

Hay algo más en el libro magistral sobre el mismo problema. En el discurso de Don Quijote a los guardas de los galeotes les dice: "No faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones; porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardas, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello". Las frases anteriores demuestran una actitud de rebeldía contra el orden social establecido, y a mi entender, reflejan el pensamiento íntimo de Cervantes sobre la justicia en la tierra. En conexión con este asunto quiero citar a Jorge Mañach, quien en un brillante ensayo titulado *Filosofía del Quijotismo*, dice lo que a continuación me permito insertar: "De ahí le vienen sus deberes a la caballería. No aspira ésta a administrar justicia según el derecho positivo, expresión de los intereses sociales en un momento dado, sino a implantar un derecho natural de equidad, que el Renacimiento había afirmado, sin duda, pero al que nuestro caballero añade un coeficiente de idealismo ético cristiano, esencialmente fundado en la caridad". Recordemos de paso que para Unamuno, Don Quijote fue discípulo de Cristo, un cristiano esencial.

PERO Cervantes, que en ocasiones se pone solemne, no olvida su fino humorismo o la sátira más o menos cruel. En el discurso que Don Quijote endereza a los guardas de los galeotes y a los galeotes mismos, al advertir entre los prisioneros a un anciano de cabellos blancos y rostro venerable, y saber que el castigo es por hechicero y alcahuete, les dice: "A no haberle añadido esas puntas y collar por solamente el de alcahuete limpio no merecía él ir a bogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas. Porque no es así como quiera el oficio de alcahuete; que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida; y aun había de haber veedor y examinador de los tales, como lo hay en los demás oficios, con número de diputado y conocido, como corredores de lonja, y desta manera se excu-

sarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más o menos, pajecillos y truhanes, de pocos años y de poca experiencia, que a la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante y dar las razones porque convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré a quien lo pueda proveer y remediar".

Seguramente Cervantes tenía razón al dar tamaña importancia al oficio del correveidile, puesto que debió haber sido grave y útil menester en la España de la Edad Media en adelante. Díganlo si no Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas y no pocos escritores del siglo de oro español. Pero en nuestros días el tal oficio ha venido a menos, entre otras razones y sucesos, porque a ellos y a ellas les sobra el ánimo para arreglar sus asuntos amorosos sin la intervención de terceros.

EN una noche memorable, pródiga en desenlaces novelescos, Don Quijote, durante la cena en la Venta y ante escogido auditorio, diserta con rara elocuencia sobre las armas y las letras. Páginas de antología de la prosa universal, por la belleza del estilo y la hondura del pensamiento. En una parte de dicha disertación dijo el caballero: "Hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, y entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin, por cierto, generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquél a que las armas atiende, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los cielos: 'Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad'; y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fue decirles que cuando entrasen en alguna casa dijese: 'Paz sea en esta casa'; y otras muchas veces dijo: 'Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros', bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya,

que sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno".

Nuestro caballero, como ya lo hizo notar Florentino Torner, jamás entró a una iglesia en el curso de sus descomunales aventuras. Parece que no le importaban las ceremonias religiosas con que se contentan muchos modernos fariseos; nuestro caballero es un cristiano auténtico que ama la justicia, la libertad, la paz y la práctica de la virtud. Por defender estos bienes supremos perdió la cordura y se coló en la inmortalidad.

Pero volvamos al tema de la paz, a la palabra paz que tan a menudo se encuentra en los evangelistas, en San Pablo y en los escritos de los primeros padres de la Iglesia; volvamos a la palabra paz, palabra peligrosa, palabra maldita, como dice Benjamín Carrión; maldita en nuestro tiempo de profunda crisis humana en que el hombre ha perdido su centro de gravedad y se encuentra sin rumbo, dominado por la discordia. El mayor peligro en esta hora dramática, no está a mi juicio en las armas atómicas con que se amenazan los grandes estadistas y sus corifeos; no, el mayor peligro está en el menosprecio de los más altos valores, en la tergiversación de los más hermosos vocablos, en la hipocresía, la mentira, la codicia desenfrenada y la maldad de quienes gobiernan las grandes potencias.

Pero precisa defender la paz todos los días y todas las horas, con el cerebro y con el corazón. No importa que por ser pacifistas nos satanicen y calumnien los perversos.

En otro lugar del discuso sobre las armas y las letras, Don Quijote pronuncia estas palabras de protesta contra la invención de máquinas de guerra: "Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina), y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos".

Si viviese Cervantes ¿qué pensaría del progreso asombroso de la técnica guerrera en los últimos lustros, y qué hubiera

dicho de lo de Hiroshima y Nagasaki? Claro está que esta interrogación no necesita respuesta.

UNO de los pasajes más celebrados es, seguramente, el discurso de Don Quijote a los cabreros, en el cual les habla de los felices tiempos del comunismo primitivo. De ese discurso admirable voy a tomar lo que conviene a mi propósito para no cansar demasiado vuestra benévola atención.

"Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de "tuyo" y "mío". Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes. . . todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. . . No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La Ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez. . ."

De suerte que Cervantes —no parece caprichoso pensarlo— descontento del momento histórico en que tan mal le tocó vivir, miraba nostálgicamente la etapa del comunismo primitivo en que no existía la propiedad privada de las cosas. De la leyenda de la edad de oro se habla desde la Antigüedad. Ya Salustio recuerda con melancolía los tiempos bienaventurados en que los hombres ignoraban la codicia, y todos se contentaban con lo que poseían. Virgilio, en una de sus *Geórgicas* dice: "Antes de Júpiter, ningún labrador había dominado los campos. No estaba permitido marcar sus límites ni reglamentar su reparto. Todo era común, y sin que se solicitara, la tierra prodigaba libremente sus bienes". Y no fueron los dos autores citados los únicos que antes de la composición de Don Quijote de la Mancha añoraran en sus escritos aquellos siglos venturosos. El Caballero Andante, en el mismo discurso a los cabreros, se pronuncia en contra de males que se padecían entonces, y que todavía padece, de seguro agravados, la sociedad contemporánea. El fraude y el engaño mezclados con la verdad; la justicia subordinada al interés económico y a la influencia de los poded-

rosos. Cervantes veía cómo iba construyéndose el mundo del mercader.

La política mercantilista, tanto desde el punto de vista teórico como en la práctica, se desenvuelve y florece en el curso del siglo XVII en las naciones europeas más adelantadas; Francia, Inglaterra y Holanda. España no puede, no obstante su lento caminar en la historia substraerse del todo a los nuevos rumbos de la evolución económica y social. La apetencia de riqueza va siendo cada vez más, norma y estímulo poderoso de la conducta humana. Comienza el antagonismo irreductible, la antinomia entre el capitalismo y lo que es sustantivo en la doctrina de Cristo. De un lado los Evangelios, las Epístolas de San Pablo, la Epístola Católica del Apóstol Santiago y la Patrística; del otro, Tomás Mun en Inglaterra; Antonio Serra en Italia; Monthcretien en Francia, y Seckendorff en Alemania, quienes fincan sus más caras aspiraciones en la acumulación de metales preciosos y en el enriquecimiento de las monarquías y de los súbditos.

En "La Ciudad de Dios, de San Agustín", no sólo se condena el paganismo sino también la organización precapitalista romana, en la cual el lucro desempeñaba ya papel preponderante. Lo mismo puede observarse en las epístolas y homilias de otros padres de la Iglesia. Luchan sin descanso contra la avaricia, contra la acumulación de bienes materiales, y defienden con palabras elocuentes la eternidad de los bienes del espíritu. En la baja Edad Media hay una economía sin mercados, como dice Pirenne; el lucro no existe y se asegura que el soldado y el mercader no entrarán al reino de los cielos.

Cervantes, quiero insistir en ello, vivió muy lejos de aquellos siglos. El poder del dinero se pondera en distintos pasajes de su libro. Uno de los galeotes a quien Don Quijote ofrece veinte ducados, le responde: "Eso me parece como quien tiene dineros en mitad del Golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Dígolo porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover, de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo. . .

Por otra parte, el estudiante que informa al Caballero de la Triste Figura, o de los Leones, acerca de la próxima boda de Camacho el rico y de Quiteria, después de sostener que el

linaje de ella aventaja al de él, concluye que ya no se mira en eso: "Que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras". Y el ladino y entremetido Sancho, al terciar en la conversación, opina que sobre un buen cimiento se puede construir un buen edificio, y que el mejor cimiento del mundo es el dinero. Todavía sería posible multiplicar los ejemplos.

LA asombrosa dualidad del héroe de Cervantes, cordura y locura, es, según particulares circunstancias, con diferencia de grado y matices, mucho más frecuente y real de lo que pudo pensarse en siglos pasados. Por esto, la psiquiatría moderna reconoce en Cervantes a un genial precursor, no solamente por la complejidad psicológica de nuestro caballero, sino también por otros personajes que cinceló con mano maestra en otras de sus creaciones literarias. Uno de los más interesantes ejemplos de dualismo es el de Carlos Fourier, cumplido oficinista y a la vez autor de teorías sorprendentes y organizador imaginario de ciudades utópicas.

Al Caballero del Verde Gabán le causan admiración y contento las buenas maneras y la discreta y amena conversación de Don Quijote. Juntos van sin mucha prisa por uno de los caminos polvorientos de la España del siglo XVI. En el curso de la plática se toca el tema de la educación de los jóvenes. Don Quijote dice a su acompañante: "Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas, que nos dan vida: a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculos de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para 'pane lucrando', siendo tan venturoso el estudiante, que le dió el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado". Breve, acertada y sencilla lección pedagógica que debieran conocer no pocos padres ayunos de tan elementales conocimientos; aún ahora en que el hombre ha realizado la mayor de sus hazañas, al desintegrar el núcleo y descubrir el secreto de la materia.

SIEMPRE que viene a cuento, Cervantes se muestra defensor apasionado de la verdad histórica. En una parte de su libro escribe: "Cosa mal hecha y peor pensada; habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición, no los hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir". Y cuando el endemoniado bachiller Sansón Carrasco cuenta a Don Quijote y a Sancho, que por ahí ya corre impresa la historia de sus hazañas, lo cual halaga pero a la vez preocupa a nuestro caballero, éste afirma enfáticamente: "La historia es como cosa sagrada: porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios, en cuanto a verdad". Y en otro lugar del mismo pasaje: "Los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa". Mas cuando sabe que en la historia de sus famosos hechos no se omite el relato de las palizas por él sufridas, entonces se torna menos exigente y piensa que los historiadores "debieran callar por equidad, pues las acciones que no mudan ni alteran la verdad de la historia ni hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia". Y haciendo una vez más gala de su conocimiento de las letras clásicas, agrega: "A fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero". Él, Don Quijote, codicioso de gloria, sin darse cabal cuenta, se compara con los héroes de la Odisea y de la Eneida; él quiere ser como ellos, famoso a través de las generaciones y por largos siglos.

Las opiniones de Cervantes y de su personaje sobre la historia son atinadas. A este propósito tiene interés anotar cierta analogía entre unas palabras de Cervantes y otras de Leopoldo Ranke, uno de los fundadores de la moderna ciencia histórica. Cervantes dice: "...Es la historia émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir". Ranke escribe: "Que a la historia se ha asignado la tarea de juzgar al pasado y de instruir al presente en beneficio de las edades futuras".

Ahora bien, en cuanto a la pasión de Don Quijote por la verdad en la historia, no parece inoportuno citar a nuestro contemporáneo Edmundo O'Gorman, cuando en su libro *Crisis*

y *porvenir de la ciencia histórica* expresa lo siguiente: "La ciencia histórica (conocimiento teórico de la historia) sólo será auténtico conocimiento de su objeto, en la medida en que no oculte, antes descubra (operación de la verdad) la estructura de la existencia humana en cuanto que es ella lo primariamente histórico de la historia".

La conclusión que se impone, estriba en afirmar que quienes escriben obras de historia y tergiversan los hechos por ignorancia o mala fe, no son historiógrafos sino impostores que merecen y deben ser repudiados por quienes defienden y aman la verdad.

LA mala suerte de Miguel de Cervantes le persiguió toda la vida, no obstante sus grandes méritos intelectuales, su genio creador de obras imperecederas y sus auténticas y claras virtudes. Cervantes fracasaba en el teatro mientras triunfaba el talento y la fecundidad extraordinaria de Lope de Vega. Todo esto que es bien sabido, lo digo porque viene a cuento y en plan de recordación.

Cervantes se venga de sus afortunados competidores al escribir lo que se incluye enseguida: "Pero lo que más me le quito de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: 'Si éstas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y, con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinión con los pocos, deste modo vendrá a ser mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré a ser el sastre del cantillo'".

¿Quién puede negar que la crítica de Cervantes es aplicable a la época en que vivimos? Y no sólo al teatro sino también al cinematógrafo, a la radio y a la televisión. Todos estos aparatos hubieran sido instrumentos admirables de difusión cul-

tural y medio eficaz para sembrar ideas generosas en el corazón de los pueblos, si no hubieran caído en manos de negociantes de toda laya, que no tienen otro deseo que acumular bienes de fortuna. Por supuesto que hay honrosas excepciones que desgraciadamente confirman la regla. A nuestro autor le indignan de tal manera las malas comedias, que sugiere la censura previa como remedio, y lo hace en estos términos: "Y todos estos inconvenientes cesarían, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la Corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes de que se representasen". En completo desacuerdo con la mentada sugestión, porque toda censura es siempre en menoscabo de la libre expresión del pensamiento, porque mengua la capacidad creadora del artista y la búsqueda de la verdad por el hombre de ciencia o por el filósofo; y también porque es instrumento de dictadores y tiranos que ahogan la protesta de los pueblos que tienen hambre de pan, sed de justicia y ansias de libertad.

FRANCISCO Ayala, arriba citado, escribe: "Si para nosotros Don Quijote y Sancho son entes familiares, las figuras accesorias que los acompañan y se relacionan con ellos, y el escenario donde se mueven, están muy lejos de nuestra propia existencia. Se trata de un mundo histórico casi esfumado, al que sólo la lectura nos presta acceso; de unas figuras pertenecientes a complejos sociales casi por completo disueltos, y cuyos problemas prácticos no son los que ahora nos angustian o preocupan, aunque más de una vez nos salten a la vista analogías". Yo agregaré que las analogías saltan a nuestra vista con suma frecuencia, porque si bien es cierto que el progreso asombroso de la ciencia y el adelanto de la técnica han transformado la organización social en numerosos y dilatados territorios, cierto es también que la personalidad íntima del hombre no parece haber sufrido cambios paralelos a los realizados en el mundo de lo material. Por eso, cuando leemos los viejos libros escritos hace siglos y aun milenios, descubrimos con melancolía cuán poco se ha modificado el alma humana en su recóndita substantialidad. Las mismas pasiones, las mismas angustias y los mismos sueños de superación. Por eso los discursos de Don Quijote y los consejos que solía dar a su escudero tienen para nosotros una sorprendente y dramática actualidad.

En uno de los diálogos entre Don Quijote y Sancho, aquél

le dice a éste: "Y esto me has de decir sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente o otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían..." Palabras que debieran tener presente los hombres que ejercen altas funciones públicas, para defenderse del vino que destila la adulación de los lacayos.

DON Quijote y Sancho pasan varios días en la casona de los duques, sufriendo las bromas estúpidas de estos aristócratas holgazanes, quienes en ocasiones hacen pensar que se contagiaron muy luego de la locura del Caballero Andante. Éste, en charla con la duquesa sobre el gobierno de Sancho en la Ínsula prometida, le dice: "Y más que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes..."

Hoy podemos repetir que hay cientos de gobernantes iletrados, lo mismo aquí que allá y acullá; por eso no gobiernan, sino desgobiernan en perjuicio de los gobernados a los que en ocasiones oprimen y acobardan.

En la carta que Sancho envía a su mujer desde los dominios de los tales duques, le escribe: "De aquí a pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dinero, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo". Pero las malas intenciones del escudero codicioso, su fiebre de lucro y sus pensamientos turbios, desaparecen ante las palabras nobles y transparentes que fluyen del corazón de su amo. La figura de Don Quijote se ilumina y agiganta cuando aconseja a Sancho antes de su partida al gobierno de la Ínsula Barataria. La cordura del caballero loco resplandece con luz de inspiración. Sus consejos debieran hoy seguirlos los que imparten justicia y los que gobiernan ciudades y naciones. Y aquí es oportuno, indispensable, incluir algunos párrafos de esta parte culminante de la novela. De uno de los libros más fascinantes y que más honran al pensamiento humano.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considéralo hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más respandee y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Y en la carta que dirige Don Quijote a Sancho cuando ya es gobernador de la Ínsula:

Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos... y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía.

No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y, sobre todo, que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan lo mismo es que si no lo fuesen; antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas no tuvo valor para hacer que se guardasen.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha es, como antes dije, de tal manera abundante en sucesos y caudaloso en ideas, que puede ser enfocado desde los más diversos ángulos. Después de tantos años el libro permanece pleno de juventud, como los cedros del Líbano, gigantes y copudos, que desafían

victoriosos la acción desintegradora y tenaz de los siglos. Ya Ortega y Gasset decía: "No pocas de las satisfacciones que halla en su lectura el lector contemporáneo proceden de lo que hay en el *Quijote*, común con un género de obras literarias, predilecto de nuestro tiempo. Al resbalar la mirada por las viejas páginas, encuentra un tono de modernidad que aproxima certeramente el libro venerable a nuestros corazones: lo sentimos tan cerca, por lo menos, de nuestra más profunda sensibilidad, como pueden estarlo Balzac, Dickens, Flaubert, Dostoyewsky". Y en estos momentos históricos de perfiles dantescos —añadimos nosotros— cuando el hombre atribulado se refugia en la lectura de los grandes libros, lámparas encendidas en medio de la noche, se conforta el espíritu, y de la esperanza muerta nace la nueva esperanza en el destino superior del hombre.

DON QUIJOTE, SÍMBOLO DE LA CRISIS DE NUESTRO TIEMPO*

Por *Antonio CASTRO LEAL*

SEÑOR Director de la Academia Mexicana de la Lengua,
Señores Académicos; señoras y señores:

Entra en la Academia Mexicana de la Lengua, con general beneplácito, el Profesor Jesús Silva Herzog, que ha dedicado su vida a profundas investigaciones en el campo de las ciencias sociales, a generosas tareas de enseñanza y a nobles empresas de cultura. Dentro de las ciencias sociales ocupa un lugar prominente en el terreno de la economía, en la que ha realizado importantes y numerosos estudios, y prestado meritorios servicios docentes a la Universidad de México y una preciosa colaboración técnica a la patria en momento de graves preocupaciones nacionales.

Como economista se inicia en el estudio general de esta ciencia, especializándose en la historia de las doctrinas económicas, materia que ha profesado por más de 25 años en la Escuela Nacional de Economía, cuyo funcionamiento y organización consolidó como director de la misma, de 1940 a 1942. Me complace sentirme cerca del Profesor Silva Herzog en este caso particular, porque fui yo quien, como Rector de la Universidad Nacional de México, propuso al Consejo Universitario, el año de 1928, la creación de la Escuela Nacional de Economía.

Pero un hombre criado en la época de la Revolución Mexicana, un profesor que siempre ha pensado que las ciencias sociales, y en especial la economía, ni pueden ni deben sustraerse a las influencias que, como en un campo magnético, ejercen sobre ella las condiciones de la sociedad en que nace y del tiempo en que se desarrolla; un espíritu, atento como el suyo,

* Contestación al discurso de recepción del Profesor Jesús Silva Herzog, leído ante la Academia Mexicana de la Lengua, el día 17 de octubre de 1956.

al destino nacional, no podía dejar de aplicar a la realidad mexicana la visión y los conocimientos adquiridos en el estudio de los clásicos de la economía y en la consideración de los grandes fenómenos sociales que, por lo menos desde el descubrimiento de América, han servido para establecer y fundar las reglas, los principios y las leyes económicas.

El Profesor Silva Herzog se vuelve entonces hacia la realidad mexicana. Medita sobre ella y de 1925 a 1927 inaugura en la Escuela de Verano de nuestra Universidad una clase sobre historia económica de México, y en 1928 crea la de problemas sociales y económicos de México en la Facultad de Filosofía y Letras. A partir de ese momento comienza su producción escrita, que abarca diversos temas, generales y monográficos, desde los salarios, el costo de la vida, el problema agrario y el petróleo hasta el amplio cuadro de la Revolución Mexicana.

Las meditaciones del Profesor Silva Herzog han dado preciosos frutos. En primer lugar, sus propios escritos, cuyo largo cortejo bibliográfico va desde los *Apuntes sobre la evolución económica de México* (1927), publicados hace cerca de 30 años, hasta su *Nueve estudios mexicanos*, de 1953. Y, aunque no tenga las imponentes proporciones de sus otros volúmenes, yo agregaría su ensayo salido este mismo año bajo el título de *Homilía para futuros economistas*, en el que resume algunas de sus ideas sobre la estructura de la economía y su aplicación a nuestro medio nacional. En segundo lugar, sus meditaciones han caído como fecundo grano en los sucesivos auditorios de estudiantes que durante un cuarto de siglo han escuchado sus lecciones. El Profesor Silva Herzog es un profesor nato, que siente la alegría y la responsabilidad de la comunión con la juventud, que sabe comunicar a ésta —con palabra sabia y apasionada— las doctrinas que forman el espíritu, y las verdades que orientan y que salvan. Me ha confesado que lo más importante que ha hecho en su vida ha sido influir en la formación intelectual y moral de generaciones de jóvenes economistas.

¿Influir en la formación moral un profesor de economía? Pero ¿no es la economía una ciencia objetiva, que se limita a describir, a informar y a calcular, y que descansa fríamente en las matemáticas y la estadística? No, no es nada más eso —nos dice el Profesor Silva Herzog. Y desarrollando la concepción que de la economía han tenido otros amplios espíritus, afirma,

no sólo que sus leyes están sujetas a mayores contingencias que todas las leyes de la naturaleza, sino que hasta puede pensarse en la existencia de una relatividad permanente y radical. Los principios elaborados cuidadosamente tomando como base la realidad de una época, se agrietan o se derrumban cuando esa realidad cambia. "La economía —nos dice el Profesor Silva Herzog— es una ciencia dinámica que se está haciendo y rehaciendo constantemente, porque constantemente se está haciendo y rehaciendo el mundo conómico".

Pero en ese hacer y rehacer aparece, tarde o temprano, como un espectro ineludible que, una vez encontrado, no puede olvidarse nunca, el hombre, el hombre de un país y de una época, con su propio pasado y con su propio destino. Y ese es el último beneficiario de toda la economía. El complicado proceso que va de un descubrimiento científico a su aplicación técnica, y de los cambios producidos por ésta en la estructura económica, a su influencia en la organización social y política, y el resultado de todo ello en el desarrollo del progreso, no puede tener más que una finalidad: hacer más fácil y más llevadera —y por lo tanto más elevada y más noble— la vida del hombre. Siempre que puedo, nos dice el Profesor Silva Herzog, me agrada citar una frase del clásico Adam Smith y este sería el momento de traerla a colación: "Ninguna sociedad puede florecer ni ser feliz si la mayoría de sus miembros son pobres y miserables".

Y por este camino llega el Profesor Silva Herzog, no sólo a la realidad mexicana, sino a la de Hispanoamérica. ¿Podríamos aplicar las doctrinas de los grandes economistas anglosajones y austriacos, elaboradas sobre las realidades de sus propias avanzadas culturas, al medio hispanoamericano, en el que hay todos los grados de desarrollo, desde los más primitivos? Ante esta realidad, no catalogada en el cuadro de los textos ni de los libros de consulta, el economista tiene que aplicar los principios científicos aprendidos para acelerar el desarrollo de esas etapas primitivas a fin de superarlas y redimir las. Por eso nos dice el Profesor Silva Herzog que "el que sólo sabe, no sabe para qué sirve lo que sabe, si no sabe sentir las palpitaciones del mundo circundante". Ha defendido siempre una economía cuyo "objeto no sea la riqueza por la riqueza misma, sino como un medio para mejorar al hombre en todos los aspectos de su existencia individual y colectiva".

Al mismo tiempo que al economista y al maestro habría

que recordar aquí al funcionario público. Ha prestado importantes servicios al país como Subsecretario de Educación Pública (1933-1934), como Subsecretario de Hacienda (1945-1946), como Gerente general de "Petróleos Mexicanos" (1939-1940) y como fundador, director u organizador de departamentos y oficinas de estudios económicos en algunas instituciones oficiales. Fue de especial importancia su participación como técnico en la expropiación de los bienes de las empresas petroleras. Por su saber, su espíritu de iniciativa, su eficiencia y su probidad ha sido un alto ejemplo como servidor de los mejores intereses de la patria. En el servicio exterior ha ocupado los puestos de Embajador ante la Unión Soviética (1929-1930) y de Presidente de la Delegación de México a la Cuarta Conferencia Comercial Panamericana, reunida en Washington (1931).

Entre las importantes actividades culturales en que ha tomado parte hay que mencionar, en primer lugar, a *Cuadernos Americanos*. Esta gran revista, cuya fundación y larga vida se debe a él, se publica sin interrupción desde enero de 1942 y tuvo desde un principio un ámbito continental. No sólo presenta un cuadro valioso y representativo de la cultura hispanoamericana de nuestro tiempo, en sus aspectos literarios, sociales e históricos, sino que mantiene un valiente criterio de libertad y de verdadera democracia como una antorcha que ilumina los caminos de salvación de nuestra América. Recordemos asimismo que la intervención del Profesor Silva Herzog fue decisiva en la organización del Congreso Científico Mexicano, reunido en México en 1951, así como en la publicación de su interesante como voluminosa colección de memorias.

En el campo universitario y fuera de las labores docentes, el Profesor Silva Herzog ha sido el jefe de la Delegación Mexicana que asistió al Congreso de Universidades Latinoamericanas de Santiago de Chile (1953), así como presidente de la Comisión de Finanzas de la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Consejo Universitario durante varios períodos. Actualmente es profesor de carrera de la Escuela Nacional de Economía y miembro del Colegio Nacional y de la Junta de Gobierno de la propia Universidad. Me es particularmente grato recordar el interés especial que ha puesto en la organización de los Cursos de Invierno, impartidos en la ciudad de San Luis Potosí como una de las actividades de la Academia Potosina de Ciencias y Artes, de la cual el Profesor

Silva Herzog fue, además de uno de sus fundadores, uno de sus más activos presidentes.

Y este varón de obra tan abundante y de tantos merecimientos, ingresa ahora a la Academia Mexicana de la Lengua. Escribió versos desde los 14 años y no le han sido ajenas las inquietudes literarias que revelan un espíritu comprensivo y sensible a la belleza. Pero más que esta labor literaria, escasa y sólo conocida de unos cuantos íntimos, honramos aquí una larga carrera en la que, por medio de la palabra oral y de la palabra escrita, ha tenido que explicar las doctrinas y los pensamientos de los demás y dar expresión a sus propios pensamientos y doctrinas.

Hace siglos el español se hablaba corrientemente en las cortes de París y de Londres, y nuestra lengua influía en las demás lenguas europeas cuando se trataba de actividades en las que España había sido la iniciadora o en las que tenía un lugar prominente: la guerra y la arquitectura militar, la navegación y la arquitectura naval, la geografía y la exploración, la conquista de la tierra y la del cielo. Pero aquellos tiempos gloriosos pasaron. A nosotros, por ejemplo, estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria dentro de su antiguo, y perfecto plan positivista, nos tocó aprender casi todas las ciencias del bachillerato en idiomas extranjeros, especialmente el francés. En francés estudiamos aritmética y geometría, botánica y física, mecánica y química; y después, al ingresar a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, fuera de los códigos y los ordenamientos nacionales a los que teníamos que ocurrir por obligación, todo tuvimos que estudiarlo en francés: la sociología de Worms, la economía política de Gide, el derecho civil de Planiol, el derecho mercantil de Lyon-Caen, el derecho romano de Ortolan, el derecho internacional público de Bonfils y hasta el derecho constitucional de Duguit. Y poco más o menos, pasaba lo mismo a nuestros compañeros que iban a Medicina o a Ingeniería, con la diferencia que en esta última escuela los textos eran principalmente en inglés.

La lengua de un pueblo es el reflejo de la intensidad de sus actividades, de su iniciativa, de su voluntad y de su genio. Un pueblo que trabaja, que piensa y que actúa tiene que crear forzosamente el instrumento de comunicación y de expresión que recoja sus experiencias, que comente su acción y que revele su pensamiento. Y España durante mucho tiempo se quedó atrás en el desarrollo de la técnica y de la industria. En el si-

glo XIX los países hispanoamericanos nos debatíamos en graves problemas para pensar en seguir el desarrollo europeo en esos campos. Y sucedió que un buen día la lengua española—tan rica en las relaciones de geógrafos y exploradores, en las historias de sus conquistas, en las instrucciones de capitanes de huestes aguerridas y heroicas, en las guías para la construcción de fortalezas y carabelas, en las discusiones teológicas y los éxtasis místicos, y aun en los manuales de las artes menores y la carpintería de lo blanco—sucedio, decimos, que un buen día la lengua española no tuvo palabras para describir las piezas y la construcción de la nueva maquinaria industrial, de los equipos científicos, ni de las nuevas armas terrestres y marítimas, ni de los nuevos medios de comunicación y transporte. Como España se había quedado atrás en el progreso de la técnica, de la industria y de la economía, su lengua no había tenido oportunidad de adaptar o acuñar palabras y expresiones que dieran una idea útil, precisa y exacta de las nuevas conquistas en el campo de la ciencia y la tecnología.

Como la gran literatura española había sido la de los Siglos de Oro, esa falta de adaptación a la vida moderna coincidió con un afán de volver a las formas antiguas del lenguaje, al casticismo, al propósito de escribir limitándose a las palabras y los giros de los grandes escritores de la época clásica, cerrando la puerta a todo lo nuevo. Fue el tiempo en que, en ciertas novelas españolas, los personajes—para no afeár el estilo con neologismos desconocidos en los Siglos de Oro—no podían tomar un automóvil, ni hacer una llamada por teléfono, ni enviar un telegrama, ni tocar un timbre, ni oír el fonógrafo ni siquiera ir al cine a ver una película; no podían tampoco, está claro, para no entrar en dificultades lexicográficas, participar en un partido de tenis, ni de golf, ni de fútbol. Eran los tiempos en que, en lugar de decir que los valores se cotizan en la Bolsa los escritores castizos querían que se dijera que los valores se *acotan* en la *Lonja*, con lo cual había la ventaja de que nadie entendía.

La vida se echaba encima con todos sus inventos, mecanismos, artificios y novedades. Pero todo eso quedaba excluido de la prosa de algunos casticistas rabiosos por falta de palabras clásicas y autorizadas por los modelos tradicionales. El español, en manos de algunos de esos escritores, parecía una lengua muerta, incapaz de absorber las expresiones nuevas, un poco como el latín oficial que se escribe y se habla actualmente

dentro del Vaticano, en el que, como los espaguetis no se encuentran en Virgilio ni en Cicerón, ni siquiera en Plinio, y es necesario mencionarlos alguna vez en las discusiones administrativas, se les llama con el elegante circunloquio de "alimento farináceo y filiforme". Ese español semimuerto podría compararse también al solemne inglés parlamentario, que, todavía hace unos cuantos años, obligaba al diputado a dirigirse al presidente de la Cámara con la fórmula tradicional de "Ruego a su señoría que tenga a bien ordenar que se traigan velas", a fin de que un criado pudiera encender la luz eléctrica.

Pero el porvenir del español es glorioso. Lo hablan veinte pueblos que todos los días avanzan en todos los campos de la actividad humana. La lengua se enriquece y sirve con aptitud a las nuevas necesidades. Durante más de 30 años el Profesor Silva Herzog ha buscado las expresiones, tradicionales, cuando era posible, y nuevas cuando era necesario, para explicar y exponer las doctrinas económicas, las ciencias sociales y la historia política. La Academia Mexicana de la Lengua sabe muy bien que el idioma, además de la expresión en creaciones y comentarios literarios, tiene la función de servir como medio de comunicación y expresión en la vida en general, y que, para esto, debe de fomentar el desarrollo del léxico que impone la vida moderna, incorporando al lenguaje oficialmente reconocido todas aquellas palabras y expresiones de uso corriente en nuestros pueblos. Bienvenido el Profesor Silva Herzog a los nuevos campos de estudio que nuestra corporación se ha impuesto.

Ha querido el Profesor Silva Herzog darnos, en el magnífico discurso que acabamos de escuchar, una muestra de la admiración y acatamiento que profesa al más grande de los escritores de lengua española, Miguel de Cervantes Saavedra. El más grande, porque no hay ningún otro que abarque tanto del mundo ni que haya sufrido menos con el tiempo transcurrido. La lengua de Cervantes es fresca, noble, generosa, comprensiva, a veces solemne y a veces familiar, pero siempre abundante y fácil. No ha envejecido en tres siglos y medio; es como uno de esos grandes árboles que siguen dando fruto y cuyas ramas cobijan todavía y defienden a los viajeros que buscan su refugio y contentamiento. Y de Cervantes el Profesor Silva Herzog ha escogido nada menos que *El Quijote*, una de las grandes obras de la literatura universal, y que, además, encierra misteriosamente el secreto del espíritu de nuestras razas, de la raza es-

pañola y de las razas que, con sangre india y española, se formaron en el Continente americano.

Escogió como tema de su discurso "La crítica social en *Don Quijote de la Mancha*", del que nos dice que es "uno de los libros más fascinantes y que más honran al pensamiento humano". No era difícil adivinar que el mayor atractivo, para el Profesor Silva Herzog, lo constituía "la inconformidad con el mundo que circunda a los dos personajes". Esa inconformidad que es, al mismo tiempo, fuente de la filosofía y del humorismo de la epopeya cervantina. ¿Quién es mejor: el mundo o Don Quijote? ¿Qué hay que lamentar más que el mundo no cuente ya entre sus seres respetables e influyentes a Don Quijote, o que todavía sigan apareciendo, en un mundo definitivamente organizado, inconformes y locos que no creen en esa organización? ¿El ilustre caballero andante significa una condenación del mundo que hay que tomar en serio, o es nada más un tipo curioso de desadaptado para solaz y regocijo de la gente cuerda que actualmente rige el mundo?

"Nuestro caballero —nos dice el Profesor Silva Herzog— es un cristiano auténtico que ama la justicia, la libertad, la paz y la práctica de la virtud. Por defender estos bienes supremos perdió la cordura". Y nos deja sentir que la oposición entre Don Quijote y el mundo es la raíz de todo apostolado. En efecto, por defender todos esos bienes se pierde la cordura o, por lo menos, hay que salir de ella para buscar un camino que la supere. Pero ¿necesita todavía el mundo apóstoles? A esta pregunta suponemos que el Profesor Silva Herzog contestaría con otra: Pero ¿ha habido otra época en que el mundo necesite más apóstoles que la presente? El *Quijote*, como ha visto tan bien, es "la radiografía de un mundo en lucha", de ese mundo que denuncia Cervantes con la riqueza más genial, con el espíritu más comprensivo y humano.

Esa lucha perdura todavía en nuestro tiempo, en lo que el Profesor Silva Herzog llama, en su *Homilía para futuros economistas*, "la profunda crisis en que impotente se agita el hombre contemporáneo". El *Quijote* es la pintura de un mundo en crisis, de un mundo que se ha perdido sin esperanza. En esa crisis y en esa decadencia vive nuestro tiempo y nadie sabe cuándo saldremos de ella. Es la crisis de un mundo en que el caballero andante conserva los ideales pero ha perdido el poder; en que el poder, rotas las cadenas que lo ataban al ideal, ha multiplicado su fuerza en absolutismo, agregando cuando

más, como muestra de inteligencia, a la fuerza brutal del Leviatán de Hobbes, las artes de la malicia y el engaño del Príncipe de Maquiavelo.

La tragedia, más que del caballero, es del mundo. Hemos sido testigo en nuestro tiempo de las consecuencias criminales a que ha llegado Leviatán en sus excesos, a las increíbles y perversas locuras que ha cometido, junto a las cuales son como grato consuelo de un plácido mundo de ensueño los desfrenos imaginativos y nobles de todos los quijotes habidos. La tragedia del mundo es que Don Quijote sólo hereda de Amadís de Gaula los ensueños y no el poder. Ese divorcio del ideal y del poder, que siguen caminos distintos y a veces opuestos, es al mismo tiempo, la tragedia de nuestra época y la conmovedora historia que nos cuenta Cervantes en su libro inmortal. De ese divorcio fue testigo él mismo, pues llena casi todo el siglo XVI en la dramática y apasionada historia de la conquista y la colonización de la América española. Por esa época se consolidó, además, el poder de todas las grandes monarquías de Europa y de Asia.

¡Cómo habríamos deseado que las dos mitades de los antiguos héroes iluminados de Grecia, de los emperadores filósofos, de los reyes sabios y de los reyes santos; que las dos mitades de los nobles y admirables caballeros Amadís de Gaula, Palmerín de Oliva y Belianís de Grecia hubieran estado reunidas en los cuerpos de Hernán Cortés, de Francisco Pizarro y de Diego de Almagro. Pero éstos, como la mayor parte de los conquistadores, sólo fueron dueños del poder, de la audacia y del arrojo, mientras que las otras mitades de aquellos nobles caballeros llorados por Don Quijote, andaban mal encubiertas, pero con luces de caridad cristiana, de conmovedora justicia y de celestial consuelo, en los hábitos y los cuerpos de Bartolomé de las Casas, de Fray Toribio de Benavente, del Padre José de Anchieta y de los jesuitas de las misiones de Paraguay y de California.

Decía Platón en su diálogo de *El banquete* que el amor es el buscarse las dos mitades separadas que en otro tiempo formaron un solo cuerpo. Con ese amor tendrá que salvarse la humanidad de nuestro tiempo, cuando pueda volver a reunir en un cuerpo único e indisoluble el poder y la caridad, el santo y el monarca, el conquistador y el misionero, el hombre de ideales elevados y el político de arraigo popular. Esperemos que ese encuentro se realice alguna vez. Por más trágico que sea el

actual momento, recojamos la nota de optimismo con que termina su admirable discurso el Profesor Silva Herzog: "De la esperanza muerta nace la nueva esperanza en el destino superior del hombre".

ALEXIS DE TOCQUEVILLE Y LA TEORÍA DEL ESTADO DEMOCRÁTICO *

Por *Enrique GONZALEZ PEDRERO*

EL 29 de julio de 1805 nació en París un niño a Hervé de Tocqueville, miembro de una familia normanda de la *petite noblesse*, y a una nieta del marqués de Malesherbes. El conde de Tocqueville pasaba momentos poco afortunados. La Revolución lo había llevado a la cárcel y casi a la guillotina. Pasarían varios años hasta que la caída de Napoleón le abriera de nuevo la puerta de los cargos oficiales. El futuro prefecto de Seine-et-Oise y par de Francia debía contentarse, por el momento, con educar a su hijo con todo el cuidado debido a su condición de aristócrata. Alexis Charles Henri Maurice Clerel de Tocqueville recibió las lecciones fundamentales del viejo abate Lesueur que años atrás había tenido a su cargo la educación de Hervé de Tocqueville. La formación del joven se completaría en el liceo de Metz y en la tradicional Facultad de Derecho de París. Ya para entonces, la situación política era otra y en 1826 las relaciones de su padre obtuvieron para Alexis un cargo de magistrado. Su carrera podía ser brillante, pero de nuevo las circunstancias variaron y el joven magistrado sufrió en la propia experiencia los vaivenes de la inestable política que movía a Francia.

Alexis de Tocqueville había recibido la magistratura de los Borbones. Su legitimismo, sin embargo, no es acendrado. A disgusto de su familia presta juramento al nuevo gobierno de Luis Felipe. Pero a causa de ello su situación se hace incómoda y la idea de un viaje a América le parece una liberación y una manera de encontrar respuesta a varias preguntas que no podía dejar de plantearse un joven formado en el Derecho y en las lecturas de los autores de la Enciclopedia. Abogado al tanto de los problemas penales que en esos momentos inquie-

* Prólogo al libro en prensa *La Democracia en América* que en breve publicará el Fondo de Cultura Económica.

taban al foro francés, no le fue difícil encontrar una razón para su proyectado viaje. El régimen penitenciario francés era atrasado y aquí y allá se hablaba de las necesidades de renovarlo. Tocqueville pensó que el motivo oficial de su viaje podía ser el estudio del sistema penitenciario de los Estados Unidos. O quizás la idea fue de Gustave de Beaumont, ya gran amigo de Alexis, abogado joven, noble y, como él, de ideas liberales. Ambos amigos pusieron en juego las influencias de que disponían sus familias y al fin se les concedió la licencia, comisiones del Ministerio del Interior y se les entregaron algunas cartas de presentación.

El 11 de mayo de 1831 llegaban a la isla de Manhattan, Alexis de Tocqueville y Gustave de Beaumont. Su estancia en los Estados Unidos sería de nueve meses.

¿QUÉ panorama se ofreció a los ávidos ojos de los jóvenes franceses? Habían desembarcado en Nueva York, pero no se estacionaron allí. Por el Norte llegaron hasta el Canadá y por el Sur a Tennessee, Alabama, Georgia e incluso Nueva Orleans. No atravesaron el Misisipí, pero esa aventura no habría añadido gran cosa a sus observaciones: a pesar de que al Oeste había ya dos Estados, la Luisiana y Misuri, todavía el río era una especie de límite natural del orden y la civilización. No obstante, Tocqueville comprendió que la marcha hacia el Oeste llevaría pronto a los Estados Unidos a la costa del Pacífico. Conocieron, pues, el núcleo donde se estaba gestando lo que en pocas décadas sería testimonio de un crecimiento sin precedentes: el este de la Unión Americana. De las nacientes ciudades fabriles del Norte, donde bullía la actividad y el espíritu de empresa, bajaron al Sur que se desenvolvía sin prisa en las plantaciones algodoneras.

Hablaron con el valiente poblador de los territorios fronterizos y con el caballero del Sur, hospitalario, celoso del honor e intransigente. Conocieron al hombre de Nueva York y al de Nueva Inglaterra, orgulloso de su obra de iniciador. Se entrevistaron con Gallatin, Adams y Andrew Jackson "el viejo nogal". Nueva Inglaterra fue el campo de la mayor parte de las observaciones de Tocqueville. El rasgo más notable de la época era la proliferación de ciudades, que se dedicaban a diversas industrias. También aumentaban las vías de

comunicación. La inhospitalaria llanura que se extiende entre los Alleghanys y el Atlántico, roca y arena,¹ había sido la cuna de los Estados Unidos; allí se forjaba la gran industria y crecía el poder.

Se encontraron con un tipo humano que ya tenía poco que ver con el europeo: el francés educado en el formalismo de la vieja aristocracia veía frente a sí a un hombre sin artificio, al *self-made man*, en quien la cortesía era llana y procedía de la convicción de la igualdad de todos los hombres que saben emplear su vida en la actividad productiva.

Tocqueville conoció a la gente y vio el gran movimiento que estaba llevándose a cabo en todas partes —la administración jacksoniana rebosaba de nuevas iniciativas en todos los campos de la vida nacional. Vio una gran variedad, y no obstante, percibió la unidad que el paisaje mismo mostraba, ese "orden metódico que se nota en la separación de tierras y aguas, de valles y montañas", "simple y majestuoso". Allí crecen el laurel y el pino, el nogal y la encina. En el Sur florece única la rosa *cherokee*. Un paisaje en que todo es "grave, serio y solemne". La mirada de Tocqueville abarca a toda la América del Norte. Advierte que la región que se extiende al Sur de los Grandes Lagos es la más preparada para abrigar al hombre. La superficie es seis veces mayor que la de Francia. En el fondo de este enorme "valle" que va desde los Alleghanys hasta las Rocosas corre un río que ha sido llamado "Padre de las aguas": Misisipí, a cuyo seno van a parar cincuenta y siete ríos navegables. Padre de las aguas y de las tierras, porque de él dependen las grandes llanuras fértiles y los desiertos.

A los nueve meses, Alexis de Tocqueville y Gustave de Beaumont habían acumulado tantos datos como para escribir algo más que el informe del sistema penitenciario de los Estados Unidos. De vuelta a Francia, Beaumont escribió una novela, *Marie, ou l'esclavage aux Etats-Unis, Tableau des mœurs Américaines*, donde se trata especialmente el problema negro. A ella seguían tres ensayos sobre la condición de los negros, esclavos y libres, sobre la religión en los Estados Unidos y sobre la si-

¹ Es curioso observar que Hegel tenía una idea totalmente opuesta, pues en sus *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, dice: "...Ríos que nacen en estas montañas (los Apalaches y los Alleghanys) riegan las tierras del litoral, que ofrecen la más ventajosa base para los libres Estados Norteamericanos, que empezaron aquí a fundarse". *Op. cit.*, Revista de Occidente, Madrid, 1953, 1er. Vol. p. 174.

tuación de las tribus indias. Ambos amigos estaban de acuerdo desde un principio acerca de los aspectos de la vida norteamericana que cada uno de ellos iba a estudiar. Tocqueville se dispuso a escribir un libro que tendría de inmediato enorme resonancia. Su sensibilidad había sido arrastrada por el espectáculo imponente y su libro es en gran medida un entusiasta reflejo de esa gran experiencia.

El estilo de Tocqueville es de la más clara tradición francesa. Se construye naturalmente, como si germinara sin esfuerzo de la impecable organización lógica del pensamiento. En efecto, este estilo es el que tenía que desprenderse de la estructura mental del autor: "Je me livre au mouvement naturel de mes idées, me laissant entraîner de bonne foi d'une conséquence à une autre".² Alexis había aprendido a pensar en los clásicos y a disciplinar el pensamiento en la observación y en la razón sistemática; se le enseñó a sujetar el fluir de las ideas en moldes cartesianos. Sus maestros le hicieron escribir cientos de "compositions françaises" y le mostraron que expresarse claramente es tan importante como tener algo que decir. El futuro conde de Tocqueville recibió el privilegio de una educación aristocrática; su herencia es la elegancia, la forma cuidada de un mundo que ya no existe, pero que le trasmite su lucidez.

A los 26 años el estilo está formado. Es preciso, de frases cortas, huye de los largos párrafos y no ama los capítulos extensos, que llevan a digresiones. Encuentra una redondez clásica, que no es rodeo ni ornamento, sino expresión idónea de un espíritu que busca siempre cerrar su vuelo sobre sí mismo. Las exaltaciones líricas—es un escritor que escribe en *entusiasmo*—son medidas. Podría ser un escritor gris, si no poseyera esa elegancia que se recrea en el idioma de todos haciéndolo suyo. Tocqueville podía no haber aportado grandes ideas a la sociología o a la ciencia política—la teoría del Estado Democrático—y su prosa seguiría siendo la de un gran escritor.

Tocqueville constituye en su época un raro ejemplo de investigador sistemático, de un tipo que iba a desarrollarse veinte años más tarde en Francia, con la extensión del naturalismo y el positivismo. Cuando reinaba la "historia de

² A. DE TOCQUEVILLE, *Oeuvres Complètes*, Tomo VI, carta del 19 de septiembre de 1836 a J. S. Mill. Gallimard, París, 1954.

evocación", Tocqueville da un cuadro descriptivo de la vida contemporánea en los Estados Unidos. Su criterio de trabajo es eminentemente objetivo y no afirma nada que no proceda de una fuente real, o de textos de absoluta confianza y auténticos.

La generación de 1830, a la que pertenece Tocqueville, había vivido en su infancia los días napoleónicos y había visto más tarde el destino del imperio y la vuelta de los Borbones. En 1830 contempló otro cambio: la rama borbónica fue sustituida por la de Orleans y ocupó el trono un "rey burgués". Los jóvenes de 1830, o aceptaron o se evadieron de la *platitude* de una vida que nada tenía ya de heroísmo ni de esplendor, ni realizaba tampoco los ideales democráticos. Esta evasión fue el romanticismo, que quiso resucitar la historia "muerta", en arrebatos líricos. Así combatían el escepticismo que invadía los espíritus, pero no buscaban un remedio en la realidad, porque allí no creían poder encontrarlo. Los historiadores —Michelet y Thierry— son grandes literatos y quieren resucitar el espíritu heroico de Francia.

Alexis de Tocqueville escribía en pleno apogeo romántico, pero su espíritu lúcido no se dejaba ganar por el pesimismo y no se sentía inclinado a evocar lo pasado—ni el pasado absolutista que como aristócrata hubiera podido añorar, ni el pasado inmediato de las turbulencias revolucionarias o de las costosas glorias napoleónicas. Francia lo preocupaba, pero sabía que era necesario mirar al futuro y no hacia atrás. La Revolución de 1789 había puesto en escena una lucha de tendencias que, unas y otras, se jugaban la aplicación de sus concepciones respectivas de los ideales expuestos en la Declaración de Derechos. El drama culminó en la época napoleónica. Los ideales liberales preveían en la mayoría de los espíritus, pero la vida política semejaba por el momento una tierra baldía para la encarnación de cualquier ideal. Tocqueville tiene una noción clara de la historia como progreso humano. En los Estados Unidos se estaba realizando la experiencia democrática en condiciones inmejorables, porque no se había tenido que barrer con siglos de tradición. ¿Cuáles son las posibilidades de que un régimen similar pueda establecerse en Francia? En su país existe la tradición, pero la lucidez del joven aristócrata lo hace pensar que es posible encontrar un medio de incorporar eso que existe en la organización de un Estado democrático. ¿Cómo se han realizado los principios

democráticos en los Estados Unidos?, pero sobre todo, ¿cuáles son los principios generales de un Estado Democrático?

PENSADORES como Alexis de Tocqueville han elaborado la materia prima para la formación de lo que hoy conocemos con los académicos nombres de Sociología política y Ciencia política. Preocupados por ordenar el caos de acontecimientos desligados y ocasionales, en los que a través de las épocas ha ido interviniendo el *zoón politikon*, han forjado la llave maestra que nos conduce hasta las entrañas mismas de la vida humana: la historia. "La ciencia política —ha precisado Hermann Heller— sólo podrá aportar verdades generalmente obligatorias si le es posible mostrar, a través de todos los cambios históricosociales, ciertas constantes idénticas".³ A mostrar estas constantes idénticas y su conexión con las que descubrió el ilustre pensador francés, están dedicadas estas páginas.

El eterno fluir político hizo fundamentar a Platón la *Ciencia Política*, pues "si deseamos cambiar la vida ética de los hombres... el primer problema y el más urgente es *encontrar el verdadero orden político*".⁴ Encontrado éste, podrá procederse a la formación de hombres buenos que a su vez contribuirán a la formación del Estado justo.

Este Estado justo es la aproximación a la Idea de Estado que puede producirse gracias a la relación armónica entre sus miembros, en una aspiración ética a alcanzar el Bien. Desde luego, esa armonía no es natural y se logra superando la movilidad confusa de los hechos. El devenir es la confusión, lo informe, si no se consigue salir de su apretada malla y fijar la verdad, que está en lo estable, lo permanente, la armonía y la unidad. El Estado ideal, perfecto, se produce entonces, como una armonía vital colectiva. Como en todo el sistema filosófico de Platón, en su teoría del Estado hay un movimiento que dirige lo aparente hacia lo real, lo pasajero hacia lo permanente, lo imperfecto hacia lo perfecto, la variedad hacia la unidad, el mundo del devenir hacia el mundo de las ideas. Y sobre esta pirámide de perfección, presidiendo la concepción platónica del mundo, la idea del Bien. El Estado es la máxima posibilidad de realización ética, la idea que, abarcando la tota-

³ H. HELLER, *Teoría del Estado*, F.C.E., México, 1955, p. 25.

⁴ E. CASIRER, *El Mito del Estado*, F. C. E., México, 1947, p. 76.

lidad de sucesos los explica como producto de una unidad sistemática.

Aristóteles, con su método empírico comparativo, se eleva siempre de los hechos, cuya presencia es demasiado real para que sea válido volverles la espalda. El Estagirita busca también el Estado mejor, pero sabe que la esencia de la política está matizada por la existencia de los hombres. La busca del verdadero Estado se hará, pues, con el preciso instrumento de una lógica que se mide a cada paso en la verificación de la realidad.

El pensamiento estoico fundamentó una idea que iba a estar recurriendo a lo largo de la filosofía y la teoría políticas de la Edad Media y culminaría en los pensadores jusnaturalistas del siglo xvii, en la formación de la conciencia política de Thomas Jefferson y en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos: la idea de la *igualdad fundamental de los hombres*. Igualdad como esencia de la "humanidad", nacida de la libertad interior del hombre. Estas ideas, recogidas por los pensadores medievales sólo necesitaban ser enmarcadas en el *cosmos* cristiano y se dirá entonces que esa libertad del hombre es imagen de Dios y que la justicia refleja el orden divino.

Para San Agustín el Estado más justo, el más bueno, el Estado perfecto no podrá llenarnos plenamente. Los Estados, la historia, el hombre cambian; sólo Dios es inmutable. Pero a medida que aquéllos se acercan a Dios, se hacen más verdaderos y perfeccionan su existencia. Lo contingente es más real cuanto más participa de la bondad y la verdad divinas. Las nociones helénicas —y especialmente platónicas— se integran al mundo cristiano, con una nueva figura en la cima de la pirámide: Dios. Agustín admite la experiencia, pero no la experiencia a secas, sino la experiencia religiosa. A través de ella se abre una nueva comprensión de la historia, fundada en los conceptos claves de San Agustín: la *libertad* del hombre para escoger y la *gracia* que conduce a ese hombre libre por el camino de la salvación. Este camino no está fuera de la historia, sino dentro de ella. La "teología política" agustiniana concibe una *Civitas Dei* en la tierra, como comunidad de los hombres en la gracia. La noción de Estado se va enriqueciendo —Estado justo, donde los hombres son iguales y libres— y con Santo Tomás estará lista para penetrar en el mundo moderno.

"El cristianismo, religión monoteísta que exalta el valor del alma del individuo, tenía que considerar inadmisibles la

idea del Estado como una unidad total y, por consiguiente, también religiosa; sólo podía admitir un Estado limitado en sus funciones, por lo menos en lo concerniente a la esfera religiosa. Con lo cual hizo su aparición el problema que constituyó el tema central del pensamiento político medieval: la cuestión de las relaciones entre el poder espiritual y el secular, entre el Pontificado y el Imperio... La cuestión cardinal era, dice Heller en su *Teoría del Estado*, de si sólo el poder papal era de institución divina o si también lo era el del Emperador, o si éste procedía de los hombres y nacía por consiguiente, del pecado. Según se admitiese una u otra solución, el Emperador estaría subordinado al Papa o sería su igual. Manegold von Lauterbach (circa 1085) al derivar el poder temporal del pueblo, saca de esta "potestas populi" la conclusión de que le es lícito al pueblo expulsar a los tiranos, siendo el derecho de aquél tan superior 'quanto hominum natura distat porcurum' ".⁶

Santo Tomás de Aquino, llegará a las mismas conclusiones cuando afirma que la libertad del hombre se expresa justamente en la desobediencia al tirano. Su teoría es mucho más empírica que la de San Agustín—sus fuentes son distintas. Ya en su sistema Dios no es causa inmediata; la causa inmediata está en la realidad social. Ya no cuelga el pensamiento exclusivamente de la "revelación" sino que se completa en la experiencia real. La fe acepta la compañía de la razón.

Pero a pesar del realismo tomista la ciencia política estaba internada en las alturas de la metafísica teológica, al igual que las demás ciencias. El proceso dialéctico necesitaba de una nueva síntesis que siendo producto legítimo de la tradición intelectual anterior se acercara más a los nuevos tiempos. "El *Quattrocento*, dice Cassirer, está conectado por medio de innumerables hilos, visibles e invisibles, al pensamiento escolástico y a la cultura medieval. En la historia de la civilización europea no ha habido nunca una ruptura de continuidad. Buscar en esta historia un punto en que 'termine' la Edad Media y 'empiece' el mundo moderno es un absurdo completo".⁶

Si en el sistema medieval el centro del universo es Dios, el sol del cosmos renacentista es el hombre, ese hombre al que tan bien pintaran Antonello da Messina y Nicolás Maquiavelo.

El Renacimiento se caracterizó por ser una época turbulen-

⁶ H. HELLER, *op. cit.*, p. 30.

⁶ E. CASSIRER, *op. cit.*, p. 156.

ta, de guerras constantes, de inestabilidad política. La época en que la política era hecha por dioses y héroes o por Dios, ha cedido su puesto a las de los Orsini, los Colonna, los Sforza. Ya no podrá leerse la política —y la historia—, a través de las poéticas claridades de la leyenda o de la iluminación cristiana. Aquiles y Dante tienen que ceder armas y pluma a César Borgia y a Maquiavelo. Los *Concerti* ocupan el lugar de los cantos gregorianos. La época de la *Summa contra gentiles* y de *De regimine principum* ha pasado; otros son los tiempos y otras las ideas: *De Principatibus* y *De re militari*, ocupan su lugar. Y si no son los dioses, ni Dios los que hacen la política, sino pecadores artistas como los Medici y hombres de carne y hueso como Oliverotto da Fermo, otros deberán ser los métodos que traten de encaminar la fina mirada de teólogo secular del florentino, hasta la esencia de su tiempo.

Maquiavelo, obedeciendo a su conciencia histórica y al avance de las ciencias naturales de la época se basó para la elaboración de sus trabajos en el método renacentista por excelencia, el método empírico. Y no podía ser de otro modo. Ahora más que nunca hace falta pisar tierra firme y no construir sobre arenas movedizas, o sutilizar demasiado pues se corre el riesgo de "predicar en el desierto":

"Siendo mi intención escribir cosas provechosas a aquellos que las entenderán, me ha parecido más conveniente investigar la verdad efectiva de las cosas que su imaginación. Muchos se han imaginado Repúblicas y Principados que jamás han sido vistos, ni conocidos como verdaderos".⁷ Vemos, pues, que la secularización de la política es total.

La ciencia política de Maquiavelo es analítica y descriptiva, no moral. A Maquiavelo le interesan las cosas tal y como son; no como deben ser. Pinta al Condottiero. No lo juzga. "Maquiavelo y todos los autores de la razón de Estado que de él arrancan llegan, incluso, a eliminar toda clase de límites normativo-morales que puedan trabar la autoridad del príncipe y sólo lo someten a las normas técnicas del poder, a la "ratio status".⁸ Lo que equivale a decir que el Estado se ha independizado.

El hombre que entroniza el mundo moderno, es un hombre

⁷ N. MAQUIAVELO, *Oeuvres Complètes*, Bibliothèque de la Pleiade, Paris, 1952, p. 325.

⁸ H. HELLER, *op. cit.*, pp. 31-32.

que se ha encontrado a sí mismo —desprendiéndose de los mitos y de la religión— en la razón. *Je pense, donc, je suis.*

El hombre es Dios y la razón su profeta. La razón unificando los hechos políticos conforma al Estado. Estado independiente de Zeus y Cristo Estado autónomo. Estado que fundara el hombre del Renacimiento y que justificará jurídicamente Jean Bodin, al darle una nueva característica —quizá la más importante—, la soberanía. El poder del soberano será entonces un poder *legibus solutus*. La médula de la Ley es la voluntad del gobernante, pero su legalidad está en razón directa de su racionalidad. En este proceso de fortalecimiento, el Estado se perfeccionará con Hobbes, a quien no le interesa tanto el proceso histórico que el Estado ha recorrido para llegar a ser, como su razón de ser, su razón jurídica. Para Hobbes, los hombres son partículas perdidas en la inmensidad del espacio mientras permanecen desunidos, en "estado de naturaleza". Sólo cuando estas partículas inermes se unen a las demás, el átomo se vuelve hombre, el hombre se vuelve Estado. Este proceso unificador se lleva a cabo por medio de una figura jurídica, el contrato. Pero al contratar, nos dice Hobbes, los hombres ceden, renuncian a todos sus derechos en favor del gobernante, que producirá la armonización de todas las fuerzas sociales protegiendo al átomo, al hombre. La nueva institución, el "cuerpo social", trasciende jurídicamente a su creador; el contrato supera a las partes contratantes, el Leviatán se niega a obedecer a sus amos; son éstos los que deben ejecutar las órdenes de aquél. *L'Etat c'est moi*. Vemos pues, que la lucha hoy común entre la libertad y la seguridad, entre el individuo y su creatura, comienza en la teoría política moderna. En el fondo de esta guerra dialéctica no es más que la batalla del mundo "sensible" contra el mundo "racional".

Pero muy pronto el hombre se daría cuenta del "gambito de rey" en el que había sido apresado y nuevamente será su racionalismo, "la diosa razón", fundada en el estoicismo, la que vendrá a sacarlo de la trampa.

Se elaboran entonces, teorías sobre la política basadas en los fenómenos de la naturaleza del hombre, para comprender, a partir de ella, la naturaleza del Estado. El interés por el pensamiento estoico floreció y el pensamiento político tomó matices éticos; la idea de la igualdad entre los hombres brotó nuevamente, no sólo para servir de fundamento a los pensadores políticos, sino para sentar las bases de movimientos de

enorme importancia como la guerra de independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa.

Thomas Jefferson escribía en 1776 las primeras palabras de la Declaración de Independencia, haciendo una profesión de fe en la igualdad natural de todos los hombres: "Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su creador ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, y la libertad y la busca de la felicidad; que para garantizar esos derechos, los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tiende a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o a abolirla, a instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad".⁹

Mientras que en Europa las teorías eran puestas en práctica conscientemente, en los Estados Unidos había sucedido un fenómeno insólito y único. En las primeras comunidades, la de los hombres del May Flower y muchas de las que fueron surgiendo a partir de 1620, se producía espontáneamente lo que los filósofos y teóricos de la política habían concebido como explicación racional del origen, no histórico, sino lógico del Estado. Los hombres se agrupaban y se daban un gobierno libremente, considerando a ese gobierno como su *representante*. El *contrato social* se había realizado y a partir de él se forjaría la conciencia política de los Estados Unidos. Había nacido el Estado democrático.

Pero en los hombres que redactaban la declaración de independencia no sólo estaba presente esta realidad de la experiencia política norteamericana, sino toda la elaboración ideológica de John Locke y de los filósofos franceses de la Ilustración.

Al fin estamos frente al Estado de la razón, frente al Estado de derecho, producto de un desenvolvimiento dialéctico. El cambio de interpretación de un contrato, del contrato social, elaborada por los abogados de la Ilustración, por los ideólogos, como gustaba llamarlos Napoleón, ha producido un cambio total en la concepción teórica del

⁹ S. E. MORISON y H. S. COMMAGER, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*, F. C. E., México, 1951, pp. 195-196.

Estado. Esta interpretación, fundada en las ideas del derecho natural, produciría un cambio sin precedentes en la ruta de la Historia Universal.

EL cambio en la ruta del progreso histórico fue rápidamente captado en su esencia por uno de los grandes de la ciencia histórica, Leopold Von Ranke. Von Ranke, al igual que de Tocqueville, se preguntará en qué consiste la tónica de ese nuevo Estado que hasta el momento sólo había existido en la mente de grupos de intelectuales preocupados por desentrañar el problema principal del hombre: su destino histórico.

"Ahora bien, ¿en qué consistía esta República norteamericana?" Consistía, según Von Ranke, en la aparición de dos hechos singulares: la eliminación de las influencias monárquicas y la consiguiente aparición del espíritu e ideal democrático y el surgimiento del Estado federal, hechos que "tuvieron una extraordinaria repercusión sobre Europa", puesto que "muchas gentes del viejo continente empezaron a pensar que era aquélla la forma de gobierno más barata y más apetecible que podía organizarse, pues mientras que en Europa los súbditos tenían que obedecer de un modo incondicional, en la nueva república norteamericana no se reconocía más valor que el del hombre".¹⁰

Después de esta introducción, donde ya se encuentran los elementos fundamentales, Von Ranke desarrolla la tesis que considera explicativa del reciente fenómeno político: "Fue ahora, después de haber dado nacimiento a un Estado, cuando cobró su importancia plena la *teoría de la representación*; todas las aspiraciones revolucionarias de los nuevos tiempos se enderezan hacia esa meta... Era una revolución más profunda que ninguna de las que hasta entonces había presenciado el mundo, una inversión total del principio que había venido rigiendo. Antes, todo giraba en torno al rey, ungido por la gracia de Dios; ahora, imperaba la idea de que el poder venía de abajo del pueblo".¹¹

En esto consiste, explica Von Ranke, "la diferencia entre los antiguos estamentos [delegación] y las actuales asambleas

¹⁰ L. V. RANKE, *Pueblos y Estados en la Historia Moderna*, F.C.E., México, 1948, p. 66.

¹¹ L. V. RANKE, *op. cit.*, p. 66. El subrayado es nuestro.

constitucionales, representativas. Aquéllos eran análogos a la monarquía, puesto que descansaban en mayor o menor medida sobre títulos hereditarios; éstos, en cambio, nacen de la elección popular".¹²

Estos hechos reales, captados en tan pocas líneas por el gran historiador alemán, y la rotunda declaración de Tocqueville, *il faut une science politique nouvelle a un monde tout nouveau*, tienen un mismo significado. Es, pues, en el modo de vida democrático donde Tocqueville cree hallar los elementos formadores de aquella "science politique nouvelle", necesaria a un mundo nuevo. En esto se parece a todos los grandes filósofos políticos del siglo XIX, incluyendo a los socialistas, que marchaban tras el "mundo nuevo". Mundo nuevo que Tocqueville encontraría en el Nuevo Mundo.

En efecto, desde las primeras líneas de su genial Introducción, el teórico del Estado democrático nos habla con una profunda admiración de las cosas con que ha tropezado en el Nuevo Mundo. Y hay un hecho generador —*fait générateur*— al que Tocqueville da la mayor importancia: la igualdad de condiciones. Ese hecho será el objeto de la *Democracia en América*.

Así, a medida que estudiaba la sociedad americana, veía cada vez más, en la igualdad de condiciones, el hecho generador del que cada hecho particular parecía descender y lo volvía a encontrar sin cesar delante de mí como un punto central en el que todas mis observaciones terminaban.¹³

La interpretación de Tocqueville de la *igualdad en la libertad* no es más que la síntesis de la doctrina jeffersoniana, la cual explica que todos los hombres han sido *creados* iguales, "lo que con el tiempo significaría que *son* iguales o que, si no lo son, deberían serlo".¹⁴ Pero lo interesante es que Tocqueville se hubiera encontrado con este *hecho*, no en un libro, sino en la realidad.

Puesto que nadie se diferencia entonces de sus semejantes, nadie podrá ejercer un poder tiránico; los hombres serán perfec-

¹² *Ibid.*

¹³ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, F.C.E., México, 1956. (Introducción).

¹⁴ S. E. MORISON y H. S. COMMAGER, *op. cit.*, p. 196.

tamente libres, porque todos serán enteramente iguales; y serán todos perfectamente iguales, porque serán enteramente libres".¹⁵

La igualdad de condiciones y la "teoría de la representación" serán, pues, las bases de la fundamentación teórica de la democracia. Para Tocqueville, la igualdad no era simplemente igualdad, sino *igualdad en la libertad*, e igualdad en la libertad es un concepto que, si bien no es desconocido en Europa, está muy lejos de alcanzarse en aquel tiempo.

Este hecho, que el mismo Tocqueville se encargó de subrayar, fue notado por todo lector más o menos atento. Pero hay otro "hecho generador" que, sin haberse escapado de la atención de los estudiosos, ha sido, sin embargo, observado secundariamente. Este importantísimo hecho es el relativo a la *representación* y tiene tanta trascendencia como el primero para la fundamentación de la ciencia política. Efectivamente, no hay más que recordar que, desde los orígenes del pensamiento político, existió el problema de quiénes deberían tener el mando político en una sociedad. Platón resolvió la cuestión en favor del filósofo. En la Edad Media, el problema central fue el de las relaciones, en principio, de la Iglesia y el Estado. Y, posteriormente, el problema permanente que se deriva de la cuestión anterior: de dónde obtiene el poder el soberano. Si de Dios, sólo ante Dios rendirá cuentas. Si del pueblo, éste será la limitación natural de cualquier exceso de poder, de cualquier exageración política del gobernante.

Ahora bien, a pesar de la importancia que el concepto de *representación* juega en la teoría política de Tocqueville, nadie antes, ni después, lo ha destacado tan claramente como lo hiciera John Stuart Mill, en su nota crítica publicada en la *Westminster Review*, a raíz de la aparición de la edición inglesa de la *Democracia en América*, que produjo la siguiente respuesta de Tocqueville, el 3 de diciembre de 1835: "No conozco un amigo de la democracia que haya osado hacer resaltar de una manera tan firme y tan clara la distinción capital entre *delegación* y *representación*, ni que haya fijado mejor el sentido político de ambos términos... Ha encontrado usted la gran cuestión, al menos esa es mi firme creencia. Puesto que se trata, para los amigos de la Democracia, no tanto de encontrar los medios de hacer gobernar al pueblo, como de hacerlo escoger *los más ca-*

¹⁵ A. DE TOCQUEVILLE, *op. cit.*, p. ... (Cap. I, 2º Tomo).

paces de gobernar y de darle sobre aquéllos un poder lo suficientemente grande para que pueda dirigir la totalidad de su conducta y no el detalle de los actos ni los medios de ejecución. Tal es el problema. Estoy profundamente convencido que de su solución depende el futuro destino de las naciones modernas. Pero ¡cuán pocos lo perciben y, percibiéndolo, cuán pocos lo señalan!"¹⁶

La preocupación de Tocqueville por seleccionar a los "más capaces de gobernar", respondió al peligro que entrañaba "la tiranía de la mayoría",¹⁷ puesto que, si bien es un hecho evidente que la soberanía reside en el pueblo, también es muy claro lo que el gran Montesquieu había dicho en su *Democracia en Inglaterra —De l'Esprit des Lois—* "...El pueblo es admirable para seleccionar a aquellos a quienes debe confiar una parte de su autoridad. ... pero ¿sabrá él conducir un negocio, conocer los lugares, las ocasiones, los momentos aprovechables?"¹⁸ ... "Es necesario que el pueblo haga por medio de sus representantes aquello que no pueda hacer por sí mismo".¹⁹

Con esto queda bien establecido el papel que la teoría de la representación juega en la nueva ciencia política, como fundamento mismo de la democracia. Al ejercer el pueblo su soberanía, a través de sus mejores representantes, realiza el valor político de mayor importancia.

Sin embargo, aunque teóricamente pareciera eliminado todo peligro de una trampa, la clara mentalidad de Tocqueville llegó a plantearse el problema de que "bajo la sombra misma de la soberanía popular" llegara a establecerse un nuevo despotismo de elegidos. Felizmente, observó el interés de la nueva sociedad por el agrupamiento colectivo, interés que existía desde el "contrato del May Flower", y de la observación directa de los hechos elaboró lo que con gran acierto denominó "Teoría general de la Asociación". Dicha institución permitiría al pueblo ejercer la presión indispensable que evitaría el despotismo de la mayoría o la dictadura de seleccionados:

¹⁶ A. DE TOCQUEVILLE, *Oeuvres Complètes*, Tomo VI, pp. 303-304.

¹⁷ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, p. ... (Cap. VII, 1er. tomo, 2ª parte).

¹⁸ B. DE MONTESQUIEU, *De l'Esprit des Lois*, Garnier Freres, Paris, 1949. Lib. II, Cap. II.

¹⁹ *Ibid.*

... las asociaciones políticas pueden ser, por lo tanto, consideradas como grandes escuelas gratuitas, en donde todos los ciudadanos aprenden la teoría general de las asociaciones...²⁰ Una asociación política, industrial o inclusive científica o literaria, es un ciudadano iluminado y poderoso que no sabría plegarse a voluntad ni oprimir en la sombra, y que, defendiendo sus derechos particulares contra las exigencias del poder, salva las libertades comunes.²¹

Las teorías de la representación y su "antítesis", la asociación, se desenvuelven dialécticamente en las ideas de libertad en la igualdad, sentando las bases de la justificación ético social del Estado democrático.

PERO toda la teoría política de Tocqueville, que hemos esbozado, se fundamentó en el estilo de vida de la Unión Norteamericana en 1830, cuyos ingredientes pueden rastrearse desde el siglo XVII. El clima espiritual que configuraba el modo de vida norteamericano por aquellos días era de un acendrado optimismo. El norteamericano medio, lo mismo que el líder político, tenían confianza en el espíritu de iniciativa, en la competencia económica y en la libertad política.

El puritanismo había perdido bastante de su aridez y de su rigor, pero sus principios fundamentales habían contribuido, más que ningún otro elemento ideológico, a formar el *american way of life*. Nueva Inglaterra no constituía la totalidad de los Estados Unidos, pero el tipo humano que produjo, el "yanqui", se extendió fuera de sus límites y contribuyó a estructurar el carácter norteamericano.

Nueva Inglaterra se fundó en un "pacto eclesiástico". Lo religioso se centró en medio de la vida social: tomó el carácter de responsabilidad ética del individuo ante sí mismo y responsabilidad cívica ante la comunidad. El hombre se encontraba, al mismo tiempo, solo ante Dios y empeñado en la actividad que lo hacía útil a la comunidad. El puritanismo ambicionaba constituir una "comunidad de justos"; la ética calvinista era fundamentalmente social y aspiraba por tanto, a realizarse social-

²⁰ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, p. ... (Cap. VII, 2º pte., p. 123, O. francés).

²¹ A. DE TOCQUEVILLE, *ob. cit.*, p. ... (II tomo, 4º pte., Cap. VII).

mente. Como doctrina política, el puritanismo repudiaba el absolutismo y apoyaba el establecimiento de asambleas representativas. Estas asambleas, desde luego, reunían un carácter político y religioso. En ellas se llevaba a cabo el libre ejercicio del voto. Se asentaban, pues, las bases de una democracia. El principio de igualdad debía regular la convivencia, pero se entendía esa igualdad como un acicate a la iniciativa que debía desarrollarse en condiciones de libre competencia, para que lograran abrirse paso los mejor preparados, los más capaces, los "más aptos".

Era una "democracia de elegidos". La igualdad natural puede conducir a la larga, si se la concibe de esta manera, a una desigualdad real, producida por una mayor o menor aptitud para tener éxito y hacerse un lugar en la sociedad, con base en una firme posición económica. Esta actitud hacia el mundo constituyó el origen de un Estado democrático y, al mismo tiempo, capitalista.²²

²² Hace algún tiempo, J. P. Mayer, director de la edición crítica francesa, ha hecho la comparación—el método comparativo ha sido uno de los predilectos de la Ciencia Política—de Tocqueville, con otro gran pensador del siglo XIX, también de gran actualidad: Karl Marx.

"Si se compara la sociología política de Tocqueville con la de Karl Marx, trece años más joven que aquél, es evidente que el pensamiento de Tocqueville está muy lejos de un utopismo humanitario. En efecto, existen puntos comunes entre los dos pensadores. "La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días, dice Marx en el *Manifiesto Comunista*, es la historia de la lucha de clases". En *l'Ancien Régime* de Tocqueville leemos: "Hablo de las clases, sólo ellas deben ocupar la historia". Los dos pensadores nos han enseñado igualmente que la Revolución Francesa de 1789 es sólo una fase en la historia de las revoluciones del siglo XIX; otras revoluciones han seguido y seguirán.

Pero el parentesco entre Tocqueville y Marx no termina ahí. Tocqueville no tiene nada del absolutismo de Marx: "Por mi parte, escribe Tocqueville en sus *Souvenirs*, odio esos sistemas absolutos que hacen depender todos los acontecimientos de la historia de las grandes causas primarias ligándose unas a otras por una cadena fatal que suprimen, por así decirlo, a los hombres de la historia del género humano... Los hechos anteriores, la naturaleza de las instituciones, el giro de los espíritus, el estado de las costumbres, son los materiales con los cuales (el azar) compone esos 'impromptus' que nos admiran y nos espantan". J. P. MAYER, "Tocqueville, prophète de l'Etat moderne", *Critique*, París, septiembre-octubre, 1955, p. 885.

La comparación aunque interesante nos parece que no destaca el factor semejante en ambos pensadores: Tocqueville ha sido el primer estudioso de la "anatomía" política de los Estados Unidos, Marx el del capitalismo; de uno surgió, en buena parte, con su descripción aún no

En la segunda mitad del siglo XVIII, el puritanismo parecía periclitado como norma de vida. Surgió entonces un intento de "despertar" místico, que encabezó Jonathan Edwards. Frente al "*Great Awakening*" que arrastró en éxtasis religioso a cientos de norteamericanos, aparecieron otros sistemas ideológicos, basados en el racionalismo. Si en la concepción democrática de Jefferson, nacido en el Sur, había una tendencia a enaltecer la vida natural y el valor de la tierra, en Benjamin Franklin la idea de democracia se orientaba con un sentido más práctico hacia una vida forjada en el trabajo y la austeridad, para aumentar el bienestar social y asegurar un mundo "cómodo y seguro". El autor de *Necessary hints to those that would be rich* (*Advertencias necesarias a los que quieren ser ricos*, 1736) y de *Advice to a young tradesman* (*Consejos a un joven comerciante*, 1748), preconizaba una moral utilitaria, fundada en la máxima de "*Time is money*".²³

Esta generación hizo la Guerra de Independencia. El siglo XIX se inició con problemas, pero confiadamente. Tocqueville llega a los Estados Unidos en 1830. La figura venerable de Andrew Jackson llena el período de 1828 a 1836 con sus firmes ideas sobre la democracia. El viejo Presidente temía el poder del dinero y creía en la igualdad de oportunidades y en la enseñanza para todos. El pueblo lo apoyaba y se sentía optimista. El florecimiento y la creación se manifestaban en todos los campos. La literatura norteamericana daba ya figuras cuya madurez reflejaba el fortalecimiento de la conciencia norteamericana: Emerson, Hawthorne, Thoreau, y preparaban el camino a la gran eclosión de Walt Whitman:

I hear America singing, the varied carols I hear,
singing with open mouths their strong melodious songs.

.....
The main shapes arise!
Shapes of Democracy total, result of centuries,
Shapes ever projecting other shapes,

igualada, la Ciencia Política moderna, al fundamentar el sistema democrático de gobierno, la Democracia en su sentido actual. Al otro, debemos la primera crítica seria a la Economía Política, que serviría para fundar, también, la Ciencia Económica. Ambos pensadores, por lo tanto, no sólo se contraponen, sino que se complementan.

²³ M. WEBER, *La Ética Protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, 1955, p. 38.

Shapes of turbulent manly cities,
 Shapes of friends and home-givers of the whole earth,
 Shapes bracing the earth and braced with the whole earth".*

Dos son, pues, los temas de la *Democracia en América*: las instituciones norteamericanas como expresión de las costumbres y, en general, el estilo de vida de los Estados Unidos y los principios en que se basa un Estado democrático. La primera parte de la *Democracia* desarrolla el primer tema. En ella se describe el funcionamiento de los tres poderes de la Unión: la estructura de los tribunales y los fundamentos del poder judicial;²⁴ los cuerpos legislativos y la organización del poder ejecutivo federal, introducidos por el análisis de la Constitución Federal. Se examina el sistema bipartidista y la importancia de las asociaciones, el poder de la mayoría y sus efectos. La primera parte termina con una serie de capítulos dedicados a examinar la influencia de las costumbres y de la religión en el mantenimiento del sistema democrático. En la segunda parte, la más importante, está trazada toda la teoría del Estado democrático

- * Oigo cantar a América, sus variados cantos oigo,
 cantando con las bocas abiertas, sus fuertes, melodiosos cantos.

 ¡La gran forma aparece!
 La múltiple forma de la democracia integral:
 Esfuerzo logrado por los siglos;
 formas eternas proyectando, engendrando matrices de formas
 nuevas;
 formas de viriles ciudades turbulentas;
 formas de amigos, de casas de huéspedes para toda la tierra;
 formas abrazando la tierra, y que se alzaron con la totalidad
 de la tierra.

²⁴ Dos obras son fundamentales para el estudio de las influencias exteriores en la vida constitucional mexicana, *El Federalista* y la *Democracia en América*. De ambas se nutrió la generación de la Reforma para la construcción de las instituciones políticas del México moderno y en ellas encontró el apoyo teórico necesario para basar sus argumentaciones contra los sectores conservadores y antiprogresistas del país. C. A. Echánove Trujillo, biógrafo de don Crescencio Rejón, uno de los pilares del pensamiento constitucional mexicano, dice: "... En esa obra magistral (*La Democracia en América*), había don Crescencio aprendido muchas cosas extraordinarias del país norteamericano que le maravillaron. El libro del diplomático francés decorría en efecto ante el mundo un velo tras el cual se ocultaban sucesos sorprendentes. Como fuese dable a él, Rejón, utilizarlas para bien de su pa-

que constituye la gran aportación de Tocqueville, su filosofía política. Cuando apareció la *Democracia en América*, fue notable el contraste entre la acogida del primero y del segundo libro. El público encontró a éste demasiado abstracto y general y no le dispensó un entusiasmo tan rotundo como al primero. El mismo Tocqueville contestó a Stuart Mill, que le hacía saber las críticas de la *North American Review* en el sentido de que "generalizaba demasiado", de una manera que no deja lugar a dudas:

No he visto ni el artículo del *Quarterly* ni el de la *American Review*. En cuanto al reproche que me hace esta última de generalizar demasiado, lo considero bien fundado. A menudo me vi obligado a hacerlo, para que se percibiera claramente en Europa el carácter general del país que yo quería destacar. *Los Estados Unidos no eran más que el marco; la Democracia era el tema.*²⁵

Debe advertirse, por último, que la excelente *Introducción*

tría! (CARLOS A. ECHÁNOVE TRUJILLO, *La vida personal e inquietud de don Crescencio Rejón*, El Colegio de México, México, 1941, p. 247).

Las ideas difundidas por Tocqueville pronto encontraron aplicación en el proyecto de reformas a la Constitución de Yucatán de 1825 en donde Rejón, miembro de la Comisión redactora... "En vez de reformas... presentó el proyecto de una nueva constitución, en el que se había plasmado todo lo que de más adelantado podía soñarse en México en 1840, aun lo que Tocqueville en su libro genial, había mostrado como excelso patrimonio, hasta entonces exclusivo, de los Estados Unidos de América". *Op. cit.*, p. 253.

Pero sin duda, el impacto más fuerte de Tocqueville en nuestros legisladores, fue la descripción que éste hiciera de la equilibrada división de poderes en el Estado democrático, en la que destaca por su imparcialidad y conocimiento de la Ley Fundamental el poder judicial. En efecto, al poner en manos de éste la salvaguardia de las instituciones democráticas, como máximo intérprete de la Carta Suprema, la Democracia no sólo resolvía el problema del equilibrio de los poderes y el predominio de la Constitución Federal sobre las demás leyes, sino que dicho poder se convertía en el supremo defensor de los derechos individuales —las libertades humanas— fundamentos mismos del sistema.

La influencia de Tocqueville sobre Crescencio Rejón y Mariano Otero, creadores del "Juicio" de Amparo es pues, innegable. Véanse las pp. 255-272 y 415 ss., *Op. cit.* Véase también, "Continuidad del liberalismo mexicano" de J. Reyes Heróles, en *Cuadernos Americanos*, año XIII, No. 4, México, Jul.-Ag. 1954, pp. 167-202.

²⁵ A. DE TOCQUEVILLE, *Oeuvres Complètes*, Tomo VI, p. 301.

y los últimos capítulos de la segunda parte encierran una síntesis muy precisa de los pensamientos claves de la Teoría política de Tocqueville.

UNO de los fundamentos de la ciencia, e ideal eternamente acariciado por el hombre, ha sido el poder adelantarse a su tiempo y conocer de antemano el futuro. Esta idea ha sido no sólo el centro de la ciencia, sino de la magia. Magos, adivinos, videntes —los "científicos" de otras épocas— han derivado su *carisma* de este conocimiento del futuro. Cassirer, en su admirable libro *El Mito del Estado* ha hecho todo el recorrido de la teoría política a través de la lucha del mito contra la razón y nos ha mostrado claramente hasta dónde las creencias a-científicas pueden arrastrar al hombre. Sin embargo, la ciencia, marchando lentamente unas veces, de prisa otras, va realizando el viejo ideal que, separando al hombre de las fuerzas irracionales, lo hace más dueño de sí mismo y de su mundo.

Tocqueville, con el análisis y conocimiento de la ciencia de su tiempo, pudo "prever" con más de cien años de anticipación una serie de acontecimientos políticos de gran importancia, que constituyen uno de los más fuertes atractivos de su obra.

Dichos acontecimientos —la pérdida para México del Estado de Texas, hecho consumado pocos años después de la primera edición de la *Democracia*, y el futuro surgimiento de las superpotencias actuales, los Estados Unidos y Rusia, son para dejar atónito a cualquiera. Sobre todo, si en la observación de dichas "predicciones" nos alejamos del carácter rigurosamente científico en que se basó Tocqueville para hacerlas. La naturalidad con que describiera los futuros sucesos no deja lugar a dudas de su seguridad científica:

Ya se hablado precedentemente de lo que pasa en la provincia de Texas, donde diariamente se introducen, poco a poco, los habitantes de los Estados Unidos, adquiriendo tierras y sometándose a las leyes del país, fundando el imperio de su lengua y de sus costumbres. La provincia de Texas está aún bajo el dominio de México; pero pronto no se encontrarán, por así decirlo, más mexicanos. Cosa parecida sucede en todos los puntos en

donde los angloamericanos entran en contacto con poblaciones de origen distinto.²⁶

De la lectura del párrafo anterior se desprende que para Tocqueville era muy claro que México había perdido dicho territorio, aunque lo poseyera todavía. En él no hay una sola palabra de inseguridad. Todo es afirmación, ruda lógica, ciencia, que sólo esperaba la ratificación del tiempo.

Día llegará en que se podrá ver en América del Norte ciento cincuenta millones de hombres, iguales entre sí, que pertenecerán a la misma familia, que tendrán el mismo punto de partida, la misma civilización, lengua, religión, hábitos y costumbres y a través de los cuales el pensamiento circulará en la misma forma y se pintará de los mismos colores. *Todo lo demás es dudoso, pero esto es cierto.* He aquí un hecho enteramente nuevo y del que la imaginación misma no sabría apreciar el alcance.

Existen hoy sobre la tierra dos grandes pueblos que, con puntos de partida diferentes, parecen avanzar hacia el mismo fin: los rusos y los angloamericanos.

Los dos han crecido en la oscuridad y, en tanto que las miradas de los hombres estaban ocupadas en otras cosas, se han colocado rápidamente en la primera fila de las naciones y el mundo ha sabido casi al mismo tiempo de su nacimiento y su grandeza.

Los demás pueblos parecen haber alcanzado más o menos los límites que la naturaleza ha trazado y lo único que les queda es conservarse; pero ellos están en crecimiento".

Aquí Tocqueville remite a la siguiente nota:

De todas las naciones del Viejo Mundo, es en Rusia donde la población aumenta más rápidamente, en proporción. Los demás pueblos están detenidos y sólo avanzan después de mil esfuerzos; sólo ellos marchan con paso fácil y rápido, en una carrera cuyos límites el ojo aún no sabría distinguir. . .

Para alcanzar su fin, el primero reposa sobre el interés personal y deja obrar, sin dirigirlos, a la fuerza y la razón de los individuos.

²⁶ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, p. . . . (ult. cap. 1er. T.)

El segundo concentra, de cierta manera, en un hombre todo el poder de la sociedad.

Su punto de partida es diferente, sus vías diversas, sin embargo, ambos parecen llamados por un designio secreto de la providencia a concentrar un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo.²⁷

Con estas solemnes, casi religiosas palabras, Tocqueville dio fin a su primer volumen. Si analizamos concienzudamente los párrafos anteriores, podemos obtener algunos elementos metodológicos que pueden ser de enorme importancia.

El "designio secreto de la providencia" no era otro, para Tocqueville, que el crecimiento demográfico. La ciencia de la población fue la que, evidentemente, dio a éste la clave de la interpretación histórica. De esto se desprende una enseñanza de gran significación para los pueblos "subdesarrollados"—concepto que puede ser empleado con la misma validez en la Ciencia económica que en la política—entre los que se encuentran los países iberoamericanos. Es en su crecimiento natural donde un pueblo manifiesta su vitalidad, en donde reside toda su fuerza. Todos los organismos, animales o vegetales, hombres y naciones, tienen etapas históricas sucesivas que recorrer. Etapas que van de la infancia a la vejez. Quitarle a un pueblo su fuerza, impedirle que se desarrolle, que crezca, es como envejecerlo de cuajo, como arrancarlo y borrarlo de la historia. La expansión de Occidente comenzó con la Revolución Demográfica. A partir de entonces, Occidente se desparrama por el mundo:

Se produjo entonces, una verdadera explosión demográfica, cuya presión rompió todos los cuadros de la vida económica del viejo continente. Esta posibilidad de expansión demográfica que ni siquiera se sospechaba en el siglo precedente, es quizás el acontecimiento más extraordinario que haya vivido jamás la humanidad. Es la época en que Europa se lanza a la conquista del mundo, creando su industria y su comercio y apoderándose de los mercados internacionales.²⁸

²⁷ *Ibid.*

²⁸ J. BURGEON-PICHAT, *Encyclopédie Politique de la France et du Monde*, Editorial de l'Encyclopédie Coloniale et Maritime, Paris, 1953, p. 205.

Fue, pues, la Revolución Demográfica la que dio la nueva tónica y nadie pudo impedir a aquellos pueblos la realización de sus ideales, su fortalecimiento, su afán de vivir.

Las cinco partes del mundo han participado en este crecimiento, pero fue particularmente notable en Europa, y en la Europa ultramarina, sobre todo hasta comienzos del siglo.

Desde 1900, la tasa de crecimiento ha tendido a declinar en Europa, Norteamérica y Oceanía; pero en África, Asia y América Central —México incluido— y del Sur, se ha manifestado un aumento del coeficiente de aceleración.²⁰

Los anteriores datos no tienen otro fin que el de probar que la mayor riqueza de los países insuficientemente desarrollados y su principal apoyo para realizar, para *crear* su democracia económica, política, social y cultural reside, muy principalmente —aunque no de manera exclusiva—, en su desenvolvimiento demográfico. Este *precipita* o *sincroniza* el progreso histórico, rompiendo naturalmente las barreras artificiales internas y externas que obstruyen y frustran este desarrollo.

Esta "ruptura natural de las barreras" puede llevarse a cabo de dos maneras distintas: por medios pacíficos o por medios violentos. Sin embargo, los fines son los mismos. Por uno u otro medio a lo que se trata de llegar es a la obtención del modo de vida democrático. El mundo entero contempla en estos momentos este panorama, que se inició, en nuestra opinión, con la Revolución Mexicana de 1910. La Revolución Mexicana fue el primer movimiento popular, en este siglo, que trató de alcanzar por la fuerza lo que por medios pacíficos había por tanto tiempo suplicado. Este movimiento es de fundamental importancia en el estudio de la teoría política, ya que da al concepto de democracia un profundo sentido social, el único que puede tener en nuestra época. A partir de este movimiento, no es difícil entender por qué los países insuficientemente desarrollados, que hoy luchan contra el hambre, encarnan aspiraciones antifeudales —ansia de asimilación al ritmo histórico— y profundamente nacionalistas —entendiendo este nacionalismo en sus dos formas constructivas, económica y política.

²⁰ F. W. NOTESTEIN, "Population —the Long View", Cap. de Theodore Schultz editado por *Food for the World*. University of Chicago Press, Chicago, 1945, p. 32.

Pero la Revolución Mexicana no es más que un retoño de una más vasta revolución, la Revolución Americana, que representa Bolívar. "...jamás nación del mundo, dotada inmensamente de extensión, riqueza y población, ha experimentado el ignominioso pupilaje de tres siglos, pasados en una absoluta abstracción; privada del comercio del universo, de la contemplación en la política y sumergida en un caos de tinieblas. . . todo, todo era extranjero en este suelo. Religión, leyes, costumbres, alimentos, vestidos eran de Europa y nada debíamos ni amar ni imitar. Como seres pasivos, nuestro destino se limitaba a llevar dócilmente el freno que con violencia y rigor manejaban nuestros dueños. Igualados a las bestias salvajes, *la irresistible fuerza de la naturaleza no más ha sido capaz de reponernos en la esfera de los hombres*; y aunque todavía débiles en razón, hemos dado ya principio a los ensayos de la carrera a que estamos predestinados".³⁰

Los países subdesarrollados de América Latina no tienen que temer, pues, al crecimiento demográfico. Será este factor el que muy principalmente contribuya a alcanzar ese equilibrio que el mundo busca desde sus orígenes. Tampoco son de temer sus consecuencias a largo plazo. Ya que, en el momento en que los obstáculos que se oponen a las justas aspiraciones de los pueblos sean eliminados, las nuevas condiciones de vida engendrarán un *incremento progresivo civilizador* que equilibrará la natalidad y la mortalidad y estabilizará —como lo hacía notar hace un siglo el gran de Tocqueville— durante algún tiempo a dichos pueblos, en la historia.³¹

Esta es la lección que debemos extraer de las "profecías" de Tocqueville, cuya actualidad y validez entre nosotros está fuera de discusión. La América Latina, continente con una población de 170 millones de habitantes, con las mismas tradiciones, con un mismo origen, necesita, hoy más que nunca, de la enseñanza democrática. Tocqueville y Bolívar siguen presentes en nuestra América y son pesada carga para quienes tratan, inútilmente, de detener la Historia. Hitler quemó, con muchos otros, un ejemplar de la *Democracia en América* —como

³⁰ S. BOLÍVAR, *Discursos y Proclamas*, Garnier Hermanos, París, 1913, pp. 19-20. El subrayado es nuestro.

³¹ Para una exposición completa de los distintos factores que contribuyen al desarrollo económico véanse, especialmente, los capítulos dedicados a los países subdesarrollados en G. MYRDAL, *Solidaridad o Desintegración*, F. de C. E., México, 1956.

si fuera posible reducir la cultura a cenizas. Hitler, sin embargo, ha muerto y la democracia sigue en pie, sigue siendo el Estado "Ideal", el arquetipo a perseguir, la meta a alcanzar. La rueda de la historia decidirá.

CAMPO Y CIUDAD EN FACUNDO

Por *Alfredo E. VES LOSADA*

Pero el progreso está sofocado, porque no puede haber progreso en la posesión permanente del suelo, sin la ciudad, que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre y le permite extender sus adquisiciones.

D. F. Sarmiento, FACUNDO.

CAMPO y ciudad, civilización y barbarie. Tales los extremos en que se desenvuelve *Facundo*. Y si reducimos el problema a cifra humana, Facundo y Rivadavia. Facundo es el campo, Rivadavia la ciudad. Pero si Rivadavia no es cualquier ciudad —Córdoba, por ejemplo—, sino Buenos Aires, ni Facundo ni Rosas abarcan la totalidad del campo. Hoy como ayer hay dos campos: el del que manda y el del que obedece. Ayer se llamaban caudillo y gaucho, hoy estanciero y peón.¹

De la no precisa pero intuida distinción, nace un cargo gratuito contra Sarmiento, ya que el campo, el campo del gaucho aparecería en su obra identificado con el del patrón (sea caudillo, sea estanciero). Porque si el campo del gaucho no era civilización, tampoco era barbarie.

Córdoba es la ciudad colonial, realista, enemiga de Mayo, aliada natural del campo del caudillo, de los señores estancieros. Buenos Aires es jacobina, exaltada, amiga de lo nuevo, partera de libertades. Con ella estarán los gauchos de los ejércitos libertadores.

La derrota de la ciudad de Mayo, el triunfo coaligado de la estancia, de la ciudad colonial y del gaucho engañado, serán tema principal de la obra facundica, y material que forja la dicotomía que denuncia y explica la historia argentina de en-

¹ INGENIEROS, JOSÉ, *Sociología Argentina*, Editorial Losada, 1946, Bs. As.

tonces acá: civilización y barbarie, campo de los patrones y ciudad de los revolucionarios.

I

LA pampa y los seres que la poblaron no habían sobrepasado la etapa primera, el hecho mismo de la creación. En cierto modo, "todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo".² La llanura era un inmenso cielo-raso verde que al caer dejó al descubierto el artesonado celeste. Sin distancias, donde nada tiene fin porque todo es principio, comienzo. Donde siempre se está en camino. "Es la imájen del mar en la tierra; la tierra como en el mapa; la tierra aguardando todavía que se la mande producir las plantas i toda clase de simiente".³

En una llanura medida por el paso del hombre o el deslizarse de la fiera, la infinitud adquiría categoría física, era hecho incontrovertible, y para hombres y animales, el extenso mar de pastos moría en un lugar fuera de todo alcance, allá donde se derramaba el cielo. Como en el día anterior a la creación, "solamente había inmovilidad y silencio".⁴

El español trajo el caballo y la vaca, y el fracaso del conquistador los aventó por la llanura. El caballo puso en movimiento aquel mundo estático, aquel universo sin llegadas. El caballo fue movimiento y el movimiento vida.

El indígena descubre desde la cabalgadura los límites ignorados de la pampa, los secretos del pajonal, la euforia del galope, el noble andar del caballero. El caballo le otorga leguas, le unge señor de un continente.

Sobre esa pampa, en magnitud americana, se multiplican y desplazan millares de cabezas de ganado cimarrón, para alimento, vestido y casa del indio.

II

Los años trajeron nuevos conquistadores empujados por idénticos eldorados, acuciados por míticas ciudades. Ellos planta-

^{2, 4} Anónimo, *Pepel Vuh*, Fondo de Cultura Económica, 1947, México.

³ Las citas sin individualizar pertenecen a *Facundo*, edición oficial de las Obras de Domingo Faustino Sarmiento, t. VII, 1889, Bs. As.

ron la pica fundadora junto al mar de aguas torradas, contra un horizonte de altas hierbas.

El fracaso minero descubrió la inmensa fortuna pampeana y la nueva empresa movilizó poderes, influencias, leyes.

Todo se hizo conforme a la ley. Las tierras las repartió el Rey; el ganado lo multiplicó la naturaleza y lo adjudicó el Rey; al indio lo distribuyó el Rey (aunque algunos repartos quedaron en el papel).

El indígena de la llanura no conoció la vida organizada del imperio incaico. Era hombre de costumbres primitivas, guerrero. Pisaba los umbrales de la barbarie. Un salvaje a quien el caballo hizo irreductible.

El indio es por años el enemigo, el único enemigo. Hay que disputarle a punta de lanza y pólvora las tierras que prometen los pergaminos; hay que arrancarle el ganado que considera propio. El indígena del llano vive sobre el caballo y su lanza es prolongación natural del brazo. No hay jinete que lo iguale en el mundo, ni ser que conozca la pampa como él la conoce.

El indígena está en los minutos del jinete solitario, en las horas y días de la tropa de carretas. "Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo oscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algún caballo que está inmediato al fogón, para observar si están inmóviles i negligentemente inclinadas hacia atrás".

III

GARCÍA dirá respecto al gaucho, que "su sensación es que la Pampa y sus numerosos rodeos pertenecen a todo el mundo, un don de Dios del que usa paseando sus tropillas, carneando cuando tiene hambre, levantando un rancho donde quiere, con o sin permiso del dueño".⁵

No podría ser de otro modo. La llanura se tiende a los cuatro rumbos, colmada de peligros, abierta al coraje, recorrida por millares de animales que esperan dueño. La tierra tiene una extensión que aniquila toda medida de propiedad y cada jinete

⁵ GARCÍA JUAN AGUSTÍN, *La ciudad indiana*, Edición Claridad, Bs. As.

se siente dueño por el sólo hecho de montar. Existe un condominio tácito.

Mestizo, nacido de español y de india, rechazado por el padre, despreciando a la madre, busca en la pampa una válvula a su inferioridad social, como una manera de escapar al estigma de no ser nada, de estar al margen de la sociedad del blanco —que es la que vale—, de huir de la presencia de la madre. "Corriendo la suerte de la miseria y del desprecio, reconocido o no, estaba más cerca de la naturaleza que de la civilización, y siempre habría de abominar del pasado y abalanzarse al futuro, derrumbándolo todo, para vengarse del estigma de su origen".⁶

Por otra parte, a manera de contrafigura, elevará a categoría de virtudes los vicios y cualidades nacidos de su vida nómada. No conocerá la compasión, que es sentimiento de flojos y de mujeres; la debilidad merecerá su desprecio. La medida del hombre la darán el facón y la cabalgadura. Todas las mujeres serán para él lo que su madre fue, un ser inferior destinado a satisfacer las pasiones del macho. "Ni yegua ni mujer se llevan al pueblo; ambas encierran un tabú sexual, despectivo".⁷

El coraje no será para el gaucho tanto un culto como una necesidad disfrazada. La pampa le enseña que solamente sobrevive el más hábil, el más fuerte, el mejor jinete. No es tierra de varones débiles, indecisos. Cada jinete sabe bastarse a sí mismo, de él y de su caballo dependen vida y libertad. Es tierra de hombres para hombres. El gaucho "estimaba en el carácter, en las cosas, en el lenguaje, en las actitudes, la calidad de *macho*".⁸

Cuando no es el indio, es el tigre, o la víbora, o la trampa que tiende la vizcachera a las cabalgaduras. Todo es peligro en la llanura, todo es un esquivar la muerte en los pajonales.

Lógico es entonces que una vida edificada en el peligro y en el desprecio a la muerte —coraje es certeza de finitud—, establezca las jerarquías sobre una técnica y una ciencia silvestres, naturales, en las que la destreza y la fuerza digan la última palabra.

¿A quién recurrir si no a la velocidad del flete que pone distancias a la partida o al indio? ¿O a la esgrima del facón, que dirime honras y mata reputaciones? ¿O a la violencia que impone órdenes? ¿O al robo del ganado como reivindicación

⁶, ⁷, ⁸ MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL, *Radiografía de la pampa*, Editorial Losada, t. I, 1942, Bs. As.

de derechos? "Así es como en la vida argentina empieza a establecerse por estas peculiaridades el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites i sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas i sin debate".

El escenario bárbaro dictará leyes bárbaras.

IV

LA demanda exterior y la manera primitiva, bárbara, en que se realizó la matanza de animales, acabó por disminuir a cifras alarmantes el ganado cimarrón. En poco tiempo, los hombres del llano estuvieron en vías de agotar lo que pareció riqueza interminable.

La tierra distribuida bajo la forma de "suertes de estancias" permitió reestructurar el régimen y sostener el privilegio. La estancia suplirá la merma con ganado propio, criado y marcado. Lo que hasta ayer fue libre empresa de hombres bravos, será ahora un derecho reservado a unos pocos, legalmente protegido, y quien ponga el cuchillo o la lanza sobre un animal, habrá roto las tablas de la ley. El abigeato abrirá los caminos de la persecución y el castigo.

El indio será salvaje sin esperanza de remisión, puesto que no conoce los títulos del Rey, no respeta marcas, invade fundos legítimos, y pretende sostener a punta de lanza los desgastados títulos de primer ocupante.

El gaucho ayudará al estanciero en la lucha con el indio, aunque el saldo no lo favorezca.

Al estanciero no le basta tener influencias y dinero que posibiliten la adquisición de tierras liberadas de los compromisos que la ley prescribe para las extensiones menores. No le bastan los fortines que se interponen entre sus establecimientos y las lanzas del indio. No le bastan las seguridades de una ciudad que le guarda las espaldas y una Metrópoli lejana, dispensadora de mercedes y favores.

El estanciero aplaude a los hombres de Mayo, nucleados en torno a Belgrano y a Moreno, porque derriban las barreras económicas y abren la pampa al comercio del mundo. Derriba a aquellos hombres cuando descubre que quieren llevar la Revolución a últimas consecuencias. Levanta y comanda el gaucho constituido en montonera, para someter el progreso y

asegurar la regresión colonial. Por fin un patrón criollo luego de tantos patrones godos:

¿Cómo detener al gaucho depredador que no respeta marcas ni mojones? ¿Cómo explicarle que la revolución se hizo para mayor gloria de la estancia argentina? ¿Que los gauchos pelearon hasta colmar el interés del nuevo patrón?

Hacen falta muchas cosas para iniciar a un pueblo en semejante pedagogía. Se necesitan leyes, policía, ejército.

Ley. (Dóciles legislaturas movidas por el miedo, aunque las más de las veces por el común interés de propietarios y de saladeristas que ocupan los escaños.)

Policía. (Un cuerpo que haga de la tortura y de la muerte una fiesta de aquellarre.)

Ejército. (Masas comandadas por jefes que tendrán por premio las tierras de los derrotados.)

La ley necesita votos, la policía canallas, el ejército soldados. La guerra del indio, la guerra civil, la guerra exterior devoran hombres y más hombres. Millares de hombres. Hombres que están en el campo, repartidos en la llanura.

Y Argentina vuelve al Medioevo. Rebrotó en el Plata la servidumbre. La ley de conchavo divide la República en dos categorías: los propietarios y los que trabajan para los propietarios. La papeleta de conchavo otorgada por el Juez de Paz, vigente por tres meses, acredita al portador su condición de siervo.

Quien no sea patrón, quien no trabaje en estancia, cae fuera de la ley. El delito lo pagará trabajando dos años en una estancia o sirviendo cinco en fronteras o en un cuerpo de línea.

El régimen tiene ya el resorte, la máquina de hacer esclavos. O muertos.

La estancia escinde a los argentinos en propietarios y no propietarios. Los patrones serán dueños de sus tierras, de sus ganados, de sus hombres, del país. Quien se resista caerá bajo la cuchilla de la Mazorca o bajo las lanzas de los cuerpos de línea, y si es de pobre condición, acosado por el hambre, aceptará cualquier cosa a cambio de la papeleta salvadora. El destierro en el desierto si es de carácter rebelde. Si es de condición principal, el destierro o el degüello.

La tierra es eje del sistema. El caudillo es señor de haciendas y señor de tierras. Su provincia es su feudo. Por eso le titulan Gobernador-propietario. Cuando Rosas ve invadida su provincia y carece de fuerzas, paga con ganado su rescate.

Cuando Rosas premia a sus huestes les entrega tierras. Cuando el enemigo en fuga o decapitado es rico, se le confiscan sus bienes. Tierra y ganado.

Montevideo es peligroso por sus saladeros y como salida natural de los productos de la mesopotamia argentina, que ve cerrados sus ríos por Buenos Aires. Los emigrados constituyen peligro menor.

La guerra exterior con Inglaterra y Francia no es otra cosa que el reflejo nacional de la lucha de dos imperialismos que procuran el monopolio comercial rioplatense. Inglaterra en Buenos Aires, Francia en Montevideo.

Cuando el Litoral se levante y derroque al tirano Rosas, cuando los emigrados argentinos, los uruguayos y los brasileños acudan al llamado, lo harán en torno a la bandera de un ex-rosista, el gobernador-propietario de Entre Ríos, el estanciero más poderoso, el comerciante e industrial más rico. Es el estanciero Urquiza, acorralado por la mezquindad y rapacidad de Buenos Aires, quien triunfa sobre el estanciero Rosas.

Cuando Echeverría anticipa en diez años que Urquiza será el brazo vengador, es porque conocía, como Sarmiento, que los motivos están *en las cosas*, ya "que los personajes políticos traen su carácter i su existencia del fondo de las ideas, intereses i fines del partido que representan".

V

EL poder del patrón, del propietario de estancia, tiene dos caras, perfila dos actitudes, una para el campo, otra para la ciudad. Cada una deberá servir los intereses de aquél, y si las imágenes difieren, el resultado final será el mismo.

Para el gaucho se hizo el capataz y el Juez de Paz. Y la partida, que es el brazo armado de la justicia.

El capataz es la voz y la orden del patrón, el brazo ejecutor. Su autoridad es omnímoda, y el que pretenda reclamo deberá aceptar la suprema apelación del cuchillo. No hay otro tribunal de alzada. La libertad natural del criollo, su irreductible independencia, su innato desamor por la autoridad, choca con este primer obstáculo. La solución se bifurca en sometimiento o muerte.

El estanciero necesita una masa rural amorfa, que colabore en las tareas de la yerra y del rodeo, y que durante el resto

del año viva de la limosna del señor, que debe agradecerse con lágrimas y bendiciones. Atados a la tierra, servirán a su dueño en la paz y en la guerra. Los enemigos del patrón serán sus enemigos.

El capataz estará destinado a reducir por la fuerza y el terror la altivez del gaucho y pondrá al servicio de su traición, la brutalidad y la pasión del renegado. Reclutado entre los más guapos, liberado de sus cuentas de sangre, transformado en pequeño y torvo mandamás, asegurará a la estancia la necesaria cuota de hombres.

El retrato que de él deja Sarmiento es perfecto: "A la menor señal de insubordinación, el capataz enarbola su *chicote* de fierro, i descarga sobre el insolente golpes que causan contusiones i heridas; si la resistencia se prolonga, antes de apelar a las pistolas, cuyo auxilio por lo jeneral desdén, salta del caballo con el formidable cuchillo en mano, i reivindica bien pronto su autoridad por la superior destreza con que sabe manejarlo".

Más allá del capataz, barrera visible, neta materialización de la autoridad, comienza la menos notoria de la ley, aunque idénticamente eficaz. Su ejecutor es el juez de paz.

El juez de paz no aplica la ley vigente, hace la que aplica. No tiene otra guía que el interés personal; su nombre y reputación no busca autoridad moral nacida de fallos justos, ya que la arbitrariedad y el terror son las trompetas que propalan su fama; ante su estrado la justicia no es ciega, sino despierta y avisada. El interés del estanciero no puede ceder al derecho del gaucho, y la sentencia reconocerá que la equidad no es de este mundo, ni está en manos del juez enmendarla.

Es la arbitrariedad y el escándalo transformados en normas de derecho, la misión del juez desnaturalizada, la justicia salida de cauce. La institución del juez de paz sirve los designios del sistema. Todo argentino sabrá que la justicia sirve al poderoso y que así ha sido siempre; que toda rebeldía es locura y más vale procurar protección y amparo del que manda (aun a precio de servidumbre); que la sentencia es expresión jurídica de la ley que los gauchos ven cumplir en la llanura bárbara: la ley del más fuerte.

"La conciencia de estos medios ejecutivos, i lo arbitrario de las penas, forman ideas en el pueblo sobre el poder de la *autoridad*, que más tarde vienen a producir sus efectos. El juez se hace obedecer por su reputación de audacia temible, su au-

toridad, su juicio sin formas, su sentencia, un *yo lo mando*, i sus castigos inventados por él mismo".

VI

EL sistema culmina en la figura del comandante de campaña. Surgió de las filas de los hacendados, o en camino de serlo. Representa los intereses del estanciero. Su misión será la de apuntalar el régimen, dotándolo de los elementos de fuerza que aseguren estabilidad y duración. Tiene bajo su mando la monotonera primero, la tropa de línea después, ya que bajo el proceso de la dictadura, las formas amorfas y desdibujadas de raigambre popular se canalizan en estructuras sólidas y delineadas. Ejército, espionaje, persecución política. Todo debe ser perfecto para que la pirámide jerárquica no muestre grietas.

Cuando Facundo regresa a La Rioja con el prestigio de la hazaña de San Luis, lavada ya su mancha de desertor de los ejércitos libertadores, "los partidos que dividían la Rioja no tardaron mucho en solicitar la adhesión de un hombre que todos miraban con el respeto i asombro que inspiran siempre las acciones arrojadas". Y no pasa mucho tiempo sin que el bando en el poder le otorgue el "título de sargento mayor de las milicias de los Llanos, con la influencia i autoridad de *comandante de campaña*".

Ya tiene Facundo al pie en el estribo. Ya es comandante de campaña. Lo demás vendrá con el tiempo. Cuando Sarmiento escriba su vida podrá decir: "Facundo posee la Rioja como árbitro i dueño absoluto, no hai más voz que la suya, más interés que el suyo".

Sin embargo, esa voz y ese interés de Facundo no atacarán el privilegio del estanciero ni el de la Iglesia, para favorecer las famélicas mesnadas que se lanzaron a los campos para reivindicar derechos. Nunca su lanza parcelará estancias para entregarlas a los llanistas, nunca su espada se alzará contra los privilegios temporales de la Iglesia.

Facundo distinguirá perfectamente, aun en sus extravíos de señor absoluto, dónde comienza y dónde termina la misión del comandante de campaña, propietario de nueve provincias. Ni él ni ningún otro caudillo traicionarán el clan a que pertenecen. La muy noble orden de los estancieros.

VII

ESSE universo que hemos denominado *campo* "es un orden de cosas, un sistema de asociación, característico, normal, único, a mi juicio, en el mundo". El elemento humano, fundido en la naturaleza, constituido en sociedad que apenas ha superado las exigencias del nomadismo alrededor de la pulpería, de la estancia y del fortín, y el elemento económico, representado por una riqueza que necesita la baquía y el coraje gaucho para la empresa ganadera, se juntan y se funden bajo la hegemonía del caudillo.

Es el caudillo quien canaliza la pasión libertaria del gaucho, su odio al orden y a la Ley, a todo lo que represente autoridad, a una autoridad que parcela la pampa, como quien pretendiera lotear el cielo. El gaucho ha sentido y vivido esa llanura, y cuando debe elegir entre el estanciero cruel, rapaz, y el caudillo sangriento, pero que visten sus ropas y hablan su idioma, y el hombre de la ciudad que viste como extranjero, dice cosas extrañas y no sabe domar un potro, poco cuesta predecir el resultado. Enfiteusis, puertos, canales, educación popular, industrias, son palabras huecas, más descarnadas que las osamentas que jalonan las rastrilladas.

Frente a ese mundo salvaje, empapado aún en los olores de la creación, se yerguen las ciudades. La ciudad es la antípoda del campo. En la ciudad, la ley del más fuerte, el rústico juicio de Dios que dirimen los facones, desaparecen bajo la jurisdicción del juez, la sangre se torna tinta, las maldiciones, los vivos y los muertos ceden lugar a la precisa terminología jurídica. El comercio y la industria buscan nuevos horizontes, ávidos por ensanchar esferas de influencia, por acortar la pampa, por acercar a los hombres dispersos y nuclearlos en las huestes de un ideal económico que se injerte en otro orden de cosas, en una cultura que ilumine aquella existencia bárbara, de una forma de vida que haga del hombre un ciudadano con derechos y con responsabilidades, con un claro concepto del progreso y del futuro político y económico del país. La ciudad pretende traer Europa, la Europa del siglo XIX y "vaciarla de golpe en la América, i realizar en diez años la obra que antes necesitara el trascurso de siglos".

La victoria de la ciudad debía cumplirse sobre la modificación del campo. La llanura ya no sería dominio de unos pocos señores, donde el gaucho vivía una vida sobresaltada

y libre (en la medida que libertad signifique dejar al azar la elección de la puerta que lleva al otro mundo). El inmigrante europeo, la agricultura, la explotación racional y científica del ganado, la escuela rural, la minería, importaban un cambio radical, un ideal de alambrados y de chimeneas, de *farm-houses*, hasta una alteración del régimen alimenticio. En la pampa se desconocía el pan, las hortalizas (excepto en los establecimientos anglosajones), las aves domésticas. Significaba, también, la quiebra del monopolio de la estancia y del saladero.

Todo el campo se levanta contra la ciudad. El caudillo porque la civilización es enemiga de la arbitrariedad y del robo desde la función pública. El estanciero porque mira sus intereses en peligro. El gaucho que se resiste a ser civilizado, a iniciarse en un vida que lo eleve por sobre el horizonte del indio y lo restituya a la sociedad, curando sus cicatrices de fronterizo.

VIII

Como hay dos campos, el del gaucho y el del patrón, hay también dos ciudades. Córdoba y Buenos Aires.

"En las ciudades había libros, ideas, espíritu municipal, juzgados, derecho, leyes, educación, todos los puntos de contacto i de mancomunidad que tenemos con los europeos; había una base de organización". Pero las diferencias entre ciudad y ciudad no son de matiz, ni de superficie, se trata de algo más profundo, más hondo. Ambas se asientan en suelo americano, viven y mueren cada día bajo un cielo que descubrieron los conquistadores, pero las raíces no se hunden y arraigan en la tierra argentina, no se detienen, siguen de largo, atraviesan el mar y bifurcan sus destinos. Córdoba buscará savia en España, en "la España de la Edad Media"; Buenos Aires, en Francia y en Inglaterra.

Por eso "la revolución de 1810 encontró en Córdoba un oído cerrado". La ciudad cordobesa era un pedazo de España, de la España de Fernando, nunca la España de las Cortes de Cádiz o de Riego. En cada cuadra "hai un soberbio convento, un monasterio, o una casa de beatas o de ejercicios. Cada familia tenía entonces un clérigo, un fraile, una monja, o un corista; los pobres se contentaban con poder contar entre los suyos un belemita, un motilón, un sacristán, o un monacillo".

Conventos y monasterios tienen esclavos que trabajan para mayor gloria de Dios "i provecho del convento".

Tiene Universidad fundada en 1613 donde se enseña Teología, donde toda ciencia se reduce a la escolástica medieval. "Es un claustro en que se encierra i parapeta la intelijencia contra todo lo que salga del testo i del comentario".

No hay teatro (San Juan tuvo uno con compañía permanente de actores), no había diarios. "La imprenta es una industria que no ha podido arraigarse allí".

Por otra parte, una economía doméstica y artesanal, una aduana seca en el nudo de los caminos nacionales, vieron venir desde Buenos Aires la marea del comercio libre. La civilización arruinaría la industria cordobesa. Las telas y los artículos de ultramar no tendrían rival y la mano de obra local enfrentaría problemas de hambre. Hombres principales y hombres de humilde condición jamás entenderían el mecanismo que hizo de Inglaterra y Francia las grandes potencias del siglo. Una teoría económica, un país lejano, nunca podrían hacer tanto daño. El mal debe andar más cerca. Personificado.

Buenos Aires está en la antípoda cordobesa. Es revolucionaria, cree en el progreso, en la ciencia, que es religión del siglo XIX, en la verdad de las palabras del Himno. La derrota del inglés, la constitución de los primeros gobiernos patrios, la apertura del puerto al comercio libre, la riqueza que fluye a la Aduana porteña, son factores que hacen de la capital del Plata cabeza arrogante de un cuerpo que todavía no ha decidido cuál ha de ser su cabeza.

Buenos Aires levanta ejércitos, organiza autoridades, impone instrucciones, pretende imponer creencias. Y Rivadavia es el hombre de Buenos Aires, la encarnación de ese espíritu.

"Rivadavia viene de Europa, se trae a la Europa; más todavía, desprecia a la Europa; Buenos Aires, i por supuesto, decían, la República Argentina, realizará lo que Francia republicana no ha podido, lo que la aristocracia inglesa no quiere, lo que la Europa despotizada echa de menos. Esta no era una ilusión de Rivadavia; era el pensamiento jeneral de la *ciudad*, era su espíritu, su tendencia".

Buenos Aires pretende ser algo más que un gran emporio comercial, más que un centro de exportación de frutos-del-país, la puerta por donde la industria moderna derrama sobre el país los primeros excedentes manufacturados. Aspira a ser París en

América, por su cultura, por sus artistas y sabios, por la gracia de sus mujeres y la finura de modales de sus hombres.

Sus planes sobre el país no son menos grandiosos. Sin consultar a nadie, sin preguntar a las provincias, sin indagar sus necesidades, decide una vasta empresa de europeización del interior, empezando por su propia provincia. "Seguridad individual, respeto a la propiedad, responsabilidad de la autoridad, equilibrio de poderes, educación pública", libertad de cultos, son los jalones que preparan el camino para la emigración europea que, desviada de Norteamérica, verá en Buenos Aires y en Argentina un oasis de paz y de trabajo, de respeto a la ley, faro de cultura y de tolerancia.

Buenos Aires y Córdoba simbolizan dos mundos. Uno está en vías de desaparecer, otro, naciente, pleno de fuerza y de confianza. Podrá aquél demorar la derrota, pero el tiempo impone etapas inexorables a la Historia. "No sé si en América se presenta un fenómeno igual a éste; es decir, dos partidos, retrógrado i revolucionario, conservador i progresista, representados altamente cada uno por una ciudad civilizada de diverso modo, alimentándose cada una de ideas extraídas de fuentes distintas; Córdoba, de la España, los concilios, los comentadores, el Dijesto; Buenos Aires, de Bentham, Rousseau, Montesquieu, i la literatura francesa entera".

IX

CAMPO y ciudad. Campo del gaucho y campo del estanciero (para no hablar del campo del indio). Ciudad reaccionaria y ciudad revolucionaria. Córdoba y Buenos Aires.

Ni todo campo era del gaucho ni toda ciudad era Buenos Aires.

"La revolución, escepto en su símbolo exterior, independencia del rei, era sólo interesante e intelejible para las ciudades argentinas, estraña i sin prestigio para las campañas". Y cuando en Buenos Aires comienza la revolución "todas las ciudades del interior respondieron con decisión al llamamiento".

Hasta 1810 dos sociedades se enfrentan. "Distintas, rivales e incompatibles; dos civilizaciones diversas: la una española, europea, civilizada, i la otra bárbara, americana, casi indijena; i la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de

móvil, para que estas dos maneras distintas de ser de un pueblo, se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen”.

Ese enfrentamiento y esa lucha muestra la alianza del gaucho, de la ciudad colonial y del estanciero bajo la férula del caudillo con jinetas de comandante de campaña, para abatir y sojuzgar a Buenos Aires y a las demás ciudades que representaban el espíritu del siglo, el progreso, el afán de hacer de un pueblo de nómades una nación industriosa, educada y responsable. Alianza que pretendió y obtuvo el aplastamiento de formas avanzadas de cultura y el archivo de los grandes proyectos, las vastas empresas de colonización.

Estancia y saladero triunfan deteniendo la hora argentina durante un largo período. El gaucho fue burlado una vez más, apoyando una causa innoble y sucia, que le fue presentada como propia; el sacerdote debió santificar privilegios y poner púlpito y altares al servicio del régimen; colegios y centros de enseñanza cerraron las puertas; los campos de batalla ofrendaron festines a las aves de presa.

Sobre la sangre, el dolor, la miseria y la incultura de un pueblo, se mantuvo el privilegio de los barones de la pampa. Y al fin, el “gobierno central, unitario, despótico, del *estanciero* don Juan Manuel de Rosas, que clava en la culta Buenos Aires el cuchillo del gaucho i destruye la obra de siglos, la civilización, las leyes i la libertad”.

X

“LA República era solicitada por dos fuerzas unitarias: una que partía de Buenos-Aires i se apoyaba en los liberales del interior; otra que partía de las campañas, i se apoyaba en los caudillos que ya habían logrado dominar las ciudades; la una civilizada, constitucional, europea; la otra bárbara, arbitraria, americana”.

Sarmiento no pudo ser más claro y preciso. Si las ciudades representaban lo nuevo, el espíritu del siglo, la aspiración a un mundo mejor, el caudillo y no el gaucho era cifra y expresión de la campaña, porque la campaña significaba tierras y vacas y las vacas y las tierras eran el estanciero. Cuando Sarmiento señaló agudamente la existencia de dos ciudades diferentes, no hizo lo propio con la campaña (gaucho y estanciero), por estimarlo sobrentendido.

Campo y ciudad, barbarie y civilización. Dos líneas tendidas frente a frente, en perpetua batalla. De ahí la actualidad de *Facundo*.

Mientras el campo siga siendo del patrón, mientras el peón de hoy, como el gaucho de ayer, sea dato estadístico, sin voz ni voto, la ciudad reaccionaria de los concilios, los comentaristas y el Digesto irrumpirá en la ciudad revolucionaria que aspira cumplir el ideal echeverriano de *Mayo-Progreso-Democracia*. Y presenciaremos el nuevo desencuentro del peón, del obrero y del intelectual.

Sarmiento, llevado de la mano por Echeverría, descubrió la solución, dónde estaba el camino. En esa misma sociedad convulsionada que ya vislumbraba los resplandores de Caseros.

Córdoba, monacal, artesana, replegada sobre sí, sacude su sueño medieval y su juventud, combatirá contra Facundo en La Tablada, y la población toda acabará apoyando la obra de Paz. "Los doctores como los jóvenes, el clero como las masas, aparecieron unidos bajo un solo sentimiento, dispuestos a sostener los principios proclamados por el nuevo orden de cosas".

El terrible virus de la guerra ha derribado murallas, combatido regionalismos, superado rencores locales. "La guerra civil ha llevado a los porteños al interior, i a los provincianos de unas provincias a otras. Los pueblos se han conocido, se han estudiado, i se han acercado más de lo que el tirano quería; de ahí viene su cuidado de quitarles los correos, de violar la correspondencia i vijilarlos a todos. La *unión* es íntima".

XI

TAL es la lección de *Facundo*. Por eso se ha explotado aviesamente la concisa fórmula sarmientina de *civilización y barbarie*. La civilización estaba en la ciudad revolucionaria y a favor del campo del gaucho (aunque éste tardó en descubrirlo) y la contrarrevolución estaba en la facción ciudadana de espíritu fernandino y en la estancia.

"Existían antes dos sociedades diversas, las *ciudades* i las *campañas*; echándose las *campañas* sobre las *ciudades* se han hecho ciudadanos los gauchos i simpatizado con la causa de las *ciudades*".

En sus grandes crisis de crecimiento, Argentina ha debido dilucidar y superar antagonismos como el expuesto. Y los ar-

gentinos de todos los tiempos deberán advertir de una vez para siempre la gran lección del sanjuanino: que en ambos bandos hay revolucionarios auténticos y que en ambos bandos se anida la triación restauradora.

"La lucha de las campañas con las ciudades se ha acabado; el odio a Rosas ha reunido a estos elementos; los antiguos federales i los viejos unitarios, como la nueva jeneración, han sido perseguidos por él i se han unido", y por caminos de paz y de reconstrucción, "dando a cada uno su derecho i marchando por las mismas vías de conciliación i orden en que marchan todos los pueblos cultos", los argentinos verán brillar sobre sus cabezas el sol de Mayo.

Dimensión Imaginaria

POEMAS DEL HOMBRE

Por *Carlos SABAT ERCASTY*

EN este día edénico, ahora mismo, cuando los colores del cielo y de la tierra parecen cantar el amor eterno de las cosas, marchó con una confianza nueva, dueño del Universo, anterior al primer hombre y a la primera mujer.

Acaban de subir los árboles sobre la Tierra desnuda. En los bosques ardientes se oyen las músicas de las flores que van abriéndose.

El pecho del mar ríe en el viento de la primavera. Todas las cosas se desean, y se buscan, y se tocan, hasta fecundarse.

De pronto el planeta se llena de vibrantes cantos, nunca oídos. La música vuela en la espesura de los bosques. La Tierra viva ha dado forma a la garganta de los pájaros. El amor enardece las nunca escuchadas melodías del amor.

¡Qué fresca, qué nueva, qué incesante parece la estrella de los hombres!

Sólo las fuerzas mágicas de la creación juegan en tu pecho y en tu vientre, ¡oh astro femenino!

El amante inmenso, todo de dardos de oro y de lluvias de fuego, allá, en lo alto, con su ojo genésico, contempla las germinaciones de la estrella nueva.

Y más lejos, en la esfera sideral de los arquetipos, los grandes pensamientos, la mente germinal, el emanador de las formas, el oculto, el invisible, el que desprende la eternidad y la distancia, el que une por debajo de las cosas todo lo que parece distinto, el esencial, el inmortal, el que no es acaso más que mi propio sueño y mi propio deseo, se diría que también, desde sus profundidades, goza la vida de la Tierra.

Late en las entrañas del mar la sinfónica embriaguez de las imágenes y de las fuerzas.

¡Cómo me remonto ahora, llevado por los libres anhelos y los amores candorosos!

La montaña se ha cubierto de una sensible felpa, toda viva y verde, piel multicolor de flores.

Han nacido las hierbas pequeñas. Sus invisibles raíces hacen temblar de gozo, en tanto la beben, a la gigantesca montaña maternal y dulce.

Hasta la piedra siente la caricia de los seres recién creados, y tiembla mientras exprime las húmedas honduras envuelta en las bocas de las raíces incontables.

Hay como ángeles de un amor divino que vienen a jugar con las flores de la Tierra. Todo se va, todo se rinde. ¿No está vivo el astro?

Entre tanto, los seres van creando las semillas de los seres. He aquí la cadena, he aquí la inmortalidad, he aquí la juventud...

El mundo ha resuelto su ser renovando sin fin su propio ser.

Es hermoso desprenderse de la semilla, amar para la semilla, nacer para la semilla, morir para la semilla.

Una fuerza inmensa y pura pasa a lo largo de todos los cuerpos. Es el Gran Ser gozoso de viajar en su infinita variedad.

La vida estaba en el fuego y estaba en la piedra, y avanzó como un canto, emanando de sí misma la sinfonía de las formas.

La fiera y la hierba no saben casi que son ellas; una crece inmóvil en su inocencia, otre corre inmóvil en su inocencia.

¡Es la mañana del mundo!

Ahora he imaginado un hombre anterior a los hombres. De haberlo soñado, ya soy yo mismo ese mágico sueño.

Me traslado, fugo los siglos hasta volar por la primavera

del mundo. ¡Qué alivio de mí mismo! ¡Qué ligereza de instinto y de corazón!

Renazco en el límite del animal y del hombre. Mis ojos ven y saben un mundo prodigioso. Todavía no tengo las palabras, y los actos me saltan de los deseos.

El cielo y la Tierra, y todas sus formas, parten de mí.

¡Qué hermosa esta fresca montaña que ven mis ojos, que no la piensa mi frente, que mis labios no la nombran! La montaña y yo, casi iguales... ¿Imagináis ese goce?

Pasa un águila sobre mis ojos. Levanto los ojos. La temo y la admiro. El hombre ha visto por vez primera a la reina de las aves.

¡Es magnífica! Su vuelo, el orgullo. Su pico, la salvaje alegría. Su aletazo, el desafío y la potencia. Sus pupilas, el frío imperial. Sus garras, el goce dominador. Su pecho, la proa viva en las distancias sometidas. Su voluntad, la llama.

Dueña del aire, me mira y la contemplo. Nos desafiamos, nos tememos. Se aproxima, mide mi energía y mi altura. Se aleja luego. Acaso ha comprendido lo que yo mismo no sé todavía. Se asombró de verme recto sobre las cosas, en mitad de la montaña.

¡Qué bello y qué terrible debo de haber sido para ella!
Yo, el primer hombre, recto en medio de la cumbre.

La mirada de la inteligencia quebró a la mirada del instinto.

Entre tanto, el águila, pulsante flecha de la Tierra, como desprendida por la curva misma del astro, más alta ya que mi

montaña, vuela, majestuosa y profunda, y sus pupilas se embriagan en un azul infinitamente gozoso.

Yo no comprendo nada. Son nada más que mis ojos tenaces los que la siguen. ¡Qué embriaguez, qué deliciosa melodía en la curva gigantesca!

Vuelo con ella, soy el inocente espejo de la creación. Aún no me he desprendido del océano de los universos.

Estoy lleno de imágenes sagradas. Yo mismo, de pie y profundo, raíz y flor de la vida, recto y mudo, soy sagrado para todas las cosas.

Estoy en el centro mismo de todos los seres. Los animales de la selva, ocultos, me miran pasar, y en sí mismos parecen señalarme como si comprendieran lo que yo no sé todavía.

¡Ah, es que nadie ha levantado tanto la frente sobre la Tierra, como el hombre!

Su cabeza está colocada sobre su cuerpo como el cielo sobre el astro.

Pronto una hondísima noche me extasiará con las estrellas de la música.

Mis ojos no están más inclinados hacia la Tierra que hacia el Azul. Aparezco ante todos los seres como desprendido casi de la materia.

La serpiente ha huído. El león no avanza. El águila voló. El pájaro desvía su vuelo.

¿Qué enigma existe en ese enigma? De pronto he visto el Sol, he visto la tierra, he visto el árbol.

Mi garganta está llena de signos prodigiosos, no revelados aún. Las cosas están en la música de mi boca, más en silencio.

¿La voz del hombre cerrará el Universo en las modulaciones de su canto? ¿Hablaré, y el Verbo recreará la creación? ¿Me prolongaré, infinito, en mi propia música? ¿El cosmos

será duplicado en la emanación de mi alma? ¿La palabra será la imagen de todas las cosas?

Sí, habrá dos mundos, el que crece fuera de mí, el que crece dentro de mí, y en mi Verbo realizaré la unión de los dos mundos.

Avanzo lleno de signos y de claves prodigiosas, mas en silencio. Pronto el infinito cósmico danzará en el infinito de la voz.

Aquellos grandes sueños, la mañana, la aurora de los hombres, el corazón, caliente y roja fruta del árbol de la vida, el pecho, respirando hasta el fondo la juventud del astro, los ojos, bebiendo los colores vírgenes de las montañas y de las selvas, el cráneo, campana de oro de la creación, eco de las imágenes, la boca de púrpura, subiendo los ruiseñores y las alondras del canto. . .

¡Qué inmensas lecturas, qué abecedario vivo, qué viento de música!

La frente nueva no sospechaba aún que lo verdadero está siempre oculto. Las envolturas de la Naturaleza eran su espléndida, su poderosa verdad.

La Tierra no era más que la túnica de su propia belleza ¡Oh, inocencia divina! El hombre era profundo, pero no pensaba su profundidad.

Ebrio de colores, embriagado de luz y fuerza, con el resplandor de su inocencia diáfana, desafiante y temerario, con el egoísmo y el fulgor de los leones y los toros, el hombre ardía en la danza de los deseos y de las posesiones.

Y estaba abrazado a la Tierra como a una amante cósmica. Su nariz respiraba, sedienta, los olores de la creación. Desde lejos, los ríos lo atraían con sus frescas emanaciones. Dentro de las aguas, su cuerpo era fuego y júbilo.

Con el oído sobre el piso del mundo, escuchaba las carreras ardientes de los potros jamás domados.

Sus ojos astutos petrificaban la mirada de las serpientes.

Apoyado en el árbol, lo sentía vivir por el tacto sagrado de la materia.

No había palabras. No pensaba. No reía casi. No sabía llorar. Su pecho era la caverna del rugido, del clamor, de los salvajes aullidos.

Su paso elástico trazaba caminos sin memoria. Olvidaba los días, se desprendía de los años, medía el tiempo por el hambre, por la cópula, por el sueño.

Caminaba descubriendo horizontes nuevos en un astro todavía sin contemplar.

No pensaba las cosas, las abrazaba enteras con sus sentidos. Colocaba en las cunas de alma todas las cosas niñas que robaba a su estrella.

Y esas mismas cosas eran enteras, no se podían pensar, había que tomarlas en su integridad y en su potencia.

Eran iguales afuera y adentro. No había apariencia y esencia. El hombre era una cosa total que manejaba cosas totales. Las cosas no venían de lo oculto. ¡Eran, nada más!

¡Ah, qué resplandor, qué armonía del Ser, qué seguridad sin ideas y sin sueños!

Por la noche, la mujer y el hombre caminaban desnudos, debajo de las estrellas y sobre el piso de un mundo potente.

Brazo con brazo, muslo con muslo, cabeza con cabeza.

Innumerables rumores se levantaban de las cosas. El cielo entero era devorado por los ojos como una perfecta realidad.

A veces el rugido de una fiera electrizaba los cuerpos, y hacía temblar como un solo cuerpo las dos vidas.

Los ojos bajaban por la sombra con un miedo salvaje que crispaba la sangre.

No sabían quiénes eran. No sabían que el deseo que los ataba crea las auroras de la Vida.

Se anudaban en el gran templo divino, en Dios y sin Dios, solos, absolutos, sagrados.

Respiraban el fértil fuego del amor con las bocas unidas, sin una palabra, con un silencio infinitamente vivo, en una armonía natural y profunda, como león y leona.

Las cosas y los seres prosiguen su marcha, están lo mismo en su misterio y en su permanencia, mas el hombre se ha ido de la actividad y del tacto: duerme!

Techo es la noche, ya invisible. Miríadas de estrellas velan el descanso.

Mas he ahí el grito de la aurora. La luz golpea sobre los ojos. Una sola mirada alcanza para atar al hombre con el Universo. ¿Qué ha pasado entre tanto? Esa pregunta no existe. La frente, limpia y verdadera, ignora las preguntas.

Las manos y los ojos son dueños de todas las cosas. El animal de presa roba y posee todo lo que la tierra crea. No hay ley. Hay actos fatales y ciegos. Todo es como es.

Cual la planta crece del limo hacia el aire, así el hombre crece desde su cuerpo hacia el Universo.

La sensación desnuda extiende al hombre y lo enlaza a la Tierra. El tacto lo hace árbol por el roce. Los ojos lo hacen mar por la visión. La nariz lo hace selva por la fragancia. La lengua lo hace fruta por el sabor. El oído lo hace música y silencio.

Mira la noche y es la noche, y está adentro de ella como adentro de sí mismo.

Entra al río y es el río, y la líquida sensación del contacto lo hace inseparable del agua.

Atraviesa las tinieblas, toca la estrella con las pupilas, se funde a la inmensa noche tenebrosa fluyendo en los astros.

De pronto suspende su marcha. Cierra los ojos y los oídos. Borra el tacto y el perfume. Queda como dormida su alma en la vigilia radiante. Y ya es y no es el hombre. No se puede pensar a sí mismo, sólo la sensación lo revela.

Así ha entrado, esencialmente, a la totalidad cósmica, de la que recién acaba de salir.

No se ha sondeado, no se percibe, no sospecha las verdades ni los misterios, no diferencia entre lo manifiesto y lo oculto, no intuye ni desentraña las esencias y las potencias.

Está frente a la sombra, y no la ve ni la interroga; está adentro de su sombra, y no la adivina ni la sondea, no separa su yo del Yo infinito; está suspendido del instinto, como una estrella en la gravitación.

Ahora el hombre ha entrado en la selva con la pupila acechadora. Es inocente y sagaz, es inocente en la crueldad y en la violencia.

Mata sin temblar, devora gozoso, saborea la sangre viva.

Sus dientes muerden la fruta fragante, su cuerpo se extiende feliz sobre las suaves hierbas.

Por las huellas conoce a los animales, y los peligros, por los ruidos. Distingue entre la rama que se quiebra y el rugido del león. Los sonidos le hablan como golpes asestados al instinto.

El inmenso lenguaje de la creación fue aprendido en medio de las cosas, escuchando con miedo y temeridad, con deseo y astucia.

La noche lo acuesta sin que él lo sepa. La mañana lo levanta sin que él pueda sentirlo.

Defiende su vida sin saber qué defiende. La vida sabe en él lo que él mismo no puede desentrañar.

Es la inteligencia de la especie en la inteligencia del cosmos, es la misteriosa sabiduría atada a la vitalidad de la carne y el hueso.

El relámpago crisper su piel, el trueno lo aprieta contra los árboles.

Nada tiene sentido espiritual. No existen en su frente preguntas ni problemas. De día avanza colgado de la luz, sostenido por el Sol, de pie en el océano de las simples reve-

laciones, sin separarse nunca de la individualidad de su propio ser, perfecto, porque es una idea del cosmos que no se piensa a sí misma, puro en la inocencia preadánica, uno con la totalidad torrencial.

De noche cierra los ojos y cae al sueño no sabido. Se integra a las tinieblas primordiales, desaparece debajo de lo manifiesto, se sumerge en el acorde infinito de la materia, se reabsorbe a la sustancia por debajo del espíritu.

Ahora el corazón golpea violento, mas ¿qué es para su frente el corazón? El sexo urge, mas ¿qué es para la frente su propio sexo? La garganta crisca el alarido del hambre, mas qué es el hambre para su frente callada?

El rayo horada la sombra e incendia la noche. Siente miedo, mas no interroga a la nube. El Sol incendia la selva de crepitantes resinas. El hombre huye bajo el vuelo de las llamaradas. Se refugia en la fresca caverna, al pie de los montes.

Está libre. Ha salvado su cuerpo, mas el fuego es mudo para su instinto. Ni él pregunta, ni el fuego habla. La Naturaleza no se piensa, se realiza. No abstrae, crea. No medita, trabaja. Todo en ella ocurre como si el pensamiento fuese el acto mismo. ¡Y así, el hombre!

El cuerpo del hombre avanza en los grandes caminos de la Tierra.

El instinto de música organiza su aliento sonoro. Las imágenes de los ojos levantan el eco ardiente en el aire del pecho.

El misterio de la voz despierta las totalidades del espíritu. Alrededor del Verbo, y mientras nace el Verbo, el alma se enciende asaeteada por los signos.

Los seres y las cosas se convierten en música, y el hombre vuelve al logos de la eterna volición cósmica, y de él extrae su propia revelación.

Los acordes de la garganta excitaron y cantaron la frente. La palabra, una y múltiple, absorbió en su torrencialidad la luz de las eternidades y de los espacios.

Las estrellas entraron en el Verbo, como los ríos en los océanos, como las montañas en el aire.

Los árboles, los torrentes, los montes, se abrieron a la raíz de la música, y la raíz del Verbo bebió sus embriagadas esencias, y la boca del hombre fue el espejo acústico del Cosmos.

Desde el paladar a los labios, desde la garganta a la lengua, entre las hileras salvajes de los dientes, comenzó a correr el inmenso espíritu.

El sonido único del aliento primordial se abrió en la rosa infinita de las palabras.

De los ojos al cráneo corrían hacia adentro las imágenes. De adentro del cráneo, bajaban a la boca los símbolos perfectos.

Puente de la llama purpúrea, llama de sangre, por encima de la lengua el Logos divino pasaba creando los primeros cantos del hombre.

Todo era poesía, porque todo era nuevo, y las palabras recién eran creadas. Por primera vez se ataron unos a otros los signos de la multiplicidad.

El hombre único abrió un paso musical a la variedad infinita. Como de Dios saltan las formas, así del hombre emana la palabra de cada forma. El hombre crea en sus signos a Dios mismo.

Del instinto se levantó la pasión, y la pasión entró en el Verbo. De la sed se levantó la inteligencia, y la inteligencia entró en el Verbo.

El hombre vació las imágenes y les arrancó los divinos conceptos. Desde adentro de las sensaciones alzó la idea inextensa de cada ser, y así la palabra fue el vaso de la esencia ideal.

Como Dios es Dios en sí mismo, así la palabra es esencia en sí misma. Lleva la idea, y es la idea. Es una forma y una profundidad de esa misma forma. Ola de océano cuya sal es el hombre. Es el signo y el contenido del signo. Es el sonido, y el arquetipo cósmico del sonido.

Se plasma en la fuerza del aliento, ímpetu vital y espiritual, y es a la vez la fuerza que le da la forma.

Sube desde la raíz de la vida, y abre en los labios la rosa simbólica de la vida.

Es la imagen, la esencia y la potencia, la sensación, la idea, la voluntad.

El hombre es su propio lenguaje. Está hecho de palabras en silencio. Verbo encarnado, al hablar vierte su sangre en el cauce de la música.

El cuerpo del hombre avanza en los grandes caminos de la Tierra. El aura del Verbo, corona de la luz, resplandece sobre su frente.

Va nombrando las cosas, solo y único entre las cosas visibles.

Éxtasis sus propios oídos, levanta su alma a las ocultas videncias, lava la carne ardiente en el fuego de Dios.

Mientras el hombre habla y canta, se llena de las esencias y los arquetipos, y se abre con la palabra al aliento de la inmortalidad.

El Verbo ha terminado por crear el nexo entre el Yo y el Cosmos. El lenguaje es el puente donde se entrecruzan los océanos del Ser y los océanos del Ego.

Cada palabra es un molde espiritual por donde el Universo entra y sale del hombre, por donde el hombre entra y sale de sí mismo.

Es el signo, es igual a la cosa en un plano más hondo y más profundo. Sello divino en el alma divina.

Desde la luz al hombre la substancia ha escalonado sus

envolturas, mas el espíritu aprendió a levantarse y a descender por ellas.

Ahora el hombre es la fuerza única que puede volverse a los orígenes del Ser. Descubre sus potencias mientras crea los signos.

He aquí la inmensa capacidad: crear en espíritu lo mismo que está creado en el plasma de las formas.

Salido del Todo, el Todo está escrito en sus profundidades.

Despierta levemente del sueño de la inconsciencia. Por adentro de él, el espacio se ha hecho capacidad ideal y sensible, y el tiempo pervive y se prolonga en la realidad activa de la inteligencia.

Todo lo que está en el cosmos está en el hombre. Es la síntesis esencial de las creaciones. Imagen y germen del Infinito, la extensión y la eternidad lo llenan, trasmutadas en ideas.

El hombre se mueve, y el Universo entero se mueve dentro de él. Se trasmuta, y el Universo lo sigue trasmutándose con él. Es el centro de la materia densa y sombría, y es la luz en las sombras. Ante la montaña elabora una belleza nueva, y la montaña se reviste de esa repentina hermosura.

Dios del astro, su cabeza pende como una lámpara que crea la luz y se ve a sí misma.

Es en su frente que la luz se hace revelación de la luz, y en donde la esencia luminosa germina la conciencia de su propio fulgor.

El Universo se sabe a sí mismo por adentro del Hombre. El hombre piensa la noche, y la noche se sabe pensada. En mil jerarquías, ascendiendo siempre, el cosmos acaba por abrirse en su propia rosa espiritual: el hombre! El hombre ha saltado sobre mil siglos, desde el animal de presa, y ahora escribe las tablas de la ley. El alma universal se pliega a su alma, y la luz descubre su propio misterio.

La Naturaleza, domada, tiembla bajo su frente y obedece a sus palabras.

Ved en sus manos una antorcha crepitante de astros... La selva de árboles se ha convertido en selva luminosa. La estrella ha nacido entre los dedos del hombre.

La noche retrocede en la boca de las cavernas, en donde, estelífero, hace chisporrotear las llamas.

El viento es detenido por la vela de la nave, y el azar se convierte en obediencia. El aire y el mar pertenecen al hombre. La onda es abierta por la quilla, la tempestad salvaje es manejada por una mano de números.

Los abismos se han arrodillado ante la luz. Los espíritus que vuelan por la substancia, se convocan en el pensamiento del hombre. Dios ha encendido en su alma el ojo infinito y mágico de la conciencia.

El ojo del hombre avanza por la creación, y millones de radios se proyectan hacia su pupila inmortal.

La esfera humana se cierra sobre la esfera cósmica. No hay separación. El ojo infinito de la conciencia penetra el Todo supremo.

La vida es la posesión del Universo por sí mismo, es el acto temerario y tremendo de pasar entera la creación, en inmensos torrentes, y hecha conciencia, por el ojo celeste del pensamiento, en un goce inmortalmente humano y sobrehumano a la vez.

Todo el Universo es un templo, y el hombre es la columna sublime de ese templo. El astro emana como una garganta viva su amorosa revelación. El pensamiento está entrañablemente unido a la imagen que lo manifiesta. El Universo hermético es igual al Universo de los sentidos. La trascendencia es presencia.

Dios flecha el oído y horada la pupila. La luz es un

lenguaje verdadero. El Sol es pasión, sentimiento, generación, felicidad, idea.

El hombre vive en los dos astros. Puebla la Tierra y puebla la Luz.

El Sol es sagrado. Su presencia habla, purifica, redime. Su disco es divino, su imagen es una idea, su llama arde en Dios. Es Dios mismo. Es Dios en Dios.

La pupila del hombre es el eco del disco solar. La sangre del hombre es el eco de la vida solar. La palabra del hombre es el eco del Verbo solar. El pecho del hombre es el eco de la potencia solar. La frente del hombre es el eco de la videncia solar.

La armonía del hombre contiene al Dios-Astro. A cada fuerza del sol corresponde una fuerza del hombre.

No hay desgarramiento. No hay separación. El hombre se ve en sí mismo, y adora la imagen de su energía.

He aquí las nupcias supremas: el Hombre-Sol. El Sol-Hombre. El Dios-Hombre-Sol. ¡La Unidad!

El hombre se abraza a su cuerpo y escucha su propia vitalidad. Ama su vertical espléndida, su recto destino, su plenitud radiante.

La fuerte cabeza está apoyada en la columna de la luz. El cuerpo de oro solar está fraguado en el esplendor de la vida. La Tierra lo sostiene y lo combate, le da el fruto y le da el peligro, le da el amor y el miedo, lo coloca entre la oveja y el león, lo encamina entre la luz y las tinieblas, le brinda la espiga y el rayo.

La Tierra le dice: ¡Trabájame!, y mi cuerpo sustentará tu cuerpo.

La Tierra le dice: ¡Meréceme!, y tus cenizas volverán a la vida.

La Tierra le dice: ¡Ámame!, y tu amor engrandecerá tu pecho.

La Tierra le dice: ¡Lee mi órbita!, y los números ordenarán tu alma.

La Tierra le dice: ¡Habla mis imágenes!, y Dios besará tu lengua.

La Tierra le dice: ¡No quebrantes el nudo cósmico!, y Dios será igual a ti mismo, y tú serás igual a Dios.

La noche espera al hombre, porque su sombra desea devolverle su cuerpo divino. La humana pupila bebe los astros y extiende la vida a la infinita distancia.

La imagen de la noche se derrama en su sangre y la embriaga de estrellas, y esa imagen es poderosa, verdadera, fundamental, mágica, inalterable.

La noche nos absorbe, nos contiene, nos ata. No la poblamos, somos ella misma. No desciende hasta nosotros, ni la subimos desde nuestro ser. Somos ella, y ella es en nosotros.

Su cósmico latido no puede eludir nuestra potencia.

El nervio corre por la luz, y es esa luz hasta que roza los astros. El labio nombra las constelaciones, y besa su fuego. La conciencia es presencia, es realidad, es tacto y acto, es posesión y es totalidad. Es casi imposible pensar esa noche que todavía es una parte del hombre.

La voz canta la cósmica potencia, y la voz es la cósmica potencia.

La voz nombra los mundos, y la voz es cada mundo.

La voz penetra los abismos, y la voz es el abismo.

La voz pone una cifra en cada llama, y la voz es la llama y la cifra.

La voz crea un Dios en su propia creación, y la voz es Dios.

La voz une en su solo ser la infinita expresión, y la voz es el Ser.

La voz sondea los orígenes celestes, y la voz es el origen.

La voz cierra la noche en el símbolo de su imagen, y la voz es la noche.

La voz emanada vuelve al silencio del hombre, y la Esfinge se diluye en el canto.

He aquí la juntura de la realidad humana a la realidad universal. Las imágenes son inmensas y profundas, jamás terminan en ellas mismas. Los ojos beben la creación sumergiéndose en la creación.

Viajamos en lo que viene hacia nosotros. Avanzamos abriendo la luz que nos invade.

La visión del Universo es un acto amoroso, entrañable, potente.

El hombre entero se descarga con las posesiones cósmicas.

El hombre sumerge su cuerpo en el cuerpo infinito. Su plasma penetra en el plasma de la eternidad.

El hombre es la caverna, es la montaña, es el río, es la ola. ¡Y marcha!...

El hombre es la tierra, el bosque, la luz, el Sol, la estrella. ¡Y marcha!...

El hombre es el amigo y el enemigo, el cazador y la presa, el drama, la tempestad, la diafanidad. ¡Y marcha!...

El hombre es la visión y lo contemplado, lo emanado y el emanador, el ser y el devenir, el fin y el comienzo. ¡Y marcha!...

El hombre es el hierro y la herramienta, el hacha y el árbol, la espada y la herida, el navegante y la nave, el ala y el vuelo. ¡Y marcha!

El hombre es la siembra, la germinación, el trigo, el surco, la harina, el pan, el hambre. ¡Y marcha!

El hombre es el mar, la proa, el huracán, la ruta, la sal, la espuma, la partida, la ola, el puerto. ¡Y marcha!

El hombre es el canto y el eco del canto, la revelación y el signo revelado, la armonía y la batalla de los contrarios. ¡Y marcha!...

El hombre es la contradicción, la paradoja, la duda, la fe

la negación, la afirmación, el horror, el éxtasis, el todo, la nada. ¡Y marcha!

El hombre es la concentración y la expansión, el límite y el vencimiento del límite, la saciedad y la sed, el problema vencido y el problema invencible. ¡Y marcha!...

El hombre es el punto, la generatriz, el radio, la recta, la curva, el círculo, la esfera, la órbita expansiva del Infinito, el interior de la órbita, la sístole y la diástole de la Creación. ¡Y marcha!

El hombre es la dualidad y la identidad incorruptible, la omnímoda Conciencia que vive el drama del Universo, la potencia de identificación infinita, la voluntad que se balancea entre el Uno y todas las formas emanadas del Eros cósmico. ¡Y marcha!

TRES POETAS VENEZOLANOS EN SU ARDIENTE DIMENSIÓN

Por Pascual PLA Y BELTRAN

ELIGO hoy, del Orinoco de la poesía venezolana, tres voces: la de Luis Barrios Cruz, la de Vicente Gerbasi y la de Ida Gramcko. Esta elección no obedece a un azar. Estos poetas, para mí, tienen un alto, un profundísimo significado en el orbe poético de la creación lírica indoamericana. Su mérito fundamental consiste, creo, en darle al nativismo —hasta ahora encerrado, murado, tapiado— categorías y dimensiones universales.

Luis Barrios Cruz

HE de decir, aunque parezca una blasfemia, que algunos poemas de Luis Barrios Cruz me hacen pensar, involuntariamente, en algunas de las más bellas composiciones de Luis Cernuda, o, lo que es lo mismo, algunos de los poemas de Luis Cernuda me hacen pensar, involuntariamente, en algunas de las más bellas composiciones de Luis Barrios Cruz. Me refiero, concretamente, a dos poemas de Cernuda: "Himno a la Tristeza" y "El ruiseñor sobre la piedra" (Advierto una vez más que, al hablar así, no pretendo apuntar influencias, sino meras afinidades anímicas. Lo mismo me ocurrió con Luis Fernando Álvarez y Miguel Hernández. Los dos, posiblemente desconociéndose, habitando climas distintos, en un momento dado, determinado, coinciden en un tema y en un poema: Luis Fernando Álvarez escribe "Tránsito en la muerte"; Miguel Hernández, "Vecino de la muerte"). Pero mientras Barrios Cruz, en su alada melancolía, se afirma en la tierra y se carga de esperanza y futuro

(¿Dónde encontrar lo leve y terso de la perla sin mancha
o del sexo fulgurante de la orquídea, y lo profundo,
como el músico mar, de un piano inmenso?)

La tierra es lo más hermoso del universo,
están diciendo los venados agudos y las tímidas garzas,
y el caballo henchido de sol y de horizonte y viento
a través de palmares encendidos al mediodía como símbolos.

Y diciéndolo están el hombre y la casa del hombre
y las manos del hombre y el pensamiento
y la lengua del hombre donde caben todas las hermosuras.

Amo la tierra, y un pedazo suyo
esplende, al que le llamo tierra mía
y por entero soy de este pedazo,
donde una celedonia ofrécame en su desierta copa
de zafiro y brisa el sorbo último del tiempo),

Luis Cernuda, en su enigmática melancolía, está transido o como transitado de ocaso. Cernuda es el testimonio del presente proyectado hacia el pasado y la nada —o el testimonio que acaba en sí mismo—; Barrios Cruz, el testimonio vivo y terrestre abierto a la vida y al porvenir —el testimonio que no acaba en sí mismo, que se parte, reparte y comparte con los demás hombres.

"La sombra del avión", con "Mi padre, el inmigrante", de Vicente Gerbasi, es, del gran Orinoco de la poesía venezolana, el poema de más empeño y trascendencia, en su estructuración y en su contenido, de cuantos conozco. Los he leído repetidamente y siempre encuentro en ellos matices, facetas sorprendentes, ríos como telúricos e inusitados que vienen transcurriendo milagrosamente desde la noche del origen a la eternidad esparcida. Gerbasi es el enigma, la voz del destino, y, a veces, también, la voz de la fatalidad: "*Padre mío, padre de mi huracán. Y de mi poesía*".

Barrios Cruz, aun cuando se enfrente con lo más despiadado y horrible, conserva siempre un tono grave, sereno, equilibrado:

...somos ansia insaciable de secretos,
y mientras por urgidas, inusitadas rutas,
ufano vas en tu sidérea barca
en pos de nueva luz para la vida
o de algún nuevo hazar para la muerte,
yo, árbol o llama, hijo de la tierra,
de la tierra incesante y generosa,
viajo en la sombra del avión volando.

En Barrios Cruz no hay esa furiosa dentellada metafórica, entrecruzada de substanciales materias minerales, que existe, por ejemplo, en la poesía de Ida Gramcko; pero en él está de alguna manera la tierra *esencializada* —si se quiere, intelectualizada, intuitiva y palpada palmo a palmo, sentida y amada con irreprimible vocación terrestre. Barrios Cruz intuye la tierra, y lo que está por debajo y por encima de la tierra: el hombre, el animal, las vegetales hermosas estructuras:

... ella, tímida, joven,
todavía con virginales pintas en la piel atezada,
él, un caramerudo imponente y hermoso
con las doce puntas de varonía sobre la altiva testa
y los belfos de tibio, agreste viento hinchados.

Integros marchan, él, atento sólo
a los pasos de ella, a sus ágiles brincos
que la convierten en relámpago, y ella,
en apariencia distraída pero mirando siempre
de reojo el polvillo que levantan los cascos
del vigoroso galán siguiéndola de cerca.

Aquí van, y tú, mujer intensa, incomparable,
tú que encendiste un ramillete de sagaces cocuyos,
de gusanos de luz, de revelaciones
en tus ojos nunca dormidos, en tus ojos bellos
como eres tú, acércame tu claridad, tus manos, tus hombros dulces,
tus rodillas juntas, adoradas, tus cabellos
con pétalos de luna en su bosque de íntimas caricias".

"La sombra del avión", como ha dicho Pedro Sotillo, "no es sólo un acto poético sino un hecho moral". Es la madurez contrastada, la vivencia mágica y la vivencia lógica, la experiencia milagrosamente cumplida:

Doble, monstruoso crimen
será el tuyo si lo más leve hicieres
para que no sea bellamente libre tu hermano, tu otro ser
que es el tuyo, como es tu voz el eco.

... aunque, si bien se cata, no es el verso, libre,
lo libre es el poeta.

Lo libre es el poeta, el hombre (*No podrán atarme, no. Libre soy, siénteme libre. Sólo por amor*), si sabe renunciar a los vanos fantasmas que son poder y gloria, si el hombre sabe y es capaz de posesionarse de la tierra, de identificarse sencilla y humanamente con la tierra. O con el río. O con el gran Orinoco:

Tus musicales piedras, donde Humboldt una noche de la historia distante su cabeza peregrina apoyó para el sueño, de soledad sola y última circundado, tus piedras órficas, mágicas piedras, hermanas de la aurora convertida por sus voces en el árbol que canta, dulcificadas madrinan de lo eterno, del hondo misterio benignas musas, en mi lengua se agitan, entre mi sangre resuenan.

Al calor de la Patria, que para ser Patria tiene el cinturón de nardos en morado terciopelo de sus caribes costas, el turbante de arco iris del Ávila, su Llano en plenitud de futuro, su limpio Salto de Ángel, en Valencia y Maracaibo la lírica manera de mirar al firmamento, y tiene sus andinas cumbres, sus valles de Aragua, su Barlovento verde, su Caracas multicroma y te tiene, Orinoco...

Aquí marchó en la inmensa llanura de aguas sin bordes, y Punta Curiquina yergue sus masas de humo en la solar hoguera para medir la distancia sobre las playas grises de los graves Guaritotos, sobre la Encaramada, la Boca del Cabuyare silencioso y pausado como un ídolo de greda, sobre las cataratas de Atures y Maipures al viento destrenzadas, sobre el rauda Cuchivero.

El que brindó su linfa clara y fresca y rumorosa para la cantimplora de Piar, el héroe sediento...

El que dio su corriente a la incesante piragua portadora del caucho, de la sarrapia y del oro, o a los buques del hierro desde insondables raíces, o a las balsas desnudas en la pesca de caimanes cuando el hombre, labrado por el peligro y la audacia,

con el cincel chispeante del soberbio mediodía,
se yergue como clave de telúricas potencias
para que el tronco hienda la dura, secreta entraña
y trepen los bejucos hasta los dormidos cielos.

Posar mis manos cálidas en tu creciente cantora
y sumergir la cabeza entre tus olas alzadas
déjame, poderoso padre agreste, padre múltiple
de maderas, diamantes, flores, tigres, arrendajos,
y en tal manera, padre de realidades en fruto
y de fábulas verdes, de la araña inconcebible
y del Canaima indómito, sentirme parte de un todo,
saberme en lo creado palpitación de lo eterno.

¿No tiene este poema la grandiosidad de lo inconmensurable y, a la vez, la impresionante sencillez de lo perfecto? Claro que posiblemente alguien dirá: "La sombra del avión", como poema, no es un todo cerrado; se resiente, en alguna de sus partes, de ciertas interferencias postmodernistas. Pero yo diré: Aún así puede tocarse en este poema un poeta nada común.

Las citas se harían infinitas, interminables. ¿Cómo, sin embargo, resistirme a reproducir?...

Te amo y te respeto
santo mar de la sal, del hipocampo
evocador, magnético, arcángel de la honda liviana
y el mar en las espléndidas cleodoras,
y el mar en las madréporas insignes.
Divino mar, eterno mar, rosa del alma,
lecho de la sustancia de la tierra.
¿Pero no tengo yo el sabor del mar?

Finalizo este comentario al último poema de Luis Barrios Cruz, que no es —repito con Pedro Sotillo— sólo un acto poético sino un hecho moral de extraordinaria trascendencia, con el siguiente estremecido clamor: "¡La incógnita dantesca! El choque del hombre contra el hombre, cuando fracasa infinitamente, hasta en sus íntimas raíces, hasta en sus mínimos reflejos, la humanidad. Que ya no es la tristeza, que no es el dolor, ni el odio, ni el hambre, ni la envidia. Que ni siquiera es un retorno a la fiera, a los subterráneos donde las serpientes quizás devoren a sus hermanas y a sus hijas. Que es esto y más el cho-

que del hombre contra el hombre con la boca llena de maldiciones en diversas lenguas, destrozándose el uno al otro los músculos, las esperanzas, los turbios ojos, los urgidos instantes, los testículos tímidos y sintiendo cómo las implacables puntas de las bayonetas tirando van al cieno amasado con las rodillas herrumbrosas, la sagrada flor de los sesos y el bello fruto que en la más alta rama de la sangre cuajó la vida para el amor, la fe, para la salvación y ahora rueda confundido con el excremento del hermano, a quien, de un tajo horrendo, el de la gorra gris le abrió el abdomen casi impúber ante el rosa despierto de la aurora o frente al parpadear de las estrellas".

Esto clamo con voz de ti agredida,
tierra del alma, tierra bondadosa,
desde tu luz en flor materna y grande.

¡No haya la total noche!, siega noche
en cuya soledad tras luna muerta
subiera en un cardón de nada y humo
el grito fantasmal de los escombros.

Vicente Gerbasi

HACE poco decía yo, en una nota a cuatro poetas venezolanos, que "Tirano de sombra y fuego", no obstante su perfecta estructuración como poema y de algunos deslumbrantes aciertos, no me daba la estatura de un gran poeta. Ha sido ahora, añadía, al reconquistar "Mi padre, el inmigrante", cuando he tenido la noticia cabal, la alta y clara dimensión de Gerbasi. Y terminaba mi nota con estas palabras: "Hay cosas, valores que están en nosotros y que todavía desconocemos y que no es vergüenza buscar. Vicente Gerbasi debe de sacudirse las raíces y ahondar en su poza, ser más riguroso consigo mismo, desnudarse de todo lo accesorio y darnos, de un trago, toda su dimensión. Tiene gran aliento y puede llegar a ser una de las primeras voces de América".

Al hablar así, implícitamente, yo le consideraba ya como a una de las primeras voces poéticas de América. No podía, no debía dejar de juzgarle con cierto rigor. A cada uno hay que exigirle según su capacidad y su estatura. A Vicente Gerbasi había que exigirle como a Vicente Gerbasi. Después de "Mi padre, el inmigrante", él no se debía ya a sí mismo, sino a su

poesía. Eso quise decir. Pero no fuí bien interpretado. Yo afirmaba más que negaba. Mi nota, de cualquier forma, implicaba el reconocimiento de la alta y hermosa personalidad de Gerbasi, una como tácita y admirativa aceptación de su fantástico mundo poético.

Indudablemente que Gerbasi es y está totalmente en ese espacio cálido, en esa como telúrica desgarradura surreal que es "Mi padre, el inmigrante":

Venimos de la noche y hacia la noche vamos.
Los pasos en el polvo, el fuego de la sangre,
el sudor de la frente, la mano sobre el hombro,
el llanto en la memoria,
todo queda cerrado por anillos de sombra.
Con címbalos antiguos el tiempo nos levanta.
Con címbalos, con vino, con ramos de laureles.

Mas la simiente trae a la visible e invisible muerte.
Llamad, llamad, llamad vuestro rostro perdido
a orillas de la gran sombra.

... sueño frente a la sombra: eso somos.

Es como si se hubiera desgarrado de golpe y hubiera tendido sus vísceras sangrantes sobre el cuero venezolano. Tiene grandiosidad y profundidad. Es tan bello y universal como las "Alturas de Macchu Picchu". Le hubiera bastado solamente ser el padre de tal poema, digo, para que su nombre durase, perdurase. Porque Gerbasi, como todo hombre, está sujeto al tiempo, es un ser de tiempo; pero su tiempo está limitado y es perecedero, y en eso radica el nudo del drama: en que siendo perecedero quiere durar, perdurar en la vida, o, en el último de los extremos, en una transvida. Y aunque "venimos de la noche y hacia la noche vamos", "sueño frente a la sombra: eso somos". Sueño, pero no sombra, pero no ilimitada sombra:

... Cuando mis hijos danzan en torno a mi existencia...
y reclino mi frente sobre el vino nocturno;
cuando siento mis pasos en la tierra,
y cuando digo: *tierra*,
y sé que estoy aquí iluminándome,
amándola y oyendo su mandato, que es el existir,
es lo que desciende en secreto hacia mi muerte...

La tierra, el enigma que él ama, y cuyo mandato es el existir, con su dureza y su hermosura, acunándole en su vejez fantástica, atrayéndolo y rechazándolo con su don mágico, con su increíble poder terrestre, aun cuando sus hijos danzan en torno a su existencia:

Algo se cierra siempre en torno a nuestra frente.
El frío de las piedras corre por nuestra sangre.
El hombre siempre solo, con su mirada, suya,
con sus recuerdos, suyos, y con sus manos, suyas.
El hombre interrogando a sus calladas sombras.
Y todo avanza en mí y todo cae, y todo es un rumor.
un acercarse y un amar, y un sufrir por lo amado,
y un llevarlo todo al sueño
y hacer de la tierra un sueño.
Padre mío, padre de mi huracán. Y de mi poesía.

Se ha hablado de que Vicente Gerbasi es el poeta de la noche y la sombra, como Luis Fernando Álvarez el poeta de los muertos, de los espectros. René L. F. Durand ha llegado a escribir de él: "Gerbasi es el poeta del silencio y de la noche que le permitirán tal vez algún día descubrir el secreto maravilloso del mundo. La sombra y la noche son para él lo que es Dios para los místicos: aspira a perderse en ellas, en su misterio que evoca el misterio de la muerte; gracias a ellas su visión adquiere más agudeza y le llega, de su misma alma, un eco más profundo". Yo discrepo. Yo opino que todo el existir de Gerbasi, en su mundo y en su trasmundo, es una lucha permanente contra la noche y la sombra: "Sueño frente a la sombra: eso somos". Imaginación frente al destino: eso somos. Lo que sucede es que en él pesan, de un lado, el tema, la memoria del padre, de algo que fue pero que ya no es sino metamorfoseada vivencia, y del otro, algo que gravitó en un determinado momento sobre la mejor poesía venezolana y que tocó e influyó en Gerbasi tanto como en Luis Fernando Álvarez, José Ramón Heredia y otros. La poesía de Gerbasi pertenece más al mundo solar que al lunar. Porque Gerbasi es un sensualista de la palabra. Su palabra tiene color —tiene hasta olor— y la podemos paladear como si fuera un fruto recién arrancado del árbol:

A veces caigo en mí, como viniendo de ti,
y me recojo en una tristeza inmóvil. . .
Te sigue un perro grande,
el perro fiel y lento de nuestra lejanía.
De ti vienen los días
sonando en las guitarras del olvido.
Por ti yo soy el hombre, el portador del fuego.
Por ti mi mano levanta el espejo que refleja la montaña.
Hacia mí venían tus huellas, tu fábula y tu clima,
y aún te veo llegar desde la muerte,
padre del remo, padre del pesado saco,
padre de la cólera y el canto.

. . . el labrador como un profeta joven,
y la pequeña pastora con su rostro en medio de un pañuelo.
Tú venías de una colina de la Biblia,
desde las ovejas, desde las vendimias,
padre mío, padre del trigo, padre de la pobreza.
Y de mi poesía.

Aun cuando exprese lo más grave, siempre su palabra tiene algo de redondo y maduro fruto: viene rodando desde el origen hasta la nada. Tiene una plasticidad asombrosa. Las imágenes están ahí tan naturalmente. No solamente se las puede ver, sino tocar y gustar. Así ese labrador como un profeta joven y esa pequeña pastora con el rostro en medio de un pañuelo, ¿no son formas impresionantes de la tierra, del ser y del existir venezolanos? Igual acontece con ese perro grande, el perro fiel y lento de nuestra lejanía. ¿Puede expresarse mejor, más plásticamente y con mayor serenidad un pensamiento o un sentimiento tan horrible? Y él, el descendiente del hombre, el portador del fuego. Y su mano que levanta el espejo que refleja la montaña. Y el padre del pesado saco: padre de la cólera y el canto, al que le dice:

Cuando tú venías, venías hacia la muerte,
porque así son nuestros pasos en los días;
tostando el pan, preparando dramas en los aposentos,
derramando rojo vino en las penumbras.
Y aún era la noche oscura como un tambor,
salvaje como las patas, las uñas y los dientes del tigre.
Tú estabas dormido bajo las estrellas de otro mundo.

Padre mío, padre de mi universal angustia.
Y de mi poesía.

La palabra, en Gerbasi, está siempre más cerca de lo mágico que de lo lógico; parece estar candando desde la entraña de la tierra o desde el mismo corazón del tiempo. Pero el misterio en su poesía no es oscuridad. El misterio, en su poesía, es lo irrazonable de su pensamiento poético. Y uno de sus méritos es ése: añadir misterio a su poesía, restarle oscuridad a su poesía.

En relación con el concepto que apunto, definiéndolo, ha dicho Ida Gramcko: *Mi padre, el inmigrante*, libro decisivo de Gerbasi, nos aclara que si "venimos de la noche y hacia la noche vamos" la sombra es sólo el núcleo de una magia. Y que el misterio, a través de una lúcida imagen, se define. Toda su poesía constituye un acopio de experiencias de esa misma posesión del enigma. Puede el hombre vivir, puede tener su casa, su lumbre y su recuerdo y todo ello es un suceso que nunca se defiende en sí, que sólo nutre y sirve. La anécdota fulgura, pero en lo que tuvo de belleza y de hallazgo perdurable". Exactamente. Porque el poeta, aún en su fuerza impura, tiene que eliminar de su poema todo lo que signifique servidumbre, todo lo que no sea visceral y sustancial vivencia; borrar lo accesorio, lo accidental de su memoria y de su creación. Plasmar la magia, descifrar el enigma por medio de la imagen, no otra cosa.

Y eso es lo que ha hecho o hizo Gerbasi al enfrentarse fiera y bellamente con *Mi padre, el inmigrante*: posesionarse del enigma, hurgar en él y darle cuerpo y sustancia reales, meterse y meternos en el círculo del trueno:

¿Qué fuego de tiniebla, qué círculo de trueno
cayó sobre tu frente cuando viste esta tierra?
...y viste un asno ciego atado a una ventana...

Y luego, la callada sabiduría; los oficios y los pasos terrestres:

Por ti sé que el remo que regresa del horizonte,
y el hacha que al contacto del árbol
llena de resonancia el día,
y el martillo que aplasta el hierro

y lo moldea como una llama densa,
y la mano que amasa el barro para la vivienda,
y amasa la harina para los hijos,
y para los hijos de nuestros hijos,
y el escalpelo que trasmite la sangre a la piedra...
Por ti sé que el paso de cada uno es solitario,
como un recuerdo, como un instante,
como la muerte de cada uno.
Por ti sé que el amigo es sagrado,
y que más vale un árbol con frutos
que brillantes monedas de oro.
Pero aquí estoy debatiéndome con sangre, imagen y lamento,
recogido en mi gesto como habitante que sale de noche...
Padre de mis huellas,
padre de mi tristeza nocturna.
Y de mi poesía.

Al leer este impresionante poema —que Juan Liscano equipara a la *Silva a la Agricultura* de Bello y a lo no menos famosa *Silva Criolla* de Lazo Martí— uno tiene que pensar forzosamente que se halla ante una de las más bellas creaciones del alma humana. Ya he dicho que me parece tan admirable y de tanta trascendencia americana como *Alturas de Macchu Picchu*. Creo que no exagero, porque todo en él está impregnado de vivencias y de experiencias: es vida vivida:

Tú eras un hijo de la tierra,
moviéndote en la tierra, en las ciudades,
en los campos, hundido en los solitarios recuerdos,
bajo los vientos que barren los anchos arenales del crepúsculo.
Ah, pero tus manos podían soportar la soledad,
y te daban el pan.
Están en ti mis orígenes,
mis dioses, mis resinas, mis sueños.
Las cosas que están aquí sobre la tierra,
y pasan junto a nosotros para habitar en la memoria,
y edificar nuestra existencia resonante.
Y está aquí mi existencia con hijos en las horas,
con hijos que me llaman en las horas,
buscándose a sí mismos en las horas.
Y estoy aquí para llevarles pan,
y andar por la ciudad con mi destino,

correr entre relojes con mi angustia,
 y contemplar los astros, y mirarme las uñas,
 y gritar hacia dentro y hacia el mar,
 y hacia la noche, y hacia mi madre,
 y hacia los grandes estremecimientos del mundo.
 Tú, que me lanzaste sobre la tierra y hacia la nada,
 desde el círculo incendiado de tus experiencias...

"El verdadero gran poeta venezolano —ha escrito muy certeramente Mariano Picón-Salas en alguna parte— será el que, por sobre las fórmulas y los convencionalismos de las retóricas vigentes, se trague y se sumerja en esa materia germinal; arranque su canto del misterio que todavía somos y coincida en la actitud anímica y en la palabra reveladora con todos los que están aguardando. Así Dante se fue por los caminos, doblegado a las visiones, los odios y los rostros de sus terribles compatriotas toscanos, y el viejo Whitman se puso a acunar su rollizo y ansioso pueblo de los Estados Unidos. Se constituyó en protector de las espigas y de las estrellas".

¿Vicente Gerbasí no se halla implicado plenamente en ese luminoso destino que le señala Picón-Salas al gran poeta venezolano? Yo creo que sí. Tengo la certidumbre que sí. Tendrá, no obstante, que sacudirse las raíces una vez más, tocar su hueso y su tuétano, sumergirse en el círculo del trueno como ya hizo en *Mi padre, el inmigrante*. Su voz es un gran río, como su vida y nuestra vida. "Venimos de la noche y hacia la noche vamos".

Ida Gramcko

UNA hermosa fuerza agolpada. Un pensamiento agrupado, soterrado, haciendo camino y actuando desde la raíz de la tierra a la raíz del hombre, desde la entraña oscura del planeta a lo más vivo del corazón humano. A veces ese pensamiento, en *Poemas*, no es otra cosa que la voz de la especie, la voz de la materia, la carne y la sangre ascendiendo, trascendiendo.

En ciertos aspectos, Ida Gramcko está en la línea de un Miguel de Unamuno. Pero solamente en cierta medida: en lo formal, en lo preocupado, en el fuego del pensamiento y en la ilimitada pasión. Unamuno es más rigurosamente adusto. Ida Gramcko anda repleta de sustancial materia, como manchada continuamente por dentelladas de fiero sexo. Mas su poesía

no encierra, no contiene ni un adarme de sexualidad. Su sexo es fuerza, vigor expresivo, contenida, embridada violencia pánica. Nunca, jamás mujer alguna ha podido expresarse en el mundo con tan descomunal fiereza íntima como ella. Ni aun Teresa de Ávila. Teresa de Ávila y Miguel de Unamuno tuvieron siempre, en la metafísica, una puerta de escape: Ida Gramcko, no. Ida Gramcko transcurre por la tierra como un inmenso río arrastrando belleza e impureza, serena, fatal, imperturbable.

Uno piensa que su poesía se resiente a veces de cierto hermetismo; que Ida Gramcko, por una causa o por otra no puede, no quiere o no se atreve a expresar algún sentimiento, alguna idea, algo que de alguna forma le bulle y le está fermentando en lo más acendrado del espíritu.

Su palabra es brasa: quema, me quema. Tiene calor seminal. La voz de la especie se apoya en ella y se perpetúa. Es ella y su ascendencia; también su posible descendencia.

Su poesía no se reviste de una pureza intacta, de una virginidad invicta; su poesía, si no desgarrada, está manchada de vigorosas impurezas, de oscuras o luminosas materias seminales:

Los potentes geranios de una inmensa fogata
queman nuestras mejillas como a un tiesto de creta.
Tocamos algo puro, un hoyuelo, una escala,
lo que se ahonda o brota con su médula espesa.
Resurrección de carne vibra como campana.
Rábanos cascabeles coronan al poeta.
Bebed, ésta es mi sangre, dice el vino que sangra;
comed, éste es mi cuerpo, dice el pan que presenta
su pechuga de cisne que la boca desgarrá.
La carne reconoce que en la carne penetra.

Lentas vírgenes suben de sus pálidas sábanas . . .

La desnudez no es nunca la horfandad. Si nos faltan
los músculos desnudos con que hartar las hogueras,
si encontramos harapos donde caben entrañas
en olvidos injustos que amordazan presencias,
es porque maniatamos las calientes estatuas
que el mismo Dios coloca como un signo en las nieblas.

Como bien puede verse, hasta "su inmaterialidad es su materia".

En lo formal, Ida Gramcko se sirve, fundamentalmente, de dos únicos metros: del endecasílabo y del alejandrino (En "La Vara Mágica" suele quebrar a veces el pie de algunos versos). Utiliza siempre la doble asonancia, lo que les da a sus poemas una reiterada monotonía; esta monotonía, sin embargo, parece ser el obligado cauce normal —hasta fatal— del sentimiento y del pensamiento de la gran poeta venezolana. No se goza, ni goza, con las deslumbrantes imágenes. No quiere esto decir que las imágenes no estén en sus poemas; están, pero tan entrañablemente fundidas, enraizadas y asimiladas, que no se ven. Es un gran mérito. Porque en todo buen poema las imágenes, como las palabras, deben estar, pero no percibirse; donde se perciben palabras e imágenes el poema falla. Su poesía, como la mejor de Miguel de Unamuno, es toda ella un fiero monólogo: una sangre adentellando materia cósmica.

Para Ida Gramcko todo hombre no es su enemigo: el hombre no es el enemigo del hombre. Hombre y mundo, criatura y cosmos hacen su pacto formal en el milagro de la materia:

Síntesis de la bóveda y la entraña
sin que una u otra impongan su manera.
¿Cómo se logra un yugo sin distancia?
Priva el pasado en su dispar conseja.
Tranquila, simple, crédula esperanza,
para salvarlo, el corazón se enreda.
Nunca evasión; desorden, en hilachas. . .
Las tentativas duelen como pérdida
y son tan sólo vispera y carnaza
que buscan el pez vivo en la tiniebla.
Gris. No fantasma. Insomnio de pizarra
con luz de estaño en párpados de greda.
La sed de concreción se finge abstracta
para tocar lo que realmente sea
porque ni el hombre ni el matiz lo cambia:
línea, contorno, corazón, madera.
¿No lo conforma la íntima constancia
de que hombre y mundo anulan su querella?
Hombre y paisaje unidos en materia. . .
La sólida unidad colma y avanza
y en cosas vivas su función se ordena.

¡Nunca evasión! O sea: sin escapismo voluntario y posible. Tentar hasta el hallazgo insospechado, hasta la sólida unidad y perfecto orden entre las cosas vivas y vivientes.

"Acción del mundo" es como un himno a la alegría, como un canto a las cosas sencillas y hermosas de la tierra: la entrada natural a la carne clara, a la mandíbula opulenta que es el árbol, a la sustancia total de la vida. Este poema, sin que tenga nada que ver con Neruda, me lo sugiere. Ida Gramcko y Pablo Neruda coinciden siempre en un punto: en su ilimitado amor por la materia:

Entramos en nosotros, carne clara,
en el árbol, mandíbula opulenta,
en la calle metálica y mojada,
en el valle de luz de una taberna.
Andamos. Al salir, sobre una franja
de sol que se diluye como esperma
nos mide un lento amanecer de plaza.
Nos atraen los cisnes de la almohada.
El lecho de samán que se despierta
es tan total como la oculta causa
que echó al durmiente en su región materna.
Volumen de una rosa de zaraza:
sábana de percal que no remienda
su carne de colores porque arraiga
cada retal en su ancha periferia.
Acción, amor, dinámica en la estática
sonrisa original que los contempla.

Cada uno de estos poemas es un inquebrantable testimonio de vida, de fe, de esperanza, en el que Ida Gramcko nos dice —o parece decimos—: "Yo soy un ser de carne y de sangre. Y amo con mi carne y mi sangre. Soy la inextinguible fuerza de la especie". O: "La persona humana está sola y necesita compañía; necesita de la compañía para atestiguar, para contrastarse, para —en última instancia— sentirse vivir. Porque ni aun la más solitaria de las criaturas se halla irremediablemente sola".

Su poesía es física, no metafísica; lo es aun cuando nos hable de la muerte:

...lo que ha muerto, está muerto; lo que vive se afínca.
Yo soy, yo estoy...

...siempre habrá un nacimiento y una muerte en la sábana.
¿Hacia dónde? No hay dónde. Siempre vamos. Batalla
es lo que sobra al mundo cuando el hombre complica
con payasos de bruma su inmutable posada
que estatuyen las torres o establece la brizna.
Es un paisaje. Quieto como intensa muralla;
es un paisaje, un hombre, un metal y una avispa.

En el titulado "Navidad", interroga:

¿Somos leves, es frágil nuestra carne de arcilla?
¿Sólo carne sin forma que se pierde o se salva?
¿Sólo ser de un contorno, luego espera vacía?

Y ella misma responde, clama: "¡Que haya un dios! ¡Que haya magia!". Lo que involuntariamente me hace pensar que para ella, como para Jorge Santayana, "las religiones no son sino los grandes cuentos de hadas de la conciencia".

En "Romeo y Julieta", sin esquivar ni rehuir su acostumbrado ritmo, adopta un tono grave, clásico o neoclásico, un poco shakespeareano, un mucho trascendente, que no está del todo dentro de la *línea material* de su poesía:

Yo pongo aquí mi mano sobre el libro
del amor como espiga de cebada,
y te pregunto ante el altar: el trigo
¿volverá a florecer? Si la retama
bebes hasta vivir como yo el filo
me clavé hasta vivir, veré tu cara
con el semblante demacrado y vivo
prieto de proyección como una aljaba.
Mas la muerte es un hábito, un asilo,
una costumbre, una tenaz morada...

Las lágrimas de España, en "Cantejondo", la abocan —esta vez sí irremediabilmente a la metafísica; pero es su fidelidad al desgarrón ibérico y al fatalismo del cante hondo la que le impele a decir:

¿Ha de romperse el vértigo o el hilo
que me liga a la muerte?...

¿O he de volar hacia otra luz, postigo
de la sublimación?
¿por qué cambiar destino por destino?
El grito lanza un toro de rocío
en mitad de la arena hospitalaria.

Más inmediatamente reincide, coincide, toca, entra y penetra en el opaco mundo de la materia, que en ella no es opaco sino tremendamente luminoso, pues se trata del "Universo de la Luz":

Pues que lo ha dicho el cielo: toda luz es materia,
y lo predica el mundo: se ha curvado el espacio,
¿vas a seguir sintiendo la luz como una estela
separada de tu alma, superior a tu canto?

En la última parte de los *Poemas* ("El mismo yo, más caracol") llega Ida Gramcko a la total desnudez formal, a la esencialidad de la palabra:

Recuérdate, palabra,
como eres, como estás, pulcra y tras el agua
no el agua más el agua y tras el agua
y con el agua sin más pie ni alfombra.

¿Juan Ramón hubiera soñado un tacto o contacto más hermoso, una más clara, esbelta desnudez?

"La Vara Mágica" corresponde a una etapa pética anterior. En "La Vara Mágica" Ida Gramcko era ya ella —era ya bien ella—, mas no había penetrado todavía en su compacta unidad total, en su altísima profundísima dimensión. La muerte la rondaba de alguna manera. No era aún la sustancial materia viviente. La pasión no estaba sofrenada por la razón. Su mundo era incalculablemente más pequeño. Pero su libro era ya un hermoso y seguro vaticinio:

—Cenicienta,
ceniza,
tu propia carne, tu futura ausencia,
tú misma.
—Pero yo soy hoguera,
llama, pira.

Hoguera, llama, pira, arco de adolescencia bajo el cielo.
Aun el llanto, aun la congoja. Aun la tristeza irremediable.
Pero luego caminará, golpeará las puertas, derribará los muros
y se abrirá fiera y totalmente a la esperanza con este grito:

¡Amor, al fin, sin garra y sin crueldad!

PASIÓN DE LA AVELLANEDA

Por Fryda SCHULTZ DE MANTOVANI

NINGUNA etapa tan cruel, para la poesía, como la del paraíso romántico. La pompa del lenguaje insuflaba la vida, y las noches de poetas y poetisas transcurrían de claro en claro, y los días de penumbra en penumbra, porque no parecía lícita la realidad cotidiana, la buena salud era casi un insulto y la normalidad en las relaciones un hecho que debía ocultarse, como si fuera delictuoso y desentonara en la buena sociedad de las letras. Buena sociedad que ensalzaba a la virtud y a la moral con bellas palabras bajo las cuales corrían costumbres más originales.

Sin embargo, entre toda esa faramalla, que era el ripio de las calles románticas, podía advertirse, a poco que se pusiese el oído —y más se advierte desde esta perspectiva en el tiempo— un isócrono retumbo, parecido al del galopar de un caballo desbocado que acaba en desastre. Y es imposible que la carrera no nos conmueva porque adivinemos su final: precisamente nos toca, porque no nos es ajeno y puede acontcernos. Ocurre en la naturaleza de las cosas, aquí, en la tierra.

Los poetas románticos padecieron el vértigo de su propia alma y cayeron en el abismo. Las excepciones, cuidadosamente de entrecasa, desmerecían su fama. A ello se debe, acaso, que nosotros, espectadores distantes, compartamos en alguna medida la opinión de sus contemporáneos y los estimemos en la desmesura de su frenesí, que era el *tempo* del Romanticismo, ya que la imagen de un poeta burgués, buen esposo y padre de familia, que acrecienta su peculio y dedica sus ocios elegantes a la literatura, se nos antoja una nota falsa, una salida de tono, en fin, una súbita molestia en la garganta del actor que echa a perder su papel en la gran ópera que se representaba durante la primera mitad del siglo XIX. Cuando un poeta de esa época cumplía su deber —lo que significaba escribir sonoros y a veces bellos versos a costa de una vida tormentosa— la sociedad lo premiaba: con sátiras y cuchufletas de los bufo-

nes, que circulaban aparentemente anónimas, y con gajos de laurel y sueltas de palomas en el estreno de sus obras teatrales; casi al fin de sus días, llegaba la coronación solemne, presidida por los príncipes, asistida por los ministros, oficiada por los académicos y presenciada por los mismos bufones, acaso, que lanzados otra vez a la calle, echaban a rodar de nuevo los cantos y las ironías de siempre... Contemplada a la distancia, la *coronación* de los poetas del Romanticismo tiene un aire macabro, de catafalco vacío y de paraíso de mentirijillas.

La tempestad

DENTRO de la literatura española de ese siglo una poetisa cubana describió toda la parábola. *Gertrudis Gómez de Avellaneda* nació en Puerto Príncipe, Camagüey, en 1814. La biografía de un autor no debiera importar para el juicio estético de sus obras; a lo sumo, decimos que sirve para curiosidad bibliográfica. Pero ocurre que, en el caso de la Avellaneda, su vida personal ha pesado en la opinión de los críticos. Mucho tuvo que ver el concepto de "lo femenino" que ostentaron sus contemporáneos, y que aún exhiben como prejuicio los nuestros.

La primera línea que me llevó a contemplar a la Avellaneda está escrita dos años después de su muerte, es decir, en 1875, por José Martí —a quien admiro tanto— en los boletines de la Revista Universal de México que firmaba con el seudónimo de Orestes. Comenta una antología de poetisas hispanoamericanas publicada en París y se duele de que Luisa Pérez de Zambrana no esté bien representada y en cambio la Avellaneda ocupe la extensión de las páginas y con ella la primacía. Martí comenzaba a vivir, pero nunca su juicio por demasiado joven pudo parecerme injusto... Esta vez, dice: "Ha de preguntarse, a más, no solamente cuál es entre las dos la mejor poetisa, sino cuál de ellas es la mejor poetisa americana". El cubano, ansioso de patria libre, se ve que no perdona a la escritora que se dejó agasajar por los poderosos, a la amiga de la Reina y de los Príncipes, a la mujer, en fin, que no era ya la joven camagüeyana enamorada de la poesía, ni la Tula apasionada de Sevilla, sino la Avellaneda, que a su retorno en 1860 la llevaron en carroza descubierta al Liceo de La Habana y fue coronada en presencia del Capitán General de la Isla por las

manos espurias de sus coterráneos que aceptaban el yugo: corona regia o de laurel para los sometidos de ultramar.

Yo había ya leído ese soneto de 1836 que a Juan Nicasio Gallego, padrino neoclásico de la criolla romántica, le parecía "uno de los mejores de nuestro parnaso":

Voy a partir... la chusma diligente
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza y pronta a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente,

y había admirado la economía dinámica del terceto final que, salvo en la primera línea, no parece de factura romántica:

Ah, que ya cruje la turgente vela,
el ancla se alza, el buque estremecido
las olas corta y silencioso vuela.

"...No tuvieron las ternuras miradas para sus ojos, llenos siempre de extraño fulgor y de dominio: era algo así como una nube amenazante", dice el boletín Orestes, casualmente a los mismos 22 años que tenía Gertrudis Gómez de Avellaneda—casada con su propio apellido, viuda del nombre de su padre, porque era huérfana—al partir de Cuba en 1836. La joven camagüeyana que uno de sus biógrafos describe como de ese color "que los cubanos llamamos trigueño lavado, es decir, de un moreno claro con visos rosados, que es el tipo de belleza más admirado en la Isla",¹ con la emoción ante el mar, durante el primer viaje que la aleja de su patria, se entrega como en un vaticinio a la seducción de los versos de Heredia, aquél que sólo supo sentir a su alma en la tempestad. *Amó el peligro*, y así lo confiesa en unas memorias que escribe para su prima y amiga, Eloísa de Arteaga, emparentada a su vez con el vasquito Loynaz, primero entre los hombres que asomaría en el horizonte pasional de Tula, la joven problema, que leía a Mme. de Staël y se encontraba parecida a *Corina*, que se extasiaba con *Atala*, "del divino e inmortal Chateaubriand", según dice, con Walter Scott, con Lista, con Quintana, y, sobre todo, con aquel compatriota tan distinto en la vida, tan venerado en la poesía: José María de Heredia.

¹ DOMINGO FIGAROLA-CANEDA, *Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Madrid, 1929.

El alma de Tula volverá siempre, como una ola, a la playa patria; Heredia será su imán. ¿Y por qué había de admirarlo tanto, si no sintiera en el fondo de su pecho ese mismo latido de rebeldía que hizo de Heredia la figura del poeta insumiso por excelencia? Ella también lo era, a su modo, y en lucha contra la sociedad de su tiempo, no por causas políticas de las que no sé si desgraciadamente la Avellaneda no supo nada o no quiso saber. Por eso la opinión de otro poeta insumiso, y en cierta forma heredero de ambos, nos parece esta vez teñida de juvenil rencor. Si se quiere, Martí revela un prejuicio de época sobre la mujer, a la que se concebía sólo como compañera en la intimidad del hogar: dulce, tranquila, eficiente y tierna. La Avellaneda no era nada de eso: "...no sintió el dolor humano —dice Martí—; era más alta y más potente que él; su pesar era una roca". Confesemos que se salía del canon romántico inventado por los hombres; pero tenía derecho, porque ella también inventaba. Sólo que la invención debe ser una figura geométrica que sale de la cabeza; y a la pobre Tula sus engendros fantasmales le salían del corazón. Por ejemplo: imaginaba amantes; pero la realidad la contradecía.

Loynaz quedó en el Camagüey y ella estaba ahora en La Coruña, donde los familiares de su padrastro Escalada la llamaban "doctora" y "atea", y criticaban su "indolencia americana", que debió sentar bien a su palidez, a sus grandes ojos negros, a su voz, que parecía demorarse en las honduras del alma antes de salir a los salones, para leer melodiosos poemas, a la Alameda o al Cantón, para conversar con las amistades y saludar a los hombres, uno de los cuales, Ricafort, en la misma ciudad gallega, le ofrece matrimonio. Tula no lo acepta, porque ella es pobre y se sabe sin dote; y con Manuel, su único hermano de sangre, viaja a Constantina de la Sierra, Andalucía, y de allí a Sevilla, donde Méndez Vigo —un joven más romántico que nuestra criolla voluntariosa— decide matarse o casarse con ella.

No ocurre ninguna de las dos cosas; al fin y al cabo en el sentimental siglo XIX los pastores no se suicidan por la hermosa Marcela, como se lee en el Quijote, y la Avellaneda no tiene culpa de inspirar una pasión desdichada. Más bien ella misma está pronta a experimentar la que no se le curaría jamás. Se llama Ignacio de Cepeda y Alcalde el sevillano cuyo nombre ha trascendido gracias a su amante, la Tula de las cartas. Gracias también a la viuda de Cepeda, quien, al morir su marido, casi

nonagenario, las entrega a don Lorenzo Cruz y Fuentes, catedrático de Huelva, y éste, en 1907, decide publicarlas a expensas de la misma señora, la que de este modo tan original se apropia siquiera sea de una migaja, ya que no del festín de amor, por lo menos de la gloria de la poetisa romántica y de la luz prestada por la que brilló Ignacio de Cepeda.

Por fortuna la vanidad de los hombres ha preservado de la destrucción las más hermosas cartas que han escrito las mujeres. Vanidad que en el fondo acaso signifique, para el Juicio Final de nuestros hermanos, una disculpa humilde, caballeresca, un afán de aparecer siempre un peldaño o varios más abajo que nosotras. Lo cierto es que, si juzgamos a los grandes amantes por sus epistolarios, Eloísa es más noble y más sacrificada que Abelardo, aunque a éste la fatalidad del castigo medieval le impidiese amar mejor; y, ¿qué duda cabe?, Mariana Alcoforado escribe mejor que los ángeles, porque los ángeles no se apasionan. Del capitán que sedujo a la monjita portuguesa sabemos que, por lo menos, tenía buen gusto literario, merced al cual es presumible que leyó y guardó las cartas.

Las de la Avellaneda se inician el 23 de julio de 1839 con una autobiografía que, a modo de confesión previa, dirige a su amante, todavía en el período de *pura amistad* como éste le exige. Y aquí comienza la invención de Tula: cree que su remitido amigo es un misántropo, que ha padecido mucho y huye de la sociedad a los 23 años; todo porque Cepeda, que aspira a ser un fácil burlador de Sevilla y, por supuesto, no desea casarse con la Avellaneda, tan pobre, ha decidido recluirse durante el verano y el otoño en la villa de Almonte, cerca de Sevilla, donde tiene unas tierras ricas en vino y aceite. Al tiempo que descansa de otros amoríos, cuida de sus bienes, y para desahogo de sus halagos varoniles, o como quien escucha una sonata después de una buena cena, recibe cartas o las escribe a nombre de *Amadora de Almonte*, seudónimo ingenuo con el que se bautiza la misma Tula, quien tiene 25 años y publica versos en los periódicos literarios de Sevilla y de Cádiz, que firma "La Peregrina", nombre que alguna vez se le dio a la primera poetisa americana, Sor Juana Inés de la Cruz, pero que ella no recuerda.

La Avellaneda imagina que su amante pasea por los campos, suspira a la luz de la luna, escucha el murmullo de los arroyos, el soplo de la brisa, el canto del ruiseñor...; tópicos románticos que no encajaban en el paisaje harto desolado de

Almonte y menos aún en la prosaica realidad que imperaba en el alma de Cepeda. Ella le obedece y no le habla más que de cosas *objetivas*: de lo que publica, de su novela *Sab*, que está escribiendo —episodio de un negro esclavo que transcurre en su lejana isla de Cuba—; casi la tiene terminada... "Ya ve Ud. que evito un lenguaje que Ud. llama de la imaginación y que yo diría del corazón. Ud. le juzga peligroso y le destierra de nuestras cartas..." Y a renglón seguido, como si asomase la amante que todavía detiene, cambia el tratamiento y le dice: "Pero, ¿qué temes tú, amigo mío? ¿Qué peligro quieres evitar?" Lo tranquiliza, asegurándole que no debe amarla sino como a una hermana. "En cuanto a mí, haré lo que quieras: no te expresaré mi cariño, si esto te hace mal; pero ¡me cuesta tanto este esfuerzo!" Después de dejar hablar al duende, pone punto aparte y recobra la seriedad:

"Cepeda, ya lo ve Ud.: mi pluma corre a pesar mío..." Y más adelante, al final de esta carta del 28 de agosto de 1839: "¡Raro, original es el papel que hago contigo! Yo, mujer, tranquilizándote a ti del miedo de amarme, es cosa peregrina..." Y en la postdata, como si retomara la apostura de naciente y ya reconocida escritora, único motivo por el que él se le había acercado: "Ruego a Ud. disimule la incoherencia de ésta y su poca unidad y defecto de estilo. Veo que está rara; pero va según mi cabeza. ¡Tengo tanta confusión en ella!"

El naufragio

¿QUÉ podemos pensar de estas cartas? ¿Que son documentos confesionales y que nunca debieron salir del sagrado de un hombre? Sí; pero Cepeda las guardó, y mucho más tarde, en 1854, pidió permiso a su autora para publicarlas, a lo que ella no le dijo que sí, pero tampoco se negó, creyendo —otra vez con las fantasías de su corazón— que porque él las tenía en tanto aprecio era señal de que todavía la amaba; en cambio, lo que el ex-amante y futuro casado con otra quería era adornarse con el resplandor de su fama.

Es necesario volver por la Avellaneda, en ese período de zozobra que corre entre octubre de 1839 y abril de 1840. Es verdad que ella dijo, con los versos de Heredia, que amaba el peligro; pero eso era un alarde romántico, como el del estudiante de Salamanca que presencia su propio entierro, o la

Canción del Pirata, que no pasa de tirada lírica para espantar al burgués. Tula es una mujer igual a nuestra vecina —salvo que lee a los clásicos—, y no quiere que su amante se figure que ella es sublime. "¡Mi talento! —dice— ¿Y crees tú que el talento sea un antídoto contra la sensibilidad?" Y más adelante, en la misma carta, estas palabras que suenan a blasfemia, como las de la tragicomedia de Calixto y Melibea, bien que las dos figuras sean creación de un poeta masculino: "Una mujer vulgar no ama como yo, ni tiene celos como yo. Una mujer vulgar celaría en ti su novio; yo celo en ti mi ídolo, mi Dios, que tiemblo de ver profanado..."

Nos resistimos a seguir leyendo porque duele ver a la Avellaneda equivocada, prostituida el alma a los pies de un señor, que por más Don Juan que quisiese ser, sólo pensaba en vinos y en aceite. Tula —y en adelante, mientras dure este aspecto de su vida, sólo la llamaremos así, como si fuéramos sus cómplices— le dice que quiere su corazón sin compromisos de ninguna especie. "Soy libre y lo eres tú; libres debemos ser ambos siempre, y el hombre que adquiere un derecho para humillar a una mujer —lo asegura ésta, que vaticinaba su propia vergüenza— el hombre que abusa de su poder, arranca a la mujer esa preciosa libertad; porque no es ya libre quien reconoce un dueño".

¿Qué vale más? ¿La retórica de uno de esos poemas de dedicatoria inconclusa (*A...*; *A él...*) que se suceden por esos años (aunque la Avellaneda "...con su maestría infalible", como dice Henríquez Ureña; o Enrique Anderson Imbert: "no descompone su figura, aunque se le desgarre el corazón") o estos párrafos de una carta escrita en abril de 1840?

"Largo tiempo me he hecho ilusión sobre tus sentimientos y he interpretado lisonjeramente la frialdad de tu conducta...", "...pero no formé la menor queja sobre ti. Sólo una cosa pudiera reprocharte, y es la falta de franqueza; es no haberme dicho: ya no te amo. Porque la inconstancia no es un vicio ni un crimen; es solamente una debilidad del corazón, y acaso una dualidad inherente a la naturaleza humana; pero la falsedad, el engaño, es un delito, una bajeza, indigna de todo corazón noble".

Le ofrece, loca Tula, igual que todas las mujeres que no se resisten a abandonar el pensamiento de un hombre, en vez del amor desdeñado, la amistad, "afecto profundo que sobrevive a la juventud y aun a la muerte". "He creído —le asegura

después— y lo he dicho con mi natural veracidad, que eres más sentimental que sensible profundamente, más amable que amante, que tienes más bondad que pasión, y menos ternura que talento. . . .” ¿Puede clavarle en mejor forma a una mariposa masculina? Sí: “siempre te he visto digno de ser amado, aun cuando alguna vez haya creído que tú no sabes amar. Acaso ni aun eso he creído; sólo he comprendido que a mí no me amabas”.

Ella es impetuosa y sincera; puede parecer inconstante, a veces irónica; pero la ironía la desgarrar: siempre se hallará en su fondo la verdad, porque es incapaz de bajezas y de cálculos interesados, como los de Cepeda. No guarda la copia de sus cartas, ni de las que recibe de él; primero, porque a las suyas no les da valor, y segundo, porque las de Cepeda, aunque ella proteste desde donde esté, acaso no reflejaban más que el lento que le inventaba Tula.

Es erudita en almas humanas, y sabe que Napoleón no sabía amar, y era sin embargo el primer hombre del mundo; y que Newton jamás tuvo una querida. . . . En cambio Torcuato Tasso amó hasta morir sin juicio; era un alma eminentemente apasionada, con la que ella simpatiza. Pero Napoleón y Newton eran espíritus altos y profundos. Nos parece oír, a contratono, la voz de Martí, que abjura de la Avellaneda por motivos de lucha patriótica, pero la admira como mujer.

“Mis defectos —dice Tula— tienen la talla de mis cualidades. . . .” Y termina asegurando: “pero sí sé que, tal cual soy, no hallarás otra en el mundo. Serán peores o mejores, pero no serán como *Tula*”.

La hoguera romántica

¿Y qué nos importa a nosotros de su vida personal, de la anécdota que puede engolosinar a los superficiales, a los que sólo se acercan a la hoguera romántica para ver cómo se consumen las gasas y las flores secas y los rizos en forma de tirabuzón, y chirría la carne de los pobres amantes? Nos importa porque Tula se salva y sobrevive a Cepeda, cuyo nombre ella también ha arrastrado hasta esta orilla de la posteridad. Además, porque estas cartas tienen estado público, por voluntad de su destinatario e indiferencia de su autora, y porque, aparte de su valor como documentos biográficos, son también una

legítima muestra de la creación poética de la Avellaneda. "No temo jamás al ridículo —dice a su amante—; es un traje que no le viene a mi talla".

En *Recuerdos del tiempo viejo* Zorrilla describe la entrada de la Avellaneda en el Liceo de Madrid, acompañada de su mentor, J. N. Gallego, y la primera lectura de sus versos. Dice: "Subí a la tribuna, y leí como mejor supe unas estancias endecasílabas que arrebataron al auditorio. Rompióse el incógnito, y, presentada por mí, quedó aceptada en el Liceo y, por consiguiente, en Madrid como la primera poetisa de España la hermosa cubana *Gertrudis Gómez de Avellaneda*". Habían transcurrido sólo dos o tres meses desde su ruptura con Cepeda —que, en rigor, nunca se hizo efectiva, pues continuaría escribiéndole— y Tula estaba ahora en la Corte, donde se relacionó con todo el mundillo literario de entonces: Quintana, Espronceda, el Duque de Frías, Bretón de los Herreros, Hartzenbusch, Pastor Díaz, García Tassara... En ese mismo noviembre de 1840 publica el que se convertiría en uno de sus famosos poemas: "A la muerte del célebre poeta cubano José María Heredia", ocurrida en Toluca, en 1839. Guardémonos de considerarlo como un pretexto para que ella celebre el funeral de sus propios amores; pero lo cierto es que se advierten huellas muy nítidas de una experiencia dolorosa. Porque una mujer de veintiséis años, por más que respirase en el clima del Romanticismo, no podía, sin sentirlo, reflejar ese profundo tedio de la vida que palpita en los siguientes endecasílabos:

Ya reclinó su lánguida cabeza
de genio y desventuras abrumada,
en el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa al polvo inerte
que torna a su elemento primitivo,
ser en este lugar o el otro hollado?

Y después de esta proposición hace un balance de los bienes del mundo en el que la férvida Tula se agita otra vez, dentro de la Avellaneda:

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?
El amor inconstante, la esperanza,
engañosa visión que lo extravía.
Tal vez los vanos ecos de un renombre

que con desvelo y con dolor alcanza:
el mentido poder, la amistad fría,
y el venidero día,
cual el que expira breve y pasajero,
al abismo corriendo del olvido:
el placer cual relámpago ligero
de tempestades y pavor seguido. . .

Pero, la Avellaneda sabe domar sus pasiones encabritadas de modo que aparezcan, casi irreconocibles, en el bello galope de paseo de sus versos. Y es así como publica en 1841 un tomo de *Poesías*, dedicado a su madre, y la novela del esclavo *Sab*, cuya elaboración le significó tres o cuatro años. Poco después, *Dos mujeres*, otra novela; y en 1844, *Alfonso Munio*, fusión de tragedia antigua y drama romántico que tiene como argumento la vida de un varón de su estirpe, sorprendida por ella en antiguas crónicas. También, *Espatolino*, novela que narra el episodio de las aventuras de un célebre bandido napolitano, y es curiosa la defensa que ella misma hace de su obra ante los que la juzgaban traducida del francés.

"La América española dio a la antigua metrópoli dos de los mejores dramaturgos de su período romántico —dice Pedro Henríquez Ureña—; Ventura de la Vega (1807-1865), nacido en Buenos Aires, y Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) nacida en Camagüey". Una de sus mejores obras es *El Príncipe de Viana*, tragedia dedicada a Fernán Caballero en la edición de 1869, corregida por su autora; se había estrenado en Madrid, en 1844. Ese mismo año la Reina indultó a tres reos políticos, y tal como debía ocurrir en ese siglo de ceremonia y de ornamento, el hecho se celebró con una justa poética. El primero y el segundo premios correspondieron a la Avellaneda, que en uno se había presentado bajo el nombre supuesto de su medio hermano, Felipe de Escalada. Las sátiras a su costa no tardaron en aparecer; y entre ellas se deslizó aquel elogio, un si es no es ofensivo, de Bretón de los Herreros, pero que se repetía con evidente mala intención: "Es mucho hombre esta mujer. . ."

Cuando hablamos de la entrada de la Avellaneda en el Liceo de Madrid apareció, entre otros, el nombre del poeta sevillano Gabriel García Tassara; pero ahora es cuando irrumpe en la vida de Tula. Su relación dura poco más de un año, y en la hoguera romántica caben también estos dos despojos: el

poeta burlador, y la hija que de él hubo la Avellaneda, que falleció a los pocos meses.

Sigue el matrimonio con Pedro Sabater, en 1846, acto de piedad para con un enamorado canceroso; y, al lado de las tragedias íntimas, casi simultáneas, las teatrales: *Egilona*, o *Saúl*, considerada una de las más perfectas desde el punto de vista de la documentación, del manejo de materiales por otros también aprovechados —en lo que la crítica, no siempre bien intencionada de su tiempo, quiso descubrir "influencias"—; lo que se le reconocía a la Avellaneda era "oficio" teatral, es decir, el arte de mover a las almas en un tablado igual al de la vida. Porque ella perdía a veces la cabeza, pero la recobraba en la trabajo. Y aquí tenemos la voz de Tula pintándose a sí misma en 1850:

"De mi carácter, si se quiere indicarlo, diré con igual franqueza que no peca de dulce. He sido en mi primera juventud impetuosa, violenta, incapaz de sufrir resistencia. En el día está quebrantado mi carácter: soy menos irritable y también he perdido el entusiasmo, que era su base. Mis escritos dicen muchos que revelan más imaginación que corazón; yo no lo sé; pero creo que tengo, o al menos he tenido, grandes facultades de sentimiento, si bien confieso que siempre con más pasión que ternura.

"Don Juan Nicasio Gallego ha dicho de mis poesías que nada indicaba en ellas la blandura de una fibra femenil y la languidez de una hija de los trópicos; que sus calidades sobresalientes eran la altura y energía de los pensamientos y el varonil vigor de la expresión. . ."

Y escuchémosla aquí cómo se defiende y plantea, avanza para su época, el problema de la creación poética, indiferente al sexo: "Otros críticos han dicho también que yo no era poetisa, sino *poeta*; que mi talento era eminentemente varonil. Yo creo que no es exactamente verdad: que ningún hombre ve ciertas cosas como yo las veo, ni las comprende como yo las comprendo; pero no niego por esto que siento que hay vigor en mi alma, y que nunca descollé por cualidades femeninas. Mis amigos saben que soy sincera hasta rayar en indiscreta. Mis enemigos, que soy indulgente hasta pecar en desdenosa; mi fama, que soy desinteresada hasta ser tachada de un vicio opuesto a la codicia; y yo sé, mejor que nadie, que soy defectuosísima".

En la hoguera caben también las confesiones arrepentidas, las verdaderas desdichas y las ridículas vanidades. El Roman-

ticismo era época para todo eso. La cizaña crecía junto con el trigo, y la siega sobrevénia a veces apresurada, convocada por el dueño del campo. Los poetas románticos se precipitaban solos al desastre; algunos preferían quedar en una pirueta de volatinero... A la muerte de Gallego, en 1853, la Avellaneda, que siempre se consideró como su protegida y discípula —aunque la disciplina no era precisamente su virtud— aspiró a sucederle en el sillón de la Academia. Nunca habían entrado mujeres en esta docta corporación, si bien quiso esgrimirse un antecedente que no quedó muy en claro. Como lo dijo más tarde Emilia Pardo Bazán, cuando aspiró a igual honor, en unas cartas públicas dirigidas al fantasma de su antecesora en los empeños,² era presumible que, siendo una reunión de hombres, quisieran quedarse a solas, para contar cosas que no debían escuchar oídos femeninos. A la Avellaneda se la rechaza, pero con todos los honores de una medida general y reconociendo sus méritos. ¿Para qué habrá aspirado a ese discutido sillón la poetisa cubana? Para lo mismo que ambicionaba las palomas en el estreno de sus obras teatrales y las coronaciones solemnes en La Habana o en Madrid. Ella participó de la de Quintana en 1855. Un gran cuadro de la época nos la muestra en toda su majestad, algo corpulenta, leyendo una oda en medio de personajes con entorchados y "frac" lustrosos...

Ya es la señora del Coronel don Domingo Verdugo, figura simpática, nada anodina, puesto que hasta recibió una estocada en el pecho por defender de un agravio a su mujer, la célebre poetisa; y no sólo por la luz que ella le prestaba, sino por sus cabales, fue distinguido con un alto puesto en ultramar. Con él llega la Avellaneda a Cuba, después de veintitrés años de ausencia. A poco de su arribo, en enero de 1860, La Habana corona a su grande escritora. Con esta fecha acaba la hoguera romántica en la que Tula quemó su corazón y sus laureles.

El juicio de las cenizas

AHORITA no nos queda ya sino el juicio de sus cenizas. Siempre se han tenido por mejores los versos en los que la Avellaneda contempló a la poesía como creación estética, que no era para ella problema intelectual, sino *vivencia*. Le bastaba enfren-

² Madrid, 1889. Reproducidas por D. Figarola-Caneda, Madrid, 1929.

tarse con su propio *daimon*: el alma de la pobre Tula, dando tumbos dentro de la geométrica arquitectura del poema.

Difícil es para el hombre hacer poesía, que es, como alguien dijo, el arte de escribir fríamente versos conmovidos. ¿Qué habrá sido para la Avellaneda, en una época que la empujaba a la borrasca y a la vez quería retener en la costa los cabos melancólicos de una mujer idealizada, objeto de culto, ángel del hogar? En pleno delirio romántico de las nacionalidades, Tula, que se sentía *franca india*, porque había nacido en Cuba, aceptaba la dualidad de recibir los homenajes de las reinas y las zalemas de sus vasallos. Para su centenario, en 1914, la Isla, ya libre, quiso recordar a la poetisa con grandes conmemoraciones nacionales y hasta emitió sellos con su efigie coronada de laurel. Pero no tardaron en hacerse oír las voces discordantes que volvían a plantear la cuestión de si ella era cubana, por nacimiento, o española, por haber sido Madrid el teatro de sus hazañas.

Gertrudis Gómez de Avellaneda es de Cuba, y a América le debe la dimensión de su espíritu que lleva la impronta del exilio, tal como conviene a los que nacen en esta franja que corre a lo largo del mundo. Todo aquel que provenía de *fuora le muri* de la cultura occidental, cuyo centro era Europa, debía responder ante la aduana que le interrogaba sobre su sangre y su suelo. En cierta ocasión, la Avellaneda batalló porque a su nombre lo pusiesen del lado de los que habían nacido en América: junto a Ventura de la Vega, junto a Heredia. Lo que equivale a elegir la vereda de los desheredados, de los que comienza con ellos su apellido.

Nada le faltó para configurar su orfandad: ni siquiera el alfilerazo de sus contemporáneos. A ella la sedujo en su juventud la *Indiana*, de George Sand; y "la George Sand de Madrid" llamaban a la Avellaneda, por su vida que corría tempestuosa entre la gloria literaria y las pasiones. Fernán Caballero —es terrible la amistad entre las mujeres— decía de ella a un tercero, en 1866: "...Por de contado puede V. quedarse con la carta de *Gertrudis*, y es excelente la comparación de Yuste. Estaba muy en retirarse a un convento (no sé si como Ninón); me lo consultó y creo que lo que la movió con más fuerza a desistir fue la reflexión que le hice que una mujer como ella no podía volver a salir..."³

³ Cit. por E. COTARELO Y MORI, *La Avellaneda y sus obras*, Madrid, 1930.

Es verdad; Gertrudis no puede volver a salir porque está encerrada en su prisión romántica. De ella hemos querido liberarla, ya que sufría tanto. En nuestras manos quedan, continuamente aventadas por los que la niegan, las cenizas de sus endecasílabos:

Dame que pueda entonces,
virgen de paz, sublime poesía,
no transmitir en mármoles ni en bronces
con rasgos tuyos la memoria mía;
sólo arrullar, cantando mis pesares
a la sombra feliz de tus altares.

(A la Poesía)

En ese anhelo, de arrullo escondido como el de nuestros montes, no está mal representada la poesía de América por la imagen de Tula escribiendo sus cartas. Se nos aparece así como un lebre l amante, a los pies del Romanticismo, esta Gertrudis Gómez de Avellaneda, saludada en el siglo XIX como la primera poetisa de habla hispana.

GUZMAN DE ROJAS: PINTOR DEL ANDE

Por Raúl BOTELHO GOSALVEZ

El autodidacto

EN Potosí, la casi quimérica ciudad de los Andes bolivianos edificada al pie del cerro que sangrara plata durante más de trescientos años para el erario colonial de España, mientras a su vez él desangraba a las muchedumbres de mitayos mineros obligados a trabajar gratuitamente en sus trágicos socavones, nació Cecilio Guzmán de Rojas el 24 de octubre del año 1900 en el seno de una modesta familia de antiguo linaje alto-peruano por cuyas venas corría, raudalosa y profunda, sangre de españoles y de indios quechuas, de esos que en el viejo Potosí del mil seiscientos formaban las ariscas mesnadas de los "vi-cuñas" y en los albores de la independencia las legiones de los rebeldes hermanos Katari de Chayanta y los "tupamaros".

Dormían, pues, en él como en todos los grandes pintores de América, los insumisos sedimentos de la insurgencia que más tarde habían de manifestarse mediante una expresión plástica empapada de un épico y musculoso concepto del paisaje, y a través de la grave y honda manera de calar, por el retrato, en el alma huraña del indio y el mestizo, donde fermenta el odio a la opresión y las grandes justicias maduran.

Es necesario para intentar un encuentro con la vocación artística que despertó en la adolescencia de Guzmán de Rojas, recorrer imaginariamente los contornos de su ciudad natal; advertir cómo flota en su ambiente, lo mismo que luminoso cendal que atraviesa el luminoso aire del Ande, la invisible figura del pasado.

Potosí es, ahora, una ruina gloriosa, cargada de leyendas y de historia, pero allí aún se siente el magnetismo del arte por las formas que los hombres dejaron a su paso cuando la estupenda riqueza del cerro potosino era "envidia del univer-

so", cual reza en latín su escudo de armas otorgado por Carlos V. Sentirlo sobre los pórticos de piedra labrada de sus edificios, bajo los armoniosos perfiles de torres y espadañas de catedrales y templos, en las estrechas callejas empedradas con menudos guijarros donde asoman con sigilo medieval ventananas de farol y bizarros enrejados; en la masa barroca y plateresca de sus puertas talladas y adornadas con rosetones de bronce verdoso y pesados aldabones con el águila bicéfala de los Austrias; en el potente aplomo de la piedra cantera de los muros, arbotantes y almenares de la Casa de Moneda, con interiores llenos de anchas galerías abovedilladas que traen vagas reminiscencias conventuales y donde persiste un aire de tragedia que trasciende al visitante que llega al seno de las mazmorras donde dormían amontonados los mitayos o descendiende al trillado círculo del subsuelo bajo el pesado armatoste de la máquina de madera tucumana para acuñar moneda, que empujaban al compás de lúgubres canciones los indios cautivos y los esclavos negros que dejaron su rúbrica de dolor y protesta en las negruzcas paredes donde aparece marcada la huella del látigo ensangrentado que rebotó de las espaldas dobladas sobre el manubrio.

Mas no sólo hay que sentir eso. Hay que entrar también en las casas centenarias, conventos y templos. Mirar y admirar millares de pinturas y esculturas. Arrobarse ante los murales de Melchor Pérez Olguín, el gran pintor colonial potosino que arrebató el secreto de sus maestros españoles, italianos y flamencos y logró en El Escorial la genial impresión de las obras de Jerónimo Bosch, El Bosco, que habría de rebrotar en una floración de monstruos y castigos en sus obras como "El Juicio Final", mística y atormentada visión de suplicios en donde la fantasía rompe el formalismo clásico e irrumpe en un mundo de imágenes surrealistas, verdaderas trasposiciones a la pintura del terror teológico y la locura de la fe fanática. Hay que recorrer con mirada atenta a detalles y conjunto, los ricos altares de madera labrada y decorada con capas de oro y plata; mirar el aéreo juego de las columnas que suspenden, cual in-móvil y dorado humo de pebeteros, las volutas barrocas, el encaje filigranado de los arcos, el ademán estático de las cariátides de rostro indio. Asomarse delante de las esculturas piadosas donde la devoción religiosa del artista americano se convierte en pura devoción estética, que busca deponer la preeminencia de los modelos del Berruguete, el Montañés, Cano o Mena.

Lo sorprendente es que todo este arte y artesanía brotaron como flores parameras, entre el bruto erial de las rocas lamidas por el viento cordillerano y estepario del altiplano, a cuatro mil metros de altitud. Parecería que los contornos ascéticos de la tierra, sedienta de colores, de formas graciosas y frescas, demandase al hombre que realice por los caminos del ingenio y del juego creadores del arte, un esfuerzo destinado a adornar las crudas desnudeces del habitat andino en que vive y muere. Humanizar el paisaje ciclópeo, encajarlo en la tesitura de un cuadro que logre suavizar el color metálico de las montañas, llagadas de ocre anaranjados, amarillos y grises sordos, para de esta manera vencer la sensación de cautividad geológica, de sometimiento al imperio de la materia inorgánica. En una palabra, para que de la angustiada necesidad biológica de color, nazca la pintura.

Cuando Guzmán de Rojas viene al mundo, Potosí ya no es la ciudad alegre, manirrota y activa de hace siglos. Los 160,000 habitantes que tuvo a fines del seiscientos, al terminar el novecientos se han reducido a 35,000 seres que asisten, impasibles y adormecidos bajo el polvo gris de los ingenios mineros que siguen rindiendo riquezas para el imperialismo extranjero, a la progresiva decadencia de la ciudad que perece con la lenta y terrible agonía del propio cerro, cuyas vetas se agotan hasta que desaparecen las de plata y se descubren, a mayor profundidad, de plomo y estaño, que también merman día a día bajo los barrenos, la dinamita y las piquetas mineras.

El pintor adolescente se nutre de este ambiente cargado de sugestiones telúricas y de un oscuro conflicto que agita a las masas explotadas. Y un día, como todos los días cruciales en la existencia de los creadores, toma la paleta y los pinceles y comienza su aprendizaje solitario y dramático.

Potosí carece por entonces de algo que pudiera llamarse Escuela de Bellas Artes. El medio intelectual, achatado por la política al menudeo y la actividad utilitaria de las empresas que merodean dentro de la armazón berroqueña del cerro, no ofrece frutos de particular superioridad. Menudas pasiones del *vulgum pecus*; menguados escándalos; la inercia y la tristeza lo cubren todo. Es un mundo aislado, sin ferrocarriles ni buenos caminos. Sus aspiraciones culturales tienen un "bovarys-mo" provinciano; nada trasunta la preocupación de sacudir el polvo del pasado en la ventana donde sopla el viento de las renovaciones. Hay dos o tres publicaciones periódicas; dos o

tres clubes donde concurren los ingenieros y administradores gringos a empapar en whisky su nostalgia, biombo por medio de los empleados bolivianos, que en la abandonada desolación del páramo ambicionan hacer fortuna, como la hicieron los Arce, Argandoña, Patiño, Sáenz, Aramayo, que alcanzaron a conjurar a los demonios del subsuelo y tras del triunfo se fueron a Europa. No hay sitio allí, pues, para el naciente artista. La vida le ahoga, sórdida y sin destino. Los hombres de presa no cotizan su arte porque no pueden sacarle dividendos, ni necesitan de él para adornar sus transitorias moradas. Y los demás, con la cara puesta hacia la muerte, viven el pasado.

No obstante las condiciones sociales y culturales negativas, Guzmán de Rojas insiste en su vocación. A los veinte años presenta en Potosí su primera muestra de pintura que concita en el ambiente opiniones contradictorias, las más de las cuales coinciden en negarle valor. En realidad sus obras—óleos y acuarelas—, son titubeantes escorzos, desatinadas aglomeraciones de unidades geométricas y cromáticas de un modesto naturalismo, donde apenas respiran la armonía y la belleza. La mano indócil del autodidacto no tenía entonces el reposo ni la soltura que el tiempo, el estudio y el trabajo, han de darle más tarde. Por otra parte sus maestros mudos fueron los cuadros que abundan en Potosí, ciudad pinacoteca. Su cultura artística está llena de vacíos: malas bibliotecas, detestables reproducciones oleográficas y algunos grabados, poco pueden darle. Pero en su conciencia habitan las visiones del mundo informe que las retinas han aprisionado del paisaje y del hombre vernaculares, depositándolas como embriones en las celdillas reticulares del panal interior.

Visiblemente impresionado por los clásicos y románticos españoles y franceses, tiempo después Guzmán de Rojas formula una nueva serie de obras con temas desconcertantes y audaces. Es la altanera réplica a quienes le niegan. Y, desde entonces, ha de vivir en conflicto con el mundo, peleando por lo que él cree y crea.

Hasta allí los pintores bolivianos no habían superado, ni alcanzado siquiera el arte colonial. Con servilismo remedón copiaban los modelos corrientes sin atreverse a ir por su cuenta, y las más de las veces con desafortunado empleo de los colores e inhabilidad en el dibujo. Era una pintura de aficionados que tomaban el arte como pasatiempo, nada más. Tales los

discretos José García Mesa, Zenón Iturralde, Avelino Nogales y Villavicencio. Otros no alcanzaron sino a esbozarse.

Guzmán de Rojas, temperamento inquieto e independiente, no se conformaba con el formalismo pictórico puramente imitativo ni con las demostraciones de un lirismo superficial. Anhelaba más: ver, aprender, buscar. Hacer una obra suya. Reunir en su alma la suma experiencia del arte de otros pueblos para hacer un día un arte propio, trasunto del "pathos" boliviano.

Es en esta ocasión que obtiene una bolsa de estudios del gobierno de España, bajo la monarquía de Alfonso XIII y con un modesto refuerzo del Estado boliviano, viaja a Madrid donde se inscribe en la Real Academia de San Fernando.

La experiencia europea

El primer encuentro con Europa del mozo inconformista y apasionado, es un deslumbramiento en tierra española. Allí, tras de largas sesiones de pintura y teoría, a cargo de sabios maestros que le inician en los secretos del arte, que su alma intuía durante las borrascas de su lucha en Potosí, como luces de un inexplorado mundo subconsciente, Guzmán de Rojas abre los brazos morenos al viento rojo de la vida, y vive. Se sumerge en el baño de la experiencia asomándose a risueños abismos. Es su hora de galantería y dispersión. Bebe filtros de amor en labios gitanos y acaricia blondas melenas godas. Pero al revés de Fausto no pierde por ello el alma, sino que la engalana y endurece. Como el poeta boliviano Juan Capriles dice:

He sido en mi vida siempre un soñador
y si en los huertos me detuve
es porque todo estaba en flor...

Pero luego de los amores estudiantiles, cuya memoria debe constar en los apuntes y dibujos que ha dejado, retorna al amor insobornable de su arte.

Hace copias en el Museo del Prado, Velázquez, Goya, El Greco, Zurbarán, Valdés Leal, le magnetizan. Zuloaga, Sorolla, Fortuny, Romero de Torres convocan sobre él convergentes influencias que se agregan a las de los clásicos.

Y cuando se siente solitario y el vino amable de las "tasca" madrileñas, o la salada sonrisa de las mujeres no le alegra,

se marcha a Toledo. Esa ciudad amurallada es como su Potosí: Un agreste espectro de pie, como el Cid—El Escorial—que vence montado en Babieca—la sierra del Guadarrama. Suele buscar en bibliotecas y museos cosas de América. Se abstrae en los códices mayas; compara la pétrea esfinge de los monolitos de Tiahuanacu y los ídolos aztecas con el perfil suave y misterioso de la Dama de Elche... ¿Serán los vascos un avatar europeo de los kollas fundadores del Imperio del Tawantinsuyu?

El artista que aprende en el mundo español, siente saudades de sus montañas maternas, añora el clima rudo de Potosí que obliga a la templanza del alma y dirige al ascetismo el inquieto afán del cuerpo.

En su modesto atelier de estudiante, donde vive solo, rodeado de bastidores y caballetes, en medio de alegre desorden bohemio, Cecilio soñaba con su propio suelo, ¡tan desconocido y fecundo para el arte y la vida! Suele contratar modelos españolas, mozas de carne dorada por el sol meridional y casi árabe de Andalucía, y las pinta con el traje típico de la chola boliviana o la india quechua. Mas eran cholas gárrulas, de mirada profunda y pasional, de renegridas trenzas que iban a adormecerse como dóciles culebras de ébano sobre las pomas frescas. Carecían de ese antiguo aire de América, su gracia era española y nunca estuvo contento con ellas porque no le dejaban más que fugacidad, desvanecida como una copla en el aire.

Después de largo tiempo en España, Guzmán de Rojas inicia otra experiencia. Viaja a Francia y una vez en París se aloja en una pensión cercana a la Ile de France, en pleno Saint German-des-Pres. Allí hace la vida bohemia de todos los artistas que acuden a sumergirse en la lechosa luz envejecida de la gran ciudad francesa, bosque de chimeneas congregadas alrededor de la gris masa gótica del Notre Dame y de la blanca y bizantina del Sacre Coeur. Su espíritu se desconcierta porque todo lo encuentra ya elaborado por los razonamientos cerebrales del genio cartesiano. El arte y el amor son elevados juegos de la imaginación lógica, que contribuyen al bienestar de los sentidos. No hay pasión más que por la inteligencia organizada por el brillo de las palabras, el color o las formas. Nada de ese sentimiento agónico que rebosa España y América indoeuropea. No existe en esa tierra expugnada palmo a palmo por la historia, lugar para los descubrimientos. No existe la

fluente espontaneidad de la "aspra e forte" tierra americana. Ama, sin embargo, Guzmán de Rojas a Francia, pero sin fervor.

Aquellos días el post-impresionismo comenzaba su declinación. Predominaban los "fauves". Como templos abandonados por los creyentes los museos guardaban los antiguos ídolos. Wateau, Fragonard, Corot... David, Ingres, Delacroix... De Monet a Renoir, de Cézanne a Van Gogh... Clásicos, románticos con su secuela de impresionistas y expresionistas, quedaban limitados por la invasión cubista, futurista y surrealista que anunciaran con sus estridentes bocinas Apollinaire, Cocteau, Marinetti.

Guzmán de Rojas se inscribe en la Escuela de Artes y Oficios de París y concurre a las clases con regularidad. En el ínterin hace experiencias impresionistas y cubistas. Toma apuntes de pintorescos sitios de la capital. Alguna vez, sentado a la mesa de un café de boulevard, aprisiona en el dibujo distraído figuras de la fauna parisina: la "demi-mondaine", a la "cocotte mediatubunda", a las infinitas "Goulue", dueñas de los cabarets, las aceras, mercados y revoluciones de París. Delante de él, sobre el mármol de la mesa, un volumen de poesías al lado de la copa de ambarino "absynte".

Conoce a Besnard, Picasso, Foujita, Maillol, Lothe... Concurre a mirar con amigos de la escuela el trabajo de Augusto Rodin.

Una honda inquietud le punza en ese tiempo. París es una ciudad confortable, llena de mundanidad. Teme caer en sus muelles brazos y extraviarse como otros tantos que perdieron el hilo de Ariadna en su laberinto. Él no quiere eso. Suspende sus estudios en París y retorna precipitado a España, en pos del sol castellano que se desparrama sobre la estepa que tanto le recordaba al yermo boliviano. París con sus brillantes iris, tan parecidos a las burbujas del champagne, no había apresado su alma huraña y tenaz como la de Juan Cristóbal. Estaba limpia de las pátinas de tiempo amansado en los monumentos y en las calles que salen al encuentro encerradas en una atmósfera de "boudoir", tan distinta, tan diferente, a la atmósfera expandida en torrenes de luz que no se elaboran con la imaginación ni se recogen de los laboratorios químicos... América, Bolivia, los Andes, Potosí... Ahí estaba la luz, como un prisma herido por el dardo del Inti, dios kolla.

¡Posthume! El tiempo ha completado alrededor de diez años en Europa. Guzmán de Rojas cree haber adquirido sufi-

cientos conocimientos prácticos y teóricos para empezar a pintar por su cuenta. En sus recorridos por las capitales ha conocido el deslumbramiento de Leonardo, Miguel Angel, Rembrandt, Rubens, Ticiano, Van der Weyden y otros gigantes cuya obra fue a contemplar mordido por la espuela del que no tiene sosiego para buscar.

Aunque logra honorables premios al salir de la Academia de San Fernando y en las exposiciones en que intervino en Madrid y Barcelona, ciudad esta última donde también estudia algún tiempo, está lejos de sentirse ufano de lo que tiene realizado. Quiere efectuar obras de mayor aliento, en las que pueda avanzar algunas de sus propias ideas sobre el arte americano. Y, por fin, la ocasión se la ofrece el gobierno de Bolivia cuando le encarga decorar el pabellón del país para la Exposición Iberoamericana de Sevilla.

Guzmán de Rojas pinta varios "paneaux" y estelas con motivos indios, flora, fauna y ambiente nativos de Bolivia. El contenido amor a su tierra, la nostalgia retenida por años en el vaso de la pena, ponen en manos del artista cosas que al volverse obra de arte, tienen una expresiva dimensión sentimental y plástica. Así lo señalan los críticos, enalteciendo al artista por su intenso sentido americano y por la calidad estética de la decoración que ha realizado. Es, en realidad, el primer triunfo de su carrera.

El retorno a la tierra

AL terminar la Exposición de Sevilla el gobierno boliviano invita a Guzmán de Rojas a asumir el cargo de Director de la Academia Nacional de Bellas Artes en La Paz. Es la hora de regresar a la patria, y aunque el artista conceptúa que las funciones públicas han de serle un estorbo en la realización de su propia obra, cree que es un deber para con su país transmitir a las nuevas generaciones algo de lo que aprendió en Europa. Acepta, pues, el cargo y se embarca para Bolivia, donde las artes plásticas, fuera de las ricas manifestaciones populares tradicionales en la artesanía, hasta entonces no han recibido un impulso organizado.

Qué inmenso desahogo siente su alma cuando a la postre del viaje marítimo, tras de rodar diez años por tierras extranjeras, el ardiente mozo que antaño partiera de Potosí, pisa el

suelo de América, la tierra firme, convertido en un Jasón que vuelve trayendo en el puño su verdad: El artista es hijo de su pueblo y de su medio, y ninguna sutileza mental o moral, por universal que aparente ser, puede dispensarle de revelar a través de su obra la intimidad originaria y original de su tierra y de su pueblo.

Algo más piensa Guzmán de Rojas: el artista de América debe hacer pie en el pasado de América y en las vivencias de América, para dispararse lleno de verdad hacia el futuro. Han pasado los días de las delicuescencias importadas de Europa como trajes de moda. Si no podemos prescindir de la ciencia y el conocimiento de Europa, no necesitamos su sensibilidad para aplicarla a nuestra vida. América para ser auténtica precisa demoler el prejuicio de su inferioridad racial o cultural, esparcido por los colonialistas e imperialistas de todo cuño.

Creer: he ahí la fórmula. Creer desde el principio, con pasión, con encono, con amor, pero creer... Quien empieza a creer aunque sea en un pálido fantasma de su invención, ya posee el fuego irreverente y sagrado que termina por quemar los inmensos bosques del prejuicio, la ignorancia y la sumisión a modelos y estilos que no son nuestros, pero que se remedan porque pocos rompen más allá de la corteza de nuestro mundo original.

Creer en su tierra con todos sus defectos y pobreza ha sido la fuerza moral de Guzmán de Rojas, y revestido en ella como en una armadura, cuando las traillas de la envidia mordían sus calcañares, o los eternos negadores cuya moral de esclavos es estéril como la arena empezaron a combatirlo tan luego avanzó sus propósitos de renovamiento y creación del arte nacional, universal precisamente por nacional.

Una vez instalado en La Paz a su vuelta de Europa, tras de conocerse su primera exposición que constituye una revelación consagrada, empieza con entusiasmo algunas obras que le encargan. Sus cuadros, en donde alternan la maestría del artista dueño del color y de la habilidad de la forma, balbucen con timidez el mensaje que Guzmán de Rojas quiere dar a su pueblo... Pero el pueblo boliviano, sensibilizado por tantos factores que concurren a formar su contrastada psicología, tierna y violenta, sutil y brusca, advierte desde entonces que ha comenzado el orto de una pintura raigalmente indígena, en donde quedará traducida una expresión del "genius loci" boliviano.

Las obras que se encarga a Guzmán de Rojas son retratos de damas de la sociedad paceña, y él trata de ser complaciente para iniciarse sin violencias, pero tampoco haciendo concesiones que vendan su alma. Aún tiene en la paleta el colorido y en los pinceles el trazo de la pintura española más inmediata; en particular cuando realiza retratos de mujeres resbala hacia el amanerado sensualismo de Romero de Torres; mas luego de las curvas suaves y frutales del dorado bronce de sus cuerpos femeninos que adorna con suntuosos tejidos indios, del ademán gracioso de las manos bien dibujadas que reposan al borde de una cerámica incaica o sobre el "topo" que prende la vestidura, más allá del fiero remanso de los ojos negros y rasgados, en que no hay dormida copla ni saeta a la manera del pintor flamenquista cordobés, sino bravío reto de indias orgullosas de su estirpe milenaria, el pintor deposita rasgos del paisaje andino, empastado de grises, ocre y sienas, crispado de fervor telúrico. Esta preocupación del paisaje orna sus retratos al óleo, que se abren en una profundidad llena de luz cruda, bajo cielos de añil que se desfondan encima de quebradas impresionantes, como aglomeración de un gótico rebaño geológico.

Y cuando se ciñe simplemente al retrato, busca la gracia india a través de modelos que recuerdan lo bizantino y lo románico, aunque respiren el aire de la pintura potosina, cuzqueña y quiteña del coloniaje.

En su cuadro "Triunfo de la Naturaleza" Guzmán de Rojas esboza su tesis vernacular. Allí, como después ha de repetirse en otros lienzos, se notan los rebalses épicos y trágicos de Zuloaga, y como en éste al decir de Juan de la Encina "la pincelada hace resaltar las formas como movida por una especie de íntimo furor dinámico". El cuadro alegoriza el profundo esparismo de la vida: una pareja india yace en tierra como simiente de generaciones, mientras sirve de tálamo al ensueño de los amantes un retazo del friso de la Puerta del Sol de Tiahuanacu. El fondo está organizado en un resalte de montañas bajo hinchadas nubes fecundantes. Otro tanto sucede con "El beso del ídolo", en que el artista plantea contrastes de composición y, a través de símbolos de su lenguaje pictórico, avanza una idea fermental sobre la nueva estética andina. El ídolo, monolito de piedra trazado con rudos empastes grises y marrones claros, erguido sobre el horizonte de la puna, contrasta con la figura de la india desnuda pintada con el realismo de un Ingres. Es la vida enamorada del mito, que se abraza a él para que el milagro

la impregne de polen victorioso, como a una flor de bronce viviente.

En esta época recién pinta paisajes. Usa principalmente el óleo. Ensaya la témpera, acuarela y pastel. Planea y ejecuta aguafuertes, gouaches, punta seca y lápiz. Pero es en el óleo donde su técnica no vacila y logra efectos admirables.

Interpreta el paisaje de varias maneras. Busca siempre por medio de esquematizaciones geométricas y diestras armonías cromáticas, nuevas maneras de sentir y ver al paisaje proteico, bajo la luz—valga el vocablo—resonante de los Andes. Numerosas son sus telas con motivos del lago Titicaca, los valles quebradeños de La Paz, las barrancas atormentadas de Achocalla y otros sitios donde el pintor vuelca el esplendor de su paleta, acaso consciente de que está echando las bases del moderno arte boliviano.

En mérito de su notable sentido de la decoración, un empresario encarga a Guzmán de Rojas dos paneles de gran tamaño para una sala de espectáculos, y en ellos el artista, casi despojado de la influencia de sus maestros españoles, desarrolla el tema de la fiesta india, llena de gracioso movimiento y colores preferentemente primarios en el traje de las figuras, girantes trompos multicolores de polleras, rebozos y ponchos, al pie de cactus de greda de la quebrada paceña.

La Academia de Bellas Artes confiada a su cuidado, desarrolla activa labor pedagógica. Ahí concurren todos, o casi todos los que andando el tiempo van a continuar la labor del maestro. Su obra trasciende, sin embargo, más allá del aula, y consigue que los poderes públicos acojan algunas iniciativas que permiten legislar la protección sobre obras de arte precolombino, colonial y contemporáneo, para terminar con la exportación clandestina de tesoros artísticos. Crea recursos para la restauración de obras de arte, monumentos nacionales y organización de museos. Cataloga cuanto hay, incluso en colecciones privadas, en obras de arte en el país, conceptuadas por la ley como patrimonio nacional. Descubre, esa es la palabra, a Melchor Pérez Olguín, el gran pintor potosino del siglo XVII, y restaura varios de sus cuadros.

Estas últimas actividades de Guzmán de Rojas le atraen la animadversión de los traficantes y turiferarios de la pintura, y es atacado sordamente por los perjudicados entre los que figuraban miembros del clero católico extranjero y nacional, habituados a dismantelar en su provecho a las iglesias coloniales, y

también inescrupulosos potentados y comerciantes en antigüedades.

Desde la Academia Guzmán de Rojas realiza experiencias originales intentando crear una modalidad de composición curva para retratos y paisajes. Piensa sin duda, al hacer esto, en los pintores japoneses Hokusai e Hiroshige; pero en realidad lo que pretende es quebrar la rigidez hierática, casi diríamos frontalista, de las figuras kollas, hechas como de piedra, y dictilizarla bajo el arco suave del genio quechua que lleva un poco en su sangre. Mas este trance, resistido por la propia naturaleza que tiende a las viriles líneas geométricas de las rectas y quebradas, fracasa en los pintores jóvenes que interpretan la curva parabólica en la composición de las figuras como expresión de doblegamiento y derrota.

Es en esta etapa que llega el dramático episodio de la guerra del Chaco, en que Bolivia y Paraguay se desangran tres años, peleando con "más sed que odio" al decir de un novelista. Guzmán de Rojas debe interrumpir su docencia artística y alistarse en el ejército. Concorre, pues, a la guerra este pacifista y de su participación nos dan testimonio más de cuarenta telas que pinta en el Chaco. Es una visión dantesca de la guerra en el "infierno verde", donde no suena la fanfarria militar que enardece el chauvinismo de la retaguardia de emboscados y negociantes, sino el apóstrofe de un hombre de sensibilidad que miró la guerra con ojos cargados de piedad e indignación, y la vivió en toda su miseria junto a héroes mutilados, a indios, cholos y blancos masacrados por el frente y por la espalda. Domina lo patético en estas obras donde colores y formas se combinan para darnos una imagen subjetiva del Chaco —arena, sed, espinos, sol y muerte en la lejanía sin redención.

La prensa "patriótica" le hace el vacío. Los jerarcas de sable y charretera le miran con ojos ofendidos. Pero los ex combatientes del Chaco entienden el lenguaje de esas obras que conectan a Guzmán de Rojas con el tema social que siempre ha soslayado, por considerar que el arte está por encima de cualquier servidumbre política. Estas obras comprueban, no obstante, como decía Elie Faure que "El todo del arte de hoy, aun en sus formas más transitorias, es obedecer a una oscura necesidad de subordinación a alguna tarea colectiva..." Esa tarea para el pintor andino la interrumpió la guerra, y de ella arranca, a su vez, el encuentro con lo social, con la protesta y el combate. Pinta un poco a la manera de las geniales esquematiza-

ciones de los muralistas mexicanos, en particular Clemente Orozco. Quizá se emparenta otro poco con Portinari; pero lo que en el brasileño es imagen del sufrimiento y la derrota de los explotados, en Guzmán de Rojas es imagen y documento de la tragedia desatada por el imperialismo que tendió su garra sobre el petróleo de Bolivia.

Como el país, tras la guerra, no fue remecido por un auténtico sacudón revolucionario, el arte de Guzmán de Rojas vuelve a cernirse en torno a su constante vernacular, sin repetir el tema social vislumbrado en sus óleos del Chaco. El artista vive alejado de las evidencias de la injusticia social que reina por doquier en un país semi-colonial donde sobreviven, robustos como bestias de presa, los peores vicios del feudalismo y la voracidad industrial internacional.

Quizá le haya faltado al maestro alejarse de la estética idealista que seguía, para atreverse a trazar, como expresión de la realidad, como hicieron y hacen otros pintores que sienten la marcha revolucionaria del mundo, como sintió Goya la invasión napoleónica, o Picasso la furia fascista; así habría dejado a la posteridad una huella mayor para lograr aquello que Diego Rivera proclamara como "la independencia estética del continente americano", que se basa en la originalidad de nuestro estilo y en el sentido de nuestro destino.

En 1943 Guzmán de Rojas decide viajar por el continente, para recoger impresiones del arte americano y exponer sus telas. La Galería Witcomb de Buenos Aires le acoge en sus salones y logra resonante éxito, particularmente con "Cristo aymára, cabeza cuyo vigor expresivo y factura artística alcanzan el ápice del estilo del pintor, junto a su "Virgen India" que, es, asimismo, otra de sus obras maestras. Se traslada a los Estados Unidos de Norteamérica y expone en Nueva York. Retorna y se traslada a Chile, donde también logra triunfos. Por donde pasa es aclamado de modo unánime como el mejor pintor que dio Bolivia hasta entonces. Sus calidades lo equiparan a los mejores del continente, y sobrepasan a las de muchos pintores llamados indigenistas, que pintan indios para la etnografía y la anécdota folklórica, no para el arte trascendente.

Una vez de regreso a Bolivia la prensa le interroga y según transcribe el crítico Rigoberto Villarroel Claire en su obra *Arte Contemporáneo* relativa a plásticos bolivianos, Guzmán de Rojas expresa: "He constatado en mis viajes por varios países de América que en todos ellos el arte está desvirtuado por

influencias europeas. La pintura impresionista de Cézanne tiene en todas partes obsesionados adeptos, que no reparan que ella tiene como fundamento estético lógico la humedad del clima de Francia, donde vivió y pintó el maestro; y que los sitios de atmósfera seca y transparente son radicalmente contrarios al nacimiento de la emoción estética del impresionismo".

La guerra ha minado el organismo de Guzmán de Rojas. Una disentería mal curada y el paludismo que ha contraído en las trincheras, le tienen periódicamente enfermo y procuran rosarios de preocupaciones a su bella esposa. Después de larga y fecunda actividad fuera y dentro de Bolivia, el artista se siente fatigado y vacío. Además le torturan sus demonios y aún bajo la fiebre, en su elegante taller de La Paz, sigue pintando aunque sin energía. Sufre de dolores hepáticos y siente alergia por los colores amarillos. En cierta oportunidad en que Guzmán de Rojas visitaba en mi compañía la exposición de un artista europeo radicado en Bolivia, proclive a usar con exceso las tonalidades más crudas del amarillo para dar luz a sus cuadros, el maestro no pudo detenerse más que unos minutos, porque le acometió una indisposición biliar y hube de acompañarle a su casa. En el trayecto me confesó su aberración por el amarillo puro y todas sus gamas. "Es el color de la ictericia, la bilis, la enfermedad y la muerte", me dijo.

El llamado de la magia

AUNQUE el paisaje y los habitantes de Bolivia tienen variedad singular, Guzmán de Rojas —excepción hecha de sus telas del Chaco—, nunca quiso pintar valles ni trópicos. Su escenario estaba en el Ande y su meseta: llanuras pardas del altiplano, márgenes azul verdosas y transparentes del lago Titicaca, quebradas y zonas de cordillera, donde hierve el cataclismo estático de la tierra.

Cuando el maestro, repuesto de sus dolencias, recobró fuerzas, volvió los ojos al Perú, cuyas ruinas de Machu Pijchu y Sajsahuaman quería pintar. Y se trasladó al Cuzco, la vieja capital imperial de los Hijos del Sol, de donde luego viajó a Machu Pijchu.

Sus obras de este recinto muerto, colosal adoratorio donde se respira soledad cósmica y eterna, sólo comparable en grandeza a Tiahuanacu, Teotihuacán, Palenque, Uxhma, Chichén Itzá y

otras ciudades sagradas de las civilizaciones americanas, están saturadas de un diríamos sentimiento religioso de la naturaleza andina, que no es panteísmo dionisiaco, sino transportación hacia la tierra donde la materia se espiritualiza transfigurada. En esos cuadros trata de interpretar el alma eterna de la piedra, exaltada en trágica demencia como si conservara memoria de las catástrofes geogénicas que la hicieron subir hacia la luz. Dibuja las ruinas, las terrazas abandonadas, llenas hoy de vegetación salvaje como antaño lo estuviera de jardines. Es el triunfo transitorio del vegetal que se engarfia y muda anualmente agarrado a las cosas derrumbadas por el tiempo, lejos de la mano ordenadora del hombre. Del conjunto de estas obras surge la grandeza del pasado indio en una resurrección formidable, como si los genios liberados de la piedra que los contiene, reconstruyeran por la magia evocadora la noble arquitectura de esas misteriosas ruinas suspendidas entre montañas.

Machu Pijchu señala otra fase de la obra de Guzmán de Rojas. Aquí su paleta es sobria y transparente como su dibujo, la profundidad de los motivos es certera.

Al volver del Perú el maestro fue invitado por el Consejo Británico a viajar a Londres para esutdiar procedimientos de pintura que pudiera poner en práctica en sus restauraciones. Viaja, pues, a Londres en 1947 y trabaja junto a investigadores de la National Gallery of Art en el estudio de los sistemas para preparar colores. Experimenta las recetas de Leonardo, Vasari y otros. Se sorprende, fascinado, por la Edad Media, alquimista, teológica y mágica y, en medio de un crudo invierno de un Londres de post-guerra, cargado de cicatrices y privaciones, inicia sus experiencias con los coagulantes, o pintura coagulatoria, en cuya composición llegaría a emplear, según dijeron, hasta materias fecales.

Guzmán de Rojas, con el crecimiento de sus males físicos, la deficiente alimentación y el clima húmedo y neblinoso de Londres, desemboca en un extraño desequilibrio. Cuando a su vuelta desembarca en Montevideo para visitarme, hace y dice cosas inesperadas, como un niño. Una familia uruguaya me llama a la Legación, entonces a mi cargo, para preguntarme si el gran pintor era un excéntrico o un demente. Guzmán de Rojas siente una desbordada alegría por hallarse otra vez en suelo de América, pero oculto en su euforia el espectro de la neurosis que había de conducirle al pesimismo y la tragedia, estaba alerta. Fue la última vez que estuve con él. Cuando partió, tras

ocho horas en la capital oriental, tuve el presentimiento de que Guzmán de Rojas, como Van Gogh, llevaba las larvas de la oscuridad en su espíritu castigado por resplandecer demasiado.

En Bolivia volvió a trabajar febrilmente. Esta vez empleaba el procedimiento coagulatorio cuya teoría iba a ofrecer en un libro que jamás escribió. Sus investigaciones le llevaron por caminos de extravío y turbación. Como los alquimistas de la Edad Media juntaba en su taller retortas, alambiques, serpentines, probetas y los materiales más inesperados. Manipulaba ácidos y aceites, buscando afanado por la obsesión el secreto del color eterno que poseyeran, entre otros, Tintoreto y Giorgione, como piedra filosofal o agua de juventud eterna. Pero, ¡ay!, esa quimera calcinaba su salud y la desvanecía en vacilaciones mortales.

Como un brujo iba invocando potencias de la cuarta dimensión. Buscaba en la magia de los indios, animistas supersticiosos, adoradores de las formas, milagrosos empíricos, respuestas a sus preguntas.

A fines de 1949 ofreció su última exposición en La Paz. Fue un éxito polémico y una victoria estética. Ofreció en ella cuadros tratados por medio de coagulantes.

Dos meses después, el 14 de febrero de 1950, Cecilio Guzmán de Rojas asomó su alma al tenebroso abismo desde donde le miraban las potencias inconscientes y, para alcanzarlas, para vencer el umbral donde dialogan la razón y la noche, se disparó un balazo y cayó, para siempre, en tierra de la quebrada de Llojeta, próxima a La Paz.

El artista, en último rasgo estético, agregó el rojo de su propia sangre sobre el ocre gris del paisaje, como supremo ademán de quien había sabido amar hasta el fin a la tierra viril y trágica del Ande.

LA FRONTERA*

Por *Mario MONTEFORTE TOLEDO*

DESPERTÓ con extrema lentitud, como si acabara de volver de un viaje infinito por una atmósfera espesa que se apretaba con presión uniforme sobre todos los poros y en medio de la cual la vida seguía latiendo, casi mineral. No había sido vida aquello sino más bien una tímida diferencia con la muerte, la misma que hace cerrar los puños a los fetos.

Las lágrimas le escurrían y quiso enjugárselas; pero llevaba las manos atadas a la espalda con un cordel que enterraba millones de puntas en la carne. Bruscamente cobró consciencia de su cuerpo. Era un cuerpo enorme y lo recorrió desde la cabeza a los pies con un ojo interior que a la vez palpaba y olía. Una cuerda procedente de atrás le sujetaba el cuello; llevaba los hombros descoyuntados; en el asiento, resortes mal cubiertos le castigaban las nalgas; agujetas intermitentes marcaban en las piernas zonas de diversas temperaturas. La piel parecía algo ajeno, tendida, oreándose al sol, pululada por rápidos insectos. Todo él se había vuelto piel descomunamente sensitiva.

Una venda casi sólida le castigaba los ojos. "Si pudiera ver", pensó, "las imágenes serían chatas". Uno de los párpados se plegaba con todo y pestañas sobre lo más tierno de la niña. Por las mejillas bajaban las lágrimas constantemente, enfriadas por el aire del campo.

Porque el vehículo corría a campo traviesa, dando tumbos. Había polvo; tal vez era de noche. Una hedentina a cosas bárbaras persistía largo rato: algún zorrillo, alguna hierba de zumos dulzones, alguna planta de esas que ramonean las bestias para curar sus males. Y con la fugacidad de un disparo, el zumbido de un moscardón o de una nube de mosquitos quedaba atrás, igual que esas campanas que de noche suenan en

* Lo que aquí se refiere sucedió no ha mucho en el país de la gloriosa victoria.

las paradas de bandera donde no se detuvo el tren que pasa aullando.

Las lágrimas bajaban sin tregua; le mojaban el pecho, un muslo. Estaban frías. No eran lágrimas de las que se lloran por razón o sinrazón cuando se conmueve lo más blando del hombre, sino un manantial malsano. Porque hasta la voz, la risa o el sudor pierden esencia y dignidad cuando no nacen de la pasión o del antojo.

En una sacudida del vehículo topó con un cuerpo a la derecha y otro a la izquierda, y le entró una gana incontenible de hablar. Pero había olvidado las palabras y temió escucharse bronco, sin sentido. Además, era peligroso hablar; siempre podía pasar algo peor si a los gendarmes les disgustaba que se rompiera el silencio. Por fin, creyendo haber hallado algo inocente, murmuró:

—¿Qué... qué hora es?

La sogá se le ciñó al cuello de un solo tirón, produciéndole un traquido en la manzana; enseguida se aflojó y le permitió respirar profundamente. Esto le llenó de un vago agradecimiento y sonrió. "¡Qué horrible!", pensó, "sonreír sin ojos!"

—Quién sabe —dijo por fin con voz pastosa el que venía a su derecha. Aclaró la garganta dos veces y repitió, más segura—: Quién sabe.

Debía apresurarse a hablar de nuevo; después ya no habría nada qué decir y el silencio se convertiría en un muro capaz de sofocar el pecho hasta destriparlo.

—Debe ser de noche —dijo.

—Tal vez sí —repuso la voz.

En el asiento delantero del vehículo —que sin duda era pequeño y de bastos metales—, se entabló un diálogo de murmullos, del que sólo se escucharon palabras incoherentes: "tarde", "falta"... Luego volvió el silencio.

El vehículo dio un salto y se detuvo. Tras gruesa maldición, se abrió la portezuela y un hombre bajó a tierra.

—Piedra desgraciada... —masculló con entonación vulgar.

—No te estés ahí como idiota. Cambiemos la rueda —dijo el que se había quedado dentro.

Se cerró otra portezuela. La grava del camino chirrió bajo

zapatos. Alguno se puso a orinar y el polvo se fue tragando el líquido, con gorgoteo de gaznate. Los pasos se encaminaron hacia atrás y unas cuerdas empezaron a desamarrarse. Alguien, que iba en el asiento trasero, preguntó con voz soñolienta:

—¿Me bajo?

—No. Tú no sabes de esto. Y despábilate. No sea que se te vaya un tiro por donde no debe.

Tintinear de fierros, de tornillos que caen en cuencos de acero. El vehículo subió al frente, del lado izquierdo. Un hombre jadeaba bajo el motor.

A la derecha del que había hablado primero, alguien preguntó en voz muy baja:

—¿Va usted amarrado?

—Sí.

Una respiración fétida, de madrugada y boca sin comer, se le acercó por la izquierda.

¿Quién es usted?

Él dijo su nombre y los otros también. Eran, pues, tres prisioneros. Al frente iban dos policías y detrás otro. Ya era mucho saber. El periodista —el del centro— no conocía a sus compañeros; acaso a ellos les pasaba lo mismo. Resultaba extraño que tres personas pudiesen llegar a adultas sin haberse encontrado ni una sola vez. Después de todo, no es demasiado grande el mundo en que cada quien se mueve, desde el nacimiento hasta la muerte.

—Tengo hambre —dijo el de la izquierda, un obrero—. ¿Les digo que me den algo?

No pudo ocultar un dejo de vergonzante. El periodista se sintió abrumado por la autoridad que le confería aquella demanda. ¿Por qué iba a autorizar él a nadie? Si en ese momento se hubiera sabido con cualquier jerarquía legítima, la hubiese desprendido de sí como quien se quita de la ropa un animal ponzoñoso. Meditó un rato. No había duda: persistían las diferencias entre los hombres, aunque todos anduviesen de mendigos, aunque estuviesen escarnecidos por la misma amenaza, aunque se relacionasen en lo más profundo de la oscuridad. La jerarquía implica responsabilidades y éstas tienen sus sutilezas. Pensó que todo lo que hiciera uno de los tres partía de la misma persona y en cierta forma, era un acto de trascendencia nacional; más aún: un acto que afectaba a la

humanidad entera. Casi gravemente, mas con dulzura, respondió:

—No pida nada.

Maldiciendo, golpeando los flancos del vehículo, el piloto guardó sus herramientas. Dos portazos. Un fósforo rasgó el aire y el aroma de un cigarrillo se expandió con más fuerza que el de la gasolina y los aceites y los broncos sudores. El periodista se tragó la saliva rala que le había invadido la boca y se pasó la lengua por los labios. Sentía sed, hambre; pero sobre todo, gana de fumar. "Tengo un vicio", decidió con una mezcla de remordimiento y de asombro.

Quería preguntar a dónde les llevaban, por qué estaban ahí, por qué. . . Pero también el silencio es una responsabilidad y quién sabe qué contestarían los gendarmes; de seguro, algo que humillaba.

Nunca había imaginado que la humillación tuviese tal cantidad de variantes, de matices que sólo llegaban a descifrar de corrido los más injustamente miserables. Cuando se pide permiso al que guarda la puerta desde afuera, para ir a las letrinas, y él escupe al través de la reja y no contesta. . . Cuando un juez viscoso le pregunta a uno quiénes son sus cómplices en el complot y después mira hacia abajo, adelgaza la voz y dice: "No se ponga pálido, no tenga miedo". . . Cuando los presos diligentes, que son espías, llevan el rancho en ollas donde se ahogaría un niño de cinco años y empiezan a repartir en escudillas de peltre un bodrio que hiede a desagüe, y se acercan a la reja las manos ávidas de los reos hacinados en el cuartazo, y el cabo de guardia grita todos los días, de igual manera: "Primero los borrachos, después los rateros, después los políticos". . . Cuando llega uno a buscar al querido compañero de escuela, que se hizo militar y es jefe de algún cuerpo del que depende la suerte de algún desgraciado, y tras aguardar dos horas en el corredor, junto a los cesantes y a los que se ofrecen de algo —aunque sea de soplonés—, le hacen pasar y uno lleva preparada la mejor sonrisa de complicidad en juegos inocentes, y el hombre se mete las manos en los bolsillos y pregunta: "¿En qué puedo servirle?". . . Cuando uno lleva más de cien horas detenido "por medidas de seguridad" y ya ha barrido y dormido en el suelo, junto a ese olorillo a humedad, a polvo pertinaz y a orines que hay en todas las celdas, y siente incontinente necesidad de explicar que uno es alguien —ex-secretario de la municipalidad de

su pueblo, padrino de algún equipo de fútbol, amigo del dueño de la tienda grande— y un borrachito, con guiño de seriedad, comenta: "Da gusto estar con gente tan importante". . . Cuando el gobierno encarga atacar a sus enemigos, al que todo lo manosea, desde su honor hasta el ajeno, desde el lenguaje hasta las palabras más caras que hay, y uno sabe que no existe otra defensa que descender, descender hasta donde agobia toda la vergüenza que cabe en la tierra. . . Y hay otras formas de la humillación; pero no se pueden recordar ni precisar; sólo duelen, como esos males del pecho que siempre son graves y hacen espumar a escondidas o llevarse las manos al rostro y agobiar la cabeza y cerrar los ojos, con miseradamente. . .

—¿Qué dice? —le preguntó el obrero.

—Nada.

—Creía que había hablado.

—No, no dije nada.

—¡Ah, bueno!

Lo último que recordaba el obrero era cuando caía, con los golpes de la culata expandiendo su calor maligno por la espalda. Le derribaron sobre un cuerpo y ahí se adormiló, inmóvil. "Usted, venga", le dijeron más tarde, ayudándole a ponerse de pie. "Cuidado, hay una grada". Le llevaban del brazo, casi con mimo. Sintió frío en la cara. Muchas voces cuchicheaban y los pasos se perdían en un espacio sin techo. Le hicieron trepar a un coche y alguien deslizó algo entre su bolsillo: pan o dinero. "Que le vaya bien", musitó una voz temblorosa. Subieron a otros dos, atados como él, y el vehículo partió en completo silencio. "¡Allí van unos encapuchados!", gritó un niño a medio camino. Más adelante los policías embadurnaron los cristales con lodo. Lejos, ladraban los perros. Un tren pitó largamente. "Vamos para el Norte", pensó; porque había trabajado en la línea y conocía las máquinas que se empleaban en aquellos ramales. Apretujado contra sus compañeros, apenas podía moverse. Mas para él no era difícil permanecer en absoluta quietud, aún resistiendo los dolores dulzones de los hombros y la hinchazón de las manos y el martirio de la venda. Su carne llevaba la huella de cosas demasiado hoscas, desde niño. Sólo le iba bien desde que abrió su taller de mecánica. La muchachota fresca con quien se había juntado cocinaba como una matrona

de los mercados y se reía con babas de placer cuando se hacían el amor en el único lecho de la casa, junto a los niños, que ya ni se despertaban siquiera. El taller estaba perdido, de seguro; las represalias también se tomaban contra las cosas, como si las cosas hablaran mal del gobierno. Y los suyos ya no tendrían de qué vivir. Por fortuna su mujer lavaba y cosía. Por ahí andaría ahora con su pequeña cesta cubierta con una servilleta almidonada, igual que la de los ricos, buscándole de prisión en prisión, expuesta a que algún jefe le dijese que iba a ayudarla y que entrara un rato a la oficina. . . Nadie le diría que él no había caído al lado de los seis que corrieron calle abajo cuando empezaron a tartamudear la muerte las ametralladoras. Se tumbaron uno sobre otro, como palos de boliche; sólo uno se sacudió en los últimos estertores, arrojó un poco de sangre y emitió un quejido casi sereno. Él no había hecho nada; estaba mirando pasar la manifestación y riéndose de lo que gritaba la gente. ¿A dónde les llevaban ahora? ¿Quiénes eran sus compañeros? Los viejos trabajadores solían advertir que el gobierno colocaba soplones entre los presos. . .

Cuando los faros de algún automóvil le daban de frente, distinguía las dos cabezotas de los que iban en el asiento delantero. No vestían uniforme. Eran dos verdugos, seguramente. Por la espalda le corrió un frío húmedo que le hizo apretar los dientes. Un retortijón le mordió el estómago. Y se orinó en su pierna, incontinentemente.

¡CÓMO podía cambiar todo con tanta celeridad, tan profundamente! El mundo estaba lleno de fronteras, que a veces sólo se reconocían después de franquearse. La memoria del estudiante se iluminó de pronto con todo lo que había aprendido. "Podría examinarme y ganar con cienes", le pareció. Una sola materia le faltaba por aprobar; luego haría alguna especialización, de esas que aproximan al abogado a los casos de conciencia. Lo justo no es dar a cada quien lo suyo sino dar más a quien menos tiene. Estas ideas eran bien peligrosas, lo sabía; pero debían repetirse hasta la exasperación, hasta que horadaran las piedras. "Uno comienza a ser buen abogado cuando olvida la desproporcionada metafísica de los libros y aprende a respetar a los maestros de buena voluntad por lo que no enseñan", le decía su padre. Pobre el viejo; hablaba como hombre de mundo

y vivía como un apretado juriconsulto romano. Nunca habían discutido sobre la esencia de la justicia. Nunca se había atrevido a preguntarle por qué en todas partes del mundo los que quedan tendidos en la calle, los colgados, son los jóvenes. "Es demasiado joven", se les decía con cansada tolerancia, para no entrar en argumentos sobre la legitimidad de la limpieza y el alcance del compromiso y la distribución de la responsabilidad en todo lo que realmente cuenta. Los jóvenes sólo están adecuados para morir, para expiar quién sabe qué oscuras culpas de innumerables generaciones. Sólo los "irreflexivos", los rebeldes sin causa, los que no abarcan el cuerpo multiforme de la política, hablan de la libertad con cólera; como si pudiese hablarse de otro modo de los más altos menesteres del hombre.

Ahora lo iban a matar. Aunque tal vez les destinaran a otros martirios, de esos que dejan la vida como dádiva, pero con llagas que carcomen la alegría para siempre, y el respeto por la humanidad. Sin embargo. . . Tal vez los verdugos buscasen un descampado ancho, sin testimonio, con horizontes próximos que no permitiesen la divulgación de los tiros; uno de esos yermos con árboles descompuestos por la canícula, sin linfas, erizados de espinas. . .

Si le dejaran tiempo. . . Para no ser demasiado "joven" viajaría, acaparando todo lo que le había faltado entre sus pocos dineros de estudiante, la severidad de su padre y la timidez, que ahora podía confesarse, a oscuras. Tendría mujeres extrañas: rumanas, húngaras, alguna sueca de muslos dorados. Y volvería a instalarse al bufete de su padre, que siempre había guardado un rincón esperándole.

Sus dos compañeros hablaban con voz cansada, superior a la que debiera salir en esos momentos de cuerpos abatidos. Él también tenía urgencia de hablar, porque el silencio aísla y espesa la atmósfera. Hubiera sido mejor que todos fuesen estudiantes. Recordarían el manifiesto, el desfile insensato y hermoso; los mil incidentes de las aulas, de las parrandas, de las cantinas, que sólo podían corporizarse en el lenguaje de los estudiantes. Aunque ahora ya nada importaba sino la persona oculta y genuina que se es y que brota desnuda cuando ronda la muerte. "Soy demasiado joven para morir", se dijo.

Y comenzó a darle miedo de tener miedo.

Así empezó a viajar el miedo con ellos, conforme la madrugada destemplaba el aire y evaporaba el rocío. Cantaban los gallos, con plena vulgaridad rural. Los gallos siempre anuncian algo en los cuentos, aun en las religiones. El miedo iba ahí, fuera de ellos, con sus ojos mojados y sus manitas de simio, gélidas, y dentro de ellos, en el estómago, en las sienes que aleteaban como las agallas de los peces, y en la voz, que era lo único evidente y transmisible.

El piloto y su vecino cambiaban frases cortas; pero no se les escuchaba. El verdugo de atrás sólo se presentía, acaso porque aun en su desempeño normal era uno de esos que no tienen familia ni procedencia conocida y obedecen siempre las órdenes más atroces. Venía embrutecido por el cansancio de esperar la señal; pero sin duda apuntaba sin falla su ametralladora a la espalda de los prisioneros.

—¿Por qué no nos apean de una vez? —dijo el obrero.

A lo mejor van a juntarnos con otros —comentó el estudiante.

—Tal vez nos lleven a la montaña —murmuró el periodista.

—Sí, a cualquier cañada —dijo el obrero—. Aquí viene gente a cazar venados.

Como una ráfaga apareció la visión de un animal con las narices dilatadas por la fuga, los ojos llenos de angustia, los cascos posándose apenas entre los matorrales. Un campero, los espesos bigotes, mostrando los dientes parejos y grandes, alzaba la escopeta y disparaba. El venado daba un salto y caía, bariéndose entre la hojarasca. . .

—Aquí ya no hay nadie —dijo el obrero con voz ronca.

—Sólo gambusinos —dijo el periodista.

—¿Qué es gambusino? —preguntó el obrero.

—El que busca minas.

—El que busca oro —dijo el estudiante.

Lejos, atrás del vehículo, sonó una bocina muy tenuamente, dos veces. El piloto contestó de igual manera.

El miedo iba ahí, mirándoles, tendiéndoles sus manitas de simio. Y del vientre subían temperaturas cálidas que helaban la sangre, igual que las malarias desenfrenadas.

—¿Tiene familia? —preguntó el estudiante.

—Mi madre y una hermana. —Y me voy a casar—. Luego se corrigió, en voz más baja: —Me iba a casar.

Pensó que todo podía conjugarse ahora en pretérito. Ya

nada les pertenecía, puesto que no restaba forma alguna de la esperanza. *Esto* tampoco era presente. El presente es una conciencia del ayer y del mañana, y un poco de alegría de ser. Suspiró, asombrándose de que el aire le entrase a los pulmones a pausas, entrecortadamente. El miedo había contaminado ya la respiración. No sabía por qué; pero *su* miedo era diferente del de sus compañeros; era un miedo total, no sólo a la muerte sino a la forma de la muerte, y a ver morir a dos hombres más jóvenes que él.

—No importa —dijo.

O tal vez no lo dijo; pero el estudiante se sacudió de arriba abajo. Porque el miedo iba ahí, ya hasta con miedo de sí mismo, ya en la respiración y en el inquieto silencio del cerebro.

El vehículo se detuvo y se apeó el piloto. Sus pasos se fueron por la carretera, hacia atrás. El obrero se aproximó cuanto pudo al de en medio.

—Me subí la venda un poco. Está amaneciendo —musitó.

—Tenga cuidado.

Se acercaron los pasos. La portezuela se cerró.

—Trae una hachuela en la mano —dijo el obrero con una voz que ya no era la suya—. Se la dio al otro. Se ríen. . .

Los prisioneros esperaban el golpe a media frente. Sonaría a fruta acuosa; saltarían los sesos y la sangre. Era imposible que no se produjesen otros sonidos; tal vez un chirrido agudísimo o la última voz, la que había quedado a medio nacer en la garganta. . .

—Compañero, me he desatado las manos —dijo el estudiante.

El periodista sintió que dedos afiebrados forcejeaban con sus ataduras. Las uñas se hacían pedazos.

—Por lo menos, tenemos que defendernos —dijo el estudiante, y en sus palabras asomaban desmesuradamente todos los destellos de la vida, de los ríos y las plantas, de los reposos y los apetitos, del canto y de la risa.

El vehículo seguía detenido, con el motor en marcha. Los tres polizontes no hablaban.

—¿Qué hacen? —preguntó el periodista.

—Miran para abajo —explicó el obrero.

—¿Qué?

—No sé.

El estudiante jadeaba. El de en medio también. De pronto se aflojó la cuerda y las dos manos rodaron hacia los lados.

—No las puedo mover —dijo, con un sollozo.

—Trate de moverlas. Luche, luche, por favor —imploró el estudiante.

Contuvo la respiración, bajó la cabeza y se crispó hasta los tuétanos. Se movieron primero los pulgares, perezosamente; enseguida todos los demás, buscando la palma, tratando de convertirse en puño. Por último los dedos se cerraron, poderosamente, como si apretasen el más inconmensurable tesoro. El periodista aflojó los músculos y sonrió. Se acordó de Dios, fugazmente. Y sonrió otra vez al verse las manos, enormes, amoratadas, pero dueñas de la superioridad de sus funciones. Inmediatamente se dio a la tarea de desamarrar al obrero.

De pronto, el estudiante lanzó un grito:

—¡Nos van a matar!

Y saltó de su asiento sobre el hombre gordo que iba a la derecha del piloto. El periodista se arrancó la venda de los ojos, con todo y la sangre coagulada, y trató de echársele encima al piloto.

—¡Van sueltos! —roncó el policía gordo apuntando con su ametralladora y retrocediendo hacia el parabrisas—. ¡Amárralos, idiota! —ordenó al de atrás.

El piloto se echó fuera del vehículo y desenfundó una escuadra.

Los lazos volvieron a apretarse y los prisioneros enmudecieron. El miedo ya no estaba ahí, ni dentro ni fuera del vientre. Sólo el cansancio; cansancio de sentir, de ser, de pensar, de alimentar impulsos de salvación. Ya ni siquiera tenían deseos de abrir los ojos.

Arrancó de nuevo el vehículo y rodó algo más, quién sabe cuánto tiempo. Por fin paró en seco.

Les hicieron descender a empujones. Al tocar tierra se les doblaron las piernas.

—¡Caminen, cabrones! —vociferó el gordo dándoles de patadas, donde caía.

Se pusieron de pie, encorvados.

—Caminen . . .

Las culatas que golpeaban la espalda les mostraron la ruta. Dieron un paso, luego otro, y otro más. Había pasto y arena fina; se quebraron algunos tallos secos. Olía a barro.

Sin consultarse, se apretaron uno contra otro y se detuvieron, casi eguidos. No había para qué seguir; les tirarían por la

espalda, seguramente. Luego el parte informaría que hubo intento de fuga, ataque contra la autoridad. Así había sido siempre, desde los orígenes de la nacionalidad. A menos que les enterrasen en los llanos y les consignasen como "desaparecidos". Esos eran los nuevos estatutos del hombre.

—¡Caminen! —repetía la voz, más lejana.

Apuntaban ya las armas. No faltaba ojos para saberlo. La piel lo sabía, la piel adivinaba por dónde entraría el golpe que vibra en el esqueleto, hasta en los huececillos del oído. El golpe que fulmina y aplasta, y cada quien siente dónde alberga lo más tierno de la vida.

Hubo un largo silencio. Luego se escuchó un rumor de voces lejanas. Voces nuevas, sin vergüenza ni sinuosidad.

—Cumplimos una comisión.

—Pero es que ya pasaron la frontera.

—Así nos ordenaron que debía ser.

—Sí, pero aquí ya hay otras autoridades. Allá arriba está la garita y los están mirando.

—Si no les íbamos a hacer nada. Era sólo para asustarlos.

—Así será, pero ya pasaron la frontera.

—Como no hay señales. . .

—Es aquel pico, aquel árbol, la piedra, la cañada, siguiendo así como quien va para el llano. . .

—¡Ah, bueno! Nosotros no sabíamos.

—Pues ya ven. . . Y mejor se regresan, porque nosotros también tenemos órdenes.

—Eso es aparte. Las órdenes hay que cumplirlas. ¿No les parece?

—Sí, hay que cumplirlas.

Siguió un corto silencio.

—Bueno, allí se los dejamos.

Se fueron los pasos. Dos motores prendieron casi al mismo tiempo y se alejaron veloces.

—Caminen —dijo una voz; pero era distinta, casi tierna.

—Soltémoslos primero.

—¡Qué bruto soy! —y rió.

La luz cenicienta se volvía en ese momento materia incandescente. Los rayos del sol empezaban a surcar el cielo. Ensordecedora algarabía de insectos, pájaros y pequeñas bestias se apretaba en el aire, como si no cupiera dentro del horizonte.

Ninguno de los tres se volvió hacia atrás. Unos soldados

orondos, cetrinos, les miraban con curiosidad, afables. Les dieron cigarrillos y una cantimplora con agua.

—Buéno, pues, muchachos, caminen.

Igual aprenden los niños a desplazarse sobre la haz de la tierra. Tambaleando, se internaron por la vereda, cerro arriba. Las lágrimas les seguían manando; pero eran lágrimas buenas, de las que hacen sonreír.

Libros y Revistas

LIBROS

JESÚS DE GALÍNDEZ, *La Era de Trujillo*, Editorial del Pacífico, S. A., 456 págs. Santiago de Chile, 1956.

"El mayor valor de este libro es que su autor fue asesinado a los pocos meses de ser publicado", así opinó Jesús de Galíndez al comentar *Cementerio sin Cruces* de Andrés Requena, quien había recogido en las páginas de su novela las sombras del terror trujillista que envolvían a su patria. Indudablemente, con esta opinión de Galíndez no quiso significar que el simple hecho de asesinar al novelista hacía que su obra, como por misericordia compensadora, adquiriera automáticamente un valor que no tendría si Requena viviese, no, al opinar así De Galíndez sacó en conclusión la veracidad encerrada en dicha obra puesto que se eliminaba a Requena por denunciar la realidad de terror e injusticia reinante en el feudo del dictador de la República Dominicana. Y este es ahora el caso de Jesús de Galíndez cuando su libro *La Era de Trujillo* circula por América y él, su autor, desapareció sin dejar huella. Pero cabe entre estos dos casos hacer algunas consideraciones: a Requena se le suprime como testigo, como venganza, o si se quiere, como escarmiento para los enemigos del dictador; en cambio, a De Galíndez se le hace desaparecer para que con él desaparezca su libro, y hasta es posible que durante el secuestro predecesor del asesinato se le ofreciera la vida en trueque de los originales y la promesa de abandonar su publicación. Podría ser, ¿por qué no? Sólo que De Galíndez, sabedor por sus mismas investigaciones que los gangsters del trujillismo no conocen el honor ni la palabra, y creyendo tal vez en la imposibilidad de un crimen por la notoriedad de que gozaba, optara mejor por presentar resistencia, negándose rotundamente. De manera que, digámoslo otra vez, y ahora parafraseando a De Galíndez: El mayor valor de este libro es que su autor fue asesinado pocos meses antes de ser publicado.

El 12 de marzo de 1956, el abogado español Jesús de Galíndez desapareció sin dejar rastro. Hecho que se entendió de inmediato al recordar que tiempo atrás De Galíndez había presentado como tesis para obtener el doctorado en Filosofía (en la Universidad de Columbia, Nueva York), uno de los trabajos mejor documentados que sobre dictaduras hispanoamericanas se conociera hasta entonces, el cual se ilustraba, para su mayor comprensión, con la realidad tiránica y dictatorial que preside los destinos de la República Dominicana en la persona de Rafael L. Trujillo.

De Galíndez contaba ya diez años de residir en los Estados Unidos. Antes, de 1939 a 1946, había vivido en Santo Domingo, donde a la vez que dio clases como profesor de la Escuela de Servicio Diplomático en Ciudad Trujillo, observó la burla de que se hacía objeto al pueblo dominicano cuando se le negaban sus derechos más preciosos y entrañables; durante esa estancia suya fue que De Galíndez sintiéndose conmovido por el bochornoso espectáculo, decidió escribir, con su agilidad de periodista y su conocimiento del Derecho Internacional, un tomo que denunciara y ridiculizara la pseudo democracia de Trujillo.

El libro *La Era de Trujillo* está dividido en *Introducción*, *Primera Parte*, *Segunda Parte*, y *Conclusiones*. En la *introducción* el autor hace un recuento histórico que parte de la fecha en que la isla es descubierta por Cristóbal Colón (5 de diciembre de 1492) y termina en febrero de 1930 cuando un golpe militar depone al gobierno del general Vásquez. Allí mismo, después de echar un vistazo a las formas de gobierno americano, De Galíndez expone las razones que motivaron su tesis y el porqué de escoger para ella a la República Dominicana. Entre otras cosas se lee: "Es imposible vaticinar la progresión democrática de Latinoamérica en el futuro. Aun con el más optimista de los criterios, es evidente que en muchos países perdurará por décadas el ciclo inestable de dictaduras y revoluciones. Por tanto la dictadura o tiranía hispanoamericana merece un estudio como especie típica en la Ciencia Política contemporánea... Podría hacerse un estudio general de la especie, extrayendo los rasgos comunes. Pero quizás el retrato resultaría confuso, al no presentar un perfil tan acusado como puede ofrecer el estudio concreto de uno solo de esos regímenes... Por eso parece más deseable el análisis detallado de uno de ellos; y he escogido la República Dominicana de Trujillo... En mi caso personal, tengo la ventaja de haber vivido seis años en el país, y haber convivido desde entonces con dominicanos de todas las tendencias".

En la *primera parte*, De Galíndez se limita a relatar los hechos de mayor relieve durante los veinticinco años que Trujillo ha presidido el gobierno de la isla, para ello se basa en las propias fuentes trujillistas, aparte de "otras fuentes" y su "conocimiento personal directo". Relatando los antecedentes personales de Trujillo antes de 1930, escribe: "La carrera de Trujillo en su origen, es fruto de la ocupación militar norteamericana... Parece que hacia los 16 años consigue su primer trabajo regular como telegrafista... El desembarco de la Infantería de Marina de Estados Unidos le proporcionó la ocasión para salir de esa vida gris... Su comportamiento como oficial fue eficiente".

Una vez que el "generalísimo" interviene con su traición en el derrocamiento del presidente Vásquez en 1930, se puede decir que ha comenzado *la era de Trujillo*, la cual comprende siete etapas: el primer gobierno, 1930-1934; el segundo, 1934-1938; el tercero, llamado de Peynado (pero que es de Trujillo, puesto que Peynado expresa: "el iluminador se retira del poder dejando a su sucesor, que él mismo señaló al pueblo"), 1938-1940; el cuarto, llamado gobierno de Troncoso (también de Trujillo ya que Troncoso dice: "seré un continuador fiel de la obra política iniciada en el año 1930 por el Jefe Supremo y Director del Partido Dominicano"), 1940-1942; el quinto —otra vez Trujillo—, 1942-1947; el sexto —sigue Trujillo— 1947-1952; y el séptimo y último gobierno —que nominalmente representa su hermano Héctor Bienvenido—, 1952-1955.

En la *segunda parte*, De Galíndez elabora en once capítulos un *Análisis del Régimen Político Bajo Trujillo*; aquí se pueden apreciar los métodos del dictador para conservarse en el poder: destituye sin consideración alguna a quienes cree que van obteniendo por sus funciones, ascendiente o poder sobre los "gobernados"; dispone de la prensa, la radio y la televisión y se ayuda del ejército, la policía, la iglesia católica y el feminismo; asesina a los enemigos o posibles enemigos aun cuando se encuentren en país extranjero, y finalmente, dispone de la Constitución Política de la República Dominicana como instrumento para satisfacer sus ambiciones. De esta segunda parte sobresale la forma empleada por Trujillo para destituir a quienes cree conveniente, dice que para que un

cargo sólo se utilice en beneficio del pueblo, aquellos que lo ocupen llenarán el requisito de "ética política" consistente en "enviar por escrito sus renunciencias respectivas sin fecha" al jefe del partido y de la nación, de manera que Trujillo tiene a su disposición las renunciencias de Senadores, Diputados, Gobernadores, etc., quienes a veces son los primeros en sorprenderse al saber que han sido renunciados. Es también interesante la narración que De Galindez hace de los vicios de megalomanía, nepotismo y peculado, como detalles naturales de la personalidad del dictador. En este sentido, De Galindez, al hablar del primer vicio apunta: "en abril de 1939 se otorgó a San Cristóbal el rango de 'ciudad benemérita' por haber nacido en ella Trujillo". Y luego al hablarnos de los lugares que se llaman Trujillo, San Rafael, Benefactor, Libertador, concluye: "Y no quiero entrar en el Puerto Trujillo, los puentes, carreteras, plazas, paseos, etc., porque sería una relación inacabable". Esta megalomanía del tirano ha contribuido a la adulación y al servilismo de quienes lo rodean; el autor de la obra nos da muchos ejemplos al respecto, pero es digno de repetir el siguiente: en la Escuela Diplomática y Consular de la República Dominicana se hacen exámenes para seleccionar cada año a los alumnos que deberán estudiar en ella; "un año la pregunta más difícil versó sobre las "civilizaciones pre-colombinas en América". Un candidato no vaciló en responder así: "La civilización pre-colombina más importante en América es la República Dominicana en la gloriosa Era de Trujillo". Esto trajo sus problemas para los profesores trujillistas a quienes costó trabajo convencerlos "de la necesidad imperiosa de rechazarle", pues todo el argumento de ellos era que el muchacho "había mencionado al Jefe".

En sus *Conclusiones*, De Galindez asienta que la República Dominicana tiene como régimen político una tiranía de tipo personal, caracterizada—al igual que otras tiranías—por la adopción de principios constitucionales democráticos violados en la práctica, ya que suprime las libertades políticas y las substituye con la política de fuerza que le brinda el Ejército; cuenta con un partido único y controla los sindicatos; hace su juego a la política internacional de Occidente, la que incluso le sirve para tildar de comunista a todo aquel que es anti-trujillista; los progresos manifiestos son de tipo material que "no beneficia por igual a toda la población, y está compensado con creces por su degradación cívica".

Tenemos a la vista dos de los tres tomos con que el Fondo de Cultura Económica y mediante su colección *Letras Mexicanas* ha decidido entregar a sus lectores *El Teatro Mexicano del Siglo XX*. Los tomos en cuestión corresponden a los números 25, 26 y 27 de la colección ya citada; siendo respectivamente confiados para la tarea selectiva a Francisco Monterde, Antonio Magaña Esquivel y Celestino Gorostiza.

FRANCISCO MONTERDE, *Teatro Mexicano del Siglo XX*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 608 págs., México, 1956. (Colec. Letras Mexicanas).

Francisco Monterde en su "introducción" al volumen que le ha correspondido nos habla de la lentitud con que el género dramático evoluciona, no obstante ser "inseparable de lo social y lo político", observación que anticipa para explicarnos cómo las influencias de la dramaturgia del siglo pasado persisten en la obra teatral de nuestro siglo, del cual, Monterde examina únicamente las tres décadas con que se inicia, y que, a su modo de ver, constituyen el tiempo en que en México se dio "el primer paso decisivo para que se emancipase el

teatro y principiarian a marchar libremente, por nuevas rutas, la comedia y el drama".

Para la mejor comprensión de su trabajo, Francisco Monterde divide en cuatro etapas el período que estudia: La primera (1900-1909) que llama "pre-revolucionaria" y en la que predominan las tendencias del teatro finisecular; la segunda (1910-1918) es de acción bélica. Revolucionaria en el aspecto social, "soslaya aún el teatro, que casi sólo en obras menores —'género chico'— recoge algún eco de las contiendas local y remotas"; la tercera etapa (1919-1924) o "pos-bélica", en la que sólo parcialmente se liquidan las influencias europeas; y, la última, que se inaugura en 1925, donde ya se aprecian los primeros frutos que superándose cada vez más, conducirán hacia un teatro nacional auténtico.

Los autores y obras seleccionados por Monterde para este primer tomo son: Manuel José Othón, *El Último Capítulo*; Marcelino Dávalos, *Así Pasan*; Federico Gamboa, *La Vengaza de la Gleba*; José Joaquín Gamboa, *Via Crucis*; Carlos Noriega Hope, *La Señorita Voluntad*; Víctor Manuel Díez Barroso, *Véncete a ti Mismo*; Ricardo Parada León, *Hacia la Meta*; Lázaro y Carlos Lozano García, *Al Fin Mujer*; María Luisa Ocampo, *Al Otro Día*; Julio Jiménez Rueda, *La Silueta de Humo*, y Carlos Díaz Dufó, *Padre Mercader*.

ANTONIO MAGAÑA ESQUIVEL, *Teatro Mexicano del Siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, 704 págs., México, 1956. (Colec. Letras Mexicanas).

Para el segundo volumen, Antonio Magaña Esquivel continúa la Historia del Teatro Mexicano. Esquivel nos dice que ya en 1928 con el Teatro de Ulises "se percibe la inquietud ante el misterio escénico". Hay en realidad una tendencia hacia la búsqueda de horizontes nacionales. Se trata de olvidar las obras teatrales que venían difundiendo los dramaturgos españoles por considerarlas caducas y estancadas frente a las nuevas formas que para entonces van surgiendo. En la lucha por llevar adelante el movimiento nacionalista se ejercitan toda clase de recursos y se van conquistando poco a poco triunfos como el de lograr que "comediantes profesionales" hablen "en la escena el español tal y como se habla en México".

Magaña Esquivel relata que en 1931, desaparecido el Teatro de Ulises, Julio Bracho lleva a escena mediante Escolares del Teatro la obra *Proteo*, de Francisco Monterde, "primera pieza de autor nacional que adopta un grupo experimental". Luego nos dice que "los años de 1932 a 1938 son las fechas del encuentro de México con un repertorio y un estilo escénico desconocidos, nuevos autores, nuevos comediantes, nuevos sistemas, alejados de todo profesionalismo, que hacían suyas las conquistas del teatro moderno y que, reunidos en el crisol de Orientación, buscaban proyectarlas a un nuevo público". Pero en el tiempo que va de 1938 a 1942 "corre la etapa crítica, que luego se desliza entre nuevas tentativas (El Teatro de México, el más serio y ordenado) y nuevos experimentos de grupos jóvenes, hasta el advenimiento de las modernas salas, pequeños teatros de comedia cuya entronización inaugura el Teatro del Caracol en 1949".

Finalmente, Magaña Esquivel advierte al lector que los dramaturgos seleccionados para su volumen tienen como punto de contacto su hechura en los teatros experimentales, a excepción de Rodolfo Usigli, Concepción Sada y Miguel N. Lira, que no obstante ser productos de compañías profesionales, han sido incluidos "por ser coetáneos" de los otros que constituyen la mayoría.

Los autores y obras que selecciona el autor en este trabajo son: Francisco

Monterde, *Proteo*; Juan Bustillo Oro, *San Miguel de las Espinas*; Mauricio Magdaleno, *Pánuco 137*; Celestino Gorostiza, *El Color de Nuestra Piel*; Xavier Villaurrutia, *El Yerro Candente*; Alfonso Reyes, *Ifigenia Cruel*; Rodolfo Usigli, *El Gesticulador*; Concepción Sada, *Un Mundo Para Mí*; Miguel N. Lira, *Vuelta a la Tierra*; Luis G. Basurto, *Cada Quien su Vida*; Edmundo Báez, *Un Alfiler en los Ojos*.

GERMÁN PARDO GARCÍA, *Eternidad del Ruisenior*, Edit. Cuadernos Americanos. 150 págs., México, 1956, Núm. 48.

En 1920 el poeta colombiano Germán Pardo García, escribió: "Se aleja el ruisenior pero su canto / florece perdurable en la Hermosura". Por aquellos días la aseveración contenida en esos dos versos podría haber resultado de poca solidez debido a la excesiva juventud que el poeta ostentaba; aseveraciones como ésta necesitan estar más lejos de la intuición que de la experiencia, sin embargo, como diría León Felipe, mucho hay de profeta en el poeta, y Germán Pardo García treintaseis años después nos confirma lo profético de aquellas palabras: "su canto—efectivamente— florece perdurable en la Hermosura", pero ¿se aleja el ruisenior? ¿va desapareciendo el poeta o la voz poética que ha hecho florecer dicha hermosura? No lo creemos, porque la perdurabilidad de la belleza no es posible por sí sola, o ¿podría entenderse el canto del ruisenior sin el ruisenior mismo? Lo escrito por Germán Pardo García en 1920 es totalmente válido dentro de lo metafórico aunque no así dentro de la realidad. Por eso, el poeta mismo ha bautizado el libro número diecisiete de su obra poética, con el título: *Eternidad del Ruisenior*, y claro que no hay contradicción, el ruisenior, símbolo de sutileza musical y trino poético, al eternizarse implícitamente ha eternizado su canto; si se eterniza el poeta se eterniza su poesía.

Para nosotros la importancia de este último libro de Germán Pardo García, reside en la nueva ruta que el poeta traza a sus poemas; su viejo caudal lírico sigue en pie y sigue participando de los elementos anteriores que hemos venido apreciando en sus más recientes libros, pero hay cierta temática que antes le había preocupado a Germán sólo en tal o cual momento, y que en cambio ahora, en *Eternidad del Ruisenior*, aparece con voluntaria constancia; esta temática es la que lo ha llevado a decir:

*Soy un hombre del pueblo y el menor de mis actos positivo y democrata.
No traicionaré jamás mi oscura arcilla ni mi patria de arena.*

En el primero de estos dos versos se percibe claramente que el poeta ha tomado conciencia de que aparte de ser un hábil elaborador de arte, es también un hombre común y corriente, cuyo origen no va a ser buscado ya entre el azul y el blanco del cielo y la nube, sino sobre el barro en que nacen, viven y mueren, otros hombres que como él conforman la palabra pueblo. El segundo verso es un juramento, una palabra dada, ya el poeta no sólo reconoce su origen, sino que aprecia la "oscura arcilla" de que se siente estructurado, y por ese compromiso consigo mismo promete no traicionar "jamás".

Estos dos versos en los que la posición humana del poeta es diáfana e indiscutible, pertenecen al poema *Un Hombre del Pueblo*, y en todo el libro no representan solamente a dos versos aislados nacidos por mera coincidencia puesto que al leer el siguiente poema: *Canto a la Fuerza Sindical*, cuyo solo título es ya una

sonora advertencia, nos encontramos con la misma calidad humana frente a otra preocupación:

*Y os digo en nombre de las innumerables alianzas que existen
entre los brazos del hombre trabajador y los sólidos seres:
ved a los hermosos árboles confederándose
sobre el poderoso flanco del gran monte antibélico.*

El poeta ha salido de su individualidad para señalarnos con ese "ved" el ejemplo vivo de los "árboles" agrupándose, formando cerrado bosque, para resistir en manera más segura a cualquier estruendoso vendaval; se agrupan los árboles sobre el "monte antibélico", sobre el derecho a la vida y la condenación a la violencia que nos conduzca a la muerte. Tiene Germán Pardo García una visión exacta de cómo la colectividad robusta y la armonía fraterna pueden derrotar sin esfuerzo a cualquiera sombra de llanto que pudiera cernirse sobre las cabezas de los hombres; en efecto, este gran poeta colombiano tiene la visión exacta de una vieja fórmula de vida.

Eternidad del Ruiseñor no es entonces tan sólo un libro más (el dieciocho de su obra total y el cuarto publicado por CUADERNOS AMERICANOS) en que se advierte la calidad poética y el estilo cada vez más perfeccionado sino que, como se puede notar, presenta la novedad de ver al poeta suramericano acercándose a los grandes temas de nuestro tiempo.

GUILLERMO FRANCOVICH, *El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 170 págs., México, 1956. (Colec. Tierra Firme).

Para la serie Historia de las Ideas en América, Guillermo Francovich ha escrito *El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX*, título en que se estudian con sagacidad y conocimiento, la escuela literaria, el partidismo político y la posición filosófica.

En una primera parte de su libro, Francovich habla del apareamiento del liberalismo, el positivismo y el modernismo, así como también de la importancia que tiene en Bolivia Daniel Sánchez Bustamante, considerado como la figura más esclarecida del pensamiento boliviano ya que por más de treinta años orientó a la juventud e intelectualidad de su patria; Sánchez Bustamante fue profesor, publicista, político e investigador tenaz de las disciplinas más serias que por aquel entonces se significaban en el país. A Sánchez Bustamante le debe Bolivia la creación de la Escuela Normal, pues creía que —como cita Francovich— para "hacer la prosperidad de las naciones hay que empezar por modificar las condiciones intelectuales y morales de la sociedad instruyendo y educando su juventud, principalmente la de las masas superiores".

En la segunda parte del libro plantea la crisis del liberalismo, del positivismo y del modernismo. Nos presenta aquí cinco nombres: Alcides Arguedas, que siendo de formación positivista carecía de la visión objetiva necesaria para abordar lo científico, quedándose por lo tanto en simple moralista; Franz Tamayo, poeta enamorado de las formas clásicas, traductor de Horacio y Anacreonte, pero que se alza en favor del indio boliviano e incursiona por la pedagogía, y cuya preocupación humana lo hace creer que "lo esencial en la vida de los pueblos es el hombre, la conciencia que éste tiene de sí mismo"; Ignacio Prudencio Bustillo, sin actuación directa en la política y con gran expresión en la cátedra, atacó desde

un principio los entonces ya superados alcances de la Revolución Francesa. Escribió varios libros de diversos temas. Filosóficamente fue seguidor de Comte; Gustavo A. Navarro, contemporáneo de Bustillo, interesado en la política, se inició con el periodismo y estando en Europa, propuso antes que el peruano José Carlos Mariátegui "una revolución social inspirada en las formas políticas y sociales de la vida incaica". Navarro fue siempre combativo pero también siempre renegado; y por último Jaime Mendoza, poeta, historiador y novelista, a quien Rubén Darío después de leer su novela *En las Tierras del Potosí*, lo comparó con Máximo Gorki. Mendoza, de talento extraordinario, tuvo errores de concepción, tales como la de temer a la civilización del indio.

En la tercera parte de *El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX*, Francovich expone sobre la *mística de la tierra, los marxistas y el indigenismo*.

La cuarta y última parte incluye, además de la exposición de los problemas filosóficos y la historia de las ideas en Bolivia, un capítulo que se titula *La Marcha hacia el Este*, donde se enfrenta la fertilidad del "inmenso territorio que se halla al este de los Andes y va desde el río Pilcomayo hasta los grandes afluentes bolivianos del Amazonas", a la región andina estéril y por lo tanto reacia a cualquier intento de incrementar la agricultura y la ganadería. Francovich compara y dice que mientras en los Andes "los conquistadores españoles ubicaron el misterioso país del oro y de las piedras preciosas", en el este, durante la época colonial, se alcanzó un alto nivel económico que permitió "dar al país importantes productos tales como arroz, tabaco, café, cacao y azúcar".

BENJAMÍN CARRIÓN, *Santa Gabriela Mistral*, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 342 págs., Quito, 1956.

Recordamos que el ecuatoriano Benjamín Carrión inició en 1954 su serie "los santos del espíritu" con el valioso tomo titulado: *San Miguel de Unamuno*; ahora, continúa dicha serie con el tomo recién aparecido: *Santa Gabriela Mistral*, en cuyas páginas se recogen, en primer término, los conocimientos de Carrión —reforzados con precisa documentación— acerca de Gabriela, mujer, pura, ingenua, tierna, tímida, modesta, santa, sin faltar las interpretaciones del escritor ecuatoriano sobre la obra literaria de la poetisa chilena. Nos parece imperativo transcribir un fragmento de carta escrita por Gabriela para Carrión, dado que ahí se entiende directamente la modestia y la pureza de esta gigantesca mujer. Copiamos: "Compadre: Ud. debe renunciar a esa generosidad loca, sí *loca*, de escribir una biografía sobre mí, *si quiere mi bien*. Eso sería nada menos que entregarme a un montón de gente, mía o ajena, que no ha olvidado *todavía* ese Premio Nobel. Aunque nunca lo busqué y aunque declaré a la gente de esa "empresa" que "me pondrían en ridículo", mandaron a Stokolmo esa "presentación", nada quisieron oír y entender. ¡Qué de odios han caído sobre mí en toda nuestra América criolla y poblada de literatos! Han pasado —parece— seis años y aún eso *trabaja* visible o invisiblemente y sus ecos llegan. Yo sé muy bien que eso debió ir derechamente hacia Alfonso Reyes, pero aún no se realizaron hechos tan grandes y tan limpios".

Lo que podríamos llamar una segunda parte de este libro de Benjamín Carrión, se integra con los subtítulos: *Otros Ensayos, Presencia de América* (en que figuran trabajos sobre Alfonso Reyes y Rómulo Gallegos, el de este último apa-

recido en CUADERNOS AMERICANOS en 1954), *Presencia Ecuatoriana y Junto al Hogar*.

MANUEL GONZÁLEZ RAMÍREZ, *La Huelga de Cananea*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 154 págs., México, 1956. (Colec. Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana).

Siendo Rafael Izábal Gobernador del Estado de Sonora, en 10. de julio de 1906 estalló una huelga en los minerales de Cananea. Esta huelga que era consecuencia de peticiones obreras no atendidas por la Compañía que presidía el norteamericano Coronel William C. Green, acusó los primeros síntomas de rebeldía ante la caótica situación social que había creado el régimen de Porfirio Díaz y que en consecuencia serían digno antecedente del movimiento armado con que Francisco I. Madero iniciaría en 1910 la etapa de hechos que en la Historia de México se conoce como Período de la Revolución.

Este libro: *La Huelga de Cananea* que corresponde al tomo III de las "Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana" ha sido ordenado, prologado y anotado en su documentación por el Lic. Manuel González Ramírez, quien muy atinadamente ha distribuido entre sus páginas treintinueve ilustraciones que ayudan en gran parte a la interpretación del lector.

Tres nombres importantes de parte de los trabajadores brotan de aquel movimiento rebelde: Francisco M. Ibarra, Manuel M. Diéguez y Esteban B. Calderón. La importancia de estos líderes se comprenderá mejor leyendo el fragmento de un discurso de Esteban B. Calderón, y en el que dice: "Pero esta historia de sangre, luto y desesperación no es únicamente la del pueblo mexicano, sino de la humanidad. Desde la época de lamentable y triste salvajismo hasta nuestros días, el hombre fue y es esclavo del hombre... y la fuerza brutal del más fuerte se impone al más débil. ¡En estas condiciones indebidamente ostentamos el título de humanos! Por el derecho de conquista, que nada justifica, se invocó el nombre de la civilización y las razas vencidas han soportado el yugo de la ignominia y de la afrenta". El mismo Esteban B. Calderón, más adelante, en su discurso, cita para sus oyentes al escritor colombiano Vargas Vila: "A las generaciones de aquellos hombres que supieron morir han sucedido las generaciones de aquellos hombres que no piden sino vivir".

JORGE CASTAÑEDA, *México y el Orden Internacional*, Edit. El Colegio de México, 245 págs., México, 1956.

Después que la "Dotación Carnegie para la Paz Internacional y El Colegio de México convinieron en hacer un estudio sobre las opiniones y las experiencias de México respecto de la organización internacional, y sobre todo de las Naciones Unidas", el Fondo de Cultura Económica tuvo a bien imprimir y empezar a distribuir las páginas que nacieron de dicho estudio y que se recogieron bajo el título de *México y el Orden Internacional*.

Para las investigaciones pertinentes se invitó a don Jorge Castañeda, en su condición, estrictamente privada, de interesado en cuestiones internacionales", ya que como se sabe, don Jorge Castañeda, en diversas ocasiones ha representado a México ante numerosas conferencias internacionales, a la vez que viene ocupando desde hace un tiempo considerable "la silla de la delegación de su país en la Comisión Jurídica de la Asamblea General de las Naciones Unidas".

El libro muestra la trayectoria que México ha seguido en materia de organización internacional, dejando bien definida su posición de política exterior al defender y proteger su desarrollo interno ante las presiones exteriores que pudieran presentarse.

La seriedad e importancia de este libro puede deslindarse si se toma en cuenta que el estudio del señor Castañeda fue examinado y discutido por un Consejo que se integró con valiosos elementos: Dr. Pedro de Alba (Senador de la República), Dr. Manuel Sandoval Vallarta (Subsecretario de Educación Pública), Dr. Alfonso Noriega Jr. (Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de México), Lic. Isidro Fabela (ex-Embajador y miembro de la Corte Internacional de Justicia), y otros conocedores de la materia. Habiendo dirigido los debates correspondientes don Alfonso Reyes y don Daniel Cosío Villegas.

VICENTE MAGDALENO, *Ascensión a la Tierra*, Edit. Cuadernos Americanos, 93 págs., México, 1956. Núm. 49.

Desde *La Soledad de Piedra*, Vicente Magdaleno ciñó su capacidad creadora al toque poético que alcanza felices repercusiones en la sonoridad de la palabra. Así ha ido reafirmandose cada vez más en los títulos de sus libros: *La Soledad de Piedra*, *Atardecer sin Lirios* y *Sueños como Obsidiana* donde más de un soneto habla de la prodigalidad con que Magdaleno se desborda al sumergirse en las aguas formales de la poesía.

Con tal experiencia girando alrededor del cultivo de la palabra, este poeta mexicano publica ahora su *Ascensión a la Tierra*, conjunto de poemas en que se logra la tan difícil sincronía de la expresión. A veces, el poeta capta con antenas de finísima percepción los movimientos—inanimados, unos, y casi insignificantes, otros—con que la vida se enriquece en cualquiera parte del orbe, pero que sólo mediante el observar del artista gana una elevación que momentos antes quizá nos pareciera insospechada: veamos, para el caso, unos versos que ayudarán en la ilustración de lo dicho:

*La hierbecilla hacia vibrar, abajo,
las ruedas tornasoles de sus tallos,
y un escarabajo, en silencio,
aprendía a levantar el mundo en cada hoja.*

Mas esta minuciosidad observadora de Vicente Magdaleno no siempre queda aprisionada en un lirismo inoperante, sino que por el contrario, conduce al poeta hacia la elaboración de meditaciones más significativas. Así al decirnos:

*Pienso en el pueblo y en todos los que le traicionan
—ya sea arrojando a la hoguera de la prostitución a sus mujeres
o bundiendo en el agua cenagosa de la miseria a los niños—,
soezmente enriquecidos o exhibiéndose entre risotadas.*

JOHN LOCKE, *Ensayo Sobre el Entendimiento Humano*, Edit. Fondo de Cultura Económica. 753 págs. México, 1956. (Colec. Textos Clásicos, Sec. Obras de Filosofía).

El problema de los fundamentos del conocimiento humano constituye uno de los temas apasionantes del siglo XVII ya que se venía planteando y discu-

tiendo desde Renato Descartes. Este problema interesó vivamente al filósofo empirista inglés John Locke, quien lo desarrolló a través de las páginas de su obra *Ensayo Sobre el Entendimiento Humano*, texto clásico de la filosofía que es traducido por vez primera a lengua española, gracias a Edmundo O'Gorman y al Fondo de Cultura Económica que lo añade a su sección de Textos Clásicos de la Filosofía.

El volumen a que nos referimos era conocido en inglés, francés, alemán, latín y holandés, de ahí que aunado al valor intrínseco de la obra destaque el hecho de ser la primera versión española del pensamiento de John Locke.

El *Ensayo Sobre el Entendimiento Humano* trata extensamente los fundamentos del conocimiento y su crítica, estando dividido el volumen en: *Epístola Dedicatoria*, *Epístola al Lector* y *Cuatro Libros*.

La traducción que Edmundo O'Gorman ha realizado constituye una contribución valiosa para los medios filosóficos de habla española ya que con ella se difunde la doctrina empirista inglesa desconocida casi completamente en sus fuentes originales.

LEOPOLDO ZEA, *Del Liberalismo a la Revolución en la Educación Mexicana*, Edit. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución, México, 1956, Núm. 4.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana invitó al Dr. Leopoldo Zea a colaborar en la investigación del "ambiente e ideas pedagógicas que propiciaron los enfoques que la revolución ha tomado en el campo de la educación".

El Dr. Zea ha buscado tales ideas y ambiente en los lapsos anteriores al porfirismo, pero, es hasta 1900, con los hermanos Flores Magón—miembros de la generación revolucionaria "que se hacía llamar a sí misma heredera de los ideales" de Juárez, Ocampo y Lerdo—, que encuentra datos de importancia respecto a las ideas educativas que precedieron a la etapa de la revolución.

En las dos partes de que consta el volumen, Leopoldo Zea habla de los obstáculos con que tropezaron los hombres revolucionarios preocupados en sacar adelante el proceso educativo al que habría de someterse el pueblo mexicano para su mejor capacitación integral.

La primera parte del libro es una revisión histórica de las ideas educativas en la generación de la revolución mexicana con los antecedentes liberales y positivistas.

La segunda indica la posición del liberalismo frente a la educación positivista, mencionando a sus mejores hombres (Justo Sierra, Enrique C. Rébsamen, Torres Quintero, Joaquín Baranda, etc.).

Como es natural—por el tema de este libro—Zea expone la forma en que los Constituyentes de 1917 crearon el Artículo 3o. constitucional, relata las discusiones que tuvieron en el campo educativo los liberales y neoliberales o revolucionarios, imponiéndose al final los últimos, quienes lograron por gran margen que la educación elemental se difundiera gratuita y obligatoriamente en las escuelas oficiales, y que se respetara el laicismo en las escuelas particulares.

ARTURO ARDAO, *La Filosofía en el Uruguay en el Siglo XX*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 193 págs., México, 1956. (Colec. Tierra Firme).

La Filosofía en el Uruguay en el Siglo XX, fue el título al que correspondió abrir la nueva serie denominada Historia de las Ideas en América, de la cual ya hemos comentado atrás *El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX*.

Para la elaboración de su trabajo, Ardao se vale únicamente de la producción escrita, sin pretender con ello ignorar "la importancia de la irradiación filosófica de la cátedra oral". En su estudio se ayuda tan sólo de las ideas que fluyen de la filosofía en general, excluyendo las aportaciones que se pudieran desprender de las disciplinas especializadas dentro del campo filosófico.

El filósofo uruguayo hace ver cómo desde la primera década de nuestro siglo, existe en el Uruguay una corriente de superación del positivismo, que no constituye ninguna escuela pero que finalmente va a ubicarse en una filosofía principal: Filosofía de la *Experiencia*, y en otra secundaria: *Filosofía de la Materia*.

Al hablar de escuelas, corrientes o doctrinas, Ardao procura hacerlo colocándose en un plano total de imparcialidad, y cuando emite juicios sobre esta o aquella tendencia se respalda con trozos de los autores que cita. El libro se divide en cinco partes: *Filosofía de la Materia*, *Filosofía de la Idea*, *Filosofía de la Iglesia* y *Filosofía de la Cultura*; trayendo al final una nota sobre promociones recientes en la que el más joven filósofo tiene como año de aparición el de 1953.

CHARLES GUIGNEBERT, *El Cristianismo Antiguo*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 207 págs., México, 1956. (Colec. Breviarios, Núm. 114).

El Cristianismo Antiguo, de Charles Guignebert, fue publicado en lengua francesa el año de 1921, su versión al castellano aparecida este año se debe a Nélida Orfila Reynal.

La investigación de Guignebert abarca el período que va desde el siglo I hasta el IV de nuestra era, y se "dedica a comprender y explicar la vida de una religión particular", el cristianismo, sometido a la evolución natural.

Hasta donde es posible Guignebert realiza un estudio científico, basándose en las fuentes más formales, descubriéndonos a la vez que ciertas concepciones incluidas en los Evangelios se formaron con elementos heterogéneos, dispersos, mezcla de certeza y ficción, recopilados en escritos después de pasar la etapa de tradición oral, siendo por ello difícil aceptar como verdaderos algunos hechos fundamentales: se da el caso de que un mismo suceso sea diferente en las narraciones de varios autores e incluso se desconozca por otros que cubren dicha laguna con pasajes morales edificantes.

A través de su libro Charles Guignebert "busca comprender la estructura y la vida de una religión establecida en un medio de cultura compleja".

ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO, *Thomas Mann y el Nuevo Humanismo*, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 262 págs., Quito, 1956.

Maduro y fecundo es el escritor ecuatoriano Alfredo Pareja Diezcanseco; entre ensayos, novelas y biografías ha formado ya un lote de once tomos. El

número doce corresponde a *Thomas Mann y el Nuevo Humanismo*, en él estudia Pareja con verdadera pasión la obra del insigne novelista germano, deslindando aquí el reflejo de humanidad que nace de las páginas magistrales de Thomas Mann, quien "plantea un Humanismo de nuevo tipo, una alianza entre naturaleza y hombre, una mayor comprensión del espíritu que haga posible la convivencia fraternal".

Alfredo Pareja Diezcanseco ya había escrito con anterioridad otra importante apreciación sobre el autor de *La Montaña Mágica*, con lo que el escritor ecuatoriano pone de manifiesto la atención y el respeto que le ha merecido desde hace mucho tiempo la figura que titula este su último libro, y que por lo tanto no se trata de aprovechar únicamente la muerte de Mann en vías a un éxito editorial. Esto, cabe decirlo, garantiza la seriedad y calidad de trabajo de Alfredo Pareja Diezcanseco.

FELIPE PICHARDO MOYA, *Los Aborígenes de las Antillas*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 141 págs., México, 1956. (Sec. de Obras de Antropología).

El autor de este libro al estudiar las culturas indias del archipiélago parte de principios generales reconocidos para el Continente Americano, así por ejemplo el de la imposibilidad de existencia de un hombre autóctono americano y el de los primeros pobladores llegados a nuestras tierras mediante fuertes emigraciones con toda seguridad eran originarias del Asia y quizás de Oceanía, afirmaciones éstas en las que la opinión general está de acuerdo.

Pichardo Moya al hablar de las Antillas Mayores y Menores asegura que Cuba es el único lugar donde se reconoce que existieron dos diferentes núcleos pobladores que no eran agrícolas, y recurriendo a referencias de historiadores como Velázquez y el padre Las Casas dice que esos dos núcleos son reconocidos con los nombres de *guanahatabeyes* y *siboneyes*. Pichardo no asegura el origen y procedencia de estos indoantillanos, y mientras algunos arqueólogos los aceptan como provenientes de La Florida, Pichardo les adjudica cuna suramericana, creyendo que pudieron formar parte de alguna "de las más antiguas oleadas de *aruacos* o *taínos*, y caribes", los cuales emigraron del lugar que se conoce como "área cultural amazónica, ubicándose los primeros en las Antillas Mayores y los segundos en las Menores".

JUAN OROPESA, *Del Tiempo en que Vivimos*, Edit. Edime, 161 págs., Caracas-Madrid, 1956.

En este volumen se enjuicia el mecanismo que rige a nuestro tiempo, donde "el burócrata y el torturador" gobiernan la vida de los hombres.

Juan Oropesa no entiende ni justifica la actitud de una nación que por el solo hecho de estar en camino a la prosperidad absoluta, menosprecia los esfuerzos de otras naciones inferiores e ignora en su valor real a los seres y civilizaciones de las mismas. Muy oportuno Oropesa dice que "un simple vendedor de neumáticos de Kansas City o bien el propietario de una *grocery* en algún suburbio de Los Angeles" no vacilaría en proclamar "su superioridad individual tanto como colectiva" con respecto al resto del mundo.

Entre la serie de ensayos que conforman su libro, Juan Oropesa analiza temas interesantes como el contenido en el título *Meditaciones Americanas* (divi-

dido en *Vieja Historia y Nuevo Mundo e Influencias y Confluencias Culturales en Disputa*) donde hace resaltar la cultura occidental asimilada por nuestros países e incorporada a nuestro modo de ser, así como las influencias "de los bien equipados métodos yanquis de torpe manipulación de los valores culturales".

A. HOUGHTON BRODRICK, *La Pintura Prehistórica*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1956. (Colec. Breviarios, Núm. 37). Segunda Edic.

Habiéndose agotado la primera edición del Breviario número treintaisiete cuyo título es *La Pintura Prehistórica*, y dada la importancia que puede deducirse de su agotamiento, el Fondo de Cultura Económica ha reeditado el volumen, en el cual se aprecia la evolución de la pintura manifestada en diferentes culturas prehistóricas (Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense) que van del período Pleistoceno hasta la *edad de hierro*, última del Oloceno; esto, en cuanto a tiempo. En cuanto a lugares *La Pintura Prehistórica* estudia desde el arte del Levante español hasta el de África oriental y meridional, Australia e India, recorriendo el franco-cantábrico donde destacan el arte de Lascaux y el de Altamira.

ADOLFO SALAZAR, *La Música Orquestal en el Siglo XX*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 172 págs., México, 1956. (Colec. Breviarios, Núm. 117).

En este Breviario, el musicólogo español Adolfo Salazar trata muy ampliamente el desenvolvimiento de la música orquestal, tomando para su estudio el período comprendido entre 1890 y 1955. Salazar en su estudio, hace una revisión que abarca Europa, América (Estados Unidos, México, Colombia, Perú, Chile, Uruguay, Brasil y Argentina), Israel, Grecia, África del Sur y Turquía. El libro incluye además once ilustraciones individuales (Claude A. Debussy, Maurice Ravel, Richard Strauss, Igor Strawinsky, Arnold Schoenberg, Alan Berg, Darius Milhaud, Paul Hindemith, Béla Bartók, Manuel de Falla y Benjamín Britten) y una del grupo formado por Carlos Chávez, Juan José Castro y Benjamín Orbón.

ROBERT G. MEAD JR., *Breve Estudio del Ensayo Hispanoamericano*, Edic. de Andrea, Manuales Studium, 143 págs., Vol. III, México, 1956.

Provisto de nutrida bibliografía, el Dr. Robert G. Mead Jr.—catedrático de la Universidad de Connecticut—se lanza al estudio del ensayo como género literario elaborado en países iberoamericanos. Siguiendo lo que podría llamarse un método para la realización de su trabajo, el Dr. Mead parte desde el concepto lógico de la definición acerca de lo que es el ensayo y sus posibles antecedentes en la antigua Grecia pasando por el Renacimiento y la época de la Colonia, hasta llegar a los escritores que en la actualidad son activos cultivadores del ensayo en Hispanoamérica.

GEORGE GAMOW, *La Investigación del Atomo*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 115 págs., México, 1956. (Colec. Breviarios, Núm. 116).

George Gamow—actual profesor de Física Teórica en la George Washington University—se ingenió la forma de ilustrar al hombre común en las com-

plicaciones atómicas. Para ello recurrió a los relatos y escritos fantásticos, procurando enseñar con humor fino y recursos sencillos algunos de los muchos secretos científicos que sólo conciernen a los especializados. La primera edición en inglés de *La Investigación del Átomo* apareció en el año 1944, y la primera edición en español el año 1956. Su traducción se debe a Francisco González Arámburo.

BERNARD BERENSON, *Estética e Historia en las Artes Visuales*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 264 págs., México, 1956. (Colec. Breviarios, Núm. 115).

"La labor de mi vida ha sido 'vivir' la obra de arte, darle vueltas y más vueltas en el paladar de mi espíritu, meditarla y soñarla; y entonces, con la esperanza de comprenderla mejor, he escrito sobre ella". Así explica Bernard Berenson sus conocimientos y experiencias artísticas volcados en este Breviario.

La *Estética e Historia en las Artes Visuales* fue traducida al español por Luis Cardoza y Aragón; antes sólo existían la edición inglesa y la edición italiana.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

SUR, revista bimestral, Núm. 241, julio y agosto de 1956, Buenos Aires.

Victoria Ocampo, directora de esta revista suramericana (argentina), organiza este número en homenaje a Ortega y Gasset. Entre las primeras páginas viene una fotografía colectiva—tomada en la redacción de la revista *España* en 1915—donde Ortega se ve acompañado—entre otros otros—de Azorín, Pío Baroja, y Ramón Pérez de Ayala.

Las notas, crónicas, y ensayos que conforman este homenaje han sido divididos en tres secciones: Ortega en la Filosofía; El Ensayista, El Sociólogo; y, El Hombre.

Victoria Ocampo reúne aquí, trabajos de: Fernando Vela, Salvador de Madariaga, Julián Marías, José Ferrater Mora, Francisco Romero, Juan Adolfo Vázquez, Segundo Serrano Poncela, María Zambrano, Jorge A. Paita, Armando Asti Vera, Héctor Oscar Ciarlo, Carmen Gándara, Alvaro Fernández Suárez, Guillermo de Torre, Ricardo Gullón, Rosa Chacel, Luis Araquistáin, Jean Cas-sou, Juan Mantovani, Héctor Pozzi, Germán Arciniegas, Raúl R. Balbé, Jaime Perriau, Corpus Barga, Carl J. Burckhardt, Elena Sansinena de Elizalde, Jaime Benítez, J. B. Trend y Victoria Ocampo.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, Núm. 125, abril-mayo-junio 1956, Medellín, Colombia.

De entre los diversos temas que se exponen en esta revista universitaria colombiana, nos atrajo el intitolado: *Meditaciones Metafísicas Sobre la Muñeca*, de Waldo Ross. Independientemente de lo que puedan interesarnos los problemas metafísicos, nos interesa la complejidad que presenta fundir para altas

elaboraciones mentales lo intrascendente y lo trascendente: la muñeca y la metafísica; claro, que en un plano de inocente relatividad las apreciaciones pueden orientarse en otra forma y hacemos meditar en la trascendencia que tiene la metafísica para un niño, y la trascendencia que tiene la muñeca para un filósofo. De todos modos, Waldo Ross elucubra muy bien alrededor de su tema. Transcribimos un fragmento:

"La muñeca ocupa, en la mente de la niña, un lugar intermedio entre el Ser y la Nada.

La muñeca *no* es la Nada, porque, según hemos visto, puede ser muchas cosas. Pero con esto tampoco la muñeca *es*, porque Ser no significa "poder ser", es decir, posibilidad.

Lo curioso es que la muñeca tampoco es "llegar a ser", devenir. El devenir implica la noción de tiempo. Así el muchacho llega a ser hombre después de ciertos procesos fisiológicos que duran años.

Pero la muñeca *no* tiene tiempo ni *es* tiempo. Puede ser vieja, niña o piedra en pocos segundos y sin ningún orden. El ser de la muñeca nada tiene que ver con el tiempo".

En este número, trabajos de: Lewis S. Feuer, B. Mantilla Pineda, J. M. Yepes, Jean Tournes, Gonzalo Restrepo Jaramillo, Luis Martínez Delgado, Waldo Ross, Ventura Fontán, Carlos E. Mesa, C.M.F., Pedro Lain Entralgo, Gregorio Marañón, Antonio Tovar y Ramón Emiliani Vélaz.

CUADERNOS DE CULTURA, revista mensual, Año VI, núm. 26, julio, 1956, Buenos Aires.

Interesa de esta publicación las páginas del *Editorial* en las que se hace ver la tesonera lucha mantenida desde su fundación: agosto de 1950. Nació en momentos en que no podía "llegar al público por la rigurosa censura impuesta por el régimen *justicialista*". *Cuadernos* apareció como "un modesto cuadernillo mimeografiado, con una tirada de quinientos ejemplares". Y ahora, seis años después, circula en número de seis mil, tipografiados y con envidiable presentación.

En este número hay trabajos de: José Ratzer, Pedro Maroni, Julio L. Pelluffo, Samuel Schneider, Valentín Asmus, Frederick Wertham, Michele Rago, Franco Calamandrei, Roberto V. Raschella, Rodolfo G. Rago, Nélida Etcheverry, Gregorio Tavosnanska, Luis Pomer, Floreal Mazía, Juan Carlos Portantiero, Roberto Salama, Leonardo Paso, Mauricio Lebedinsky, Samuel Shmerkin y Héctor P. Agosti.

ASOMANTE, revista trimestral. La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico, Año XI, vol. XII, núm. 1, enero-marzo, 1956, San Juan, Puerto Rico.

Serio y documentado nos parece el ensayo que se intitula: *Soren Kierkegaard*, de Monelisa L. Pérez Marchand; en él se pueden apreciar conclusiones y afirmaciones valiosas. Dice, por ejemplo, que "no es posible negar que, a pesar de que Kierkegaard no llevó a cabo una tarea *específicamente* filosófica, sin embargo, dio al pensamiento filosófico una sacudida saludable al señalar la importancia que tiene establecer la diferencia entre el concepto gnoseológico del

yo tradicionalmente desarrollado en Europa y del *yo existencial* en el que su concepción de mundo se apoya".

De la sección poética nos llama la atención *La Simiente* del paraguayo Elvio Romero. Transcribimos un fragmento:

*Una dura simiente valerosa,
inmensa y clara,
como un destello azul sobre los montes,
densa, sobresaltada,
ríe como un muchacho por los valles,
ríe por las ventanas,
va a rizarle la barba a los cereales,
va a constelar la casa,
con sus dedos va a abrir, segura y fresca,
la rumorosa flor de la esperanza.*

En este número hay trabajos de: Monelisa L. Pérez Marchand, Vicente Aleixandre, José A. Romeu, Juan Antonio Corretjer, Juan Martínez Capó, Gabriel Celaya, Elvio Romero, Ricardo Gullón, E. Salazar Chapela, Francisco Arrivi, José Emilio González, Pedro Juan Soto.

FICCIÓN, revista-libro bimestral, Núm. 1, mayo-junio, 1956, Buenos Aires, Argentina.

Bien relatado el cuento *La Norteamericana* de Enrique Anderson Imbert. Agradece su final de sorpresa, quizás para unos hasta resulte muy simbólico, para otros, de no muy respetable solución.

En cambio si nos parece impresionante el relato: *¡Americanos Todos!*... de Miguel Ángel Asturias. Realismo vivo. Con técnica apropiada que no le permite caer en la inmovilidad fotográfica. Bastante suavizado lo que podría llamarse venganza patriótica, no horroriza sino más bien satisface, lo que se debe al buen cuidado que pone Asturias en darnos los antecedentes de la tragedia guatemalteca.

En este número hay trabajos de: Ezequiel Martínez Estrada, Francisco Romero, Miguel Ángel Asturias, Elvira Orphée, Bernardo Verbitsky, Bonifacio Lastra, Alfredo J. Weiss, Enrique Anderson Imbert, Luis Emilio Soto, Julio Payro, Jorge D'Urbano, Silvia Bullrich, F. J. Solero y Carlos A. Loprete.

EL CORREO DE LA UNESCO, Una Ventana Abierta Sobre el Mundo, Año IX, Núm. 6, junio 1956, París, Francia.

Es éste un correo siempre bien recibido. Sobre todo ahora que se trata de un "número especial" con motivo de cumplirse veinticinco siglos de arte y pensamiento búdicos. Para medir la significación de esta cifra basta pensar en que la religión de Cristo es menor en quinientos años a la religión de Buda. Actualmente, quinientos millones de asiáticos son budistas.

Hay quien opina que para entender o saber interpretar el arte búdico se necesita conocer a fondo los misterios de su religión. A este respecto, en *El Correo de la Unesco* se lee: "Es verdad que el arte búdico es esencialmente religioso, pero las artes de Egipto, de la Europa Medieval, de África y de los antiguos Mayas e Incas revistieron igualmente ese carácter, lo que no ha constituido un

obstáculo para la admiración pública. ¿Se puede decir que no es posible percibir la belleza de Luxor o de la Catedral de Chartres sin el conocimiento detallado de su sentido religioso?"

En este número hay trabajos de: Sarvepalli Radhakrishnan, Anil de Siva-Vigier, Jeannine Auboyer y G. P. Malalasekera (aparte de once artículos más que vienen sin firma).

ESTACIONES, Revista Literaria de México, Publicación trimestral, Año I. Núm. 2. Verano 1956, México.

En este número hay trabajos de: Alfonso Reyes, Xavier Villaurrutia, J. E. Moreno de Tagle, Max Aub, Ricardo Garibay, Rafael Solana, Iván Zull, Elías Nandino, Mauricio Gómez Mayorga, Carmen Toscano, Enrique Prampolini, Juan Ramón Jiménez, Mauricio de la Selva, Germán Pardo García, Fernando Sánchez Mayans, Rodrigo Arenas Betancourt y Ricardo Alcázar.

REVISTA DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES, Año II, Núm. 2, Otoño 1956, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Eduardo J. Couture, Barna Horvath, Silvio Frondizi, E. Jiménez de Aréchaga, Gastón F. Tobal, José Nun, Luis Alberto Sánchez, Dardo Cúneo, Félix Luna, Gregorio Selser, J. I. García Ghirelli, Robert G. Storey, Carlos A. Malagarriaga, E. Anderson Imbert, Juan Pundik, Manuel Galich, Juan C. Rubinstein, Elías Semán, Gastón Dassen, Enrique Groisman, Alberto Mayansky, Rodolfo Ortega y Peña y Carlos Suárez Anzorena.

REVISTA NACIONAL DE CULTURA, editada por el Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, Año XVIII, núm. 115, marzo-abril 1956, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Mariano Picón Salas, Félix Armando Núñez, Guillermo de Torre, Pedro Grases, Luis Alberto Sánchez, Fernando Díez de Medina, Esteban Salazar Chapela, Guillermo Moron, Israel Peña, Adolfo Salvi, Antonio Sánchez Carrillo, Manuel F. Rugeles, Carlos Bousoño, M. Pereira Machado, Pedro Rafael Gilly, Juan David García Bacca, Jorge Campos, Héctor García Chuecos, Rafael Di Prisco, Carlos Montiel Molero.

CUADERNOS DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA, revista bimestral. Núm. 19, julio-agosto 1956.

En este número hay trabajos de: Eduardo Santos, Alfonso Reyes, Francisco Romero, Raymond Ronze, Carlos Martínez Durán, Roberto F. Giusti, Gilberto Freyre, Luis Alberto Sánchez, Gabriel del Mazo, Gabriela Mistral, Amanda Labarca, Antenor Orrego, Salvador Pineda, L. A. S., José Babini, Luis E. Valcárcel, Ildefonso Pereda Valdés, Benjamín Carrión, Germán Arciniegas, Xavier Abril, Guillermo de Torre, Arturo Torres Riosco, Eugen Relgis, Gilberto González y Contreras, José Ferrer Canales, Julio César Jobet, F. Cossío del Pomar, Romualdo Brughetti, Hida Torres Varela, Domingo Santa Cruz, Julio Antonio Cos y Ángel Guido.

CICLÓN, revista literaria bimensual, Vol. 2, núm. 3, mayo, 1956, La Habana, Cuba.

En este número hay trabajos de: Patricio de la Paz, Julio Cortázar, J. R. Wilcock, Armando Blanco Furniel, Bernardo Clariana, Malcolm de Chazal, Mario Luzi, Pier Paolo Pasolini, Alda Merini, Ricardo Molina, Antón Arrufat, René Jordán, y Severo Sarduy.

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA, del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma, Año XVIII, vol. XVIII, núm. 1, enero-abril, 1956, México.

En este número hay trabajos de: Lucio Mendieta y Núñez, Rex D. Hopper, Joseph S. Roucek, Emile Sicard, Arturo Urquidí, Luis E. Heysen, Bruce E. Melvin y Abdul J. Arain, Oscar Uribe Villegas, y Robert Williamson.

CRUZ DEL SUR, revista ilustrada, Año III, núm. 30, abril-mayo 1956, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Ramón Losada Aldama, J. R. Núñez Tenorio, Jesualdo, Piero Bargelini y Enrico Freyrie, y K. B. Gardner.

REVISTA DE ECONOMÍA, publicación mensual, vol. XIX, núm. 5, mayo, 1956, México.

En este número hay trabajos de: Alfonso Rosales, Alberto Sepúlveda, Juan José Rosales, Raúl E. Anaya Cárdenas, y José Figueroa.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE (fundados en 1843), Año CXIV, Núm. 102, segundo trimestre de 1956, Santiago, Chile.

En este número hay trabajos de: Eugenio Pereira Salas, Dr. Mario Bunge, Ernesto Montenegro, Juan de Dios Vial, Dr. Gerold Stahl, Erika Grassau, y Mariano Latorre (aparte de veintiocho nombres más que componen la *Crítica Literaria* y la *Crítica de Arte*).

CULTURA UNIVERSITARIA, Revista bimestral publicada por la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, Núm. 54, marzo-abril 1956, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Ovidio Ávila, Juan Jones Parra, Ramón González Paredes, Teopont E. Nikulinis T., Félix Guzmán, Ricardo Hernández Ibarra, Pascual Plá y Beltrán, y Rafael Morales.

COMENTARIO, revista trimestral publicada por el Instituto Judío Argentino de Cultura e Información. Año III, núm. 11, abril-mayo-junio, 1956, Buenos Aires.

En este número hay trabajos de: Carlos Sánchez Viamonte, Ignacio Winizky,

Hal Lehrman, Roberto F. Giusti, Leo S. Baeck, Israel Ashendorf, N. Rodríguez Bustamante, Rabí Eleazar El Grande. Juan Carlos Ghiano, y Gregorio Weinberg.

HISPANIA (fundado en 1917), Vol. XXXIX, núm. 2, mayo, 1956, Baltimore, U. S. A.

En este número hay trabajos de: Sturgis E. Leavitt, Manuel Durán, C. Malcolm Batchelor, George D. Schade, Brother Austin F.S.C., George E. McSpadden, Cyrus C. DeCoster, Lowell Dunham, Sherman Eoff, R. A. Del Piero, S. S. Zajicek, William John Grupp.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA
REVISTA EL DÍA 5 DEL MES DE
NOVIEMBRE DE 1956 EN LOS
TALLERES DE LA EDITORIAL
CVLTVRA, T. G., S. A., AV. GUA-
TEMALA 96, MÉXICO 1, D. F.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Dls.
1.—GANARAS LA LUZ, por <i>León Felipe</i>	(agotado)	
2.—JUAN RUIZ DE ALARCÓN, SU VIDA Y SU OBRA, por <i>Antonio Castro Leal</i>	10.00	1.00
3.—RENDICION DE ESPÍRITU (I), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
4.—RENDICION DE ESPÍRITU (II), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
5.—ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por <i>Paul Rivet</i>	(agotado)	
6.—VIAJE POR SURAMÉRICA, por <i>Waldo Frank</i>	(agotado)	
7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por <i>Enrique González Martínez</i>	(agotado)	
8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por <i>Eduardo Villaseñor</i>	(agotado)	
9.—MARTÍ ESCRIBIDOR, por <i>Andrés Baudry</i>	(agotado)	
10.—JARDÍN CERRADO, por <i>Emilio Prados</i>	8.00	0.80
11.—JUVENTUD DE AMÉRICA, por <i>Gregorio Bermann</i>	10.00	1.00
12.—CORONA DE SOMBRA Y DOS CONVERSACIONES CON BERNARD SHAW, por <i>Rodolfo Usigli</i>	(agotado)	
13.—EUROPA-AMÉRICA, por <i>Mariano Picón Salas</i>	10.00	1.00
14.—MEDITACIONES SOBRE MÉXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por <i>Jesús Silva Herzog</i>	10.00	1.00
15.—DE BOLÍVAR A ROOSEVELT, por <i>Pedro de Alba</i>	10.00	1.00
16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por <i>Octavio Paz</i>	(agotado)	
17.—LA APACIBLE LOCURA, por <i>Enrique González Martínez</i>	10.00	1.00
18.—LA FRISON, NOVELA, por <i>Gustavo Falcárcel</i>	(agotado)	
19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. GLOSAS Y SEMBLANZAS, por <i>Manuel Pedro González</i> (compañado)	10.00	1.00
20.—SIGNO, por <i>Honorato Ignacio Magaloni</i>	12.00	1.20
21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomás Bledsoe</i>	10.00	1.00
22.—LUCERO SIN ORILLAS, por <i>Germán Pardo García</i>	10.00	1.00
23.—LOS JARDINES AMANTES, por <i>Alfredo Cardona Peña</i>	(agotado)	
24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por <i>Germán Arciniegas</i>	12.00	1.20
25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por <i>Miguel Alvaraz Acosta</i>	15.00	1.50
26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por <i>Miguel Alvaraz Acosta</i>	5.00	0.50
27.—EL OTRO OLVIDO, por <i>Dora Isella Russell</i>	5.00	0.50
28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por <i>Luis Quintanilla</i>	10.00	1.00
29.—DIMENSION IMAGINARIA, por <i>Enrique González Rojo</i>	10.00	1.00
30.—AMÉRICA COMO CONCIENCIA, por <i>Leopoldo Zea</i>	10.00	1.00
31.—DIMENSION DEL SILENCIO, por <i>Margarita Paz Paredes</i>	10.00	1.00
32.—ACTO POÉTICO DE <i>Germán Pardo García</i>	10.00	1.00
33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento milenario. Versión castellana de <i>León Felipe</i>	10.00	1.00
34.—SANGRE DE LEJANÍA, por <i>José Tiquet</i>	12.00	1.20
35.—CHINA A LA VISTA, por <i>Fernando Benítez</i>	10.00	1.00
36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por <i>Germán Pardo García</i>	18.00	1.80
37.—ARETINO, AZOTE DE PRÍNCIPES, por <i>Felipe Casio del Pinar</i>	18.00	1.80
38.—OTRO MUNDO, por <i>Luis Suárez</i>	20.00	2.00
39.—LA BATALLA DE GUATEMALA, por <i>Guillermo Torriello</i>	5.00	0.50
40.—EL HECHICERO, por <i>Cortes Solórzano</i>	12.00	1.20
41.—POESÍA RESISTE, por <i>Lucila Velásquez</i>	18.00	1.80
42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	15.00	1.50
43.—LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por <i>Luis Cardosa y Aragón</i>	18.00	1.80
44.—RAZÓN DE SER, por <i>Juan Larrea</i>	9.00	0.90
45.—CEMENTERIO DE PAJAROS, por <i>Graciela Alvaraz</i>	7.00	0.70
46.—EL POETA QUE SE VOLVIÓ GUSANO, por <i>Fernando Alegria</i>	35.00	3.50
47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por <i>Juan Larrea</i>	15.00	1.50
48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por <i>Germán Pardo García</i>	9.00	0.90
49.—ASCENSION A LA TIERRA, por <i>Vicente Magdaleno</i>		

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por <i>Sara de Ibáñez</i>	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>José Gaoz</i>	5.00	0.50
OROZO Y LA IRONIA PLASTICA, por <i>José C. Zuno</i>	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" 1942-1952	20.00	1.80

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL PARA 1955 (6 núms.)

MEXICO	50.00
OTROS PAISES DE AMERICA	6.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	8.00

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	10.00
OTROS PAISES DE AMERICA	1.25
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	1.50

Ejemplares atrasados, precio convencional.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Rómulo Betancourt

Sergio Bagú

Manuel Vázquez Díaz

¿A dónde va Venezuela?

Diagrama político de la Argentina de hoy.

Las tesis fundamentales del aprismo.

Nota, por Manuel Sandoval Vallarta.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Guillermo Díaz Doín

David Baumgardt

Luis Abad Carretero

¿Qué pasa en el mundo?

Conflictos morales insolubles. Su interpretación en la filosofía existencial y en la tradición judeo-cristiana.

Meditación sobre Ortega.

PRESENCIA DEL PASADO

Jesús Silva Herzog

Antonio Castro Leal

Enrique González Pedrero

Alfredo E. Ves Losada

La crítica social en "Don Quijote de la Mancha".

Don Quijote, símbolo de la crisis de nuestro tiempo.

Alexis de Tocqueville y la teoría del Estado Democrático.

Campo y ciudad en Facundo.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Carlos Sabat Ercasty

Pascual Plá y Beltrán

Fryda Schultz de Mantovani

Raúl Botelho Gosálvez

Mario Monteforte Toledo

Poemas del hombre.

Tres poetas venezolanos en su ardiente dimensión.

Pasión de la Avellaneda.

Guzmán de Rojas: Pintor del Ande.

La Frontera.

LIBROS Y REVISTAS